

# La habitación del “Dragón Volador” y otros cuentos de terror y misterio

J. Sheridan Le Fanu

## La habitación del “Dragón Volador” y otros cuentos de terror y misterio

### Prólogo

### LA HABITACIÓN DEL “DRAGÓN VOLADOR”

### PRÓLOGO

### CAPÍTULO PRIMERO - *En ruta*

### CAPITULO II - *El patio de la Belle Étoile*

### CAPÍTULO III - *Desposorios de Muerte y Amor*

### CAPÍTULO IV - *Monsieur Droquille*

### CAPÍTULO V - *Cena en la Belle Étoile*

### CAPÍTULO VI - *Un sable desenvainado*

### CAPÍTULO VII - *La rosa blanca*

### CAPÍTULO VIII - *Una visita de tres minutos*

### CAPITULO IX - *Chismes y consejos*

### CAPÍTULO X - *El velo negro*

### CAPÍTULO XI - *El Dragón Volador*

### CAPÍTULO XII - *El mago*

### CAPÍTULO XIII - *El oráculo me cuenta cosas maravillosas*

### CAPÍTULO XIV - *Mademoiselle de la Vallière*

### CAPITULO XV - *Extraña historia del Dragón Volador*

CAPÍTULO XVI -*El parque del castillo de la Carque*

CAPÍTULO XVII -*El ocupante del palanquín*

CAPÍTULO XVIII -*El camposanto*

CAPITULO XIX -*La llave*

CAPÍTULO XX -*Una cofia peraltada*

CAPÍTULO XXI -*Veo a tres hombres en un espejo*

CAPÍTULO XXII -*Embeleso*

CAPÍTULO XXIII -*Una taza de café*

CAPÍTULO XXIV -*Esperanza*

CAPÍTULO XXV - Desesperación

CAPÍTULO XXVI -*Catástrofe*

EL FANTASMA Y EL COLOCAHUESOS

SCHALKEN EL PINTOR

EL ESPECTRO DE MADAM CROWL

RELATO DE CIERTOS SUCESOS EXTRAÑOS EN LA CALLE AUNGIER

MISTERIO EN LA CASA DE LOS AZULEJOS

EL GATO BLANCO DE DRUMGUNNIOL

La obra de Sheridan Le Fanu, aunque quedó relegada al olvido en los años posteriores a su muerte, se ha convertido con el tiempo en algo imprescindible en las antologías o colecciones de literatura sobrenatural y de terror, gracias, en gran medida, a la labor de otro de los grandes del cuento espeluznante, que la dio a conocer al gran público: M.R. James. Descendiente de una familia hugonote emigrada a Dublín en 1730, Le Fanu (1818-1873) consagró casi toda su vida a las letras y a labores editoriales, después de haberse graduado en el Trinity College de Dublín y haber ejercido la carrera de las leyes durante poco tiempo. De las revistas y periódicos que publicó a lo largo de su vida cabe destacar el *Dublin University Magazine*, que fue conocido y apreciado internacionalmente. Parece que nunca abandonó Dublín, y su vida estuvo marcada por la ausencia de acontecimientos exteriores, lo que se acentuó tras la muerte de su mujer. Acabó convirtiéndose en un auténtico recluso que ni siquiera frecuentaba a sus amigos más íntimos, dedicándose a escribir sus narraciones en la oscuridad y a meditar sobre cuestiones espirituales relacionadas con la filosofía de Swedenborg, por lo cual empezaron a llamarle «el príncipe invisible». Le Fanu fue un autor prolífico; escribió catorce novelas, treinta relatos cortos, algunas baladas y numerosos artículos. Muchas de sus novelas han sido olvidadas; sin embargo, algunas de ellas siguen siendo muy apreciadas en la actualidad: *Uncle Silas*, *The House by Churchyard* y *Wylder's Hand*. Pero es en el relato corto donde sobresale con brillantez el arte narrativo de Le Fanu, y algunas de sus creaciones permanecen como auténticas obras maestras del género. Citemos simplemente *Carmilla* -precursora insigne de las mujeres vampiro- y *Green Tea*, en las cuales aparece otra de las grandes creaciones de Le Fanu: el doctor Martin Hesselius, investigador de lo sobrenatural.

## LA HABITACIÓN DEL “DRAGÓN VOLADOR”

### PRÓLOGO

El curioso caso que voy a exponerles lo trata el doctor Hesselius de manera penetrante, y más de una vez, en su extraordinario ensayo sobre las drogas en la oscura Edad Media.

En este ensayo, que el autor titula *Mortis Imago*, se trata acerca del *Vinum laetiferum*, la *Beatifica*, el *Somnus Angelorum*, el *Hypnus Segarum*, el *Agua Thessalliae* y otras veinte infusiones y destilaciones, conocidas de los sabios que vivieron hace ochocientos años, dos de las cuales, según él, aún son utilizadas por la cofradía de los ladrones, según revelan a veces investigaciones policiales.

El ensayo en cuestión, *Mortis Imago*, ocupará, si no me equivoco, dos volúmenes, el noveno y el décimo, de las obras completas del doctor Martin Hesselius.

Debo señalar, para concluir, que dicho ensayo está curiosamente enriquecido con abundantes citas de poemas y textos medievales, las más interesantes de las cuales, por extraño que pueda parecer, son egipcias.

He seleccionado este caso particular entre muchos otros igualmente sorprendentes, pero, a mi entender, menos interesantes desde el punto de vista narrativo; he escogido esta forma de relato particular simplemente porque me parece más entretenida.

## CAPÍTULO PRIMERO - *En ruta*

En el año de gracia de 1815 yo acababa de heredar, con veintitrés años de edad, una sustanciosa cantidad en fondos consolidados y otros valores bursátiles. La primera caída de Napoleón había abierto el conti-nente europeo a los viajeros ingleses, presuntamente deseosos de ins-truirse a través del conocimiento directo de otros países; y yo -superado definitivamente el ligero «jaque de los cien días» por el genio de Wellington en el campo de Waterloo-me sumé a aquella riada humana en busca de enseñanzas.

Viajaba yo en la posta de Bruselas a París, siguiendo, creo, el itinera-rio que el ejército aliado había seguido hacía tan sólo unas semanas -un número increíble de carruajes haciendo la misma ruta-. Imposible mirar hacia adelante o hacia atrás sin divisar las nubes de polvo levanta-das por la marea de vehículos. Adelantábamos constantemente caballos de relevo que volvían, extenuados y polvorientos, a las posadas donde los habían alquilado. Eran tiempos difíciles para aquellos pacientes ser-vidores públicos. Todo el mundo parecía dirigirse a París en posta.

Yo debería haber observado el paisaje con mayor atención, pero mi cabeza estaba tan llena de París y del futuro que pasé por allí con poca paciencia y menos atención; con todo, calculo que faltarían unos seis kilómetros para llegar a un pintoresco pueblo fronterizo -cuyo nombre, como el de tantos otros lugares más importantes por los que pasé en aquel viaje apresurado, he olvidado- y unas dos horas para que se hicie-ra de noche cuando llegamos a la altura de un vehículo que al parecer se hallaba en apuros.

No había llegado a volcar, pero los dos caballos de cabeza estaban caídos por el suelo. Los postillones, calzados con buenas botas, se habían bajado, y dos criados, que parecían poco avezados en aquel tipo de emergencias, se disponían a prestarles ayuda. Una bonita cabeza de mujer tocada asomaba por la ventana del vehículo siniestrado. Sutour-nure, yla de los hombros que también se entrevieron unos instantes, era cautivadora. Así que decidí desempeñar el papel de buen samaritano: mandé detenerse a mi sotacochero, me apeé y, asistido por mi criado, eché gustoso una mano a los siniestrados. Pero, ¡ay!, la dama del bello tocado llevaba un tupido velo negro y no pude ver más que la filigrana del encaje mientras se retiraba.

Casi al mismo tiempo, un caballero anciano y enjuto sacó la cabeza por la ventanilla. Parecía estar enfermo, pues, aunque hacía calor, iba embozado en una bufanda negra que le tapaba las orejas y la nariz. Bufanda que se bajó unos instantes para darme un millón de gracias en francés, al tiempo que dejaba al descubierto su peluca negra y hacía mil gestos de agradecimiento.

Una de las pocas cosas que yo sabía bien, además del deporte del boxeo, practicado por la generalidad de los ingleses de la época, era hablar francés; así pues, le contesté, eso creo, haciendo gala de una perfecta corrección gramatical. Tras varias inclinaciones de cabeza, el caballero se retiró al interior del vehículo, al tiempo que volvía a apare-cer la recatada y bonita cabeza.

La dama debió de oírme hablar a mi sirviente, pues moduló sus pala-bras en un inglés tan bello y

balbuciente, y con una voz tan dulce, que volví a maldecir el velo negro que se interponía entre ella y mi roman-cesca curiosidad.

El escudo de armas que figuraba en el panel del carruaje era harto curioso. Recuerdo perfectamente el emblema representado: la figura de una cigüeña pintada en color carmín sobre lo que los heraldistas deno-minan un «campo de oro». El ave se sostenía sobre una pata, y con la otra tenía agarrada una piedra. Es, creo, el emblema de la vigilancia. Su originalidad llamó particularmente mi atención, quedando grabada en mi recuerdo. Había también un par detenantes a cada lado, aunque no recuerdo qué eran.

Los modales corteses de aquellas personas, la corrección de sus criados, la elegancia del carruaje y el curioso escudo de armas, todo ello hacía suponer que se trataba de personas nobles.

La dama, como es de suponer, no me resultó por ello menos interesante, sino todo lo contrario. ¡Qué fascinación tan grande ejerce un título en la imaginación! No en la de personas esnobes o de escasa moralidad, que quede bien claro. La superioridad de rango ejerce un influjo poderoso y genuino sobre el amor; la idea del superior refinamiento va asociada con él. Las despreocupadas atenciones del caballero llegan más hondo al corazón de la lozana lechera que largos años de viril devoción del honrado leñador; y lo mismo se puede aplicar a las demás capas sociales. ¡Qué mundo tan injusto!

Pero en este caso hubo algo más. Yo me consideraba un joven bien parecido y creo que con total fundamento; y nadie podía poner en tela de juicio mi uno ochenta y pico de estatura. ¿Qué necesidad tenía la dama de darme las gracias? ¿No lo había hecho sobradamente, y por los dos, el que presumí era su marido? Instintivamente, me di cuenta de que la dama me había mirado con ojos nada indiferentes; y, a través de su velo, sentí el poder de su mirada.

Dejando un reguero de polvo detrás de las ruedas, y bañada por la luz dorada del sol, la dama se alejaba ahora de un joven y prudente caballero que la seguía con ardiente mirada y suspiraba profundamente conforme la distancia se iba agrandando.

Le dije al postillón que no se le ocurriera adelantar a aquel vehículo, sino que, antes bien, no lo perdiera de vista y se detuviera en los mismos puestos de relevo. No tardamos en llegar a la pequeña población antes mencionada, y el coche que seguíamos se detuvo en la Belle-Étoile, una confortable posada antigua. Los desconocidos se apearon y penetraron en la casa.

Nosotros seguíamos a paso lento. Yo me apeé a mi vez y subí los escalones indolentemente, aparentando apatía e indiferencia.

En mi audacia, no me paré a preguntar en qué habitación podría encontrarlos. Miré en el aposento de la derecha y luego en el de la izquierda. Pero los que yo buscaba no estaban allí.

Subí las escaleras. Estaba abierta la puerta de un salón. Entré con el aire más inocente del mundo. Era una estancia espaciosa, y descubrí que, además de a mi propia persona, contenía a otro ser vivo: a la preciosa y elegante dama. Allí estaba el mismísimo sombrero del que me había enamorado. La dama se hallaba de espaldas a mí. Yo no podía distinguir si el celoso velo estaba levantado. Se encontraba leyendo una carta.

Permanecí unos instantes sin apartar los ojos de ella con la vaga esperanza de que se volviera y me diera la oportunidad de verle la cara. Pero no lo hizo, sino que, dando uno o dos pasos, se plantó delante de una pequeña consola de una sola pata pegada a la pared, sobre la que se elevaba un hermoso espejo con un marco desdorado.

Yo podría perfectamente haberlo confundido con un cuadro, pues reflejaba el retrato de medio cuerpo de una mujer extraordinariamente hermosa.

Sus finos dedos sujetaban una carta, en cuya lectura parecía estar enfrascada.

Su rostro era ovalado, melancólico, dulce. Aunque también poseía una nota indefinible de sensualidad. Nada podía superar la delicadeza (le sus facciones ni el lustre de su tez. Como tenía la mirada baja, no pude distinguir de qué color tenía los ojos; sólo que sus párpados eran largos y sus cejas delicadas. Seguía leyendo; aquella carta debía de interesarle sobremanera. Yo no había visto nunca una figura humana tan inmóvil; me encontraba ante una estatua coloreada.

Como por entonces yo gozaba de una vista buena y penetrante, vi aquel bello rostro con perfecta claridad. Hasta distinguí las venas azules que recorrían la blancura de su garganta despejada.

Debería haberme retirado con el mismo sigilo con que había entrado antes de que fuera advertida mi presencia. Pero mi interés era tan grande que quería quedarme unos minutos más. En aquel lapso, ella alzó los ojos. Eran ojos grandes, de una tonalidad que los poetas modernos llaman «violeta».

Aquellos espléndidos ojos melancólicos pasaron del espejo a mi persona con una mirada altiva; enseguida la dama bajó su velo negro y se dio media vuelta.

Pensé que habría preferido que no la viera. Yo estaba observando cada mirada y movimiento suyos, hasta los más mínimos, con una atención tan intensa como si me fuera en ello la vida.

## CAPITULO II - *El patio de la Belle Étoile*

Aquel rostro era de los que enamoran a primera vista. Mi curiosidad dio paso a ese tipo de sentimientos que se adueñan tan rápidamente de los jóvenes. Mi audacia se rindió ante aquella dama, y me embargó la sensación de estar cometiendo una impertinencia. Ella se encargó de poner las cosas en su sitio, pues la misma dulce voz que yo había oído antes dijo ahora fríamente, y en francés:

-Sin duda monsieur ignora que este cuarto es privado.

Inclinando la cabeza cuanto pude, mascullé unas disculpas y retrocedí en dirección a la puerta.

Sin duda le parecí arrepentido y confuso (confieso que así me sentía), pues ella dijo entonces, como para quitar un poco de tensión a la escena:

-No obstante, me alegro de tener otra oportunidad de agradecer a monsieur la ayuda, tan prestada eficaz, que ha tenido la bondad de prestarnos hoy.

Fue más el tono distinto de su frase que el contenido de la misma lo que me dio renovado ánimo. Ella no

necesitaba darme las gracias; y, aunque tal hubiera sido el caso, ciertamente no estaba obligada a hacer-lo de nuevo.

Todo aquello me resultó sumamente halagador, sobre todo el que se produjera tan inmediatamente después del ligero reproche.

Ahora hablaba en voz bajay con timidez,y noté que había vuelto la vista rápidamente hacia una segunda puerta de aquella misma estancia; supuse que el caballero de la peluca negra, su celoso marido, iba a aso-mar por ella a no más tardar. Casi en el mismo momento se oyó una voz aflautada y nasal impartiendo órdenes a un criado, voz cada vez más próxima. Pertenecía a la persona que tan profusamente me había dado las gracias desde la portezuela del coche de camino, una hora antes apro-ximadamente.

-Monsieur tendrá la amabilidad de retirarse -dijo la dama con un tono que parecía de invitación, al tiempo que agitaba la mano en dirección a la puerta por la que yo había entrado.

Hice de nuevo una profunda reverencia, di unos pasos atrás y cerré la puerta. Bajé las escaleras henchido de felicidad y fui directamente a hablar con el dueño de la BelleÉtoile (como ya he dicho, tal era el nom-bre de mi posada).

Describí el aposento del que acababa de salir, dije que me gustaba y pregunté si estaba libre.

Él contestó que lo sentía muchísimo, pero que el aposento y las dos habitaciones contiguas estaban ocupadas...

-¿Por quién?

-Personas de distinción.

-Pero ¿quiénes son? Deben de tener algún nombre, o título...

-Sin duda, monsieur; pero es tal la riada humana que se dirige hacia París que hemos dejado de preguntar los nombres o títulos a nuestros huéspedes. Los designamos simplemente por las habitaciones que ocupan.

-¿Cuánto tiempo piensan parar aquí?

-Tampoco eso puedo decírselo, monsieur. No nos interesa. Mientras las cosas sigan así, nuestras habitaciones no podrán estar nunca desocu-padas.

-¡Me habría gustado tanto alojarme en esos aposentos! ¿Es también dormitorio alguno de ellos?

-Sí, señor; por cierto, monsieur debe saber que nadie suele contratar una alcoba si no piensa pernoctar.

-En fin, espero me pueda dar algunas habitaciones, en la parte de la casa que sea.

-Ciertamente. Monsieur puede disponer de dos aposentos. Son los únicos que hay ahora mismo libres.

Los tomé de inmediato.

Estaba claro que aquellas personas pensaban parar allí; por lo menos no se irían hasta la mañana

siguiente. Empecé a sentirme como quien se embarca en una aventura.

Tomé posesión de mis habitaciones y miré por la ventana, la cual descubrí que daba al patio de la posada. Muchos caballos estaban siendo liberados de los arneses, calientes y cansados, para ser sustituidos por otros, recién salidos de los establos. Numerosos vehículos -unos privados, y otros, como el mío, parecidos a los que en Inglaterra se llamaban antiguamente sillas de posta- estaban sobre el pavimento esperando su turno de relevo. Los criados más atareados trajinaban de un lado a otro, y los que no tenían nada que hacer se paseaban o bromeaban, y la escena en su conjunto parecía animada y divertida.

En medio de todo aquello creí reconocer al vehículo y a uno de los criados de las «personas linajudas» que tanto interés despertaban en mí en aquel momento.

Así pues, bajé corriendo hasta la puerta trasera y, en un santiamén, me encontré en el empedrado desigual, en medio del espectáculo visual y sonoro que en semejante tipo de lugares suele acompañar a los momentos de especial trajín y vaivén.

El sol estaba ya próximo a ponerse y arrojaba sus rayos dorados sobre las chimeneas de ladrillo rojo de los obradores, haciendo que los dos toneles que, colocados en la punta de sendos postes, servían de palomas, parecieran incendiados. Esta luz hace que todo nos resulte pintoresco y nos interesen cosas que, en el sobrio gris de la mañana, nos podrían parecer aburridas.

Tras una pequeña búsqueda di con el vehículo que andaba buscando. Un criado estaba cerrando con llave una de las portezuelas, las cuales estaban provistas de auténticas cerraduras. Me detuve a unos pasos, con la mirada fija en la enseña del vehículo.

-¡Bonita esa cigüeña roja!-observé, apuntando al escudo de armas de la puerta-; sin duda el emblema de una familia distinguida.

El criado me miró unos instantes mientras se metía la llave en el bolsillo, y dijo, con un saludo y una sonrisa ligeramente sarcásticos:

Monsieur es libre de hacer conjeturas.

No cedí al desaliento, sino que le administré ese laxante que en muchas ocasiones actúa de forma muy venturosa sobre la lengua y que no es otro que una propina.

El criado se quedó mirando el napoleón de su mano y luego volvió la vista hacia mí, con una sincera expresión de sorpresa.

-¡Monsieures muy generoso!

-No hay de qué. ¿Quiénes son la dama y el caballero que han viajado en este carruaje y a quienes, como sin duda recuerdas, mi criado y yo prestamos hoy ayuda en una emergencia, cuando sus caballos se hallaban caídos en el suelo?

-Es el conde, y a la joven dama la llamamos la condesa; pero no sé... Puede ser su hija.

-¿Me puedes decir dónde viven?

-Por mi honor, monsieur, que no puedo decirlo. ¡No lo sé!



-¿Que no sabes dónde vive tu amo? Seguro que sabes de él más cosas que el nombre...

-Nada que valga la pena contar, monsieur. A mí me contrataron en Bruselas el día mismo de la partida. Monsieur Picard, mi compañero, el mayordomo de monsieur el conde, ha pasado muchos años a su servicio y lo sabe todo; pero no habla nunca salvo para impartir órdenes. De su boca no he podido recoger ninguna información. Bueno, una vez que estemos en París, espero enterarme rápidamente de todo. Pero ahora sé de ellos más o menos lo que usted, monsieur.

-¿Y dónde está monsieur Picard?

-Ha ido al cuchillero a que le afilen las cuchillas. Pero no creo que le vaya a contar nada.

Fue aquella una cosecha bastante pobre para tan dorada siembra. Creo que aquel hombre decía la verdad, y que me habría revelado con toda honestidad los secretos de aquella familia de haber estado al corriente de alguno. Me despedí cortésmente y volví a subir las escaleras rumbo a mi habitación.

Llamé de inmediato a mi criado. Aunque lo había traído conmigo de Inglaterra, había nacido en Francia; era un tipo habilidoso y vivarachos, por supuesto, estaba perfectamente al corriente de los usos y costumbres de sus compatriotas.

-St. Clair, cierra la puerta y ven aquí. No podré descansar hasta que no descubra algo sobre esas personas linajudas que tienen sus aposentos debajo de los míos. Toma quince francos; busca a los criados a los que hemos echado hoy una mano; toma con ellos un *petit souper* y ven luego a contarme toda su historia. Ya me he entrevistado con uno de los dos, que no sabe nada y así me lo ha hecho saber. El otro, cuyo nombre he olvidado ahora, es el mayordomo del noble desconocido, y lo sabe todo. A ése le deberás sonsacar todas las cosas que puedas. Por supuesto, es el venerable gentilhomme, y no la joven dama que lo acompaña, el que me interesa sobre todo. ¿Comprendido? Y ahora, márchate ya. ¡Vuela! Y vuelve con todo tipo de pormenores y circunstancias interesantes, que me muero por conocerlos.

Era un encargo que se adecuaba a las mil maravillas a los gustos y temperamento de mi digno St. Clair, con quien, como habrán observado, me había acostumbrado a hablar con esa familiaridad especial que la antigua comedia francesa impone entre amo y criado.

Estoy seguro de que se burlaba de mí en secreto; pero su expresión no delataba nada que no fuera cortesía y complacencia.

Tras varias miradas de complicidad, asentimientos y encogimientos de hombros, se retiró; desde mi ventana vi cómo, en menos que canta un gallo, había bajado al patio, donde poco después se hurtó a mi vista en medio de tanto carruaje estacionado.

### CAPÍTULO III - *Desposorios de Muerte y Amor*

Cuando el día se alarga demasiado, cuando a un hombre solo lo co-rroen la impaciencia y el suspense; cuando el minuterio de su reloj viaja tan despacio como la manilla horaria, y ésta parece haberse detenido; cuando nuestro hombre bosteza, tamborilea en la mesa con los dedos, aplasta su agraciado semblante contra los cristales de la ventana tara-reando tonadillas que le aburren; en una palabra, cuando no sabe qué hacer consigo mismo, es muy de lamentar que ese hombre no pueda ha-cer más que una vez al día una comida succulenta de tres platos. Las leyes de la materia, de las que somos esclavos, nos niegan ese recurso.

Pero, en los tiempos de los que hablo, la cena era aún una comida sustanciosa, y ya se acercaba la hora. ¡Qué gran consuelo! Sin embargo, ¿cómo emplear los tres cuartos de hora que faltaban todavía?

Es cierto que llevaba conmigo para el viaje dos o tres libros entrete-nidos; pero hay muchos estados de ánimo en los que uno no puede leer. Mi novela yacía abandonada en el sofá junto con mi manta de viaje y mi bastón, y me habría importado un ardite que la heroína y el héroe se hubieran ahogado juntos en la barrica que veía en el patio, bajo mi ventana.

Di un par de vueltas por la habitación y suspiré; luego, ante el espejo, me ajusté mi gargantilla blanca, doblada y atada a la manera de Brummel, el inmortal «Beau». Me puse un chaleco de piel de búfalo y mi cha-qué azul de botones dorados; empaqué el pañuelo *eneau-de-Cologne* (a la sazón carecíamos de la gama de esencias con que los perfumistas nos han colmado desde entonces), y me peiné el cabello, que en aquella época era para mí un motivo de orgullo y que retocaba con frecuencia. A mi chevelure morena, con rizos naturales, le ha sucedido ahora una docena de cabellos completamente canos , sobre un cráneo lustroso y rosa que no guarda prácticamente ningún recuerdo de aquélla. Pero no hablemos de cosas que puedan mortificarnos. Mi melena era entonces abundante, espesa y castaño oscura. Y me esmeré al máximo en mi aseo personal. Saqué de su caja mi irreprochable sombrero y lo coloqué suavemente sobre mi sagaz cabeza, imprimiéndole, en la medida en que me lo permitían la memoria y la práctica, esa ligerísima inclinación que la persona inmortal antes mencionada acostumbraba a imprimir al suyo. Un par de ligeros guantes franceses y ese tipo de bastón nudoso parecido a una porra que tan en boga estuvo en Inglaterra durante un par de años, «completaron mi equipo», como leemos en las novelas de Walter Scott.

Toda aquella atención a mi aspecto personal para dar un simple gar-beo por el patio, o por la entrada de la Belle Étoile, era fruto de mi devoción a los maravillosos ojos que había contemplado unas horas antes por primera vez, y que nunca jamás podría olvidar... Dicho llana-mente, todo aquello estaba hecho con la vaga, vaguísima esperanza de que aquellos ojos pudieran posarse en el irreprochable atavío de un esclavo melancólico y conservaran la imagen quizá con una secreta aprobación.

Mientras ultimaba los preparativos, la luz vino a faltarme; desapare-ció el último rayo horizontal de sol, quedando sólo un resplandor cre-puscular. Suspiré al unísono con aquella hora melancólica y abrí la ven-tana de par en par; quería echar un vistazo antes de bajar. Noté que la ventana debajo de la mía estaba también abierta, pues oí dos voces con-versando, aunque no pude distinguir qué estaban diciendo.

La voz masculina era muy curiosa; era, como ya les he contado, ati-plada y nasal. Por supuesto, la reconocí al instante. Y la voz que le con-testaba hablaba con un tono dulce que también reconocí al punto. El diálogo duró sólo un minuto; la desagradable voz masculina reía, creí, con una especie de sátira demoníaca, y luego se alejó de la ventana, de manera que yo casi dejé de oírla.

La otra voz seguía cerca de la ventana, pero no tanto como al prin-cipio.

No era un altercado; evidentemente no había nada excitante en aquel coloquio. ¡Qué no habría dado yo para que hubiera sido una tri-fulca-y cuanto más violenta mejor-,y haber podido intervenir como enmendador de entuertos y defensor de la belleza ultrajada! Pero, ¡ay!, si un juez hubiera tenido que pronunciarse por el carácter de los tonos que oía, aquellos dos podrían haber sido la pareja más tranquila del mundo. Unos instantes después, la dama empezó a cantar una extrañachanson. Huelga recordarles que la voz cantada suena más que la hablada. Así,pude distinguir perfectamente la letra. El timbre de su voz tenía acaso exquisita dulzura característica, creo saber, de un *mezzosoprano*; había una nota de patetismo y un poco también de burla, creí detectar, en la entonación. Me he atrevido a hacer una traducción torpe, pero fidedig-na, de la letra:

Muerte y Amor se desposaron y ahora acechan en paciente emboscada; al despuntar el alba o caer la tarde, moza y mozo se escogen y reúnen.

Ardiente suspiro o gélido aliento enloquece o entumece a ella; Muerte y Amor a su presa atrapan acechando en paciente emboscada.

-¡Basta ya, madame!-exclamó la voz vieja con brusca severidad-. No estamos aquí, supongo, para divertir con nuestra música a los criados y palafreneros.

La voz de la dama rió alegremente.

-Parecéis buscar disputa, madame.

Y el anciano, supuse, cerró la ventana; pero con tal violencia que bien podría haberse roto algún cristal.

Entre los aislantes menos espesos, el cristal es sin duda el más eficaz. Ya no oí nada más, ni siquiera el murmullo de su conversación.

¡Qué voz tan encantadora la de aquella condesa! ¡Cómo modulaba, se amplificaba y temblaba! ¡Cómo me emocionó y me trastornó! ¡Qué lástima que un viejo grajo destemplado tuviera poder para amedrentar a semejante Filomena! ¡Qué vida tan contradictoria!, filosofé. ¡Que una hermosa condesa, con la paciencia de un ángel, la belleza de una Venus y el talento de todas las Musas, fuera una esclava! Seguro que sabe quién ocupa el aposento que está encima del suyo; me ha oído subir la venta-na. Fácil adivinar a quién va dirigida su música, viejo celoso, y a quién has sospechado que va dirigida.

Salí de mi habitación embargado por una agradable emoción y, al bajar al piso inferior, pasé por la puerta del conde lo más despacio que pude. Había pocas probabilidades de que la bella cantante apareciera en aquel momento. Dejé caer mi bastón al suelo del pasillo, junto a su puerta. Pueden estar seguros de que tardé bastante tiempo en recogerlo; pero la fortuna no me sonrió. Como no podía pasar toda la noche en aquel pasillo recogiendo mi bastón, decidí bajar al vestíbulo.

Consulté el reloj y vi que sólo quedaba un cuarto de hora para el comienzo de la cena.

En aquellos tiempos todo el mundo renunciaba a sus refinamientos habituales, pues en las posadas reinaba el más completo desorden; así, podía ser que algunas personas hicieran en tales circunstancias lo que nunca habían hecho antes. ¿Sería posible que, por una vez, el conde y la condesa ocuparan sendos asientos en la mesa común?

## CAPÍTULO IV -MonsieurDroqville

Abrigando aquella emocionante esperanza, bajé premiosamente los escalones de laBelleÉtoile. Ya se había hecho de noche, y una agradable luz de luna iluminaba el paisaje. Mi romance se había intensificado desde mi llegada a la posada, y aquella luz poética no hacía sino poten-ciar mis sentimientos. ¡Qué dulce melodrama si ella resultaba ser la hija del condey estaba enamorada de mí! ¡Qué deliciosatragedia, en cam-bio, si resultaba ser la esposa del conde!

Con este talante autoindulgente fui abordado por un caballero alto y de buena planta, que parecía rondar los cincuenta. Tenía un aspecto amabley donoso,y de sus modales se desprendía un aire de distinción tal que resultaba imposible no suponer que se trataba de una persona de abolengo.

Llevaba un rato de pie sobre los escalones, mirando, como yo, los efectos lunares que transformaban los objetos y los edificios de aquella callejuela. Me abordó, como he dicho, con esa cortesía a la vez natural y altiva que caracteriza a un noble francés de la vieja escuela. Me preguntó si no sería yo por casualidad un talMr.Beckett. Yo asentí, e inmediata-mente se presentó como el marqués de Harmonville (esta información me la facilitó en voz baja) y pidió permiso para ofrecerme una carta delordR\*\*\*, quien conocía algo a mi padre y en otro tiempo me había hecho a mí también algún pequeño favor.

Puedo asegurar que aquel par de Inglaterra pisaba muy fuerte en el mundillo político y que su nombre sonaba como el más probable suce-sor para el distinguido puesto de ministro plenipotenciario inglés en París.

Yo recibí la nota con una reverencia, y leí:

Mi querido Beckett:

Me permito presentarle a mi queridísimo amigo el marqués de Harmonville, quien le explicará la índole de los servicios que quizá esté en su mano hacerle a él y a nosotros.

Luego habló del marqués como de un hombre cuya enorme riqueza, íntimas relaciones con las viejas familias y legítimo influjo en la corte lo hacían la persona más adecuada para esas misiones amistosas que, para satisfacer el deseo de su soberano y de nuestro gobierno, tan afablemen-te había emprendido.

Mi perplejidad no pudo ser mayor al leer acto seguido:

Por cierto, Walton estuvo aquí ayer, y me dijo que era probable que su escaño se encontrara seriamente amenazado; no cabe duda, dice, de que algo se está tramando en Domwell. Sabe que me resulta muy complicado intervenir, ni aun con la mayor cautela. Pero me permito aconsejarle que envíe enseguida a Haxton a que averigüe qué es lo que está ocurriendo. Me temo que sea algo grave. Debería haberle dicho antes que, por razones que entenderá después, cuando haya hablado con él cinco minutos, el marqués -de acuerdo con todos nuestros amigos- ha renunciado a su título durante unas semanas y que se hace llamar simplemente monsieur Droqville.

En estos momentos me dirijo a la ciudad, y no puedo decir nada más.

Suyo afectísimo,

R\*\*\*

Estaba completamente desconcertado. Yo no podía presumir de ser amigo del lord R\*\*\*. No conocía a nadie llamado Haxton ni, a excepción de mi sombrerero, a nadie que respondiera al nombre de Walton; y aquel aristócrata escribía como si fuéramos amigos íntimos... Miré el reverso de la carta y quedó resuelto el misterio. Para mi gran consternación, pues yo era simplemente Richard Beckett, se decía lo siguiente:

« Para George Stanhope Beckett, Esq., M.P. »

Miré atónito al marqués.

-¿Qué disculpas puedo presentar a monsieur el mar..., a monsieur Droqville? Es cierto que yo me llamo Beckett, y que conozco, aunque muy poco, al lord R\*\*\*; pero esa carta no va destinada a mí. Yo me llamo Richard Beckett, mientras que esa carta va dirigida a Mr. Stanhope Beckett, diputado por Shillingworth. ¿Qué puedo decir, o hacer, en esta lamentable circunstancia? Solamente puedo darle mi palabra de caballero de que, para mí, esta carta, que ahora devuelvo, será un secreto tan inviolado como lo era antes de abrirla. Lamento en lo más profundo que haya podido producirse semejante error.

Puedo decir que la sinceridad de mi pesar y mi buena fe debían de leerse en mi semblante con total claridad, pues la mirada de penosa turbación que durante un buen rato se había asomado al rostro del marqués se iluminó ahora; éste sonrió amablemente y me tendió la mano.

-No tengo la menor duda de que monsieur Beckett va a respetar mi pequeño secreto. Como estaba de Dios que se iba a producir un error, tengo motivos para agradecer a mi buena estrella que se haya producido ante un caballero de honor. Monsieur Beckett me permitirá, espero, incluir su nombre en la lista de mis amigos.

Yo le agradecí sinceramente aquellas muestras de amabilidad.

Monsieur- prosiguió-, no sabe lo contento que me sentiría si logra- ra convencerle para que vaya a visitarme a Claironville, Normandía, donde espero ver, el 15 de agosto, a muchos amigos, a los que quizá le interesará conocer.

Por supuesto, le agradecí efusivamente su hospitalario ofrecimiento. Continuó:

-Por el momento no puede ver a mis amigos, por los motivos que usted supone perfectamente, en mi casa de París. Pero monsieur tendrá seguramente la amabilidad de hacerme saber en qué hotel piensa albergarse en París; comprobará que, aunque el marqués de Harmonville se encuentre ausente, monsieur Droqville se va a ocupar igualmente de usted.

Con renovadas muestras de gratitud, le facilité la información que deseaba saber.

-Y, entre tanto -prosiguió-, si se le ocurre alguna manera en la que pueda serle útil monsieur Droqville, sepa que nuestra comunicación no se interrumpirá aquí, y que yo dispondré las cosas de manera que pueda usted dar conmigo fácilmente.

Me sentía halagadísimo. Estaba claro que, como se suele decir, le había caído bien al marqués. Este tipo de simpatías a primera vista suele cristalizar en amistades de larga duración. Tal vez el marqués juzgaba prudente asegurarse de la buena disposición del involuntario conocedor de un secreto político, por vago que éste fuera.

Tras despedirse con su especial galanura, desapareció por la puerta que daba acceso a la Belle-Étoile.

Yo permanecí un rato en medio de la escalinata ponderando la nueva amistad que acababa de hacer. Pero los maravillosos ojos, la estremece-dora voz y la exquisita figura de la bella dama que se había apoderado de mi imaginación volvieron a imponerse rápidamente sobre cualquier otra consideración. Así, mi atención volvió a centrarse en la romántica luna mientras bajaba los escalones. Avancé por mitad de la calle entre extraños objetos y entre casas antiguas y pintorescas, en un estado de ensoñación y de reflexión.

A los pocos minutos me hallaba de nuevo en el patio de la posada, donde ahora reinaba la calma. El lugar ruidoso de una o dos horas antes estaba ahora completamente en silencio y vacío, salvo algunos carruajes desperdigados. Tal vez en aquellos momentos se encontraba cenando la servidumbre. Me sentía especialmente a gusto en medio de aquella soledad y, sin que nadie me estorbara, dirigí mis pasos hacia el coche de mi amada, bañado también por la luz de la luna. Permanecí un rato ante él, lo circunvalé. Me estaba comportando de la manera necia y sentimental como se comporta un adolescente con ocasión de su primer amor. Las cortinas del vehículo estaban echadas, y las portezuelas, supuse, cerradas con llave. La claridad de la luna prestaba nitidez a cada objeto y proyectaba sobre el empedrado la sombra afilada y negra de las ruedas, los tiros y los muelles. Me planté ahora delante del blasón pintado de la portezuela que examinara antes con luz solar. Preguntándome cuántas veces se habrían posado los ojos de ella en el mismo objeto, me sumí en un sueño encantador. Detrás de mí se oyó una voz sorda:

-¡Una cigüeña roja, qué bien! La cigüeña es un ave de presa; es vigilante, rapaz y pesca gobios. Y roja... ¡Como la sangre! Ja, ja... Un símbolo muy apropiado.

Me había vuelto y estaba mirando el rostro más pálido que jamás había visto. Era ancho, feo y torvo. Pertenecía a un oficial francés, vestido con el uniforme de faena, de uno noventa de estatura aproximadamente. Una pronunciada cicatriz le bajaba de la frente a la nariz, lo que hacía más siniestro aún aquel rostro repelente.

El oficial alzó la barbilla, enarcó las cejas y, con una risita burlona, agregó:

-En cierta ocasión abatí por mera diversión a una cigüeña que se creía a salvo en las nubes. -Se encogió de hombros y esbozó una risita perversa-. Mire, monsieur, cuando un hombre como yo, un hombre de energía, ¿comprende?, un hombre de una extraordinaria presencia de ánimo que ha dado la vuelta a Europa debajo de una tienda, *parbleu!*, a veces sin nada que lo cobijara, decide descubrir un secreto, sacar a la luz un delito, atrapar al ladrón, ensartar a un bandido en la punta de su espada, es difícil que no lo consiga. ¡Ja, ja, ja! Adieu, monsieur!

Se dio bruscamente la media vuelta y salió del patio con paso marcial.

## CAPÍTULO V - *Cena en la Belle Étoile*

El ejército francés estaba en aquella época de un humor pésimo. Y eran precisamente los ingleses los que menos probabilidades tenían de ganarse su simpatía. Sin embargo, era obvio que el caballero cadavérico que acababa de apostrofar el blasón del carruaje del conde con tan misteriosa acrimonia no había dirigido su malevolencia contra mí. Estaba picado por algún antiguo recuerdo y se había marchado encendido en cólera.

Yo acababa de recibir uno de esos sustos repentinos que tanto nos sobresaltan cuando, creyendonos perfectamente solos, descubrimos que nuestras payasadas han sido observadas de cerca por alguien. En este caso, el efecto se intensificó con la extrema fealdad de aquel rostro y, puedo añadir también, por su proximidad, pues creo recordar que casi tocó el mío. La enigmática arenga de aquella persona, llena de odio y retintín, aún resonaba en mis oídos. En cualquier caso, vino a alimentar la fecunda imaginación de un amante.

Era la hora de la cena. Tal vez el chismorreó de los comensales arroja-ba nueva luz sobre el tema que tanto me interesaba...

Entré en el comedor, escudriñando con la vista a aquella pequeña asamblea, compuesta de unos treinta individuos, en busca de las personas que tenían un interés especial para mí.

No era fácil conseguir que un personal tan atareado como el de la Belle Étoile sirviera la cena en los aposentos privados en medio de la gran confusión reinante a la sazón; y, por tanto, muchas personas a las que no les gustaba la mesa común podían acabar haciendo de la necesidad virtud si no querían morir de hambre.

El conde no se hallaba entre los comensales, ni tampoco su bella compañera; pero el marqués de Harmonville, a quien no había esperado ver en un lugar tan público, me señaló, con una sonrisa significativa, una silla vacía que había a su lado. Yo le obedecí, y él, que pareció complacido, empezó a conversar conmigo casi de inmediato.

-Es ésta la primera vez que visita Francia, ¿verdad? -dijo.

Tras confirmarle que así era, prosiguió:

-No debe conceptuarme como una persona demasiado curiosa e impertinente, pero París es tal vez la capital más peligrosa que pueda visitar un caballero joven y generoso sin la compañía de un mentor. Si no tiene a ningún amigo experimentado que lo acompañe durante su visita... -Hizo una pausa.

Yo le hice saber que no tenía semejante amigo, pero que me manten-dría vigilante; que había visto mucho mundo en Inglaterra y que, imagi-naba, la naturaleza humana era fundamentalmente la misma en todas las partes del mundo. El marqués sacudió la cabeza mientras esbozaba una sonrisa.

-A pesar de todo, descubrirá que hay grandes diferencias -dijo-. No cabe duda de que cada nación tiene sus particularidades intelectuales y morales; particularidades que, entre las clases criminales, generan un estilo de villanía no menos peculiar. En París, la clase que vive de la Pillería es tres o cuatro veces mayor que en Londres, y vive mucho mejor. Algunos de sus miembros hasta vive espléndidamente. Son más ingeniosos que los granujas londinenses; son más activos e imaginativos, Y las dotes de comediante, de las que sus compatriotas andan poco sobrados, están aquí muy extendidas. Estos valiosísimos atributos los sitúan a un nivel completamente diferente. Esos granujas saben adoptar los modales de las clases distinguidas y se mueven entre el lujo como pez en el agua. La mayoría vive del juego.

-Igual que la mayoría de los granujas londinenses.

-Sí, pero de manera muy distinta. Son *habitués* de ciertos lugares de juego, billares y otros antros, entre los que destacan las carreras, donde se apuesta muy alto; y merced a su mayor conocimiento de los juegos de azar desvalijan a los incautos haciendo trampas, sirviéndose de compin-ches, sobornos y otros artificios, que varían según el tipo de impostura, Pero aquí se hace de una manera más elaborada, y con un *finess* real-mente exquisita. Hay gente cuyos modales, comportamiento y conver-sación no tienen igual, y viven en casas preciosas en los barrios más ele-gantes, con muebles del gusto más refinado y exquisitamente lujosos . Algunos de estos individuos imponen respeto incluso a los burgueses parisienses, que los creen sinceramente personas distinguidas porque sus costumbres son dispendiosas y lujosas y sus casas son frecuentadas por extranjeros de campanillas y, en cierto modo también, por jóvenes necios del *beau monde* francés. En todas estas casas se juega fuerte. La supuesta pareja anfitriona raras veces se une al juego; se limita a facilitar a sus cómplices la manera de desplumar a sus invitados; y es así como timan y roban a forasteros acaudalados.

-Pero yo he oído hablar de un joven inglés, hijo de lord Rooksbury que reventó dos mesas de juego parisienses el año pasado, sin ir más lejos.

-Veo -dijo riendo- que usted ha venido aquí a hacer lo mismo. Yo también, cuando tenía su edad, traté de llevar a término la misma arries-gada empresa. Para empezar, reuní una suma del orden de quinientos mil francos; esperaba hacer saltar la banca gracias al simple procedimiento de doblar siempre la apuesta. Había oído hablar de ello, e imaginaba que los tramposos que tenía enfrente no sabían nada al respecto. Sin embargo, luego descubrí que no sólo estaban al corriente del truco, sino que ade-más habían tomado las debidas precauciones contra el mismo; y así me vi frenado en mis planes, antes incluso de empezar la partida, por una regla que impedía doblar la apuesta original más de cuatro veces consecutivas.

-¿Y esa regla sigue aún en vigor? -pregunté yo, descorazonado.

Mi interlocutor se encogió de hombros con una sonrisa en los labios.

-Por supuesto que sí, mi joven amigo. La gente que vive de un arte siempre lo entiende mejor que cualquier aficionado. Veo que usted tramó el mismo plan, y que venía bien provisto para ello.

Le confesé que me había preparado para una empresa de mayor envergadura aún. Venía con una bolsa de treinta mil libras esterlinas.



-Cualquier conocido de mi queridísimo amigolordR\*\*\* me intere-sa; y, además del respeto que siento hacia él, estoy encantado con usted; así que le ruego perdone mis preguntas y mis consejos tal vez demasiado indiscretos.

Le di mis más sinceras gracias por su valiosísimo consejo y le rogué tuviera la amabilidad de darme cuantos consejos se le ocurrieran.

-Pues, si quiere un buen consejo -dijo-, deje el dinero en el banco en que esté. No arriesgue ni un solo napoleón en una casa de juego. La noche que decidí saltar la banca perdí entre siete mil y ocho mil libras. Para mi siguiente aventura conseguí introducirme en una de esas elegantes casas de juego que pasan por ser mansiones privadas de personas de distinción y me salvó de la ruina un caballero a quien desde entonces he tratado cada vez con mayor respeto y amistad. Da la casualidad de que dicho caballero se encuentra ahora en esta casa. He reconocido a su criado y he ido a visi-tarle a sus aposentos, donde he podido comprobar que es el mismo hom-bre valiente, cortés y honorable que siempre he conocido. Si no viviera ac-tualmente tan al margen de la vida social, habría considerado casi un deber el presentárselo. Hace quince años habría sido el tutor ideal para usted. El caballero de que hablo no es otro que el conde deSt. Alyre. Está entroncado con una familia de recio abolengo. Es el honor personificado, y el hombre más sensato de este mundo, si exceptuamos una cosa.

-¿Qué cosa? -vacilé. Ahora estaba profundamente interesado.

-Pues que está casado con una criatura encantadora, a la que lleva al menos cuarenta y cinco años, y que, aunque creo que sin ningún moti-vo, es terriblemente celoso.

-¿Y la dama?

-La condesa creo que es digna en todos los sentidos de un hombre tan bueno -contestó con un tono algo seco.

-Creo que la he oído cantar esta tarde.

-Sí, me da la impresión de que es una persona con muchas cualida-des. -Tras unos minutos de silencio, prosiguió:- En fin, no debo per-derle a usted de vista, pues me sentiría muy mal si, la próxima vez que vea usted a mi amigolordR\*\*\*, tuviera que decirle que lo han desplumado en París. Un inglés rico como usted, con una suma tan grande depositada en bancos de París, joven, alegre y generoso..., hay mil vam-piros y arpías que se pelearán por tener el privilegio de devorarlo.

En aquel momento recibí una especie de codazo de mi vecino de la derecha. Un golpe accidental mientras se daba la vuelta en su asiento.

-Por el honor de un soldado, que no hay bicho viviente en esta sala que sane más deprisa que yo.

El tono con el que dijo esto fue seco y estentóreo, y casi me hizo sal-tar en mi asiento. Al volverme reconocí al oficial cuyo rostro ancho y pálido casi me había asustado en el patio de la posada; se limpió la boca con furor y, tras beber un trago deMâcon, prosiguió:

-¡Nadie! ¡No es sangre, sino licor! ¡Milagro! Aparte de la estatura, tendones, huesos y músculos, y aparte también del valor, por todos los ángeles de la muerte que pelearía desnudo contra un león y le arranca-ría los dientes de un puñetazo y lo azotaría con su propia cola hasta darle muerte. Digo que, aparte de estos atributos que me han sido dados, y sin tener en cuenta que yo valgo por seis hombres en el campo de batalla, merced a esta excepcional capacidad de cicatrización que poseo, ya pueden

destrozarme, atravesarme, despedazarme con balas de cañón, que la naturaleza me devolverá mi integridad en menos tiempo que uno de vuestros sastres remienda una vieja casaca. *Parbleu!*, caballeros, si me vieran desnudo, se reirían con ganas... Miren mi mano, un tajo con un sable en toda la palma, hasta el hueso, que recibí cuando intenté salvar mi cabeza, suturado con tres puntos, y cinco días después estaba jugando a la pelota con un general inglés, prisionero en Madrid, contra los muros del convento de Santa María de la Castidad... ¡En Arcole, por el mismísimo Lucifer! ¡Aquello sí que fue una batalla! Cada uno de los que allí había, caballeros, tragó en cinco minutos más humo del que se necesitaría para que se asfixiaran aquí todos ustedes. En aquella misma ocasión recibí dos balas de mosquete en los muslos, metralla en la pantorrilla, una lanzada en mi hombro izquierdo, un fragmento de metralla en mi deltoides izquierdo, un bayonetazo en el cartílago de las costillas del lado derecho, un sablazo que me arrancó una libra de carne del pecho, y el trozo mayor de una espoleta en la frente. ¡No está mal, eh! ¡Ja, ja! Y todo eso en un periquete. Ocho días y medio después estaba yo haciendo una marcha forzada, con un pie descalzo, y era otra vez la vida y alma de mi com-pañía, y estaba más fresco que una lechuga.

-Bravo, bravissimo! Per Bacco, ecco un galant'uomo!- exclamó con marcial éxtasis un italiano bajito y regordete que fabricaba mondadientes y cunas de mimbre en la isla de Nôtre Dame- ¡Sus hazañas serán celebradas en toda Europa! ¡La historia de estas guerras debería escribir-se con su sangre!

-¡Bah! ¡No tiene importancia!- exclamó el soldado-. El otro día, en Ligny, donde hicimos de los prusianos cien mil billones de átomos, un trozo de obús me atravesó la pierna y me abrió una arteria. La sangre me brotaba como por una chimenea, y en medio minuto había perdido la suficiente como para llenar un jarro. Un minuto después debería haber expirado si no me hubiera arrancado el fajín en un santiamén, lo hubie-ra atado a mi pierna por encima de la herida y hecho un par de nudos, cortando así la hemorragia y salvando mi vida. Pero sacrébleu, caballeros, había perdido demasiada sangre y desde entonces estoy más pálido que el culo de un plato. Pero no importa. Todo eso son simples menudencias. La sangre está bien derramada, caballeros. -Dicho lo cual, se concentró en su botella de vin ordinaire.

El marqués había cerrado los ojos y me pareció resignado y asqueado todo el tiempo que duró la escena.

-Garçon!- dijo luego el oficial, volviéndose en su silla para llamar al camarero. Por primera vez hablaba en voz baja-. ¿Quién ha venido en ese carruaje amarillo oscuro y negro estacionado en mitad del patio, con armas y tenantes blasonados en la portezuela y una cigüeña más roja que mis hazañas?

El camarero no lo sabía.

El excéntrico oficial, cuya mirada se había vuelto de repente torva y grave, parecía haber delegado en otros comensales la tarea de dirigir la conversación general. De forma aparentemente accidental, se fijó ahora en mí.

-Perdone, *monsieur*- dijo-; pero ¿no le he visto por casualidad hace un rato examinar junto a mí el escudo de armas de ese vehículo? ¿Me puede decir quién llegó en él?

-Yo diría que el conde y la condesa de St. Alyre.

-¿Y están aquí, en la Belle Étoile? - preguntó.

-Sí, se alojan en el primer piso- contesté.

Hizo ademán de levantarse, apartando ligeramente la silla de la mesa. Pero enseguida volvió a sentarse, y pude oírle perjurarse y mascullar insultos para sus adentros con ceño fruncido y huraño. No habría sabido

decir si estaba alarmado o furioso.

Me volví para decir un par de cosas al marqués, pero éste se había marchado. Otras personas se habían retirado igualmente, y la partida de los comensales no tardó en dispersarse.

Dos o tres tarugos de leña ardían en el fuego, pues la noche se había vuelto fría. Fui a sentarme junto a la chimenea, en un gran sillón de roble esculpido que tenía un respaldo maravillosamente alto y que parecía más viejo que Matusalén.

-Garçon- dije-. ¿Podría decirme quién es ese oficial? -Es el coronel Gaillarde, monsieur.

-¿Viene a menudo por aquí?

-Sólo ha venido una vez antes, monsieur. Hace un año se alojó aquí durante una semana aproximadamente.

-Es el hombre más pálido que he visto en mi vida.

-Eso es bien cierto, monsieur; más de una vez lo han confundido con un aparecido.

-¿Me puede servir una botella de borgoña, que sea bueno de verdad? -Puedo traerle el mejor borgoña de Francia, monsieur. -Haga el favor de poner la botella sobre esa mesa, y un vaso al lado.

¿Puedo quedarme aquí una media hora?

-Naturalmente, monsieur.

Me sentía muy a gusto; el vino era excelente, y mi pensamiento res-plandeciente y sereno. « ¡Ah, mi bella condesa! ¿No nos vamos a conocer nunca? »

## CAPÍTULO VI - *Un sable desenvainado*

A un hombre que ha viajado todo el día en la posta, ha cambiado de clima cada media hora, se siente a gusto consigo mismo, no tiene ninguna preocupación y está sentado solo junto al fuego en un confortable sillón tras haber cenado en abundancia se le puede perdonar perfectamente si echa una cabezadita.

Había llenado mi cuarto vaso cuando caí dormido. Debo señalar que mi cabeza estaba inclinada en una postura incómoda; además, todo el mundo sabe que la cocina francesa no es el mejor aperitivo para un sueño apacible.

Tuve un sueño mientras echaba aquella cabezada junto a la lumbre.

Me encontraba en una catedral inmensa, sin otra luz que la que provenía de los cuatro cirios colocados en las esquinas de una especie de estrado cubierto por un paño negro, sobre el que, envuelto también con tela negra, yacía el que me pareció ser el cadáver de la condesa de St. Alyre. El lugar parecía vacío, hacía frío, y mi vista sólo alcanzaba (al tenue resplandor de los cirios) hasta un pequeño radio.

Lo poco que veía tenía ese carácter sobrio del estilo gótico y ayudaba a mi imaginación a dar forma y amueblar el vacío negro que me abismaba. Oí un sonido parecido al paso lento de dos personas avanzando por la enlosada nave lateral. Un eco apagado daba idea de la vastedad del lugar. Me embargaba una horrible sensación de expectación, y me llevé un susto de espanto cuando el cuerpo que yacía sobre el catafalco (sin moverse), me dijo con una voz susurrante que me dejó helado: «Vienen a enterrarme viva. ¡Por favor, sálveme!»

Noté que no podía ni hablar ni moverme. Estaba paralizado por el miedo.

Las dos personas que se acercaban salieron entonces de la oscuridad. Una, el conde de St. Alyre, se deslizó hacia la cabeza de la figura, sobre la que posó sus manos largas y delgadas. Otra, el coronel de semblante pálido marcado por una cicatriz, en el que se dibujaba una sonrisita de triunfo infernal, colocó las manos bajo los pies de la joven y entre los dos empezaron a levantarla.

Rompiendo el hechizo con un esfuerzo descomunal, me puse de pie y proferí un grito ahogado.

Estaba perfectamente despierto, pero el rostro ancho e inicuo del coronel Gaillard me estaba mirando, pálido como la muerte, desde el otro lado de la lumbre.

-¿Dónde está ella? -exclamé con un estremecimiento.

-Eso depende de a qué ella se refiera, *monsieur* - contestó secamente el coronel.

-¡Cielo santo! -exclamé con la respiración entrecortada y mirando a mi alrededor.

El coronel, que me estaba mirando con sarcasmo, se había tomado un *demi-tasse de café noir*, y ahora estaba bebiendo su copa, de la que emanaba un agradable aroma de coñac.

-Me quedé dormido y he estado soñando -dije, temeroso de que se me hubiera escapado alguna palabra ofensiva por el papel que él había desempeñado en mi sueño-. Durante unos instantes no sabía ni quién era yo.

-Usted es el joven caballero que está hospedado encima del conde y la condesa de St. Alyre, ¿no es cierto? -dijo entornando un ojo con aire pensativo y mirándome fijamente con el otro ojo.

-Así lo creo; sí, así es -contesté.

-Bueno, jovencito, procure no tener sueños peores que los que ha tenido esta noche -dijo con tono enigmático mientras meneaba la cabeza con una risita entre dientes-. Sueños peores -repitió.

-¿Qué quiere decir el señor coronel? -pregunté.

-Estoy tratando de descubrirlo por mí mismo -dijo-; y creo que lo conseguiré. Cuando tenga sujeta una punta del hilo entre el índice y el pulgar, por mucho trabajo que me cueste seguiré el hilo tramo a tramo, poco a poco, de esta manera, por arriba y por abajo, de un lado a otro, hasta que todo el hilo quede bien liado en mi pulgar y logre dar con la otra punta, con su correspondiente secreto. Ingenioso,

¿no? ¡Más astuto que cinco zorros juntos! ¡Más despierto que una comadreja! *Parbleu!* Si no me hubiera importado rebajarme, habría hecho fortuna como espía. ¿Es bueno el vino de aquí? -dijo con una mirada inquisitiva hacia mi botella.

-Más que bueno -dije-. ¿Quiere un vaso el señor coronel?

Tomó el mayor que encontró, lo llenó, lo alzó con una reverencia y lo bebió despacio.

-¡Ah, bah! ¡No es de lo mejor, ni mucho menos! -exclamó con cierto desprecio, pero volviéndolo a llenar-. Debería haberme dicho que le pidiera un borgoña, y no le habrían traído esta pócima.

Me libré de aquel hombre tan pronto como me lo permitió la buena educación y, calándome el sombrero, salí sin otra compañía que mi recio bastón. Visité el patio y miré hacia las ventanas de la condesa. Por desgracia, estaban cerradas, y ni siquiera tuve el pequeño consuelo de contemplar la misma luz que estaba contemplando en aquel momento la hermosa dama mientras escribía, leía, o permanecía sentada en su sillón pensando en... quienquiera que fuese.

Acepté aquella grave privación con la mayor resignación que pude y decidí darme una vueltecita por la población. No les aburriré con efectos de luz de luna ni con las ensoñaciones de un hombre que se ha enamorado instantáneamente de un hermoso rostro. Diré simplemente que mi paseo duró una media hora y que, cuando volvía dando un pequeño ro-deo, me encontré en una placita bordeada de casas con gabletes y en cuyo centro se erguía, sobre un pedestal, una estatua de piedra desgastada por varios siglos de lluvia. Estatua que estaba mirando también un hombre delgado y bastante alto, a quien reconocí al instante: no era otro que el marqués de Harmonville, que me reconoció a su vez casi inmediatamente. Dio unos pasos en mi dirección y dijo encogiéndose de hombros y riendo:

-Le sorprenderá encontrar a monsieur Droqville mirando esa vieja figura de piedra a la luz de la luna. Pero algo hay que hacer para matar el tiempo. Como veo, también usted padece ennuí. Estas pequeñas poblaciones de provincia... ¡Cielo santo, qué fuerte hay que ser para vivir en ellas!... Sólo sería capaz de renegar de una buena amistad hecha en mis años jóvenes si para cultivarla me obligaran a vivir en semejantes lugares. Supongo que sigue usted mañana su viaje a París...

-He pedido caballos.

-Yo espero una carta, o una llegada. Cualquiera de las dos cosas mesacarían de aquí. Pero no puedo decir cuándo se producirá ese acontecimiento.

-¿Puedo ayudarle de alguna manera para acelerar su partida? -me ofrecí.

-Me temo que no, monsieur. Pero le doy mil gracias. Es una obra en la que todos los papeles están ya repartidos. Yo soy un simple aficionado, y sólo la amistad me ha empujado a tomar parte en ella.

Siguió hablando un rato mientras volvíamos despacio hacia la Belle Étoile; luego se produjo una pausa, que yo aproveché para preguntarle si sabía algo del coronel Gaillarde.

-¡Ah, sí, cómo no! Está un poco loco; ha recibido algunas heridas peligrosas en la cabeza. Solía dar un tostón espantoso al personal del Departamento de la Guerra. Tiene la cabeza constantemente llena de pájaros. Le buscaron un empleo, sin ningún cargo de responsabilidad, por supuesto; pero en su famosa campaña, Napoleón, que no podía prescindir de nadie, lo puso al mando de un regimiento. Siempre fue un combatiente temerario, de esos que tanto se valoraban entonces.

Hay, o había, en esta ciudad, otra posada llamada L'Écu de France. El marqués se detuvo en su puerta, me dio las buenas noches de manera misteriosa y desapareció.

Mientras proseguía premiosamente hacia mi posada, me tropecé, en la sombra de una hilera de álamos, con el garçon que me había servido el borgoña una hora antes. Iba pensando en el coronel Gaillardey, cuando el pequeño camarero pasó a mi lado, le hice señas de que se detuviera.

-Me ha dicho antes, si no recuerdo mal, que el coronel Gaillarde paró en la Belle Étoile durante una semana hace cierto tiempo.

-Sí, monsieur.

-¿Está en su sano juicio?

El camarero puso ojos de plato.

-Desde luego, monsieur.

-¿Nunca ha sospechado nadie que esté loco?

-Nunca, monsieur. Es un poco alborotador, pero un hombre muy astuto también.

-No sabe uno a qué atenerse -mascullé entre dientes mientras me alejaba.

Ya se veían las luces de la Belle Étoile. En la puerta, iluminado por la luna, había un coche tirado por cuatro caballos, y en el vestíbulo estaba teniendo lugar un furioso altercado. Los berridos del coronel Gaillarde se imponían a cualquier otro sonido.

A casi todos los jóvenes les gusta, cuando menos, presenciar una algarada. Pero, intuitivamente, sentí que ésta me iba a interesar a mí de manera especial. Hice corriendo los cincuenta metros que me separaban de allí y me encontré en el vestíbulo de la vieja posada. El actor principal de aquel extraño drama era, en efecto, el coronel, que estaba plantado ante el viejo conde de St. Alyre, vestido con su traje de viaje, y con su bufanda de seda negra cubriéndole la parte inferior del rostro. Resultaba evidente que se había visto interceptado cuando se disponía a subir a su coche. Un poco por detrás del conde estaba la condesa, también con atavío de viaje; llevaba el rostro cubierto por su espeso velo negro, y sus delicados dedos sostenían una rosa blanca. Imposible concebir una efigie más diabólica del odio y la furia que la personificada por el coronel. Se le notaban en la frente sus venas nudosas, tenía los ojos desencajados, le rechinaban los dientes y acompañaba sus denuncias estentóreas con zapatazos contra el suelo y molinetes con su sable.

El dueño de la Belle Étoile estaba tratando de calmar al coronel. Dos camareros, pálidos de terror, contemplaban la escena impotentes. El coronel no dejaba de berrear manteniendo la espada en alto.

-No creía a mis ojos cuando reconocí el ave de presa roja. No podía creer que tuvieran la audacia de viajar por la ruta nacional, alojarse en una posada honrada y cobijarse bajo el mismo techo que otros hombres honrados. ¡Pareja de vampiros, de lobos, de demonios! ¡Llamad a los gendarmes, deprisa! Por san Pedro y Lucifer que, si alguno de los dos trata de salir por esa puerta, le rebanaré la cabeza.

Permanecí unos segundos estupefacto. ¡Qué oportunidad tan buena se me brindaba! Me acerqué a la dama, la cual, con aire desencajado, me agarró del brazo.

-¡Oh, *monsieur*!- *susurró* en medio de su agitación-. Este horrible loco... ¿Qué podemos hacer? No quiere dejarnos pasar. Va a matar a mi marido.

-No tema nada, *madame*-contesté con romántica devoción; e, interponiéndome entre el conde y Gaillarde, que no dejaba de lanzar invectivas, grité:

-¡Sujete su lengua y despeje el camino, rufián, matón, cobarde!

La dama dejó escapar un grito leve, que recompensó con creces el riesgo que yo corría, mientras la espada del frenético soldado, tras una pausa de indecisión, silbaba en el aire para abatirme.

## CAPÍTULO VII -*La rosa blanca*

Yo era demasiado rápido para el coronel Gaillarde. Mientras él levantaba su espada, sin importarle otra cosa que no fuera mi condigno castigo, y plenamente decidido a partirme la crisma en dos, yo lo golpeé en la cabeza con mi macizo bastón; y, mientras él retrocedía, tambaleándose, le asesté otro golpe, casi en el mismo lugar, que dio con sus huesos en el suelo, donde quedó aparentemente muerto.

No me importó ninguno de sus galones militares, ni si estaba vivo o muerto; tal era el vendaval de deliciosas y diabólicas emociones que sentía dentro de mí.

Rompí su espada bajo mis pies y lancé los trozos a la calle. El viejo conde de St. Alyre salió disparado, sin mirar a derecha ni izquierda ni dar las gracias a nadie, en dirección de la puerta, bajó los escalones y desapareció en el interior de su coche. En un santiamén corrí al lado de mi bella condesa, abandonada así a su suerte; le ofrecí mi brazo, que ella aceptó, y la conduje hasta el coche. Entró en él, y yo le cerré la portezuela. Todo sin mediar una sola palabra.

Estaba a punto de preguntarle si tenía alguna orden con la que honrarme (mi mano reposaba sobre el borde inferior de la ventanilla, que estaba abierta).

La mano de la dama se posó sobre la mía, tímida pero nerviosa. Sus labios casi tocaron mi mejilla al decirme apresuradamente:

-Puede ser que no vuelva a verle, y ¡ay!, que pueda olvidarlo. Váyase. Adiós. ¡Por el amor de Dios, váyase!

Yo apreté su mano durante unos segundos. Ella la retiró, pero colocó en la mía la rosa que había estado entre sus dedos durante la agitada escena que acabábamos de vivir.

Todo aquello se produjo mientras el conde impartía órdenes, suplícabay maldecía a sus criados, que estaban algo achispados y no habían asistido a la dramática escena, como mi conciencia me insinuó después, a consecuencia de mi ingeniosa idea. Éstos ocuparon ahora sus puestos con la agilidad que produce la desazón. Los látigos de los postillones chasquearon, los caballos empezaron a moverse y el coche se fue alejando con su preciosa carga por la pintoresca calle principal, en medio del claro de luna, rumbo a París.

Yo permanecí inmóvil sobre el pavimento hasta que se perdió del todo en lontananza.

Con un profundo suspiro, me di la vuelta, con la rosa blanca doblada en mi pañuelo, mi pequeña prenda de despedida, mi *favor secreto, dulce y precioso* que ningún ojo mortal, más que el suyo y el mío, había visto pasar de una mano a otra.

El solícito dueño de la Belle-Étoile y sus ayudantes levantaron al héroe herido en mil batallas, lo apoyaron contra la pared, apuntalándolo a cada lado con baúles y almohadas, e introdujeron un vaso de coñac, que fue debidamente apuntado en su cuenta, en su gran boca, donde por primera vez aquel delicioso elixir no fue ingurgitado desaforadamente.

Se mandó llamar a un pequeño cirujano militar de unos sesenta años, de cabeza calva y con gafas, que había amputado ochenta y siete piernas y brazos tras la batalla de Eylau, y se había retirado con su espada y su sierra, sus laureles y sus escayolas a esta su ciudad natal. Al principio creyó que el cráneo del arrojado coronel se había fracturado; en cualquier caso había una conmoción en la sede del pensamiento, y, pese a su extraordinaria capacidad autocurativa, había motivos sobrados para antenerlo fuera de combate durante al menos un par semanas.

Yo empecé a sentir cierta inquietud. Qué lástima si aquella excursión mía, en la que iba decidido a hacer saltar bancas y romper corazones (y, como ven, también cabezas), acababa en el cadalso o en la guillotina. En aquellos tiempos de inestabilidad política no estaba claro cuál era el procedimiento en vigor para castigar a los criminales.

El coronel fue conducido a su habitación roncando apopléjicamente.

Vi al posadero en la sala en la que habíamos cenado. Cuando se emplea algún tipo de fuerza para conseguir un objetivo importante, no se puede andar especulando ni escatimando medios económicos. Mejor pasarse por mil que quedarse a un milímetro de la meta. Yo sentí esto de manera instintiva.

Pedí una botella del mejor vino que había en la posada; invité al posadero a compartirlo conmigo, en la proporción de dos vasos a uno, y luego le dije que no debía rechazar un insignificante *souvenir* de un huésped que había quedado encantado de todo lo que había visto en la famosísima Belle-Étoile. Dicho lo cual, coloqué en su mano treinta y cinco napoleones, al tacto de los cuales su semblante, hasta entonces poco simpático, se tornó radiante, mientras su talante distante se trocaba en amigable; así, mientras se llevaba apresuradamente las monedas a los bolsillos, quedaba claro que entre nosotros dos se habían instaurado unas relaciones muy cordiales.

Inmediatamente saqué a relucir el tema de la cabeza rota del coronel. Ambos convenimos en que, si yo no hubiera dado aquel certero bastonazo, el militar habría decapitado a la mitad de los huéspedes de la Belle-Étoile. No hubo un solo camarero de la posada que no estuviera dispuesto a corroborar bajo juramento la veracidad de aquella afirmación.

El lector supone sin duda que yo tenía otros motivos, además del deseo de escapar de las fastidiosas pesquisas judiciales, para desear reanudar cuanto antes mi viaje a París. Como comprenderá cuál no sería mi horror al saber que, ni por ruegos ni por dinero, no había manera alguna de conseguir caballos aquella noche. El último par de la ciudad lo había reservado el Écuyer de France, para un caballero que había almorzado y cenado en la Belle-Étoile y que tenía que continuar hacia París aquella misma noche.

¿Quién era aquel caballero? ¿Había marchado ya? ¿No se le podría convencer para que aguardara hasta el día siguiente?



El caballero se encontraba ahora en sus habitaciones recogiendo su equipaje, y su nombre no era otro que el de monsieur Droqville.

Subí rápidamente a mi cuarto, donde encontré a mi criado St. Clair. Al verlo, mis pensamientos cambiaron unos instantes de rumbo.

-Y bien, St. Clair, dime ahora quién es esa dama -le conminé.

-Esa dama es la hija o esposa, no importa cuál de las dos cosas sea, del conde de St. Alyre, el anciano caballero que ha estado tan a punto de ser troceado esta noche, según me han referido, por la espada del general a quien monsieur ha tenido la suerte de mandar a la cama con un buen ataque de apoplejía.

-¡Cierra el pico, idiota! Ese hombre estaba más borracho que una cuba. Está mohíno; puede decir lo que quiera, ¿a quién le importa? Recoge todas mis cosas. ¿Dónde se hospeda monsieur Droqville?

Por supuesto que lo sabía; siempre lo sabía todo.

Media hora después, monsieur Droqville y yo viajábamos juntos rumbo a París, en mi coche de camino y con sus caballos. Al cabo de un rato me aventuré a preguntarle al marqués de Harmonville si la dama que acompañaba al conde era de verdad la condesa.

-¿No tiene una hija?

-Sí; eso creo. Es una joven muy hermosa y encantadora. No puedo contestarle con exactitud. Quizá era ella. Es hija de un matrimonio anterior. Hoy sólo he visto al conde.

Al marqués le estaba entrando la modorra y, poco después, cayó completamente dormido en su rincón. Yo también daba algunas cabezadas; pero el marqués dormía como un tronco. No se despertó, y sólo durante un par de minutos, hasta la siguiente posta, donde había tenido la suerte de conseguir caballos mandando por delante a su criado, según me dijo.

-Perdone que sea un compañero tan aburrido -dijo-; llevaba más de sesenta horas sin dormir. Tomaré aquí una taza de café; ya he echado un sueñecito. Permítame que le recomiende que haga usted lo mismo: el café de aquí es realmente bueno.

Ordenó dos tazas de café expreso y esperó con la cabeza asomada por la ventana.

-Guardaremos las tazas -dijo al camarero que le traía las tazas-. Y la bandeja. Gracias.

Hubo un pequeño retraso mientras él abonaba aquellas cosas; luego pasó al interior del vehículo la pequeña bandeja y me ofreció una taza de café.

Como yo le dije que no necesitaba la bandeja, él se la colocó sobre las rodillas para que le sirviera de mesa en miniatura.

-No soporto que me esperen los camareros mientras bebo el café -dijo-. Me gusta saborearlo tranquilamente.

Asentí. Era realmente un café buenísimo.

-Al igual que monsieur el marqués, yo he dormido muy poco durante las dos o tres últimas noches; y me cuesta mucho trabajo mantenerme despierto. Este café hará maravillas en mí; ya me siento como nuevo.

Nos pusimos en marcha antes de haber apurado las tazas.

Durante un rato el café nos volvió parlanchines, y la conversación se animó.

El marqués era extremadamente simpático, además de hábil, y me hizo una brillante y divertida descripción de la vida parisiense, con sus peligros y seducciones, presentando su retrato de manera que se me quedaran bien grabadas algunas enseñanzas de orden práctico.

A pesar de las historias divertidas y curiosas que contó el marqués, llenas de sal y de colorido, me fueron entrando unas ganas terribles de dormir.

El marqués, que notó esto, se resignó afablemente a que nuestra conversación fuera decayendo. Su ventanilla iba abierta. Primero arrojó su taza por ella, luego la mía, y finalmente hizo lo propio con la pequeña bandeja, que oí chocar contra la calzada. Un valioso hallazgo, a no dudarlo, para algún campesino madrugador. Me acomodé en mi rincón; tenía mi querido *souvenir* -mi rosa blanca- cerca del corazón, envuelto ahora en papel blanco. Éste me inspiraba toda una gama de sueños románticos. Empecé a sentir el peso del sueño, pero sin llegar nunca a perder la conciencia del todo. Desde mi rincón seguía visualizando en diagonal, con los ojos semientornados, el interior del coche. Deseaba con todas mis fuerzas conciliar el sueño, pero la barrera entre la vigilia y éste se me antojaba absolutamente infranqueable, y así entré en un estado de somnolencia completamente nuevo e indescriptible.

El marqués cogió del suelo su valija, la colocó sobre sus rodillas, la abrió y sacó la que resultó ser una lámpara, que sujetó con dos pinzas en la ventanilla opuesta. La encendió con una cerilla, se caló las lentes y sacó un fajo de cartas, que se puso a leer con mucha atención.

Avanzábamos muy lentamente. En mi impaciencia, yo había empleado hasta entonces cuatro caballos por etapa. Pero, en aquella emergencia, podíamos considerarnos afortunados de haber encontrado dos. Con todo, la diferencia de velocidad resultaba deprimente.

Acabó pareciéndome aburrida la visión del marqués leyendo con sus lentes caladas, doblando y guardando las cartas una a una. Me esforcé por poner fin a aquella imagen fatigosa, pero algo me impedía cerrar los ojos del todo. Volví a intentarlo, pero estaba claro que había perdido la capacidad de cerrarlos.

Me habría restregado los ojos, pero ni siquiera podía mover una mano; ¡mi voluntad no mandaba ya sobre mi cuerpo. Descubrí que me resultaba a tan difícil mover cualquier articulación o músculo como, por ejemplo, haber intentado, por un acto de voluntad insólito, hacer volcar el carruaje. Hasta entonces- no había experimentado ninguna sensación de terror. Fuera lo que fuera, aquello no se podía equiparar con una simple pesadilla. ¡Empecé a asustarme de verdad! ¿Estaría padeciendo algún ataque?

Era horrible ver cómo mi afable compañero seguía dedicándose a sus ocupaciones rutinarias cuando podría haber ahuyentado mis horrores con un simple sacudimiento.

Hice un esfuerzo sobrehumano por gritar; pero nada. Repetí el esfuerzo varias veces, con el mismo resultado.

Mi compañero había vuelto a empaquetar sus cartas y estaba mirando por la ventanilla mientras tarareaba el aria de una ópera. Echó hacia atrás la cabeza y dijo, volviéndose hacia mí:

-Sí, ya se ven luces; llegaremos dentro de unos minutos.

Me miró más de cerca y, con una sonrisa afable, y un pequeño encogimiento de hombros, dijo:

-¡Pobrecillo! ¡Qué cansado debe de estar! ¡Qué sueño tan profundo le ha entrado! Cuando se detenga el coche seguro que se despertará.

Luego colocó nuevamente las cartas en la valija, la cerró, se metió las lentes en el bolsillo y volvió a mirar por la ventana.

Entramos en una pequeña población. Supongo que serían las dos de la madrugada. El coche se detuvo. Vi abrirse la puerta de una posada, de la que salía luz.

-¡Ya hemos llegado! -dijo mi compañero, volviéndose alegremente hacia mí-. Pero no me desperté.

-Sí, ¡qué cansado debe de estar! -exclamó tras haber esperado una respuesta de mi parte.

Mi criado se acercó a mi portezuela y la abrió.

-Tu amo duerme profundamente. ¡Está tan cansado! Sería una crueldad molestarle ahora. Tú y yo nos retiraremos mientras cambian los caballos, y tomaremos un piscolabis. Le traeremos algo a monsieur Beckett, pues, en cuanto se despierte, seguro que va a morir de hambre.

Despabiló la llama y echó más aceite a la lámpara. Extremando el cuidado para no despertarme, salió tras dirigirme a mí otra sonrisa amable y a mi criado otra palabra de precaución. Lo oí conversar con St. Clair mientras entraban en la posada. Entre tanto, yo quedaba abandonado en el mismo rincón y en la misma postura.

## CAPÍTULO VIII - *Una visita de tres minutos*

En varias ocasiones de mi vida he sufrido fuertes y largos dolores corporales, pero, gracias a Dios, no había padecido nunca nada parecido a aquella tortura, ni lo padecería tampoco después. Espero con toda el alma que no se parezca a ninguno de los tipos de muerte que pueden acaecernos. Me sentía como un alma encarcelada, y mi angustia, muda e inmóvil, era inenarrable.

El poder del pensamiento seguía claro y activo. Un lúgubre terror se había apoderado de mi espíritu. ¿Cómo terminaría aquello? ¿Era realmente la muerte?

He de señalar que mi facultad de observar no había sufrido merma alguna. Podía oír y ver todo con la nitidez habitual. Simplemente, ocurría que mi voluntad había, por así decir, perdido el control de mi cuerpo.

Ya he dicho que el marqués de Harmonville no había apagado su lámpara de coche al entrar en la posada de aquella aldea. Yo escuchaba atentamente, esperando con ansia su regreso: algún accidente afortunado haría que yo despertara de mi catalepsia.

Sin ruido alguno de pasos que anunciaran una llegada inminente, la portezuela del coche se abrió de repente, y una persona desconocida entró silenciosamente y cerró la portezuela.

La lámpara daba una luz parecida a la de una vela, por lo que vi al in-truso perfectamente. Era un hombre joven con un holgado abrigo gris oscuro y una especie de capucha, que le cubría la cabeza. Al moverse, creí distinguir bajo la capucha la cinta dorada de una gorra militar. También vi, con perfecta nitidez, los galones y botones en las puñetas de la guerrera, fáciles de distinguir bajo las amplias mangas del holgado abrigo.

El joven llevaba un espeso mostacho y una pequeña mata de pelo bajo el labio inferior; también vi una cicatriz roja que le atravesaba la mejilla desde los labios.

Entró, cerró la puerta suavemente y se sentó a mi lado. Todo esto lo hizo en un abrir y cerrar de ojos; luego, inclinándose hacia mí y poniéndose en visera su mano enguantada, me examinó de cerca la cara durante unos segundos.

Este hombre había entrado con el sigilo de un fantasma, y todo lo hacía con rapidez y decisión, lo que indicaba un plan bien definido y establecido de antemano. Sus propósitos eran a todas luces siniestros. Yo pensé que iba a robarme y, quizá, a asesinarme. Pero yo no era más que un cuerpo inerte en sus manos. Deslizó una mano en el bolsillo de mi chaqueta, del que sacó mi preciosa rosa blanca y todas las cartas que había, entre las que figuraba un documento de especial importancia para mí.

A las cartas le echó un vistazo somero. Era obvio que no era aquello lo que buscaba. Mi preciosa rosa la dejó también a un lado. Lo que le interesaba era, a todas luces, el documento a que acabo de referirme; lo desplegó y, con un lápiz, empezó a tomar rápidas notas sobre su contenido en un pequeño cuaderno de bolsillo.

Este hombre parecía trabajar con la celeridad sigilosa y fría propia de un agente secreto.

Colocó los papeles en el mismo orden en que los había encontrado, los volvió a meter en mi bolsillo y desapareció.

Su visita, según mis cálculos, no duró más de tres minutos. Inmediatamente después de su desaparición oí nuevamente la voz del marqués. Entró en el coche y vi cómo me miraba esbozando una sonrisa, medio envidiándome, creo, por un sueño tan profundo. Ah, si hubiera sospechado...

Volvió a sumirse en la lectura y clasificación de sus papeles a la luz de la lámpara que acababa de coadyuvar a las maquinaciones de un espía. Ahora estábamos ya fuera de la población y proseguíamos el viaje a la misma velocidad moderada. El lugar donde había recibido la visita de aquel agente secreto, como podríamos denominarlo, se debía de hallar a unas dos leguas de distancia cuando de repente sentí un extraño palpitir en un oído y la sensación de que el aire pasaba por él y se alojaba en la garganta. Parecía como si una burbuja de aire, formada en el oído, se hinchara y explotara en él. La tensión indescriptible del cerebro pareció ceder de inmediato; noté un extraño zumbido en la cabeza y una

especie de vibración en todos los nervios del cuerpo, como ocurre con un miembro que, según la frase popular, se ha dormido. Exhalé un grito y me quedé medio levantado en mi asiento, donde me dejé caer luego temblando, con una sensación de debilidad mortal.

El marqués se me quedó mirando, me cogió la mano y me preguntó con aire serio si estaba enfermo. Sólo pude contestarle con un gemido profundo.

Poco a poco el proceso de restablecimiento fue tocando a su fin; y así pude, aunque muy débilmente, decirle lo enfermo que me había senti-do. Asimismo le puse al corriente de la violación de mis cartas durante su ausencia.

-¡Cielo santo! -exclamó-. Ese bellaco no habrá tocado mi valija...

Le dije que, por lo que yo había podido observar, podía estar tran-qui-lo a ese respecto. Él colocó la valija a su lado, sobre el asiento, la abrió y examinó su contenido minuciosamente.

-Sí, no hay nada que temer. Todo en su sitio, gracias a Dios -mascu-lló-. Daría cualquier cosa para que ciertas personas no leyeran nunca media docena de cartas que llevo aquí.

Luego me preguntó con gran solicitud por el mal que me había sobrevenido. Cuando le hube contado todo, me dijo:

-Un amigo mío me dijo en cierta ocasión que era posible un ataque como el que ha sufrido usted. A él le sobrevino a bordo de un barco, a resultas de un estado de especial excitación. Era un hombre valiente como usted; y había tenido que hacer valer a la vez su fuerza y su cora-je. Una o dos horas después, el cansancio se apoderó de él y pareció caer en un sueño profundo. Se sumió en un estado que luego describió igual que usted, lo que me hace pensar que se trata de la misma clase de ataque.

-Me alegra saber que no he sido el único. ¿Padeció una recaída?

-Traté con él después durante muchos años, y nunca me habló de tal cosa. Lo que me sorprende es el paralelismo de las causas propiciadoras del ataque. El inesperado y valiente combate, en condiciones tan desfa-vorables para usted, con un espadachín experimentado, como es ese demente coronel de dragones, el cansancio y, finalmente, la forma como ha cedido, como mi otro amigo, al sueño.

»Me gustaría -prosiguió- descubrir quién fue esecoquinque espió sus cartas. Pero no vale de nada volvernos ahora porque no conseguiría-mos enterarnos de nada. Esa gente siempre actúa con mucha habilidad. Sin embargo, estoy casi convencido de que debió de ser un agente de policía. Si se hubiera tratado de cualquier otro tipo de facineroso, de seguro que le habría robado.

Yo hablaba muy poco, pues me sentía débil y agotado, pero el mar-qués seguía distrayéndome con su amable conversación.

-Hemos intimado tanto -dijo al final- que debo recordarle que por el momento no soy el marqués de Harmonville, sino solamente mon-sieur Droqville; sin embargo, cuando lleguemos a París, aunque no pueda verle a menudo, podré serle de gran utilidad. Le pediré que me diga el hotel en el que piensa alojarse, pues, como el marqués está, como puede ver, de viaje, la mansión de Harmonville se encuentra por el momento ocupada por dos o tres viejos criados, que ni siquiera deben ver a monsieur Droqville. Sin embargo, este último ya se las ingeniará para hacerle entrar en el palco que monsieur el marqués tiene en la ópera, así como también a otros lugares de más difícil acceso. Y, tan pronto como concluya la misión diplomática del marqués de Harmon-ville, y éste tenga libertad para mostrarse a plena luz, no

excusará a su amigo, monsieur Beckett, de cumplir su promesa de visitarlo este otoño en el Château de Harmonville.

Como pueden imaginar, di mis más sinceras gracias al marqués.

Cuanto más nos aproximábamos a París más valoraba su protección. La protección de un hombre tan importante, que se interesaba tan amablemente por el desconocido con el que, por así decir, se había topado por error, podría hacer mi visita bastante más deliciosa de lo que me había esperado.

Nada podía ser más gentil que los modales y las atenciones del marqués. Mientras aún le daba las gracias, el coche se detuvo de repente delante del lugar donde nos esperaban caballos de relevo y donde teníamos que separarnos.

## CAPITULO IX - *Chismes y consejos*

Mi accidentado viaje había terminado por fin. Ahora me hallaba sentado a la ventana de mi hotel contemplando la brillante ciudad de París, que en poco tiempo había recobrado toda su alegría y cuyo bullicio era aún mayor que el habitual. Todo el mundo recuerda la gran excitación que siguió a la caída de Napoleón y a la segunda restauración borbónica. Así pues, no necesito (aunque pudiera, después de tantos años transcurridos) recordar y describir mis experiencias e impresiones del aspecto tan singular que tenía París en aquellos días extraños. Aquella era mi primera visita. Pero, pese a haberla visitado numerosas veces después, no creo haber visto nunca aquella deliciosa capital tan encantadoramente excitada y excitante.

Llevaba dos días en París y ya había visto toda suerte de monumentos, sin haber experimentado ninguna muestra de esa rudeza e insolencia de las que otros se quejaban por parte de los exasperados oficiales del derrotado ejército francés.

También tengo que decir una cosa. Mi romance se había apoderado tan por completo de mí que la esperanza de ver al objeto de mis sueños prestaba un secreto y delicioso interés a mis paseos a pie y en coche por las calles y alrededores, así como a mis visitas a los museos y a otros monumentos de la metrópoli.

No había ni visto ni oído hablar del conde ni de la condesa, ni recibido ninguna noticia del marqués de Harmonville. También me había recuperado por completo de la extraña indisposición padecida durante mi viaje nocturno.

Caía la tarde, y ya estaba empezando a temer que mi aristócrata amigo se hubiera olvidado por completo de mí cuando el camarero me ofreció la tarjeta de «Monsieur Droqville», y con gran júbilo y premura le dije que hiciera subir al caballero.

Allí estaba el marqués de Harmonville, tan afable y gentil como siempre.

-Actualmente soy un ave nocturna -dijo tan pronto como hubimos intercambiado los saludos de rigor-. Me mantengo en la sombra durante el día, e incluso a esta hora sólo me he atrevido a venir en coche

cerrado. Los amigos para los que he emprendido esta misión algo peligrosa así lo han dispuesto. Creen que todo estará perdido si consiguen reconocermé; en París. En primer lugar, permítame regalarle estas entradas para mi palco. No sabe cómo me disgusta no poder utilizarlo más a menudo durante las dos próximas semanas; durante mi ausencia había dado instrucciones a mi secretario para que facilitara entradas todas las noches al primero de mis amigos que se lo pidiera, y el resultado es que ahora me encuentro con casi nada para mí mismo.

Le di mis más sentidas gracias.

-Y ahora, unas palabras en mis funciones de mentor. Supongo que no ha venido a París sin cartas de recomendación.

Yo le mostré media docena de cartas, y él echó un vistazo a las señas.

-No tenga en cuenta estas cartas -dijo-. Yo mismo lo presentaré en sociedad. Lo llevaré personalmente de casa en casa. Un amigo a su lado vale más que todas las cartas juntas. No haga amistad ni intime con nadie hasta entonces. A ustedes, los jóvenes, les gusta apurar hasta la última gota los placeres anónimos de una gran ciudad antes que embarcarse en las obligaciones de la vida social. No se pierda ni uno. Le mantendrán ocupado, día y noche, durante al menos tres semanas. Cuando eso haya pasado, yo disfrutaré ya de toda mi libertad, y yo mismo lo introduciré en la rutina brillante pero relativamente tranquila de la buena sociedad. Déjese en mis manos; y recuerde que, en París, una vez que ha sido uno aceptado por el beau monde ya no puede vivir a su aire.

Le di de nuevo las gracias y prometí seguir sus consejos al pie de la letra.

Él pareció encantado y dijo:

-Ahora le diré algunos lugares a los que debería ir. Coja un plano y escriba letras o números sobre los puntos que le voy a indicar, y haremos así una pequeña lista. Todos los lugares que le voy a mencionar son dignos de verse.

De esta manera metódica, y con gran cantidad de anécdotas divertidas y escandalosas, me ofreció un catálogo y una guía, que, para una persona ávida de novedades y placeres como yo, poseían un valor incalculable.

-Dentro de dos semanas, tal vez de una sola -dijo-, tendré el gusto de poder ser verdaderamente útil para usted. Entre tanto, esté bien alerta. Absténgase de jugar; le dejarían sin blanca si lo hiciera. Recuerde esto: aquí está rodeado de hábiles estafadores y granujas de todo tipo que viven de lo que sustraen a los forasteros. No confíe en nadie que no conozca.

Le volví a dar las gracias y le prometí sacar provecho de sus consejos. Pero mi corazón estaba demasiado lleno de la bella dama de la Belle Étoile para permitir que nuestra entrevista terminara sin que yo hubiera intentado saber algo más de ella. Así pues, le pregunté por el conde y la condesa de St. Alyre, a los que había tenido la suerte de salvar de un trance sumamente desagradable en el vestíbulo de la posada.

Pero, ¡ay!, no los había visto desde entonces. No sabía dónde paraban. Poseían una bonita casa antigua a las afueras de París, pero él creía probable que se quedaran, al menos unos cuantos días, en la urbe, ya que habría que hacer bastantes preparativos, después de una ausencia tan prolongada, antes de volver a instalarse en su hogar.

-¿Cuánto tiempo han estado fuera? -Unos ocho meses, creo.

-Son pobres, me parece haberle oído decir.

-Sí, para una persona como usted podrían considerarse pobres.

Pero, monsieur, el conde tiene unas rentas que le permiten vivir con comodidades y hasta con elegancia, sobre todo llevando una vida tran-quila y apartada en este país barato.

-Entonces son muy felices, ¿no? -Digamos que deberían ser felices. -Y ¿qué se lo impide? -Él es celoso.

-Pero su mujer... No le da motivo alguno... -Me temo que sí.

-¿Cómo, monsieur?

-Siempre he pensado que es un poco demasiado..., excesivamente... -¿Demasiado qué, monsieur?

-Demasiado bonita. Pero aunque tiene unos ojos extraordinaria-mente bellos, unas facciones exquisitas y la tez más delicada del mundo, creo que es una mujer honrada. ¿No la ha visto usted nunca?

-Vi a una dama completamente embozada en su abrigo, con un velo que le tapaba la cara, la otra noche en el vestíbulo de la Belle Étoile, cuando le partí la cabeza a ese individuo que estaba intimidando al anciano conde. Pero su velo era tan tupido que no me permitió ver sus rasgos. -Respuesta ésta, como convendrán, bastante diplomática-. Podría ser la hija del conde. ¿Se pelean?

-¿Quién, su mujer y él?

-Sí.

-Un poco.

-¿Y por qué motivo?

-Es una vieja historia: por los diamantes de ella. Son de gran valor Valen, según La Perelleuse, aproximadamente un millón de francos. El conde desearía venderlos para disponer de mayor numerario, que él está dispuesto a gastar como a ella le plazca. Pero la condesa, a quien pertenecen, se resiste a ello, y por una razón que, quiero creer, no está capacitada para revelársela.

-Dígame, por favor, cuál es esa razón -dije, picado en mi curiosidad, -Supongo que piensa lo bella que estará con ellos cuando se case con su segundo marido.

-¡Ah! Claro, sin duda. Pero el conde de St. Alyre es un hombre bueno, ¿no?

-Admirable, y sumamente inteligente.

-¿Cómo me gustaría que me lo presentara! Oyéndole a usted parece tan...

-Tan agradablemente casado. Pero viven completamente apartados del mundo. Él la lleva de vez en cuando a la ópera o a alguna diversión pública; pero nada más.



-Y él debe de recordar tantas cosas del antiguo régimen, y tantos epi-sodios de la revolución...

-Sí, es el hombre más indicado para un filósofo como usted. Se suele quedar dormido después de comer, pero no su esposa... Bueno, hablan-do en serio, le aseguro que apenas frecuenta el beaumonde y que se *ha* vuelto un tanto apático, al igual que su esposa. Y nada parece interesarle a la condesa, ¡ni siquiera su marido!

El marqués se levantó para despedirse.

-No arriesgue su dinero -reiteró-. Pronto tendrá oportunidad *de* colocar parte de él en un negocio muy ventajoso. Varias colecciones *de* cuadros realmente buenos, pertenecientes a personas que apoyaron la restauración bonapartista, van a ser vendidos en subasta dentro de unas semanas. Podrá hacer maravillas cuando comience la venta. ¡Va a haber auténticas gangas! Resérvese para ellas. Yo le mantendré puntualmente al corriente. Quede con Dios. A propósito -dijo, deteniéndose en seco> al acercarse a la puerta-, casi me olvidaba. La semana que viene va a haber un acontecimiento que debería entusiasmarle, pues suele escasear bastante en Inglaterra. Me refiero a un balмасqué, organizado, según dicen, con un esplendor aún mayor del habitual. Tendrá lugar en Versalles. Todo el mundo estará allí; la gente se afana para conseguir invita-ciones. Pero creo que podré conseguirle una. Buenas noches. Adieu!

## CAPÍTULO X - *El velo negro*

Hablando el francés de corrido y con dinero en cantidades ilimita-das, no había nada que me impidiera disfrutar de todo lo disfrutable en la capital francesa. Pueden suponer cómo se pasaron los dos siguientes días. Al cabo de los cuales, y hacia la misma hora, monsieur Droqville volvió a visitarme.

Cortés, afable y alegre como de costumbre, me dijo que el baile de disfraces había quedado fijado para el miércoles, y que había consigui-do una invitación para mí.

¡Qué mala suerte! Lo sentía muchísimo, pero no podía asistir.

Se quedó mirándome en silencio unos instantes con un aire de sos-pecha y amenaza que no comprendí, y luego preguntó, con cierta brus-quedad:

-¿Y tendríamonsieur Beckett la amabilidad de decirme por qué no puede asistir?

Yo estaba un poco sorprendido, pero le dije la simple verdad: tenía una cita para aquel día por la tarde con dos o tres amigos ingleses y no veía la manera de liberarme de aquel compromiso.

-¡Ah, así que es eso! Ustedes, los ingleses, estén donde estén, siempre andan buscando lo mismo: la aburrida compañía de otros compatriotas, cerveza y bistecs; y cuando vienen aquí, en vez de tratar de aprender algo nuevo de la gente que visitan, y que fingen querer estudiar, se dedican a hincharse a comer, a perjurar y a fumar entre ingleses, y al final de sus viajes no salen más experimentados ni más pulidos que si hubieran esta-do de juerga en una tabernucha de Greenwich.

Prorrumpió en unas carcajadas sarcásticas (creo que en aquel momento le habría gustado envenenarme).

-¡Ahí la tiene!- prosiguió arrojando la invitación sobre la mesa- Tómela o déjela, como bien le plazca. Supongo que he hecho el tonto con usted; pero no es corriente que un hombre como yo se tome tantas molestias, pida favores, y consiga finalmente un privilegio para un conocido para luego ser tratado de esta manera.

Aquello me pareció de una impertinencia asombrosa.

Me sentía turbado, ofendido, a la vez que arrepentido. Posiblemente había contravenido sin saberlo las normas de la buena educación según los cánones franceses, lo que casi justificaba la severidad del brusco reproche del marqués.

Y así, en medio de una terrible confusión de sentimientos, me apresuré a presentar mis disculpas para tratar de recuperar el favor de aquel amigo casual que había mostrado para conmigo tanta amabilidad desinteresada.

Le dije que rompería a toda costa el compromiso que desafortunadamente me mantenía atado; que había hablado con muy poca reflexión y que ciertamente no le había mostrado mi agradecimiento en proporción a su amabilidad y a mi verdadera estimación de su persona.

-Por favor, no diga una palabra más; mi desconcierto ha sido sólo por usted, y reconozco que lo he expresado en términos muy duros, que, estoy seguro, su buena disposición sabrá perdonar. Quienes me conocen un poco mejor saben que a veces digo muchas más cosas de las que quiero decir; y siempre lamento que me ocurra esto. Monsieur Beckett se olvidará pronto de que su viejo amigo, monsieur Droqville, ha perdido momentáneamente los estribos por atención a él, y así... volve-mos a ser los buenos amigos de siempre.

Sonrió como el monsieur Droqville que había conocido en la Belle Étoile y alargó la mano, que yo tomé respetuosamente y cordialmente.

Nuestra disputa pasajera había terminado dejándonos mejores y amigos.

El marqués me aconsejó que reservara una cama en algún hotel de Versalles, ya que luego encontraría problemas dada la gran demanda existente, y que lo hiciera inclusive la mañana siguiente.

Así pues, ordené unos caballos para las once en punto, y, tras intercambiar unas cuantas palabras más, el marqués de Harmonville me dio las buenas noches y bajó a toda prisa las escaleras, tapándose con un pañuelo la boca y la nariz. Desde mi ventana vi cómo subía de un brinco a su coche cerrado y desaparecía.

Al día siguiente fui a Versalles. Cuando me aproximaba a la puerta del Hôtel de France me dije para mis adentros que no había pecado precisamente de madrugador, sino más bien de todo lo contrario. Alrededor de la entrada se agolpaba un enjambre de carruajes, de manera que resultaba imposible dar un paso adelante si no era a pie y sorteando toda una legión de caballos. El vestíbulo estaba a rebosar de criados y caballeros que gritaban al hotelero, el cual, en un estado de educada locura, aseguraba a todos y cada uno de ellos que no había habitación ni aposento libre en todo el hotel.

Me deslicé hasta la puerta, dejando el vestíbulo a los que seguían profiriendo gritos y súplicas con la

falsa esperanza de que el propietario pudiera, si quería, encontrarles un hueco. Subí a mi coche y me dirigí, a la máxima velocidad que permitieron mis caballos, al Hôtel du Réservoir. Pero encontré la entrada igual de abarrotada. El resultado fue el mismo. Aquella era una situación irritante, pero ¿qué se podía hacer? Mientras me hallaba en el vestíbulo de este hotel hablando con uno de sus intendentes, mi postillón había logrado con excesivo celo hacer avanzar los caballos, poco a poco, a medida que los otros carruajes iban retirándose; ahora se hallaba ante la escalinata del hotel.

Aquella maniobra resultó muy útil para subir al vehículo. Pero, una vez en él, ¿cómo salir de allí? Había coches delante y detrás, y no menos de cuatro hileras al otro lado.

Por entonces yo tenía una vista extraordinariamente buena. Si ya antes había estado impaciente, adivinen cuáles serían mis sentimientos cuando vi pasar por el angosto margen que quedaba al otro lado de la calzada una calesa descubierta, en la que estaba seguro de haber reconocido a la condesa, cubierta con el velo, y a su marido. Su coche había tenido que aminorar la marcha debido a un carro que ocupaba toda la anchura del camino y avanzaba con la lentitud propia de tales vehículos.

Habría sido más inteligente por mi parte saltar a la acera y dar un rodeo por delante de los carruajes detenidos delante de la calesa. Pero, desgraciadamente, yo era más un Murat que un Moltke y preferí una carga directa sobre mi objeto antes que recurrir a ninguna táctica. Atravesé como una flecha el asiento trasero de un carruaje que estaba al lado del mío, no sé cómo; hice lo propio, dando una voltereta, en una especie de cabriolé, en la que un anciano y un perro estaban echando una cabezadita; salté repartiendo disculpas incoherentes por encima de un coche abierto, en el que había cuatro caballeros enfrascados en una discusión muy animada; tropecé al apearme y caí sobre los lomos de un par de caballos, que al instante se encabitaron y me hicieron morder el polvo de la calle.

A quienes observaran mi intrépida carga sin estar al corriente de mi secreto debí de parecerles un demente. Por fortuna, la calesa que me interesaba había pasado antes de la catástrofe, y, cubierto como estaba yo de polvo y con el sombrero aplastado, pueden imaginarse que no deseaba realmente presentarme así ante el objeto de mi quijotesca devoción.

Permanecí unos instantes en medio de una tormenta de insultos, desagradablemente atemperados con risotadas; y, en medio de todo aquello, mientras me esforzaba por sacudirme el polvo de la ropa con un pañuelo, oí una voz que me resultó familiar:

-Monsieur Beckett!

Volví la cabeza y vi al marqués mirando por la ventanilla de un carruaje. Fue una visión agradable para mí. En un periquete me encontré junto a la portezuela.

-Lo mejor es irse de Versalles -dijo-; ya ha visto que no hay ni una sola cama libre en ninguno de los hoteles; y puedo añadir que no hay una sola habitación libre en toda la ciudad. Pero no se preocupe: he encontrado algo para usted que le puede convenir. Diga a su criado que me siga, y usted suba y siéntese a mi lado.

Afortunadamente, acababa de abrirse una brecha en medio de aquel conglomerado de carruajes, y el mío estaba acercándose.

Indiqué al criado que nos siguiera, y, tras dar el marqués unas órdenes a su cochero, nos pusimos rápidamente en movimiento.

-Le voy a llevar a un lugar confortable, cuya existencia sólo conocen muy pocos parisienses, y donde,

sabedor de cómo estaban las cosas aquí, le he reservado una habitación. Está a menos de dos kilómetros de distancia: es una antigua posada llamada *Le Dragon Volant*. Tiene usted suerte de que mi aburrida encomienda me trajera a este lugar tan temprano.

Creo que habíamos recorrido unos dos kilómetros hasta el lado más alejado del palacio cuando embocamos un camino viejo y estrecho, con los bosques de Versalles a un lado, y al otro numerosos árboles viejísi-mos, de una altura poco frecuente en Francia.

Nos detuvimos ante una posada de planta antigua y maciza, cons-truida con piedra de Caen; su arquitectura era más rica y florida que la habitual en semejante clase de edificios, lo que indicaba su destino ori-ginal como mansión privada de alguna persona acaudalada y, probable-mente, dado que las paredes lucían numerosos escudos de armas, tam-bién distinguida. Una especie de porche, menos antiguo que el resto, se proyectaba hospitalariamente con un amplio y florido arco, sobre el cual, labrado en altorrelieve de piedra, pintado y dorado, destacaba la enseña de la posada.

Era un dragón volador, con alas en rojo y oro vivos, desplegadas; la cola, color verde claro y oro, se retorció y anudaba infinitas veces, y aca-baba en una punta bruñida y dentada como el dardo de la muerte.

-Yo no entraré, pero seguro que le parecerá un lugar confortable; en cualquier caso, siempre es mejor que nada. Entraría gustoso con usted, pero mi anonimato me lo impide. Ah, le agraderá saber también que es una posada encantada. Al menos a mí me habría agrado en mis años jóvenes. Pero no aluda a este espantoso hecho cuando hable con el posa-dero, pues creo que es un tema que aún levanta ampollas. Adiós. Si quiere disfrutar del baile, siga mi consejo y vaya disfrazado de dominó. Espero dejarme caer un rato por allí; si voy, me pondré el mismo disfraz. ¿Cómo nos reconoceremos mutuamente? Déjeme pensar... Algo que llevemos en la mano... Una flor no valdría, pues mucha gente llevará flores. ¿Y si lleva usted una cruz roja de unos cinco centímetros de larga -usted es inglés- cosida o sujeta en el pecho de su dominó, y yo una blanca? Sí, eso es; y, a cualquier sala que vaya usted, sitúese cerca de la puerta hasta que nos encontremos. Yo le buscaré en todas las puertas que franquee; y usted hará igual, de manera que no deberíamos tardar en encontrarnos. Así queda, pues, convenido. Yo no me divierto en tales ocasiones si no voy con una persona joven; una persona de mi edad necesita el contagio de espíritus jóvenes y de la compañía de alguien que disfrute de todo espontáneamente. Hasta luego. Nos veremos esta noche.

Todo esto me lo dijo cuando yo estaba ya pie en tierra. Cerré la puer-ta del coche, le dije adiós y lo vi alejarse.

## CAPÍTULO XI - *El Dragón Volador*

Eché un vistazo ami alrededor.

Los árboles hacían que el edificio resultara más pintoresco aún, si cabía. La majestad y paz del lugar contrastaban extrañamente con el relumbrón y bullicio de la vida parisense, a los que mis ojos y oídos se habían ya acostumbrado.

Luego estuve contemplando durante unos minutos la magnífica y antigua enseña. Después examiné más detenidamente el exterior de la casa. Era grande y sólida, y cuadraba más con mi concepto de los hostales ingleses antiguos, como, por ejemplo, los que albergan en Canterbury a los peregrinos, que con una hospedería francesa. Bueno, salvo una torreta redonda, que se elevaba en el flanco izquierdo de la casa y terminaba en un tejado con forma de apáguvelas, característica de los castillos franceses.

Entré y me anuncié como *monsieur Beckett*, a quien habían reservado una habitación. Fui recibido con toda la consideración debida a un *milord* inglés provisto de una bolsa repleta de dinero.

El posadero me condujo a mi aposento. Era una habitación bastante grande, un poco sombría, con artesonado de madera oscura y con muebles solemnes y sombríos, bastante anticuados. Había una gran chimenea con el manto esculpido con escudos, en los que, de haber mostrado suficiente curiosidad, podría haber descubierto una correspondencia exacta con la heráldica de los muros exteriores. Había algo interesante, melancólico y hasta deprimente en todo aquello. Me acerqué a la ventana de jambas de piedra, que daba a un pequeño parque de árboles frondosos situado detrás de un castillo coronado por un grupo de torretas o chapiteles, como los que he mencionado anteriormente.

El parque y el castillo parecían presididos por la melancolía. Daban muestras de incuria, y casi de decadencia: la tristeza de la grandeza pasada y cierto aire de abandono producían una impresión deprimente en el observador.

Pregunté al posadero cuál era el nombre del castillo.

-Ese castillo, *monsieur*, es el *Château de la Carque*- me aseguró. -¡Qué pena que esté tan descuidado! -señalé-. O digamos, tal vez, qué pena que su propietario no sea ya tan rico, ¿verdad?

-Tal vez, *monsieur*.

-Tal vez... -parafraseé mirándolo-. Lo que me hace suponer que no es un hombre muy popular.

-Ni lo uno ni lo otro, *monsieur*- contestó-. Sólo quería decir que resulta difícil saber qué uso haría él de sus riquezas.

- ¿Y quién es él? -inquirí. -El conde de *St. Alyre*.

-¡Oh! ¡El conde! ¿Está seguro? -pregunté con redoblado interés. Fue ahora el posadero quien clavó su mirada en mí. -Completamente, *monsieur*. El conde de *St. Alyre*. -¿Viene frecuentemente a este lugar apartado? -No, *monsieur*; suele pasar bastante tiempo fuera. -¿Y es pobre? -seguí investigando.

-Yo le pago el alquiler de esta posada. No es mucho; pero él no puede esperar mucho tiempo -contestó con una sonrisa sarcástica.

-Sin embargo, por lo que he oído decir, no debería de ser tan pobre- proseguí.

-Dicen, *monsieur*, que juega mucho. Yo no lo sé. Pero sí puedo asegurarle que no es rico. Hace unos siete meses, un pariente suyo murió muy lejos de aquí. Enviaron el cadáver a esa mansión del conde, y él lo enterró en el cementerio de *Père Lachaise*, tal y como había deseado el finado. El conde pasó unos días muy afligido, aunque, según cuentan, recibió una buena herencia de aquella persona fallecida. Pero el dinero no parece sentarle nunca bien.

-Es viejo, creo.

-¿Viejo? Nosotros lo llamamos «el judío errante», si olvidamos, claro, que nunca tiene cuatro ochavos en el bolsillo. Sin embargo, mon-sieur, no le falta valor: se ha casado con una mujer joven y guapa.

-¿Y quién es ella? -pregunté con subido interés. -Es la condesa de St. Alyre.

-Sí, pero imagino que podrá decirme algo más de ella. ¿Tiene cualidades?

-Tres, monsieur, por lo menos, y sumamente atractivas. -¡Ah! ¿Y cuáles son?

-Juventud, belleza y... diamantes.

Me eché a reír. Aquel viejo astuto se negaba a satisfacer mi curiosidad.

-Ya veo, amigo mío, que no se atreve a...

-A tener problemas con el conde -completó la frase-. Es cierto. Y ve, monsieur, él podría perjudicarme de dos o tres maneras; lo mismo que yo a él. Así pues, es mejor que cada cual se ocupe de lo suyo, y que exista una relación pacífica, ya me entiende.

Era inútil insistir, al menos por el momento. Tal vez no tenía nada que relatar. Si con el tiempo llegaba a persuadirme de lo contrario, podría intentar el efecto de unos cuantos napoleones. Posiblemente él ya estaba pensando en sacar algún beneficio.

El dueño del Dragón Volador era un hombre mayor, delgado, de piel bronceada, y de aire inteligente, decidido y claramente militar. Luego supe que había servido a las órdenes de Napoleón en las primeras campañas de Italia.

-Una pregunta que creo puede usted contestar sin correr ningún riesgo de enemistad -dije-. ¿Está el conde en casa?

-Tiene muchas casas, supongo -dijo de manera evasiva-. Pero..., pero creo, puedo decir que... está viviendo actualmente en el castillo de la Carque.

Más interesado que nunca, miré por la ventana más allá de las ondulaciones del terreno, donde se erguía el castillo, enmarcado por un lúgubre decorado de follaje.

-Lo he visto hoy, en su carruaje, en Versalles -dije-. Nada más normal.

-Luego su coche y caballos y criados están en el castillo.

-El coche lo aparca aquí, monsieur, y los criados los contrata para cada ocasión. Ni uno solo duerme en el castillo. Semejante vida debe de ser terrible para madame la condesa -apostillé.

¡El viejo roñoso!, exclamé para mis adentros. Espera sacarle los diamantes por medio de esta tortura. ¡Qué vida! ¡Qué par de enemigos con los que tiene que enfrentarse: los celos y el chantaje!

El caballero, tras platicar consigo mismo de esta manera, posó los ojos una vez más en el castillo de aquel brujo y dejó escapar un suave suspiro, un suspiro de nostalgia, resolución y amor.

¡Qué tonto era entonces! Sin embargo, cuando nos encontramos con un ángel, ¿nos volvemos acaso

más sensatos al envejecer? A mí me pare-ce que son nuestras ilusiones las que van cambiando con el tiempo; nosotros estamos siempre igual de locos.

\_Hombre, St. Clair -exclamé al ver a mi criado entrar y ponerse a ordenar mis cosas-, qué, ¿ya has encontrado dónde dormir?

-En el desván, monsieur, entre telarañas y, *parmafoi*, entre gatos y lechuzas. Pero nos llevamos muy bien. *Vive la bagatelle!*

-No sabía que estuviera tan llena la posada.

-Principalmente, monsieur, los criados de las personas que tuvieron la suerte de conseguir alojamiento en Versailles.

-¿Qué te parece el Dragón Volador?

-¿El Dragón Volador? El viejo y llameante dragón, monsieur. El día-blo en persona, si es cierto lo que cuentan. A fe de un cristiano, mon-sieur, que en esta casa han tenido lugar milagros diabólicos.

-¿Qué quieres decir? ¿Ha habido aparecidos?

-Nada de eso, señor. ¡Ojalá! No. Personas que jamás han vuelto, que se desvanecieron en presencia de media docena de testigos.

-¿Qué quieres decir, St. Clair? Oigamos la historia o milagro o lo que quiera que sea.

-Es sólo esto, monsieur. Resulta que un antiguo escudero del finado rey guillotinado durante la Revolución -si monsieur tiene la bondad de hacer memoria-, al que le había permitido el emperador volver a Francia, vivió en este hotel durante un mes y, al cabo de dicho tiempo, se esfumó, como le he dicho, ante los ojos de media docena de testigos fidedignos... El otro era un noble ruso, de uno noventa de estatura, el cual, mientras describía, de pie en medio de la habitación de abajo, ante siete caballeros de probada veracidad los últimos momentos de Pedro el Grande, sosteniendo una copa de aguardiente en la mano izquierda y su taza de café, casi vacía, en la derecha, desapareció de manera similar. Se encontraron sus botas en el lugar exacto que había pisado antes de desaparecer; al caballero de su derecha lo encontraron, asombrado, con la taza de café en la mano, y al caballero de la izquierda con la copa de aguardiente...

-Seguro que éste se la bebió en medio de su turbación -sugerí.

-No, se conservó durante tres años entre las curiosidades de esta casa. El cura la rompió mientras conversaba con mademoiselle Fidone, el ama de llaves, en el cuarto de ésta; pero del noble ruso nunca más se volvió a oír. *Parbleu!* Cuando salgamos del Dragón Volador espero que sea por la puerta. Todo esto lo oí contar, monsieur, al postillón que nos trajo hasta aquí.

-Entonces tiene que ser verdad -comenté en tono jocosos. Pero estaba empezando a sentir la melancolía del paisaje y de la estancia en la que, me encontraba. Sin saber cómo, se había deslizado por mi cuerpo un extraño presentimiento y tenía pocas ganas de bromear. Mi ánimo había decaído.

## CAPÍTULO XII - *El mago*

Imposible imaginar un espectáculo más brillante que aquel baile de disfraces. Entre los salones y galerías abiertos al público destacaba la enorme perspectiva de la *Grande Galerie* de Glaces, iluminada para la ocasión con no menos de cuatro mil candelas, que reflejaban y repetían todos los espejos, produciendo un efecto casi deslumbrador. La *grandsuite* de salones estaba abarrotada de personas disfrazadas de la manera más increíble. No había una sola sala vacía. Cada rincón estaba animado por música, voces, colores vivos, joyas centelleantes, y por el alboroto de las improvisaciones y demás ingeniosidades propias de una mascarada bien organizada. Yo nunca había visto nada parecido, al menos comparable a aquella magnificencia. Fui avanzando indolentemente con mi disfraz de dominó, deteniéndome de vez en cuando a escuchar un diálogo ingenioso, una canción burlesca o un monólogo divertido, pero, al mismo tiempo, mirando a mi alrededor por si pasaba por allí mi amigo en domino negro, con la pequeña cruz blanca en el pecho.

Me había detenido y mirado a mi alrededor, especialmente a cada puerta que franqueaba, tal y como había convenido con el marqués. Pero éste aún no había dado señales de vida.

Mientras vagabundeaba así en medio de aquel espectáculo fastuoso, mis ojos repararon en una silla de manos dorada, o más bien un palanquín chino, que hacía alarde de la fantástica exuberancia de la decoración «celeste», transportado con barras doradas por cuatro chinos ricamente ataviados. Delante y detrás marchaban otros dos con una varita en la mano. Y un hombre menudo y ceremonioso, de lengua barbanegra y con un gran fez al estilo de los que llevan los derviches, avanzaba en paralelo a la silla. Una túnica extrañamente bordada caía de sus hombros recubiertos con símbolos jeroglíficos; el bordado era negro y oro sobre un fondo abigarrado de colores brillantes. La túnica iba ceñida por un cinturón ancho y dorado, realzado por signos cabalísticos color rojo oscuro y negro; unas medias rojas y unos zapatos bordados de oro, puntiagudos y curvados hacia arriba al estilo oriental, le asomaban por debajo de la túnica. El rostro del personaje era oscuro, impassible y solemne, y sus cejas negras y enormemente pobladas. Llevaba bajo el brazo un libro de aspecto singular y en la mano una varita de madera barnizada de negro; caminaba con la barbilla hundida en el pecho y los ojos clavados en el suelo. El que abría la marcha agitaba la varilla a derecha e izquierda para abrir paso al palanquín, cuyas cortinas estaban corridas. Había algo tan singular, extraño y solemne en aquel espectáculo que me sentí al punto intrigado.

Me encantó constatar que los portadores colocaban su carga a unos metros del lugar donde yo estaba.

Aquellos y los de las varillas batieron las palmas repetidas veces y bailaron en silencio alrededor del palanquín una danza curiosa y medio salvaje que, sin embargo, en cuanto a las figuras y posturas, resultaba perfectamente acompañada. Danza que se vio pronto acompañada de más palmas y de gritos monótonos y rítmicos.

Mientras tenía lugar esta danza, una mano se posó suavemente sobre mi brazo. Me volví y vi a mi lado a un dominó negro con una cruz blanca.

-Qué alegría haberlo encontrado -dijo el marqués-; y precisamente en este momento. Ésa es la mejor atracción de todas las salas. Tiene que hablar con el mago. Hace aproximadamente una hora me tropecé con ellos más allá y formulé algunas preguntas al oráculo. En mi vida he visto una cosa tan asombrosa.



Aunque sus respuestas hayan sido un poco veladas, no me ha quedado ninguna duda de que conoce todos los detalles sobre la misión que tengo encomendada, que no conoce absolutamente nadie en este mundo más que yo y dos o tres de las personas más discretas de Francia. Nunca olvidaré la impresión que me ha producido. He visto cómo lo consultaban también otras personas, que evidentemente han quedado igualmente sorprendidas, y más asustadas aún si cabe que yo. He venido con el conde de St. Alyre y la condesa (y señaló con la cabeza en dirección de una figura enjuta, también disfrazada de dominó; era el conde).

-Venga conmigo -dijo-. Se lo presentaré.

Como pueden suponer, le seguí presuroso.

El marqués me lo presentó, sin dejar de hacer una hábil mención mi afortunada intervención en la Belle Étoile; el conde me colmó de cumplidos y cortesías, y dijo al final, para mi gran contento:

-La condesa anda por aquí, dos salones más allá, charlando con su vieja amiga la duquesa de Argensaque; iré a buscarla dentro de unos minutos para que pueda también conocerle y agradecerle la ayuda que nos prestó con tanto valor en aquella ocasión tan desagradable que nos tocó vivir.

-Tiene que hablar con el mago como sea -dijo el marqués al conde de St. Alyre-. Se divertirá mucho, al igual que yo, se lo aseguro. ¡Nunca me habría esperado semejantes respuestas! Estoy sorprendidísimo.

-¿De veras? Entonces haremos lo posible por probar también -contestó.

Los tres nos dirigimos hacia el palanquín, donde se hallaba el mago de la barba negra.

A nuestro lado pasó un joven vestido de español que acababa de hablar con el mago en compañía de un amigo; le oímos decir:

-¡Qué farsa tan ingeniosa! ¿Quién será el que está dentro del palanquín? ¡Parece conocer a todo el mundo!

El conde, con su disfraz de dominó, avanzaba tieso a nuestro lado en dirección del palanquín. Los criados chinos mantenían un círculo despejado a su alrededor y los espectadores se arremolinaban sin sobrepasar el círculo.

Uno de estos hombres -el que con su varita dorada había encabezado la procesión-, extendió hacia él la mano:

-¿Quiere dinero? -le preguntó el conde.

-Oro -contestó el acólito.

El conde depositó una moneda en su mano. Al marqués y a mí se nos pidió que hiciéramos lo propio al penetrar en el círculo; petición a la que accedimos religiosamente.

La primera pregunta que hizo el conde fue la siguiente: -¿Soy soltero o casado?

El mago descorrió la cortina rápidamente y aplicó el oído hacia un chino ricamente ataviado que estaba sentado en la litera. Luego, tras retirar la cabeza y volver a cerrar la cortinilla, contestó:

-Lo segundo.

En las siguientes preguntas se observó el mismo ceremonial. El hombre de la varita negra no era un profeta, sino un médium que se limitaba a transmitir las contestaciones de otra persona más importante que él. Siguiéron dos o tres preguntas, cuyas respuestas parecieron divertir sobremanera al marqués, pero cuyo verdadero significado se me hurtó por completo, pues yo no sabía prácticamente nada de la vida y mila-gros del conde.

-¿Me ama mi mujer? -preguntó jocosamente.

-Todo lo que usted merece.

-¿A quién amo más en este mundo?

-A sí mismo.

-¡Ah! Yo diría que eso se puede aplicar más o menos a todo el mundo. Pero, dejando a un lado mi propia autoestima, ¿hay algo en el mundo que yo ame más que a mi mujer?

-Sus diamantes.

-¡Ah! -exclamó el conde.

Observé que el marqués se había echado a reír.

-¿Es cierto -preguntó el conde, cambiando de tema perentoriamente- que ha habido una batalla en Nápoles?

-No, en Francia.

-En efecto -dijo el conde, con una mirada sarcástica a su alrededor-.

¿Y puedo saber entre qué potencias y por qué motivo en concreto?

-Entre el conde y la condesa de St. Alyre, por un documento que suscribieron el 25 de julio de 1811.

El marqués me dijo después que aquella era la fecha en que habían firmado su contrato matrimonial.

El conde se quedó sin voz unos minutos (supuse que con las mejillas al rojo carmín debajo del disfraz.)

Nadie más que nosotros sabía que el interrogador era el conde de St. Alyre.

Me pareció que le costaba trabajo encontrar su siguiente pregunta, y, tal vez; que estaba arrepentido de haberse metido en aquel berenjenal.

De ser tal el caso, se vio rescatado por el marqués, quien, cogiéndolo de un brazo, le susurró:

-Mire quién viene por su derecha.

Yo miré a la dirección indicada por el marqués y vi una figura chupa-da y desvaída acercarse hacia nosotros. No venía enmascarado. Tenía el rostro ancho, lleno de cicatrices, pálido. En una palabra, era

el feo rostro del coronel Gaillarde, con el uniforme de cabo de la Guardia Imperial, el brazo izquierdo ajustado de manera que parecía amputado y la parte inferior de la manga de la guerrera vacía y prendida con alfileres al pecho. Lucía auténticas tiras de esparadrapo en las sienes y las cejas, donde mi bastón había dejado su marca, una marca que figuraría en lo sucesivo entre las más honorables cicatrices de guerra.

### CAPÍTULO XIII - *El oráculo me cuenta cosas maravillosas*

Durante unos momentos olvidé que mi disfraz de dominó resultaba impenetrable a la dura mirada del veterano militar y me preparé para un animado rifirrafe. Naturalmente, luego me hice cargo de la situación. Por su parte, el conde retrocedió instintivamente mientras se acercaba el cabo bravucón con su uniforme azul y chaleco y polainas blancos; mi amigo Gaillarde era igual de ruidoso y fantoche cuando interpretaba su personaje que cuando interpretaba el auténtico de coronel de dragones. Ya habían estado dos veces a punto de echarle por cacarear con voz estentórea las hazañas de Napoleón el Grande, y casi había llegado a las manos con un húsar prusiano. Sin duda se habría visto implicado en varios altercados sanguinarios si su prudencia no le hubiera recordado que el objeto de su asistencia a aquella fiesta, que no era otro que el de concertar una entrevista con una viuda acaudalada a la que creía haber causado una tierna impresión, no habría llegado a buen puerto de haberse visto obligado a abandonar prematuramente aquella fiesta, que él contribuía a amenizar con su presencia, escoltado por un par de gen-darmes.

-¡Dinero! ¡Oro! ¡Bah! ¿Qué dinero puede haber atesorado un soldado herido como vuestro humilde servidor, al que no le queda más que la mano con la que blande su espada, la cual, al estar siempre ocupada, no deja ni un dedo disponible para recoger el botín que abandona el enemigo en desbandada?

-No le pidan oro -dijo el mago-. Sus heridas lo eximen.

-¡Bravo!, *monsieur* profeta. ¡Bravísimo! Aquí estoy. ¿Empiezo ya, sin más preámbulos, *mon sorcier*, a hacerle mis preguntas?

Sin esperar la respuesta, se lanzó a hablar con voz estentórea.

Tras una docena de preguntas y respuestas, quiso saber:

-¿A quién persigo en este momento?

-A dos personas.

- ¡Ja! ¿A dos? Vaya, ¿y quiénes son?

-Un inglés, a quien matará si lo encuentra; y una viuda francesa, que le escupirá en la cara si la encuentra.

-El señor mago llama a las cosas por su nombre y sabe que su atuen-do lo protege. ¡Pero no importa! ¿Por qué los persigo?

-La viuda ha infligido una herida en su corazón, y el inglés una herida en su cabeza. Cada cual por separado son demasiado fuertes para usted; ándese con cuidado, no vaya a ser que la persecución de usted acabe uniéndolos.

-¡Bah! ¿Cómo podría ser eso?

-El inglés protege a las damas. Ya ha conseguido que esta idea le entre bien en la cabeza. La viuda, si lo ve, se casará con él. Se dirá a sí misma que se requiere cierto tiempo para llegar a ser coronel, mientras que el inglés es incuestionablemente joven.

-Yo le cortaré la cresta a ese gallito -soltó con un juramento y una sonrisita; y con un tono más suave preguntó:- ¿Dónde está ella?

-Suficientemente cerca para ofenderse si usted falla.

-A fe mía que tendría razón. Y usted también lleva razón, monsieur profeta. ¡Mil gracias! ¡Adiós!

Y, mirando a su alrededor y estirando al máximo su cuello flaco, se alejó desgarbadamente con sus cicatrices, su chaleco, sus polainas y su gorro de piel de oso.

Entre tanto, yo había estado esforzándome por ver a la persona apostada en el palanquín. Sólo una vez tuve la oportunidad de un vistazo aceptablemente largo. Lo que vi fue muy singular. El oráculo iba, como he dicho, ricamente ataviado al estilo chino. Era un personaje mucho más importante que su intérprete, que estaba fuera. Sus facciones parecían amplias y pesadas; tenía la cabeza inclinada hacia abajo, los ojos cerrados y la barbilla apoyada en la pechera de su pelliza bordada. Su rostro parecía impasible: la imagen viva de la apatía. Su carácter y pose parecían una réplica exagerada de la inmovilidad del personaje que se comunicaba con el bullicioso mundo exterior. Aquel rostro parecía rojo sangre; pero esa impresión era consecuencia, deduje, de la luz que entraba por las cortinas de seda rojas. Vi, asombrado, todo aquello como casi de un solo vistazo; no dispuse de muchos segundos para hacer observaciones. El terreno estaba ahora despejado para mí, y el marqués dijo:

-Adelante, amigo mío.

Le obedecí. Mientras me acercaba al mago, como llamábamos al hombre de la varita negra, miré de reojo para ver si el conde estaba cerca.

No. Estaba unos metros más atrás. Y el marqués y él, al parecer plenamente saciados en su curiosidad, estaban conversando de algún otro tema.

Sentí gran alivio, pues aquel sabio parecía desvelar todos los secretos de forma inesperada; y era más que probable que algunos de los míos no le hicieran mucha gracia al conde.

Permanecí unos segundos dubitativo. Quería probar al profeta. Un anglicano es un arara avis en París.

-¿Cuál es mi religión? -pregunté.

-Una bella herejía -contestó el oráculo al instante. -¿Una herejía? ¿Puedo saber cómo se llama? -Amor.

-¡Ah! Entonces supongo que soy politeísta, y que amo a muchas mujeres.

-Sólo a una.

-Pero, en serio -pregunté, con la intención de dar a nuestro coloquio un giro menos embarazoso-, ¿he aprendido alguna vez de memoria palabras de devoción?

-Sí.

-¿Puede repetirlas?

-Acérquese.

Me acerqué, y apliqué el oído.

El hombre de la varita negra cerró las cortinas y susurró lentamente estas palabras, que, huelga decirlo, reconocí al instante.

Puede ser que no vuelva a verle, y que pueda olvidarlo. Váyase. Adiós. ¡Por el amor de Dios, váyase!

Me sobresalté al oírlas. Como saben, eran las últimas palabras que me había susurrado la condesa.

¡Santo cielo! ¡Qué cosa tan milagrosa! ¡Unas palabras con toda seguridad no escuchadas por ningún oído terrestre más que por el mío y el de la dama que las había pronunciado!

Miré el rostro impassible del portavoz de la varita. Nada indicaba que se hubiera dado cuenta, ni siquiera que tuviera la menor conciencia, de que aquellas palabras pudieran interesarme particularmente.

-¿Qué es lo que más anhelo? -pregunté, sin saber apenas lo que decía.

-El paraíso.

-Y ¿qué me impide alcanzarlo?

-Un velo negro.

¡Cada vez mayor suspense! Las respuestas me parecían indicar un conocimiento minucioso de cada detalle de mi pequeño romance, del que ni siquiera el marqués sabía lo más mínimo. ¡Además, yo, el interrogador, iba disfrazado de tal manera que ni mi propio hermano me habría reconocido!

-Ha dicho usted que yo amaba a alguien. ¿Es correspondido mi amor? -seguí preguntando.

-Inténtelo.

Yo estaba hablando más bajo que antes, y me había acercado al hombre moreno de la barba para que así no tuviera que elevar la voz.

-¿Me ama alguien? -repetí.

-En secreto -fue la respuesta.

-¿Mucho o poco? -insistí.

-Demasiado.

-¿Cuánto tiempo durará este amor?

-Hasta que la rosa pierda sus pétalos.

La rosa... Otra alusión...

-Y luego... ¡la oscuridad! -suspiré-. Pero hasta entonces vivo en la luz.

-La luz de unos ojos violeta.

El amor, si no es una religión, como el oráculo acababa de decir, es al menos una superstición. ¡Cómo exalta la imaginación! ¡Cómo debilita la razón! ¡Cuán crédulos nos torna!

Todo aquello, de lo que, tratándose de otro, me habría reído bastante, a mí me afectó poderosamente. Inflamaba mi ardor, casi me ofuscaba el cerebro y hasta influía en mi conducta.

El portavoz de aquella asombrosa superchería -si es que lo era- me hizo con su varita una señal para que me retirara, lo que yo hice con los ojos aún fijos en aquel grupo, ahora rodeado de un aura de misterio en mi imaginación. De nuevo en el corrillo de espectadores, lo vi levantar de repente la mano con gesto imperioso y hacer una señal al acólito que empuñaba la varita dorada.

Éste golpeó el suelo con la varita y exclamó con voz aguda:

-El gran Confu permanecerá en silencio una hora.

Al instante, los portadores bajaron una especie de persiana -de bambú, que cayó con un ruido seco, y la aseguraron por debajo; luego, el hombre del enorme fezy barbay varita negras empezó una especie de danza dederviche. En esto se le unieron los hombres con las varitas doradas y, finalmente, en un corro exterior, los propios portadores, mientras el palanquín se erigía en el centro de los círculos descritos por estos solemnes danzarines, cuyo ritmo, poco a poco, se aceleraba, *cuyos* gestos se tornaban bruscos, extraños, frenéticos, mientras el movimiento se hacía cada vez más veloz, hasta que, al cabo, el torbellino era tal que los bailarines parecían volar a la velocidad de una rueda de molino y, en medio de las palmas de la concurrencia y del asombro general, los extraños actores se mezclaron con la multitud y el espectáculo, al menos por el momento, tocó a su fin.

El marqués de Harmonville se encontraba cerca de allí, mirando al suelo y reflexionando, a juzgar por su actitud. Al acercarme, me dijo:

-El conde acaba de irse a buscar a su mujer. Lástima que ella no estuviera aquí para consultar al profeta; me atrevo a afirmar que habría sido divertido ver cómo reaccionaba el conde. ¿Y si vamos en su busca? Le he pedido que le presente a la condesa.

Con el corazón laténdome con fuerza, acompañé al marqués de Harmonville.

## CAPÍTULO XIV -Mademoiselle de la Vallière

El marqués y yo estuvimos vagando por los salones. No resultaba fácil encontrar a un amigo en unas estancias tan abarrotadas de gente.

-Quédese aquí -dijo el marqués-. Se me ha ocurrido una manera de dar con él. Además, sus celos pueden haberle hecho pensar que no le interesa presentarle a su mujer. Es mejor que vaya yo primero a razonar con él, dado que parece usted desear bastante esa presentación.

Esto ocurrió en la estancia que actualmente se llama el «Salón de Apolo». Los cuadros que lo adornan siguen grabados en mi recuerdo, pues mi aventura de aquella velada estaba destinada a transcurrir en aquel marco.

Me senté en un sofá y miré alrededor. A mi lado, tres o cuatro personas estaban sentadas en aquella espaciosa habitación de muebles dorados. Estaban charlando animadamente; todas salvo la persona sentada más cerca de mí, que era una dama. Apenas dos pies se interponían entre nosotros. La dama estaba a todas luces ensimismada. Era la perla de la sala. Llevaba el traje inmortalizado por Collignan en su retrato de cuerpo entero de mademoiselle de La Vallière. Es un traje, como bien saben, no sólo rico, sino también elegante. Llevaba el pelo empolvado, pero se podía adivinar que era castaño oscuro. Asomaba un precioso piececito, y ¿podía haber algo más exquisito que su mano?

Era sumamente provocador que esta dama llevara un disfraz y no se lo quitara de vez en cuando, como hacían muchos.

Yo estaba convencido de que era bonita. Aprovechando el privilegio de la mascarada, un microcosmos en el que es imposible, salvo mediante la voz y la alusión, distinguir a un amigo de un enemigo, dije:

-Mademoiselle, no es fácil engañarme a mí -empecé.

-Tanto mejor, *monsieur*-contestó el disfraz sin inmutarse.

-Quiero decir -proseguí, decidido a terminar mi galantería- que la belleza es un don más difícil de ocultar de lo que supone mademoiselle.

-Sin embargo, *monsieur* lo ha conseguido sin ningún problema -dijo con el mismo tono dulce y despreocupado.

-Veo que el traje de la bella mademoiselle de La Vallière reviste unas formas que sobrepasan a las del retrato; alzo los ojos y contemplo un disfraz y, sin embargo, reconozco a la dama. La belleza es esa piedra preciosa de *Las mil y una noches* que desprende, por oculta que esté, una luz que la delata.

-Conozco la historia -dijo la joven dama-. La luz la delataba no al sol, sino en la oscuridad. ¿Hay tan poca luz en estas habitaciones, *mon-sieur*, para que una pobre luciérnaga desprenda tanto brillo? Creí que allí donde se moviera cierta condesa estaríamos en un ambiente luminoso...

¡Enigmático y turbador parlamento! ¿Qué podía yo contestar? Esta dama podría ser, como dicen que son algunas damas, una amiga de hacer daño o una íntima amiga de la condesa de St. Alyre. Así pues, pregunté con cautela:

-¿Qué condesa?

-Si usted me conoce, debe saber que es mi más querida amiga. ¿No es ella hermosa?

-¡Cómo puedo saberlo! Hay tantas condesas...

-Todo el que me conoce sabe quién es mi amiga más querida. Veo que no me conoce...

-Es usted cruel. No puedo creer que me haya equivocado. -¿Con quién estaba usted paseando hace poco? -preguntó. -Con un caballero, un amigo-contesté.

-Ya lo he visto; sí, con un amigo, por supuesto. Pero creo que lo conozco, y me gustaría estar segura. ¿No es por casualidad marqués?

De nuevo una pregunta que volvía a ponerme en un aprieto.

-Aquí hay demasiada gente. En un momento puede uno pasearse con una persona y en otro con otra distinta...

-Que una persona sin escrúpulos no tenga dificultad en eludir una pregunta tan sencilla como la mía... Sepa, pues, de una vez por todas, que nada desagrada tanto a una persona inteligente como la desconfianza. Usted, monsieur, es un caballero discreto, al que debo respetar en consecuencia.

-Mademoiselle me despreciaría si yo violara una confidencia.

-Pero usted no me engaña. Usted imita la diplomacia de su amigo. Yo detesto la diplomacia. Significa fraude y cobardía. ¿No cree que lo conozco? Me refiero al caballero con la cruz de cinta blanca en el pecho. Conozco perfectamente al marqués de Harmonville. Ya ve para qué le ha servido su ingeniosidad.

-A esa conjetura no puedo contestar ni sí ni no.

-No está obligado. Pero ¿cuál era su motivo para mortificar a una dama?

-Eso es lo último que yo haría en este mundo.

-Usted fingió conocerme, pero no me conoce. Por capricho, indolencia o curiosidad quiso conversar, no con una dama sino con un disfraz. Me ha admirado y parece confundirme con otra persona. Pero ¿quién es completamente perfecto? No se puede encontrar la verdad en esta tierra.

-Mademoiselle se ha formado una opinión errónea de mí.

-Igual que usted de mí; ahora descubre que no soy tan tonta como suponía. Yo sé perfectamente a quién desea usted halagar con sus cumplidos y declamaciones melancólicas, y a quién anda buscando con ese propósito.



-Dígame a quién se refiere -le supliqué.

-Con una condición.

-¿Cuál?

-Que usted confiese que he acertado si nombro a la dama.

-Usted me atribuye propósitos poco claros -objeté-. No puedo admitir que haya querido hablar con una dama en el tono que usted describe.

-Bueno, no insistiré en eso; prométame solamente que, si nombro a la dama, reconocerá usted que llevo razón.

-¿Tengo que prometerlo absolutamente?

-Por supuesto que no. No hay ninguna obligación. Pero su promesa es la única condición para que yo siga hablando con usted.

Dudé unos instantes; pero luego pensé que no tenía la más remota posibilidad de acertar. La condesa no podía haber confesado a nadie nuestro brevísimo romance, y era difícil que la persona disfrazada de La Vallière supiera quién era la persona disfrazada de dominó.

-De acuerdo -dije-. Lo prometo.

-Debe prometerlo por el honor de un caballero.

-De acuerdo. Lo prometo por el honor de un caballero.

-Pues esa dama es la condesa de St. Alyre.

Yo estaba sorprendido, y desconcertado, pero recordé mi promesa y dije:

-La condesa de St. Alyre es, a no dudarlo, la dama a la que yo esperaba ser presentado esta noche; pero le ruego que crea, por el honor de un caballero, que ella no tiene la menor sospecha de que yo estaba buscando dicho honor, y hasta es poco probable que se acuerde siquiera de mi existencia. Yo tuve el honor de prestarles al conde y a ella un pequeño servicio, demasiado insignificante, me temo, para haber merecido por su parte algo más que un ligero recuerdo.

-El mundo no es tan desagradecido como usted supone. Y, aun cuando lo fuera, quedan aún algunos corazones que lo redimen. Yo puedo garantizarle que la condesa de St. Alyre nunca olvida una acción amable. La condesa no muestra lo que siente; así que es una mujer desgraciada sin que se le note.

-¿Desgraciada? Bueno, en realidad me temía que pudiera serlo. Pero, en cuanto a lo que usted tiene la bondad de suponer, es un sueño bastante halagador.

-Le he dicho que soy la amiga de la condesa, y a ese título debo de conocer algo de su carácter. Entre nosotras se intercambian confidencias, y yo puedo saber más de lo que usted piensa acerca de esos servicios insignificantes cuyo recuerdo supone usted tan fugaz.

Aquella conversación me estaba interesando cada vez más. Yo era igual de depravado que los demás

jóvenes de mi edad, y el carácter abyecto de mi propósito me importaba un ardite ahora que se habían despertado el amor propio y todas las pasiones que se mezclan en este tipo de romances. La imagen de la bella condesa había vuelto a superponerse a la bonita contrapartida de La Vallière, que tenía delante de mí. Habría dado cualquier cosa por oírle repetir solemnemente que ella se acordaba del campeón que, por su amor, y con un bastón por única arma, se había lanzado ante el sable de un dragón rabioso y había salido victorioso.

-¿Ha dicho que la condesa es desgraciada? -pregunté-. ¿Cuál es el motivo de su infelicidad?

-Muchas cosas. Su marido es viejo, celoso y tirano. ¿No le basta con esto? Y, cuando descansa de su presencia, se siente sola. -Pero usted es su amiga, ¿no? -sugerí.

-¿Y usted cree que le basta con una amiga? -replicó-. Sólo tiene una persona a la que abrir su corazón.

-¿Hay espacio para otra amistad?

-Inténtelo.

-¿Cómo puedo intentarlo?

-Ella le ayudará.

-¿Cómo?

Obtuve otra pregunta por respuesta:

-¿Ha reservado habitación en alguno de los hoteles de Versalles?

-No, no me fue posible. Estoy alojado en el Dragón Volador, una posada que limita con el parque del castillo de la Carque.

-Eso puede facilitar las cosas. No necesito preguntarle si tiene valor para una aventura, ni si es un hombre de honor. Una dama puede confiar en usted sin miedo. Hay pocos hombres a los que se puede conceder una entrevista como la que voy a proponerle. Se verá con ella a las dos de la madrugada en el parque del castillo de la Carque. ¿Qué habitación del Dragón Volador ocupa usted?

Estaba sorprendido de la audacia y decisión de aquella muchacha. ¿No estaría burlándose de mí?

-Eso se lo puedo decir con total precisión -dije-. Según miro desde la parte trasera de la casa, donde se encuentran mis aposentos, mi ventana es la del extremo derecho, junto a la esquina; está en el segundo piso, contando desde la planta del vestíbulo.

-Muy bien. Usted habrá observado, si mira al parque, dos o tres pequeñas arboledas de castaños y tilos, que crecen tan cerca unas de otras que forman un pequeño bosquecillo. Debe volver a su hotel, cambiarse de ropa y, guardando un sigilo escrupuloso en cuanto a su destino, salir del Dragón Volador y saltar la tapia del parque sin que lo vea nadie; reconocerá fácilmente el bosquecillo que le he mencionado; allí encontrará a la condesa, que le concederá una audiencia de unos minutos, confiando en la más escrupulosa reserva de su parte, y le explicará en unas palabras muchas cosas que yo no estoy en condiciones de hacer aquí.

Es imposible describir lo que sentí al escuchar aquellas palabras. Estaba aturdido. Me sobrevino la

duda. No podía creer aquellas pala-bras tan trascendentales.

-Mademoiselle debe comprender que, si me atreviera a convencerme a mí mismo de que semejante dicha y semejante honor están realmente destinados para mí, mi gratitud duraría toda la vida. Pero ¿cómo voy yo a creer que mademoiselle no habla movida más por su propia simpatía o bondad que por la certeza de que la condesa de St. Alyre me va a conce-der semejante honor?

-Monsieur cree que no estoy, como pretendo estarlo, en el secreto que hasta ahora él supuso que no era compartido por nadie más que por la condesa y él mismo, o que lo estoy engañando cruelmente. Que soy la confidente de la condesa lo juro por todo lo que tiene de entra-ñable un adiós susurrado. Lo juro por la última compañera de esta flor -cogió durante unos instantes entre sus dedos un delicado capullo de rosa blanca que se hallaba disimulado en su ramo-. Por mi buena estre-lla, y la de ella, ¿o he de decir más bien por nuestra belle étoile? ¿No he dicho ya bastante?

-¿Bastante? -repetí-. Más que bastante. Mil gracias.

-Y, como estoy en el secreto, es obvio que soy su amiga; y, si soy su amiga, ¿considera lógico utilizar su querido nombre de esta manera? ¿Y todo para hacerle una vulgar jugarreta a usted, un extranjero?

Mademoiselle sabrá perdonarme si considera lo mucho que valoro la posibilidad de ver y hablar con la condesa. ¿Le extraña entonces que me muestre algo incrédulo? Pero me ha convencido y espero sepa perdonar mi titubeo.

-¿Estará pues en el lugar que le he dicho, a las dos en punto de la madrugada?

-Con toda seguridad -contesté.

-Y, estoy convencida, monsieur no se abstendrá de hacerlo por miedo. No, no necesita asegurármelo. Su valor está ya sobradamente probado.

-En mis actuales circunstancias, no hay ningún peligro que no esté dispuesto a arrostrar con entusiasmo.

-¿No convendría que fuera usted ya, monsieur, a reunirse con su amigo?

-Le prometí esperarlo aquí hasta que volviera. El conde de St. Alyre dijo que pensaba presentarme a la condesa.

-¿Y monsieur está tan ingenuo como para creerlo? -¿Por qué no iba a creerlo?

-Porque es muy celoso y astuto. Ya verá cómo no le presenta nunca a su esposa. Vendrá y dirá que no la ha encontrado y le prometerá presen-társela en otra ocasión.

-Creo que se acerca acompañado de mi amigo. No. No viene acompañado de ninguna dama.

-Ya se lo dije. Si esta dicha sólo le fuera a llegar a través de sus buenos oficios, ya podría esperar sentado... Entre tanto, es mejor que no me vea a su lado. Sospecharía que hemos estado hablando de su mujer, y eso redoblaría sus celos y su vigilancia.

Di las gracias a mi desconocida y disfrazada amiga, dando un pequeño rodeo, me aproximé al conde.

Sonreí bajo mi disfraz cuando éste me aseguró que la duquesa de la Roquème había cambiado de salón

y se había llevado con ella a la condesa; pero que esperaba, en un futuro muy próximo, tener la oportunidad de presentarnos.

Evité al marqués de Harmonville, que caminaba al lado del conde.

Temía que pudiera proponerme que lo acompañara a su casa, y no tenía ganas de verme obligado a darle una explicación.

Así pues, me perdí rápidamente entre la multitud y avancé lo más deprisa que pude hacia la «Galería de los Espejos», en la dirección opuesta a la que habían tomado el conde y mi amigo el marqués.

## CAPITULO XV -*Extraña historia del Dragón Volador*

En aquella época, las fiestas francesas tenían lugar más temprano que nuestros modernos bailes londinenses. Consulté mi reloj. Eran algo más de las doce.

Era una noche apacible y bochornosa; a pesar de que algunos salones eran realmente muy amplios, era imposible conseguir que la temperatura no resultara sofocante, especialmente para personas disfrazadas. En algunos lugares la turba resultaba incómoda, y la profusión de luces contribuía a aumentar el calor. Así pues, me quité el disfraz, como vi hacer a otras personas a las que el misterio les importaba tan poco como a mí. Acto seguido empecé a respirar más a gusto, y poco después oí una voz amiga que me llamaba por mi nombre en inglés. Era Tom Whistlewick, del de Dragones. Se había quitado el disfraz y tenía el rostro acalorado como yo. Era uno de los héroes de Waterloo, con la gloria recién estrenada, a quienes todos los países del mundo, salvo Francia, admiraban; y lo único negativo que yo conocía de él era su costumbre de calmar la sed con champán siempre que acudía a bailes, fiestas, veladas musicales y otro tipo de reuniones. Al presentarme a su amigo, mon-sieur Carmaignac, observé que las palabras no le fluían con nitidez. Monsieur Carmaignac era bajito, delgado y más tieso que un palo. Era calvo, inhalaba rapé y llevaba gafas; como supe enseguida, desempeñaba un cargo oficial.

Tom era un tipo jocosos, astuto y difícil de entender en aquellas curiosas condiciones. Arqueaba las cejas, retorció los labios de forma extraña y se abanicaba con su disfraz.

Tras intercambiar cuatro palabras corteses, observé con agrado que prefería el silencio y se conformaba con el papel de oyente mientras charlábamos mon-sieur Carmaignac y yo; con extraordinaria cautela e indecisión, se acomodó en un banco junto a nosotros y pronto pareció tener dificultades para mantener los ojos abiertos.

-Le he oído decir -dijo el caballero francés- que se aloja en el Dragón Volador, a una media legua de aquí. Cuando trabajaba en un departamento de policía distinto, hace cuatro años, esa casa fue escenario de dos casos muy extraños. El primero fue el de un acaudalado émi-gré, al que el emp... Napoleón había permitido regresar a Francia. Desapareció. El segundo -igualmente extraño- fue el de un rico aristócrata ruso, que desapareció también de manera misteriosa.

-Mi criado -dije- me ha hecho un relató confuso de algunos aconte-cimientos y, si no recuerdo mal, con las mismas personas como protago-nistas; es decir, un emigrado francés y un noble ruso. Pero como ha pre-sentado las cosas como si se tratara de fenómenos paranormales   sobrenaturales no he creído ni una palabra de cuanto me ha dicho.

-No, no se trata de casos sobrenaturales, sino simplemente inexpli-cables -puntualizó el caballero francés-. Por supuesto, se han planteado hipótesis, pero el misterio nunca se ha dilucidado ni, que yo sepa, se han aportado pruebas convincentes.

-Por favor, cuénteme la historia -le rogué-. Cre  que tengo derecho, ya que afecta al lugar en el que me hospedo.  No sospecha usted del per-sonal de la casa?

- Oh! Ha cambiado de dueño desde entonces. Pero hay una habita-c n en particular sobre la que parece cernerse la fatalidad.  Podr  describirme esa habitación?

-Ciertamente. Es una alcoba espaciosa del segundo pis  con arteso-nado de madera situada en la parte posterior de la casa, y en el extremo derecho según se mira desde las ventanas.

- No me diga!  Caramba, pero si ésa es mi habitación!-exclam con redoblado interés, y una pizca de aprensión-. Los huéspedes en cues-t n,  murieron   desaparecieron por arte de magia?

-No, no murieron. Desaparecieron como por ensalmo. Le contar  lo que pasó con pelos y señales, pues en el primer cas  fui yo quien acu-dió a la casa oficialmente a hacer la investigación; y, aunque no llev  personalmente el segundo, me dejaron ver el expediente y fui yo quien redactó la carta oficial a los familiares de los desaparecidos, que habían solicitado al gobierno la investigación del cas . Recibimos cartas de los parientes más de dos años después, por las que supimos que los desapa-recidos no habían vuelto a dar señales de vida.

Aspir  un poco de rapé y me miró fijamente.

- Ninguna señal de vida! Le referir  lo que ocurrió, según nuestras pesquisas. El noble francés, que era el caballero deCh teauBlassemare, a diferencia de la mayor parte de los emigrados, había tomado pre-cauciones a tiempo; así, había vendido buena parte de sus bienes antes de que la revolución avanzara tanto que hiciera inútil dicha operación y se exilió llevándose consigo una suma de dinero considerable. Regre-s  con casi medió millón de francos, que invirtió mayoritariamente en fondos estatales franceses, dejando en Austria una suma mucho mayor en forma de tierras y títulos mercantiles. Habr  observado que este caballero era rico y que no había prueba alguna de que hubiera perdi-do dinero ni de que estuviera pasando por ningún apur  financiero.  Me sigue?

Asent  con la cabeza.

-Este caballero gastaba por debajo de lo que su situación económica le habría permitido. Poseía unos aposentos confortables en París y durante cierto tiempo se dedicó a frecuentar los teatros y otros lugares de razonable esparcimiento. No jugaba. Era un hombre de mediana edad, que quería pasar por más joven de lo que en realidad era, con lo que ello supone de pequeñas vanidades; pero, por lo demás, era una per-sona afable y educada que no molestaba nadie. Como ve, una persona poco susceptible de provocar hostilidades.

-Desde luego -convine.

-A principios del verano de 1811 obtuvo un permiso para copiar un cuadr  en uno de esos salones de

pintura y vino aquí a Versalles con esta finalidad. Su obra avanzaba lentamente. Después de cierto tiempo abandonó el hotel de Versalles y se fue a vivir, para cambiar un poco, al Dragón Volador. Allí tomó, por decisión personal, la habitación que casualmente le han dado a usted. Desde entonces parece ser que pintó muy poco, y fueron raras las veces que fue a su casa de París. Una noche le dijo al posadero del Dragón Volador que iba a París a pasar un par de días por asuntos personales; que su criado le acompañaría, pero que se quedaba su habitación del Dragón Volador y regresaría unos días después. Dejó allí parte de su ropa, pero se llevó a París un baúl, su neceser y el resto del equipaje, con su criado en la parte trasera del carruaje. ¿Me sigue, monsieur?

-Con suma atención-contesté.

-Pues bien, monsieur, llegué cerca de su casa de París, detuvo repentinamente el carruaje y le dijo al criado que había cambiado de planes; que dormiría en otro lugar aquella noche; que tenía un asunto muy importante que resolver en el norte de Francia, no lejos de Ruán; que se pondría en marcha antes del amanecer y que volvería un par de semanas más tarde. Llamó un simón, empuñó una saca de cuero que, según contó su criado, era suficientemente grande para contener unas camisas y un abrigo; pero que era también enormemente pesada, como él mismo pudo comprobar, pues tuvo que sostenerla mientras su amo sacaba de la bolsa treinta y seis napoleones, de los que el criado debía rendir cuentas a su regreso. Luego le mandó que se marchara en el carruaje mientras él, empuñando la mencionada saca, subía al simón. Hasta este punto, como ve, el relato es bastante claro.

-Perfectamente -convine.

-Pero ahora viene el misterio -dijo monsieur Carmignac-. Después de esto, que nosotros sepamos nadie volvió a ver al conde de Château Blassemare, ni conocidos ni amigos. Luego averiguamos que, la víspera, el agente de cambio del conde había vendido, por orden de éste, todos sus bonos franceses y le había dado su equivalente en dinero. La razón esgrimida para esta operación concordaba con la que había dado a su criado. Dijo que marchaba al norte de Francia para pagar algunas deudas y que no sabía exactamente cuánto dinero iba a necesitar. La saca, cuyo excesivo peso había extrañado al criado, contenía, a no dudarlo, una suma de oro considerable. ¿Quiere monsieur probar mi rapé?

Me alargó su tabaquera abierta, de la que tomé un poco a modo de experimento.

-Cuando se inició la investigación -prosiguió-, se ofreció una recompensa por cualquier información que pudiera arrojar alguna luz sobre el misterio, sobre todo por la que pudiera facilitarnos el conductor del simón, como, por ejemplo: «me contrató la noche del día tal, hacia las diez y media, un caballero con una saca de cuero negro, que se había apeado de un carruaje privado y dio dinero a su criado tras contar-lo dos veces.» Se presentaron unos ciento cincuenta cocheros, ninguno de los cuales resultó ser el hombre que buscábamos. Sin embargo, obtuvimos una curiosa e inesperada prueba para otro caso completamente distinto. ¡Qué barbaridad! ¡Qué ruido hace ese arlequín con su espada!

-¡Intolerable!-convine.

El arlequín desapareció, y monsieur Carmignac reanudó su relato:

-La información a que me refería nos la suministró un muchacho de unos doce años que conocía al conde perfectamente, ya que le había servido varias veces como mensajero. Afirmó que hacia las doce y media de aquella misma noche -en la que, tome usted nota, brillaba una hermosa luna llena- fue enviado, al haberse puesto de repente su madre con dolores, a buscar a la comadrona, que vivía a tiro de piedra del Dragón Volador. La casa de su padre, punto de partida, se hallaba a unos dos kilómetros de distancia de la posada, para alcanzar la cual tenía que rodear el parque del castillo de la Carque. El

camino pasa por delante del viejo cementerio de St. Aubin, separado de éste sólo por una valla muy baja y dos o tres árboles viejos y enormes. El muchacho se puso un poco nervioso al acercarse a este antiguo cementerio y, a la luz brillante de la luna, vio a un hombre al que reconoció claramente como al conde, a quien conocían con el mote de «El sonrisas». Tenía un aspecto muy triste y estaba sentado encima de una lápida, sobre la que había también una pistola, mientras él cargaba otra.

»El muchacho pasó por allí de puntillas, sin hacer ruido, sin apartar la vista en ningún momento del conde de Château Blassemare, o del hombre al que había confundido con él. No iba vestido como de costumbre, pero el testigo juró que no le cabía la menor duda en lo que a su identidad se refería. Dijo que tenía una expresión grave y adusta, pero que, aunque no sonreía, era la misma cara que él conocía de sobra. De esto estaba completamente seguro. Si era él, fue la última vez que alguien lo vio. Desde entonces no se ha vuelto a oír hablar de él. Nada se ha descubierto de él en Ruán y alrededores. No hay pruebas de su muerte, pero tampoco hay el menor indicio de que siga con vida.

-Es un caso realmente singular -convine; iba a hacer otro par de preguntas cuando Tom Whistlewick, que sin que yo me diera cuenta se había levantado a dar un paseo, volvió mucho más despierto y mucho menos achispado.

-Vamos, Carmagnac, se está haciendo tarde y debo irme, de veras, por el motivo que le he dicho antes. Beckett, tenemos que vernos pronto.

-Siento mucho, monsieur, no poder relatarle ahora el otro caso, el del otro inquilino de la misma habitación, un caso más misterioso y siniestro que el último, ocurrido en el otoño del mismo año.

-¿Por qué no me hacen el honor de venir a comer conmigo mañana al Dragón Volador?

Mientras avanzábamos por la «Galería de los Espejos», conseguí arrancarles su promesa.

-¡Por Baco! -exclamó Whistle poco después-. Fíjense en esa pagoda, o silla de manos o lo que quiera que sea: sigue aún donde la dejaron esos individuos, sin que haya nadie cerca de ella... No me explico cómo hacen para adivinarlo todo tan diabólicamente bien. Jack Nuffles, a quien he conocido esta noche, dice que son gitanos. ¿Dónde están, por cierto? Voy a echar un vistazo al profeta.

Lo vi tirar de las persianas, que estaban construidas a imitación de las celosías venecianas: cubrían las cortinas rojas del interior, pero no parecían ceder, y Whistlewick sólo pudo mirar por debajo de una que no estaba totalmente bajada.

Al volver, nos contó lo siguiente:

-Apenas he visto al viejo. Estaba demasiado oscuro. Está cubierto de oro y rojo, y tiene un sombrero de mandarina bordado; duerme como un lirón, ¡y por Júpiter que huele peor que una mofeta! Aunque sólo sea por oler vale la pena acercarse... ¡Buah! ¡Puf! ¡Arg! ¡Vaya perfume! ¡Beerg!

Decliné aquella invitación tan seductora, y nos dirigimos lentamente hacia la puerta. Me despedí de ellos, recordándoles su promesa. Así, pude subirme por fin a mi carruaje y dirigirme sin más dilación hacia el Dragón Volador por el más apartado de los caminos, bajo la sombra de árboles antiguos e iluminado por la suave luz de la luna.

¡Cuántas cosas habían ocurrido en las dos últimas horas! ¡Qué variedad de cuadros extraños y animados se habían agolpado en tan breve espacio! ¡Qué aventura tan estupenda me esperaba!

¡Cómo contrastaba el silencioso y solitario camino iluminado por la luna con el abigarrado torbellino de placeres a cuyo rugido, música, luces, diamantes y colores acababa de hurtarme!

La visión de la naturaleza solitaria a aquella hora de la noche actuó como un sedante repentino. La locura de mi empresa, y la culpabilidad que entrañaba, me llenaron momentáneamente de remordimiento y horror. En aquel momento me habría gustado no entrar nunca en aquel laberinto que me conducía no se sabía a dónde. Era demasiado tarde para volverse atrás; pero la amargura ya estaba deslizándose en mi copa, y durante varios minutos unos vagos presentimientos apesadumbraron mi corazón. Poco más habría bastado para revelar aquel mi poco viril estado anímico a mi vivaracho amigo Alfred Ogleo incluso al mordaz pero simpático Tom Whistlewick.

## CAPÍTULO XVI - *El parque del castillo de la Carque*

No había peligro de que el Dragón Volador cerrara sus puertas en aquella ocasión antes de las tres o las cuatro de la madrugada. Muchos criados de personajes importantes se encontraban allí acuartelados, y, como sus señores no abandonarían el baile hasta el último momento, no podrían volver a sus rincones del Dragón Volador hasta haber cumplido con sus obligaciones.

Por lo tanto, yo sabía que disponía de tiempo suficiente para mi excursión misteriosa sin despertar la curiosidad de nadie por verme salir con las puertas ya cerradas.

Acabábamos de detenernos bajo el dosel de follaje, delante de la enseña del Dragón Volador, iluminados por la luz que se filtraba de la puerta del vestíbulo.

Despedí a mi cochero, subí presuroso las anchas escaleras con el disfraz en la mano, con mi dominó revoloteando alrededor, y entré en la espaciosa alcoba. El artesonado negro, el solemne mobiliario y las oscuras cortinas del alto lecho hacían que la noche pareciera más sombría.

Por la ventana, hacia la que me precipité, entraba un rayo de luna que iluminaba el suelo con una luz oblicua. Contemplé el paisaje que dormitaba bajo aquellos rayos argentinos. Más allá se divisaba el contorno del castillo de la Carque, sus chimeneas y numerosos chapiteles recortados sobre el cielo grisáceo. Más cerca de mí, a medio camino entre mi ventana y el castillo, un poco a la izquierda, distinguí la masa tupida de árboles que la dama enmascarada me había indicado como lugar de encuentro, aquella misma noche, entre la bella condesa y yo.

Localicé el lugar exacto de aquel lúgubre conjunto de árboles, cuyas copas estaban tenuemente iluminadas por la claridad de la luna.

Adivinarán con qué extraño interés y emoción contemplé aquel desconocido escenario de la aventura que me aguardaba.

Pero el tiempo volaba y la hora se aproximaba. Dejé mi disfraz sobre un sofá; busqué a tientas un par de botas para ponerme en lugar de mis finos zapatos planos, a la sazón llamados «escarpines», sin los que ningún caballero podía asistir a una velada. Me calé el sombrero y, finalmente, tomé un par de pistolas cargadas, que, según me habían aconsejado, eran unas compañeras muy recomendables en la



inestable situación que estaba atravesando entonces la sociedad francesa: por doquier pululaban soldados en desbandada, algunos de ellos bastante peligrosos. Terminados aquellos preparativos, confieso que cogí un espejo y lo llevé junto a la ventana para comprobar mi aspecto a la luz de la luna. Luego, satisfecho del resultado, lo dejé en su sitio y bajé corriendo las escaleras.

Una vez en el vestíbulo, llamé a mi criado.

-St. Clair-le dije-, voy a darme un paseo en esta noche de luna. No tardaré más de diez minutos. No te acuestes hasta que yo vuelva. Si el paseo me gusta, podría alargarlo un poco más.

Bajé los escalones y miré a derecha e izquierda, como quien no sabe qué dirección tomar. Luego avancé por la carretera, contemplando ora la luna ora las nubes blancas que se deslizaban por el otro lado, silbando todo el tiempo una tonadilla que se me había pegado en una visita a la ópera.

A unos doscientos metros aproximadamente del Dragón Volador, dejé de disimular: me di media vuelta y escudriñé con atención el camino, que parecía cubierto de escarcha, y, a la luz de la luna, divisé el gablete de la vieja posada, así como una ventana, semioculta tras el follaje, de la que salía una luz tenue.

No se oía ningún ruido de pasos ni se veía el menor rastro de figura humana. La luz de la luna era suficiente para consultar el reloj. Faltaban sólo ocho minutos para la hora convenida. Un tupido manto de hiedra cubría en este punto la tapia y formaba en lo alto una especie de racimo.

Esto me facilitaba la escalada, además de servir de pantalla a mi empresa en caso de que alguien estuviera mirando por casualidad en aquella dirección. ¡Lo conseguí! Ya me hallaba en el parque del castillo de la Carque, como el furtivo infame que traspasa los dominios de un señor confiado.

Ante mí se elevaba el bosquecillo designado, que parecía más negro que los crespones de una corona fúnebre. A cada paso parecía más alto y proyectaba una sombra cada vez más negra a mis pies. Seguí avanzando, y sentí cierto placer al verme sumergido por completo en medio de la sombra. Ya estaba cabe los tilos grandiosos y los castaños centenarios, y la esperanza aceleró los latidos de mi corazón.

Este bosquecillo se abría ligeramente en el centro, donde, ceñido por una pequeña escalinata, se erguía un templete griego o capilla, que cobijaba una estatua. Era de mármol blanco, con columnas corintias acanaladas y vanos cubiertos de vidrio; entre las grietas se abría paso la hierba. El moho se insinuaba en el pedestal y la cornisa, y el mármol descolorido y añejo exhibía los estigmas de un largo abandono. A unos metros de la escalinata, una fuente abastecida por los grandes estanques del otro lado del castillo derramaba sus aguas con sonido metálico sobre una ancha pila de mármol; el chorro de agua centelleaba cual lluvia de diamantes al claro de luna. La impresión de descuido y ruina hacía más bonita aún la escena, y más triste. Yo estaba demasiado atento al castillo, de donde debía llegar la dama, para percibir con detalle estos efectos; pero, de manera semiconsciente, aquel decorado romántico me sugería en cierto modo la gruta, la fuente y la aparición de Egeria.

Mientras observaba atentamente, me habló una voz por detrás, ligeramente a la izquierda. Me volví sobresaltado: allí estaba la persona disfrazada de mademoiselle de la Vallière que había visto unas horas antes.

-La condesa estará aquí enseguida -dijo. La joven estaba en medio del claro y la luz de la luna caía directamente sobre ella. Nada podía favorecerle más; su figura parecía más graciosa y elegante que nunca-. Entre tanto, le diré algunas cosas acerca de ella. Es una mujer desgraciada; está triste por su matrimonio con un tirano celoso que la quiere obligar a vender sus diamantes, que valen...

-Treinta mil libras esterlinas. Lo he oído decir a un amigo. ¿Puedo ayudarla de alguna manera en esta lucha desigual? Dígame cómo, y cuanto mayor sea el peligro o el sacrificio, más feliz me hará. ¿Puedo ayudarla de alguna manera?

-Si desprecia el peligro, que, sin embargo, no es ningún peligro; si desprecia, como ella, las leyes tiránicas de este mundo y es suficiente-mente caballeroso como para dedicarse en cuerpo y alma a la causa de una dama, sin más recompensa que su pobre gratitud...; si puede hacer estas cosas, claro que la puede ayudar, y ganarse así no sólo su gratitud, sino también su amistad.

Con estas palabras, la dama disfrazada se volvió, y pareció romper a llorar. Yo me declaré dispuesto a ser el esclavo de la condesa.

-Pero -añadí- usted me dijo que estaría aquí pronto.

-Siempre y cuando no ocurra nada imprevisto; como el conde de St. Alyre está en casa, y vigila constantemente, es difícilísimo dar un paso sin peligro.

-¿Desea ella verme? -pregunté con tierna vacilación.

-Primero diga si ha pensado realmente en ella, más de una vez, en la aventura de la Belle Étoile.

-Siempre la he tenido presente. Día y noche sus bellos ojos me siguen a todas partes; su dulce voz siempre resuena en mis oídos.

-Dicen que mi voz se parece a la de ella -dijo el disfraz.

-En efecto-contesté-. Pero es sólo un parecido. ¡Ah! ¿Es entonces la mía mejor?

-Perdóneme, mademoiselle, pero yo no he dicho eso. La de usted es una voz muy dulce, pero se me antoja un poco más aguda.

-Un poco más chillona, quiere decir -contestó la señorita de La Vallière, me pareció que algo picada.

-No, no más chillona: su voz no es chillona, es maravillosamente dulce; pero no es tan patéticamente dulce como la suya.

-Eso es un prejuicio, monsieur, eso no es cierto. Hice una reverencia; no podía contradecir a una dama.

-Veo, monsieur, que se ríe de mí. Me cree vanidosa porque pretendo en algunos aspectos igualarme a la condesa de St. Alyre. Le desafío a que me diga que mi mano es menos hermosa que la suya.

Dicho lo cual, se quitó el guante y alargó la mano, con la palma hacia abajo, a la luz de la luna.

La dama parecía realmente molesta. Aquello era indigno e irritante; pues se estaban desperdiciando unos momentos preciosos mientras manteníamos aquella conversación insulsa, que no parecía conducir a nada.

-¿Admite, entonces, que mi mano es tan bonita como la suya?

-No puedo admitirlo, mademoiselle-dije con la sinceridad de la impaciencia-. No quiero entrar en

comparaciones, pero la condesa de St. Alyre es a todos los respectos la dama más hermosa que jamás han contemplado mis ojos.

La disfrazada rió primero fríamente y, luego, con cierta simpatía. Exhalando un suspiro, exclamó:

-Le probaré lo que digo.

Y, mientras así hablaba, se retiró el disfraz, y mis ojos vieron en persona a la condesa de St. Alyre, sonriente, confundida, tímida y más bella que nunca.

-¡Cielo santo!-exclamé-. ¡Qué monstruosamente estúpido he sido! ¡Así que fue con madame la condesa con quien estuve hablando todo el rato en el salón!

La contemplé en silencio. Y ella, con un esbozo de sonrisa dulce y comprensiva, me alargó la mano, que cogí y llevé a mis labios.

-No, no debe hacer eso -dijo con voz queda-. Aún no nos conocemos lo suficiente. Creo que, aunque usted se equivocó, aún se acuerda de la condesa de la Belle Étoile, y que es usted todo un campeón, fiely sin miedo. Si usted hubiera cedido al coqueteo de una rival disfrazada de mademoiselle de La Vallière, la condesa de St. Alyre nunca habría confiado en usted ni le habría dado ninguna cita. Pero ahora estoy segura de que es usted una persona de fiar, además de valiente. Sabe de sobra que no me he olvidado de usted, y también que, si alguna vez arriesgara su vida por mí, yo arrostraría igualmente cualquier peligro antes que perder a un amigo. Me quedan sólo unos minutos. ¿Vendrá de nuevo mañana por la noche a las once y cuarto? Yo estaré aquí a esa hora, pero no se olvide de extremar la precaución para que nadie sospeche que ha venido aquí. *Me lo debe usted, monsieur.*

Yo le prometí repetidas veces que moriría antes que permitir que cualquier imprudencia pusiera en peligro aquel secreto que daba a mi vida sentido e interés.

Cada momento me parecía más hermosa, y mi entusiasmo iba aumentando en proporción.

-Mañana debe venir por otro camino -dijo-; y, si viniera una tercera vez, volveríamos a cambiar. En el otro extremo del castillo hay un pequeño cementerio, con una capilla en ruinas. Los vecinos temen pasar por allí de noche. El camino está desierto y hay una barrera que permite acceder a este camposanto. Lo atravesará y se encontrará a unos veinte metros de aquí, en un lugar rodeado de matorrales.

Por supuesto, le prometí observar al pie de la letra sus instrucciones.

-Llevo más de un año viviendo en un terrible estado de indecisión. Pero ha llegado la hora de dar el paso. La mía ha sido una vida muy triste, más solitaria que la de un claustro. No he tenido a nadie que escuchara mis confidencias, a nadie que me aconsejara, a nadie que me liberara de los horrores de mi existencia. Pero por fin he encontrado a un amigo valeroso y decidido. ¡Cómo olvidar la escena heroica del vestíbulo de la Belle Étoile! ¿Ha conservado usted la rosa que le di al despedirnos? Sí; no necesita jurarlo. Confío en usted. Richard, ¡cuántas veces he repetido en la soledad su nombre, que he conocido por mi criado! ¡Richard, mi héroe! ¡Oh, Richard! ¡Oh, mi rey! ¡Cuánto le amo!

Yo la habría estrechado contra mi corazón, me habría arrojado a sus pies. Pero aquella mujer hermosa y, debo decirlo, inconsecuente, me rechazó.

-No, no debemos desperdiciar en extravagancias estos preciosos momentos. Comprenda mi situación. En el matrimonio no existe la indiferencia. No amar al marido -continuó- es odiarlo. El conde, ridículo por

todo lo demás, es tremendo cuando le acometen los celos. Por eso, por favor, extreme la precaución. Finja con todas las personas con las que hable no conocer a ninguno de los moradores del castillo de la Carque alguien menciona al conde o a la condesa de St. Alyre en su presencia; diga que no conoce a ninguno de los dos. Mañana por la noche le contar más cosas. Tengo motivos, que no puedo explicar ahora, para hacer cuanto estoy haciendo ahora y cuanto voy a hacer después. Adiós. ¡Váyase ya! Déjeme sola.

Hizo con la mano un gesto perentorio para que me marchara. Musitando un «adiós», la obedecí

Esta entrevista no duró, creo, más de diez minutos. Volví a escalar la tapia del parque y regresé al Dragón Volador antes de que cerraran las puertas.

Permanecí despierto en mi lecho, en medio de una fiebre de euforia. Hasta que despuntó el día, y vino a llevarse aquella visión, vi a la bella condesa de St. Alyre, siempre en la oscuridad, delante de mí.

## CAPÍTULO XVII - *El ocupante del palanquín*

El marqués me visitó al día siguiente. A pesar de lo tarde que era, *mi* desayuno estaba aún en la mesa.

Había venido, dijo, para pedirme un favor. A causa del gran barullo que se había formado a la salida del baile, su vehículo había sufrido un percance, por lo que me pedía un asiento en el mío en caso de que tuviera intención de ir a París. En efecto, yo iba a París, y me encantaba hacerlo en su compañía. Fue conmigo hasta mi hotel y subió a mis aposentos. Me extrañó ver allí a un hombre sentado en uno de los sillones, dándonos la espalda, leyendo un periódico. Se levantó. Era el conde de St. Alyre, con los lentes calados; los bucles oleaginosos de su peluca negra, que enmarcaban su escueta cabeza, parecían ébano esculpido sobre un horrible rostro de boj. La bufanda negra le colgaba del pecho, y tenía el brazo derecho en cabestrillo. No era fácil saber si aquel día había algo inhabitual en su fisonomía o si era simplemente el efecto de mi pre-vencción por todo lo que había oído durante mi misteriosa entrevista en su parque; pero me pareció que su expresión era más sombría que en ocasiones anteriores.

Yo no era un pecador suficientemente endurecido como para no sentir cierta turbación, al menos momentánea, al toparme de repente con aquel hombre, ultrajado al menos en la intención.

Sonrió.

-Le he visitado, monsieur Beckett, con la esperanza de encontrarlo aquí -graznó-, y con el propósito, me temo, de tomarme cierta libertad; pero mi amigo el marqués de Harmonville, quien tal vez se sienta más obligado conmigo, me prestará tal vez la ayuda que necesito tan imperiosamente.

-Con mucho gusto -dijo el marqués-; pero no hasta después de las seis. En este momento tengo que acudir a una reunión con otras tres o cuatro personas, una reunión a la que no puedo faltar; estoy casi seguro de que no podremos terminar antes de esa hora.

-¡Qué voy a hacer, entonces! -exclamó el conde-. Con una hora que me hubiera reservado todo se habría arreglado. ¡Qué gran contratiempo!

-Yo le ofrezco una hora de mi tiempo con mucho gusto -dije.

-¡Qué bueno es usted, monsieur! La verdad es que no me atrevo a pedirle ese favor. El asunto, para un hombre tan alegre y encantador como monsieur Beckett, es un poco funeste. Le ruego lea esta nota que me ha llegado esta mañana.

Ciertamente, la nota no era nada alegre. En ella se decía que el cadáver del primo del conde, monsieur de St. Amand, que había fallecido en Château Cléry, su casa, iba a ser enterrado, según sus propios deseos, en el cementerio parisiense de Père Lachaise; que, con el permiso del conde de St. Alyre, llegaría a casa de éste (el castillo de la Carque) hacia las diez de la noche siguiente para ser transportado desde allí en un coche fúnebre, acompañado por cualquier miembro de la familia que deseara asistir al entierro.

-Apenas he visto a ese pobre caballero dos veces en mi vida -dijo el conde-, pero, como no tiene a ningún otro pariente, no puedo rechazar este encargo, por desagradable que sea; por eso quiero acudir a la oficial de defunciones para firmar en el libro y obtener la debida autorización para su inhumación. Pero aquí surge otro problema. He tenido la mala suerte de torcerme el pulgar y no podré escribir durante una semana. Sin embargo, como una firma es igual de válida que otra, la suya podría servir tanto como la mía. Y como usted se ha ofrecido tan amablemente a acompañarme, todo saldrá perfectamente.

Salimos del hotel. El conde me facilitó el nombre y apellido del finado, así como la edad, la enfermedad de la que había muerto y varios otros detalles, amén de una nota acerca del lugar exacto en el que se debía cavar la tumba (bastante sencilla); a saber, entre dos panteones de la familia de St. Amand. El cortejo fúnebre, se decía, llegaría dos días después, a la una y media de la madrugada. Luego me entregó el dinero para sufragar los gastos del entierro, más un suplemento por nocturnidad. Era bastante dinero. Yo le pregunté a nombre de quién debía ordenar que se extendiera el recibo.

-No a mi nombre, mi querido amigo. Querían que yo me convirtiera en albacea, y ayer escribí rechazando dicho encargo. Pero me han asegurado que, si el recibo estuviera a mi nombre, ello me convertiría en albacea ante la ley, y ya no podría echarme atrás. Así pues, le ruego que; si no tiene ningún reparo, se escriba el recibo a su nombre.

Yo hice lo que me había pedido.

Cuando llegue el momento, entenderán por qué me he entretenido en contar todos estos detalles.

Mientras yo me encargaba de las formalidades, el conde, embozado en su bufanda de seda negra y con el sombrero calado hasta los ojos, se echó una cabezadita en un rincón del carruaje; estado en el que me lo encontré a mi vuelta.

París había perdido su encanto para mí. Me apresuré a cumplir el pequeño asunto que se me había encomendado, eché de menos una vez más mi tranquila habitación del Dragón Volador, la melancolía de los bosques del castillo de la Carque y la emocionante y embriagadora proximidad del objeto de mi pasión, a la vez loca y reprochable.

Me detuve en la oficina de mi agente de cambio. Como ya he dicho, yo tenía una suma líquida en mi banco. Poco me importaban los intereses de unos días, o la suma entera, en comparación con la imagen que ocupaba mis pensamientos, cuyo brazo de mármol blanca me convocaba en la noche al bosquecillo de tilos y castaños del castillo Carque. Pero había concertado con él una entrevista para aquel día y sentí alivio al oírle decir que era mejor dejar el dinero en manos de mi banquero unos días más, ya que los fondos estatales franceses caerían con toda seguridad en breve plazo. Aquella circunstancia tuvo también

una incidencia directa en mis aventuras subsiguientes.

De regreso al Dragón Volador, encontré en mi saloncito, para mi de-sesperación, a mis dos invitados, de quienes me había olvidado por com-pleto. Maldije interiormente mi estupidez por haberme comprometido con su agradable sociedad. Pero aquello ya no tenía remedio y unas pala-bras a los camareros bastaron para reparar enseguida mi olvido.

Tom Whistlewick estaba en gran forma, y se puso casi de inmediato a contar una historia muy extraña.

Me dijo que no sólo Versalles, sino también todo París, se hallaba en aquellos momentos alborotado a raíz de una jugarreta indignante, y rayana en el sacrilegio, que habían hecho a alguien la noche anterior.

Lapagoda, como persistía en llamar al palanquín, había quedado en el lugar donde la habíamos visto por última vez. Ni el mago ni su acólito ni los portadores habían vuelto a aparecer. Terminado el baile, y después de retirarse todos los invitados, los criados que ayudaban a apagar las luces y a cerrar las puertas la encontraron aún allí.

Sin embargo, decidieron dejarla donde estaba hasta la mañana siguiente, pues se suponía que para entonces sus propietarios habrían mandado a algún mensajero a retirarlo.

Pero nadie se presentó. Entonces se ordenó a los criados que se lo lle-varan de allí, y su peso extraordinario les recordó por primera vez la pre-sencia de su ocupante humano, del que se habían olvidado. Forzaron la puerta, e imaginen cuál no fue la consternación al descubrir, no a un hombre vivo, ¡sino a un muerto! Debían de haber transcurrido tres o cuatro días desde la muerte de aquel hombre, bastante corpulento, ata-viado con túnica china y sombrero de colores. Unos dijeron que se tra-taba de una farsa para insultar a los aliados, en cuyo honor se había orga-nizado el baile. Otros opinaron que no era más que una broma pesada y cínica que, pese a su gravedad, se podía perdonar si se imputaba al inge-nio y bufonería irreprimibles de la juventud. Hubo incluso algunos, más proclives al misticismo, que aseguraron que el cadáver había sido condición sine quan non para la exhibición adivinatoria, y que las revela-ciones y alusiones que tanto habían asombrado a los asistentes se habían debido indudablemente a la necromancia.

-El asunto está en manos de la policía -observó monsieur Carmagnac-, y ésta no es digna de su nombre si no encuentra pronto, y pone a disposición de la justicia, a los individuos que han atentado contra el de-coro y los sentimientos del público; a no ser, por supuesto, que se trate de individuos más astutos de lo que suelen ser los simples saltimbanquis.

Yo estaba pensando para mis adentros en lo inexplicable que había sido mi coloquio con el mago, tan expeditivamente tildado por monsieur Carmagnac de «saltimbanqui»; cuando más pensaba en ello, más asombroso me parecía.

-Fue realmente una broma muy original, aunque algo sospechosa -dijo Whistlewick.

-Ni siquiera original -dijo Carmagnac-. Casi exactamente lo mismo tuvo lugar hará unos cien años en un baile de gala en París; y no se logró dar con los desalmados farsantes.

Esta afirmación de monsieur Carmagnac, como descubrí después, era exacta, pues entre mis libros de anécdotas y recuerdos franceses se encontraba aquel mismo incidente subrayado por mi propia mano.

Mientras hablábamos de aquel asunto, vino el camarero a anunciar que la cena estaba servida y podíamos pasar al comedor. Mis invitados se encargaron de compensar mi relativa taciturnidad.

## CAPÍTULO XVIII -*El camposanto*

La cena que nos sirvieron fue realmente buena, al igual que los vinos; a pesar de que se trataba de una posada apartada, probablemente se comía aquí mejor que en algunos de los más prestigiosos hoteles de París. El efecto moral que produce cenar bien es inmenso: todos nosotros lo sentimos aquella noche. El sosiego y buen humor que produce son más duraderos y agradables que la tumultuosa euforia de Baco.

Mis amigos, pues, se mostraron contentos y muy locuaces, lo cual me ahorró el trabajo de tener que hablar; y estuvieron todo el rato contando historias divertidas, a las que, si he de ser sincero, no presté prácticamente ninguna atención, pues mis pensamientos estaban por completo en otra parte, hasta que de repente surgió un tema que me interesó poderosamente.

-Sí -dijo Carmagnac, prosiguiendo un hilo argumental que se me había hurtado-. Hubo otro caso, además del noble ruso, más extraño todavía, cuyo nombre no recuerdo ahora, aunque lo recordé precisa-mente esta mañana. Se había alojado en la misma habitación. Por cier-to, monsieur, ¿no piensa -añadió volviéndose hacia mí, disimulando su seriedad con una sonrisa- cambiar de habitación ahora que hay menos gente en la posada? Por supuesto, siempre y cuando piense usted que-darse aquí más tiempo.

-Ah, no, gracias. Pienso cambiar de hotel, así podré pasear de noche por la ciudad. Pero, aunque pase aquí esta noche, por lo menos, espero no sutilizarme como los otros. Pero ha dicho usted que hay otra historia parecida relacionada también con esa misma habitación. Oigámosla, pues. Pero bebamos antes un poco de vino.

La historia que contó fue muy curiosa.

-Este caso ocurrió -dijo Carmagnac-, si la memoria no me falla, antes que los otros dos. A un caballero francés -ojalá pudiera recordar su nombre-, hijo de un comerciante, que acudió a esa posada, el Dragón Volador, el posadero le dio la habitación a la que me he referido; es decir, la que usted ocupa, monsieur. Ya había dejado de ser joven -tenía más de cuarenta años- y distaba mucho de ser apuesto. El personal de la posada decía que era el hombre más feo, pero también el más bonachón, que jamás había pisado la tierra. Tocaba el violín, cantaba y escribía poe-sía. Sus costumbres eran extrañas, pero espontáneas. A veces se pasaba todo el día en su habitación escribiendo, cantando o tocando el violín, y salía por la noche a dar un paseo. ¡Un hombre realmente excéntrico! No era un millonario, ni mucho menos, pero tenía un modicum bonum, y a me comprenden: una cantidad cercana al medio millón de francos. Tras consultar a su agente de cambio sobre la posibilidad de invertir este dinero en valores extranjeros, sacó todo el dinero del banco. Ahora ya conoce usted su situación financiera cuando ocurrió la catástrofe.

-Por favor, llénese el vaso -dije.

-¡Saque fuerzas de este vino, monsieur, para afrontar la catástrofe! -bromeó Whistlewick mientras se llenaba el suyo.

-Pues bien, eso fue lo último que se supo de su dinero -prosiguió Carmaignac-. Y ahora les contaré algo acerca de su poseedor. La noche siguiente a aquella operación financiera fue presa de un arrebató poético; mandó llamar al posadero y le dijo que desde hacía tiempo venía meditando un poema épico, que quería empezar a escribir aquella noche, por lo que no quería que lo molestaran bajo ningún con hasta las nueve de la mañana. Tenía dos pares de velas, una frugal cena fría en una mesita, suficiente papel para escribir toda *La Henriada* y provisión proporcional de plumas y tinta.

»Sentado a la mesa de su despacho lo encontró el camarero, que hacia las nueve, le llevó una taza de café; éste comentó después que había visto escribir tan deprisa que parecía que en cualquier momento iba a empezar a arder el papel (éstas fueron sus palabras textuales), pero ni siquiera alzó la vista; parecía estar completamente enfrascado en su trabajo. Pero cuando volvió el camarero, una media hora después la puerta estaba cerrada, y aquél le repitió desde el interior que no quería que lo molestaran.

»Así pues, el garçón se marchó, y a las nueve de la mañana siguiente llamó a su puerta y, al no recibir contestación, miró por el ojo de la cerradura. Las velas estaban aún ardiendo; los postigos estaban cerrados, como él los había dejado. Volvió a llamar, con mayor fuerza. Pero nadie contestó. Dio entonces parte de este continuado y alarmante silencio al posadero, el cual, al ver que su huésped no había dejado la llave en la cerradura buscó otra para abrir la puerta. Las velas estaban ya boqueando en los candeleros, pero daban aún luz suficiente para constatar que el huésped había desaparecido. La cama estaba sin deshacer, y los postigos estaban cerrados por dentro. Alguien dijo que el escritor había salido de la habitación cerrando la puerta por fuera y, con la llave en el bolsillo, se había marchado de la posada. Sin embargo, aquí surgía otro problema: el Dragón Volador cerraba sus puertas a cal y canto a las doce de la noche, y, después de esa hora, nadie podía salir de la casa sin tener la llave, y ello dejando la puerta sin cerrar por fuera, pues ésta se atrancaba desde dentro, a no ser que contara con la complicidad o ayuda de alguien de la casa.

»Ahora bien, ocurrió que, un rato después de atrancarse las puertas, ¿hacia las doce y media, un criado que no se había enterado de su orden de no ser molestado, al ver que salía luz por el ojo de la cerradura, llamó a la puerta para saber si el poeta quería algo. Éste contestó con cajas destempladas al inoportuno criado y lo despidió repitiéndole la orden de que no lo molestaran durante la noche. Aquel incidente probaba que el poeta estaba en la casa después de que se cerraran bien las puertas de la calle. Las llaves las guardaba el propio posadero, el cual juró que las encontró coleadas en la cabecera de su cama, en su lugar habitual, a la mañana siguiente; y que nadie podía haberlas cogido sin despertarlo. Que eso era lo único que podía decir. El conde de St. Alyre, a quien pertenece esta casa, mostró gran actividad y consternación. Pero no se descubrió nada.

-¿Y desde entonces no se ha sabido nada de ese poeta épico? -pregunté yo.

-Absolutamente nada. Nunca volvió a aparecer. Supongo que estará muerto; si no, debe de haberse metido en algún asunto sucio, desconocido para nosotros, que lo ha obligado a esconderse con el mayor sigilo y celeridad. Lo único que sabemos con certeza es que, tras ocupar la habitación en la que usted duerme, se evaporó, sin que nadie desde entonces haya sabido cómo lo hizo ni haya tenido noticias suyas.

-Usted ha mencionado tres casos -le recordé-, y todos en la misma habitación.

-Sí, tres. Todos igualmente incomprensibles. Cuando se comete un asesinato, la gran dificultad con que se encuentran los asesinos es cómo ocultar el cadáver. Es muy difícil creer que alguien haya asesinado a tres personas consecutivamente en la misma habitación y haya hecho desaparecer sus cadáveres sin dejar rastro alguno.



Luego cambiamos de tema, y el grave monsieur Carmaignac nos distrajo con un asombroso ramillete de anécdotas escandalosas, que sus funciones en el departamento de policía le habían permitido conocer.

Afortunadamente, mis invitados tenían sendos compromisos en París y me dejaron hacia las diez de la noche.

Subí a mi habitación y miré en dirección del castillo de la Carque. El cielo estaba salpicado de nubes, y el parque, a la luz intermitente de la luna, tenía un aspecto melancólico y fantasmagórico.

Volvieron vagamente a mi mente las extrañas anécdotas referidas por monsieur Carmaignac sobre la habitación que yo ocupaba, tiñendo de tonos oscuros las alegres y frívolas historias que relató también. Miré alrededor de la habitación, que estaba sumida en una oscuridad sinies-tra, con una sensación desagradable. Cogí mis pistolas con una aprensión indefinible ante la eventualidad de tener que utilizarlas antes de mi regreso. Sensación que, conviene dejarlo claro, en modo alguno enfrió mi fervor. Nunca había sido mayor mi entusiasmo. Mi aventura me absorbía y arrobaba, al tiempo que dejaba un poso de extrañeza y gravedad en el fondo demi ser.

Me puse a pasear por la habitación. Ya había averiguado el lugar exacto en que se encontraba el pequeño camposanto: aproximadamente a unos dos kilómetros de distancia. No quería presentarme antes de tiempo.

Me deslicé en silencio, avancé lentamente por el lado izquierdo de la carretera y, desde allí, entré en una pista más estrecha, también a mi izquierda, que, bordeando la tapia del parque y describiendo una ruta de circunvalación, siempre bajo majestuosos árboles viejos, pasa por delante del viejo camposanto. Éste, semioculto entre los árboles, ocupa poco más de veinte áreas, a la izquierda del camino, y se halla situado entre éste y el parque del castillo de la Carque.

Aquí, en este lugar fantasmal, hice una pausa y escuché. Reinaba el más completo silencio. Una espesa nube había oscurecido la luna, de manera que a lo sumo podía distinguir los contornos de los objetos más próximos, y eso sólo de manera vaga; y a veces, flotando en la negra niebla, por así decir, emergía la blanca superficie de una lápida sepulcral.

Entre las formas que se recortaban sobre el gris metálico del horizonte, destacaban algunos de esos arbustos o árboles que, al igual que nuestros enebros ingleses, tienen unos dos metros de altura, la forma de un álamo en miniatura y el oscuro follaje de un tejo. No conozco el nombre de este arbusto, pero lo he visto a menudo en lugares particularmente fúnebres.

Descubrí que había llegado con cierto adelanto y me senté un rato en el borde de una lápida, pues suponía que la bella condesa tenía buenas razones para no desear que yo penetrara en los dominios del castillo antes de lo estipulado. Permanecí sentado en ese estado de indolencia inducido por la espera, con los ojos puestos en el objeto que estaba justo delante de mí, que tenía aquel ligero contorno negro que he descrito. Estaba justo delante de mí, a unos doce pasos de distancia.

La luna empezó a asomar bajo la nube que la había mantenido oculta durante aquel tiempo, y, a medida que la luz iba en aumento, el árbol que había estado observando perezosamente empezó a adoptar una nueva forma. Ya no era un árbol, sino un hombre de pie, inmóvil. Cuanto más clara era la luz de la luna más clara resultaba también aquella imagen, hasta que, por fin, la distinguí con total nitidez: era la silueta del coronel Gaillarde.

Afortunadamente, éste no miraba en mi dirección. Yo lo veía sólo de perfil, pero no había duda alguna

en cuanto a su blanco mostacho, su rostro farouché y su desgarrado uno noventa de estatura. Allí estaba ante mí, acechando alguna señal o la llegada de alguien, con la vista y el oído aguzados.

Si, por casualidad, volvía los ojos en mi dirección, yo sabía que debía disponerme a reanudar inmediatamente el combate iniciado en el vestíbulo de la Belle Étoile. En cualquier caso, ¡qué nefasta fortuna la que había apostado, en aquel lugar y momento precisos, a un observador tan peligroso! ¡Y qué felicidad para él golpearme duramente y al mismo tiempo echar por tierra los planes de la condesa de St. Alyre, a la que parecía odiar!

Levantó un brazo y silbó con suavidad. Oí el sonido de otro silbido, igual de tenue, y, para mi gran alivio, el coronel avanzó en la dirección de aquel sonido, ampliando la distancia que existía entre nosotros con cada zancada; acto seguido, le oí hablar, pero en un tono bajo y cauteloso.

A pesar de todo, reconocí la voz peculiar de Gaillarde.

Me deslicé sigilosamente, extremando al máximo la precaución, en la dirección donde resultaban audibles estos sonidos.

Me pareció ver un sombrero sobresaliendo por la tapia en ruinas y luego vi otro sombrero. Sí, vi dos sombreros conversando (las voces pertenecían a quienes los llevaban). Ambos avanzaron, no en dirección del parque, sino del camino; yo me quedé tendido sobre la hierba, escudriñando por encima de una tumba, cual soldado adelantado que espía al enemigo. Una tras otra, las figuras emergieron plenamente a la vista al saltar la valla que había al lado del camino. El coronel, el último en escalarla, permaneció unos instantes arriba, mirando a su alrededor, y luego saltó al otro lado de la carretera. Oí sus pasos y el ruido de su conversación mientras se alejaban, dándome la espalda, en la dirección opuesta al Dragón Volador.

Esperé a que aquellos sonidos se esfumaran por completo en la distancia antes de entrar en el parque. Seguí las instrucciones que me había dado la condesa de St. Alyre y avancé entre arbustos y matorrales hasta el punto más próximo al ruinoso templo; una vez allí, atravesé el pequeño espacio que me separaba del lugar de la cita.

Me encontraba de nuevo bajo las gigantescas ramas de los viejos tilos y castaños; suavemente, y con el corazón laténdome fuertemente, me aproximé al pequeño monumento.

La luna brillaba ahora ininterrumpidamente, derramando sus rayos sobre el delicado follaje y moteando el verdor del suelo bajo mis pies.

Alcancé los escalones y me encontré en medio de la antañona columnata de mármol. Ella no estaba allí ni en el santuario interior, cuyas ventanas ojivales estaban prácticamente ocultas por pantallas de hiedra. La dama no había llegado todavía.

## CAPITULO XIX -*La llave*

Esperé en el último peldaño, con los ojos y oídos bien abiertos. Un par de minutos después, oí el crujir de unos ramajos; miré en aquella dirección y vi que se acercaba entre los árboles una figura envuelta en un abrigo.

Avancé con ansiedad. Era la condesa. No habló, pero me dio la mano, y yo la conduje al lugar donde se había desarrollado nuestra última entrevista. Ella reprimió el ardor de mi apasionado saludo con una firmeza dulce pero perentoria. Se quitó la capucha, se sacudió sus hermosos cabellos, mirándome con ojos tristes y brillantes, suspiró profundamente. Algún pensamiento terrible parecía abrumarla.

-Richard, debo hablarle con absoluta franqueza. Me encuentro en el momento más crítico de mi vida. Estoy segura de que desea defender-me. Creo que se apiada de mí, y hasta que me ama quizá.

Al oír aquellas palabras tuve un arranque de elocuencia, como les ocurre a los jóvenes alocados en una situación parecida. Pero ella me mandó callar con la misma firmeza melancólica.

-Escúcheme, mi querido amigo, y luego dígame si puede ayudarme. ¡Qué confianza tan loca tengo en usted!, y, sin embargo, mi corazón me dice que actúo sabiamente. Citarme aquí con usted, ¡qué gran locura parece! ¡Qué concepto tan pobre debe de tener de mí! Pero, cuando me conozca de verdad, me juzgará con justicia. Sin su ayuda no puedo cumplir mi propósito. Si ese propósito no se lleva a cabo, moriré. Estoy encadenada a un hombre al que desprecio, al que detesto con toda mi alma. He decidido huir. Tengo joyas, sobre todo diamantes, por los que me ofrecen treinta mil libras de vuestro dinero inglés. Son de mi exclusiva propiedad, según contrato matrimonial. Me las llevaré conmigo.

Estoy segura de que usted entiende de joyas. Estaba ordenándolas cuando llegó la hora y le he traído ésta para enseñársela. Mire.

-¡Es magnífico!-exclamé al contemplar un collar de diamantes que, suspendido de sus preciosos dedos, centelleaba y refulgía a la luz de la luna. Pese a la gravedad del momento, pensé que me estaba mostrando aquella joya con el regodeo normal con que una mujer exhibe este tipo de gemas.

-Sí -dijo-, voy a desprenderme de todas mis joyas para convertirlas en dinero, y a romper para siempre con los antinaturales y abominables lazos que me unen, en nombre de un sacramento, a un tirano. Un hombre joven, guapo, generoso y valiente como usted no puede ser también rico. Richard, usted dice que me ama; usted compartirá todo esto conmigo. Huiremos juntos a Suiza, sin dejar pistas a nuestros perseguidores. Mis poderosos amigos intervendrán para conseguir la separación. Entonces seré feliz por fin y podré recompensar a mi héroe.

Ya pueden ustedes imaginarse la manera florida y vehemente en que le expresé mi agradecimiento, le juré consagrarme a ella de por vida y le dije que dispusiera de mí a su antojo.

-Mañana por la noche -dijo- mi marido acompañará los restos de su primo, monsieur de St. Amand, hasta Père la Chaise. El féretro, según me ha dicho, saldrá de aquí a las nueve y media. Usted acudirá aquí mismo a las nueve de la noche.

Yo le prometí obediencia total.

-Yo no bajaré hasta aquí a reunirme con usted. ¿Ve esa luz roja que sale de la ventana de la torre, en la esquina del castillo?

Asentí.

-La he colocado allí para que pueda reconocerla mañana por la noche. En cuanto vea esa luz rosácea en esa ventana, sabrá que el cortejo fúnebre ha abandonado el castillo, y que puede acercarse sin peligro. Yo habré abierto la ventana para que pueda entrar. Cinco minutos después, un coche tirado por cuatro caballos nos estará esperando en la puerta de la cochera. Yo dejaré los diamantes en sus manos, y, tan pronto como subamos al coche, dará comienzo nuestra huida. Sacaremos por lo menos una ventaja de cinco horas, y, con nuestra energía, estratagemas y recursos, *no* habrá nada que temer. ¿Está dispuesto a arrostrar todo esto por amor a mí?

De nuevo volví a proclamarme esclavo suyo.

-Lo único que me preocupa todavía -prosiguió- es saber si podremos convertir rápidamente los diamantes en dinero. No me atrevo a retirar-los mientras esté mi marido en la casa.

Aquella era la oportunidad que yo estaba esperando. Le hice saber que tenía en poder de mi banquero una suma no inferior a treinta mil libras, y que acudiría a la cita con aquella suma en forma de oro y billetes, evitando así el riesgo que entrañaba vender sus diamantes de mane-*ra* precipitada, a un precio seguramente inferior al que tenían.

-¡Cielo santo! -exclamó ella con una especie de desencanto-. ¡Así que es usted rico! Eso quiere decir que he perdido la dicha de hacer doblemente feliz a mi generoso amigo. Bueno, no nos opongamos al destino, si está escrito que así sea. Contribuyamos, entonces, cada cual a partes iguales. Usted aportará su dinero, y yo mis joyas. Me produce una felicidad especial la idea de compartir nuestros recursos.

Tras esto siguió un coloquio romántico, tan subido de poesía y pasión que me resultaría imposible reproducirlo aquí.

Y luego me dio una instrucción particular:

-He venido también provista de una llave, cuyo uso debo explicarle.

Era una doble llave: una tija larga y delgada, con un paletón a cada extremo: uno aproximadamente del tamaño con que se abre una puerta corriente y el otro casi tan pequeño como los que abren un estuche.

-Mañana por la noche todas las precauciones serán pocas. Cualquier contratiempo daría al traste con todas mis esperanzas. He sabido que ocupa la habitación embrujada del Dragón Volador. Es precisamente la habitación que yo habría elegido para usted. Le diré por qué. Cuentan que un hombre se encerró en ella toda una noche y que cuando, a la mañana siguiente, fueron a preguntar por él, había desaparecido. Yo creo que en realidad quería zafarse de sus acreedores, y, como el dueño del Dragón Volador era por aquel entonces un sinvergüenza, lo ayudó a esfumarse. Mi marido, que investigó el asunto, descubrió la manera en que se había efectuado la escapada. Fue con la ayuda de esta llave. Aquí tiene un documento y un plano en que se describe cómo se ha de proce-*der*. Lo he cogido del escritorio del conde. Y ahora debo confiar una vez más en su ingenio para despistar al personal del Dragón Volador. Asegú-*rese* de probar primero las llaves, para ver que las cerraduras funcionan perfectamente. Yo tendré mis joyas preparadas. En cuanto a usted, inde-*pendientemente* de cómo hagamos el reparto de bienes, le aconsejo que traiga el dinero consigo porque podrían transcurrir muchos meses antes de que podamos volver a París o revelar nuestro lugar de residencia a alguien. Y nuestros pasaportes. Encárguese también de eso; ponga los nombres y lugares de destino que le plazcan. Y ahora, querido Richard-prosiguió apoyando cariñosamente el brazo sobre mi hombro y mirán-*dome* a los ojos con una pasión inefable mientras con la otra mano apre-*taba* la mía-, mi vida está en sus manos. He apostado todo a la carta de su fidelidad.

Mientras pronunciaba la última palabra, palideció de repente y, como si le faltara el aliento, exclamó:

-¡Dios mío! ¿Quién está ahí?

En aquel mismo momento dio un paso atrás y desapareció por la puerta labrada en el mármol permaneciendo cerca de ésta al fondo de una pequeña cámara sin tejado, tan pequeña como el propio santuario, cuya ventana estaba tapada por una espesa pantalla de hiedra que apenas dejaba filtrarse un rayo de luz.

Yo permanecí en el umbral que ella acababa de atravesar, mirando en la dirección en la que había lanzado aquella mirada tan angustiada. No era de extrañar que se sintiera tan aterrorizada: cerca de nosotros, a unos quince metros de distancia, y acercándose a paso rápido, muy claramente iluminado por la luna, se acercaban el coronel Gaillard y su compañero. A mí me protegían la cornisa y un trozo de pared; pero, desconocedor de este particular, yo estaba esperando el momento en que, con uno de sus alaridos frenéticos, se lanzara sobre mí como un loco.

Di un paso atrás, saqué del bolsillo una de mis pistolas y la armé. Estaba claro que no me había visto.

Permanecí con el dedo en el gatillo decidido a abatirlo si se atrevía a entrar en el lugar en que se hallaba la condesa. Aquello, a no dudarlo, habría sido un asesinato, pero en mi fuero interno tenía la decisión completamente tomada. Una vez que nos hemos metido en asuntos secretos y culpables, estamos más cerca de otros delitos mayores de lo que sospechamos.

-¡Ahí está la estatua! -exclamó el coronel con su habitual tono cortante y discordante-. Sí, es ésa.

-¿A la que aluden las estrofas? -preguntó su compañero.

-Ni más ni menos. La examinaremos mejor la próxima vez. Bien, monsieur, vámonos de aquí.

Y, para mi gran alivio, el bizarro coronel dio media vuelta y, de espaldas al castillo, se alejó entre los árboles en dirección de la tapia del parque, que saltaron por donde se divisaban los gabletes del Dragón Volador.

Encontré a la condesa presa de auténtico terror. No quiso aceptar mi insistente invitación a acompañarla hasta el castillo. Sin embargo, la tranquilicé asegurándole que impediría por todos los medios la posible vuelta del coronel loco. Ella se recuperó enseguida y se despidió nuevamente con palabras dulces y pausadas. Yo me quedé mirándola fijamente, con la llave en la mano y una agitación en el cerebro rayana en la demencia.

Allí estaba yo, dispuesto a arrostrar todos los peligros, a desafiar todas las leyes divinas y humanas, a asesinar si fuera necesario y a meterme en complicaciones inextricables y horribles (¿qué me importaba a mí?) por una mujer de la que no sabía más que era tan hermosa como imprudente.

Más de una vez he dado las gracias al cielo por la misericordia que tuvo conmigo al guiarme por los laberintos en que estuve a punto de perderme.

## CAPÍTULO XX -Una cofia peraltada

Me encontraba de nuevo en el camino, a unos doscientos metros del Dragón Volador. Yo había aceptado un papel protagonista en un drama con venganza, y, a modo de preludio, en mi posada me esperaba seguramente otro encuentro, esta vez quizá no tan feliz, con el grotesco espadachín.

Me alegré de haberme llevado las pistolas. Ciertamente, ninguna ley me obligaba a dejarme abatir por un rufián sin oponer resistencia alguna.

Las frondosas ramas del viejo parque a un lado, los gigantescos álamos al otro y, sobre todo, el claro de luna prestaban un pintoresquismo particular al camino angosto que conducía a la puerta de la posada.

En aquel momento me sentía incapaz de pensar con el sosiego necesario: los acontecimientos se estaban precipitando demasiado deprisa y yo, inmerso en aquel drama tan extravagante como culpable, apenas me reconocía a mí mismo ni creía en mi propia historia mientras recorría premioso el trecho que me separaba de la puerta, aún abierta, del Dragón Volador.

Allí no encontré rastro alguno del coronel. Pregunté en el vestíbulo. No había llegado a la posada ningún caballero durante la pasada media hora. Eché un vistazo a la sala común. Estaba vacía. En el reloj sonaron las doce de la noche, y oí al criado atrancar ruidosamente la puerta principal. Cogí una vela. Ya estaban apagadas las luces de aquella hospedería rural, que parecía dispuesta a dormir un sueño bastante largo. La fría luz de la luna penetraba profusamente por la ventana de las anchas escaleras. Me detuve unos instantes a mirar, más allá de los árboles, el castillo torreonado, que tanto interés encerraba para mí. Sin embargo, se me ocurrió que unos ojos indagadores podrían encontrar sentido a aquella contemplación nocturna y que tal vez el propio conde, empujado por los celos, pudiera detectar alguna señal en aquella luz insólita en las escaleras del Dragón Volador.

Al abrir la puerta de mi habitación me llevé un buen susto al encontrarme ante una mujer bastante vieja con la cara más alargada que jamás he visto. Iba tocada con lo que se solía denominar una cofia peraltada, cuyo borde blanco contrastaba con su piel morena y amarillenta y tornaba más fea aún su cara arrugada. Levantó los hombros encorvados y me miró a la cara con ojos anormalmente negros y brillantes.

-He hecho un pequeño fuego, monsieur, porque la noche es muy fría.

Le di las gracias, pero ella no se marchaba. Seguía con la vela entre sus trémulos dedos.

-Disculpea una vieja, monsieur-dijo-; pero ¿qué diversión, si se puede saber, busca un lord inglés, con todo París a sus pies, en el Dragón Volador?

De haber vivido en la época de los cuentos de hadas, y de haberme relacionado diariamente con la deliciosa condesa d'Aulnois, habría visto en aquella aparición marchita al genio loci, al hada mala, a cuya señal se habían esfumado sucesivamente los malhadados huéspedes de aquella habitación. Pero yo ya era mayorcito. Así y todo, los ojos oscuros de la anciana seguían fijos en los míos, con una constancia e inteligencia que delataban que mi secreto había sido descubierto. Me sentía confundido y alarmado; ni siquiera se me ocurrió preguntarle qué asunto la había llevado allí.

-Estos ojos viejos lo vieron a usted anoche en el parque del castillo.

-¿A mí?-exclamé con el mayor aire de sorpresa despreciativa que pude afectar.

-Es inútil, monsieur. Sé bien por qué se aloja usted aquí; y yo le digo que se marche. Deje esta casa mañana por la mañana y no vuelva nunca por aquí.

Levantó la mano que tenía libre mientras me miraba con una expresión de intenso terror.

-Nada en esta tierra... No sé de qué me habla-contesté-. Además, ¿por qué debería usted preocuparse por mí?

-Yo no me preocupo por usted, monsieur. Me preocupo por el honor de una familia antigua a la que he servido en días más felices, cuando ser noble equivalía a ser honrado por todos. Pero sé, monsieur, que hablo en vano y que usted es insolente. Yo mantendré mi secreto, y usted el suyo; eso es todo. Pero, en cuanto al suyo, pronto lo encontrará tan duro de guardar que no tendrá más remedio que divulgarlo.

La anciana atravesó lentamente la estancia y cerró la puerta antes de que yo hubiera podido encontrar algo que replicar. Permanecí un buen rato inmóvil donde ella me había dejado. Los celos del viejo conde, razoné, parecen a esta vieja arpía la cosa más terrible de la creación. Con todo, independientemente del desdén que yo sintiera hacia los peligros que aquella anciana había esbozado tan misteriosamente, no resultaba en modo alguno agradable, pueden suponer bien, que un secreto tan peligroso fuera sospechado por un extraño, y aún menos si ese extraño estaba de parte del conde de St. Alyre.

¿No debía yo buscar por todos los medios la manera de informar a la condesa, que había confiado en mí tan generosamente (o tan locamente, según sus propias palabras), del hecho de que había al menos otra persona que sospechaba de nuestro secreto? Pero, ¿no era más peligroso aún tratar de comunicarnos? ¿Qué había querido decir la vieja arpía con aquello de «Guarde usted su secreto, que yo guardaré el mío»?

En mi cabeza bullían mil preguntas, a cual más desconcertante. Mi aventura parecía un viaje a través de una montaña boscosa, donde a cada paso un nuevo duende o monstruo surge de la tierra o salta de un árbol.

Expulsé expeditivamente de mi mente aquellas dudas angustiosas y terribles. Me aseguré de que la puerta había quedado bien cerrada, me senté a la mesa y, con una vela a cada lado, coloqué ante mí el pergami-no que contenía el croquis y notas que me informaban sobre cómo debía utilizar la llave.

Tras estudiarlo un buen rato, hice un reconocimiento. El rincón situado a la derecha de la ventana estaba cortado de través por la cenefa.

Lo examiné detenidamente y, tras una pequeña presión, un pequeño trozo de moldura cedió y reveló una cerradura. Al retirar el dedo, volvió a su lugar nuevamente, por la acción de un muelle. Hasta ahora había interpretado con éxito mis instrucciones. Una búsqueda parecida, junto a la puerta y justo debajo de ésta, se vio recompensada con un descubrimiento parecido. El paletón pequeño de la llave entraba aquí al igual que en la cerradura superior; y ahora, tras dos o tres vueltas de la llave, se abrió una puerta en el panel, dejando al descubierto un paño de pared desnudo y una abertura estrecha y abovedada, practicada en el espesor de la pared, más allá de la cual se veía una escalera de caracol de piedra.

Penetré con la vela en la mano. No sé si el aire encerrado durante mucho tiempo tiene alguna cualidad

extraña, pero a mí siempre me ha parecido así, y en aquel caso infestaba el ambiente con un olor a mam-postería rancia. Mi candela iluminó débilmente la desnuda pared de piedra que rodeaba la escalera, cuyo pie no podía ver. Empecé a bajarla y unas vueltas después me encontré sobre el suelo de piedra. Aquí había otra puerta de roble viejo, y muy sencilla, empotrada en el grueso de la pared. El paletón grande de la llave entraba perfectamente en la cerra-dura, que estaba oxidada. Coloqué la bujía sobre las escaleras y apliqué ambas manos; giró con dificultad y emitió un chirrido que me hizo temer por el secreto de mi operación.

Durante unos minutos no me moví. Pero, poco después, me armé de valor y abrí la puerta. El aire de la noche entró por el vano y apagó la vela. Cerca de la puerta había un bosquecillo de acebos, casi tan denso como una jungla. Me habría encontrado en medio de la más completa oscuridad de no haber sido porque, a través de las hojas más altas, titila-ba un resplandor de claro de luna.

Suavemente, por miedo a que alguien pudiera haber abierto su ven-tana al oír el chirrido de la cerradura oxidada, me abrí paso con dificultad hasta salir a una zona despejada. Allí descubrí que la maleza se extendía casi hasta el parque y se unía con el bosquecillo que rodeaba al templete de queya *he* hablado antes.

Ni un general habría ideado un acceso más seguro para llegar desde el Dragón Volador hasta el lugar donde yo había platicado en dos oca-siones con el ídolo de mi latría culpable.

Volví la mirada hacia la vieja posada y vi que la escalera por la que yo había bajado estaba encajada en una de esas torretas alargadas que deco-ran este tipo de edificios. Estaba situada en el ángulo que se correspondía con la parte del artesonado de mi habitación que aparecía indicada en el croquis recién consultado por mí.

Plenamente satisfecho de mi experimento, volví a la puerta no sin cierta dificultad, subí de nuevo a mi habitación y volví a cerrar la puerta secreta; besé la llave misteriosa que su mano había empuñado aquella misma noche y la coloqué debajo de mi almohada, sobre la cual, poco después, reposó mi cabeza aturdida, que no consiguió conciliar el sueño durante un buen rato.

## CAPÍTULO XXI - *Veo a tres hombres en un espejo*

Aquella mañana me desperté muy temprano y no pude volver a dor-mirme: estaba demasiado nervioso. Fui a ver a mi posadero tan pronto como pude hacerlo sin despertar sospechas. Le dije que iría a la ciudad aquella noche, y de allí a \*\*\*, donde tenía que ver a algunas personas por asuntos relacionados con los negocios; asimismo, le pedí que dijera todo aquello a cualquier amiga) que pudiera visitarme. Esperaba volver en el plazo de una semana y, entre tanto, mi criado St. Clairguardaría la llave de mi habitación y cuidaría de mis cosas.

Tras pergeñar esta coartada para el posadero, me encaminé hacia París a resolver las cuestiones financieras de la operación. El problema era cómo conseguir que me dieran las casi treinta mil libras esterlinas de que disponía en una forma en que resultaran no sólo fáciles de transpor-tar, sino también



disponibles en cualquier parte a la que decidiera ir, sin necesidad de recurrir a la correspondencia o a cualquier otro medio que pudiera delatar mi lugar de residencia. Todas estas cuestiones quedaron resueltas con la mayor rapidez posible. No es el caso de calentarles ahora la cabeza con todos los trámites que hice para obtener los pasaportes. Baste decir que el lugar de destino que escogí para nuestra huida fue, plenamente acorde con el carácter romántico de la aventura, uno de los más hermosos y apartados rincones de Suiza.

Asimismo, había decidido no llevar equipaje. En la primera población importante a la que llegáramos a la mañana siguiente nos abasteceríamos de un guardarropa improvisado. Eran las dos de la tarde. ¡Nada más que las dos! ¿En qué emplear todas las horas libres que me quedaban?

Aún no había visto la catedral de Nôtre Dame, y hacia allí me dirigí. Me detuve en ella una hora aproximadamente. Luego visité la Concier-gerie, el palacio de justicia y la preciosa Sainte Chapelle. Como aún me quedaba tiempo libre, decidí dar un paseo por las callejuelas aledañas a la catedral. Recuerdo haber visto en una de ellas una casa antigua con una inscripción mural en la que se podía leer que había sido la residencia de Canon Fulbert, el tío de la Eloísa de Abelardo. No sé si aquellas calles antiguas tan curiosas, en las que observé restos de antiguas iglesias góticas habilitadas como almacenes, siguen aún en pie. Entre otras tiendas desvencijadas y excéntricas, fui a dar con una en la que parecían vender todo tipo de antigüedades: armaduras, porcelana y muebles. Entré. La tienda, de techo bajo, estaba oscura y llena de polvo. El dueño se hallaba limpiando una pieza de armadura con incrustaciones y me dejó curiosear a placer y examinar las distintas curiosidades allí acumuladas. Fui adentrándome paulatinamente hasta llegar al final, donde había una ventana con muchos cristales en forma de diana, sucios a más no poder. Al llegar a aquella ventana, me volví y, en un recoveco que formaba ángulo recto con la pared lateral de la tienda, vi un gran espejo con un marco deslustrado y pasado de moda. Reflejado en él vi lo que en las casas antiguas he oído llamar una «rotonda», en la que, entre muebles viejos y artículos polvorientos, algunos colgados de la pared, había una mesa a la que estaban sentadas tres personas enfrascadas en lo que parecía una conversación seria. A dos de estas personas las reconocí al instante. Una era el coronel Gaillarde; la otra, el marqués de Harmonville; y la tercera, que estaba jugueteando con una pluma, era un hombre delgado y pálido, picado de viruela, con el pelo lacio y negro y el aspecto más penoso que he visto jamás en mi vida. El marqués levantó los ojos, y su mirada fue seguida al instante por sus dos compañeros. Durante unos instantes no supe qué hacer. Pero estaba claro que no me habían reconocido, pues la poca luz que entraba por la ventana me daba de espaldas y la parte de la tienda que tenía ante mí estaba sumida en una oscuridad casi total.

Al percatarme de ello, tuve la sangre fría suficiente para fingir hallarme completamente enfrascado en los objetos que tenía ante mí, y así fui saliendo lentamente de la tienda. Me detuve un instante para ver si me seguía alguien, y sentí gran alivio al notar que no se oían pasos. Puedo asegurarles que no me entretuve ni un minuto más en aquella tienda donde había hecho un descubrimiento tan singular como inesperado.

No era asunto mío investigar qué había podido reunir al coronel Gaillarde y al marqués en aquel lugar tan destortalado, y hasta tan sucio; ni quién era el individuo que mordía la punta de su pluma. Los empleos que el marqués aceptaba a veces lo obligaban sin duda a juntarse con gente rara.

Contento por haber escapado de allí, llegué a la entrada del Dragón Volador justo cuando se estaba poniendo el sol. Despedí al vehículo que había alquilado y entré en la posada con un cofre en la mano -de unas dimensiones maravillosamente pequeñas, habida cuenta de su cuantioso contenido-, disimulado por una envoltura de cuero.

Una vez en mi habitación, mandé llamar a St. Clair y le conté prácticamente la misma historia que al posadero. Le di cincuenta libras para que gastara todo lo que necesitara y abonara la cuenta de la

habitación hasta mi vuelta. Luego tomé una cena ligera y apresurada. Mis ojos se posaban a menudo en el solemne reloj viejo de la chimenea, el único cómplice en mi reprobable aventura. El cielo favoreció mis planes cubriéndose de un mar de nubes.

El posadero salió al vestíbulo a preguntarme si necesitaba un vehículo para ir a París. Yo estaba preparado para aquella pregunta y le repliqué de inmediato que pensaba ir a pie hasta Versalles, donde alquilaría un coche. Llamé a St. Clair.

-Ve -le dije- y tómame una botella de vino con tus amigos. Te llamaré si necesito algo; entre tanto, aquí tienes la llave de mi cuarto. Estaré escribiendo algunas notas, por lo que no quiero que nadie me moleste, al menos durante media hora. Al cabo de ese tiempo probablemente descubras que ya he marchado a Versalles; por tanto, si no me encuentras en mi habitación, puedes darlo por supuesto. Lo ordenarás todo y cerrarás la puerta. ¿Comprendido?

St. Clair se despidió, deseándome todo tipo de felicidad y sin duda prometiéndose algún pequeño esparcimiento con mi dinero. Con la vela en la mano, subí las escaleras con premura. Faltaban sólo cinco minutos para la hora concertada. No creo que haya nada cobarde en mi naturaleza, pero confieso que, conforme se acercaba el momento crítico, sentí algo parecido al suspense y a la angustia de un soldado que va a entrar en acción. ¿Me iba a echar atrás? ¡Por nada del mundo!

Eché el cerrojo a la puerta, me puse el gabán y me metí una pistola en cada bolsillo. Había llegado el momento de introducir la llave que me había dado mi dama; entreabrí la puerta secreta, tomé el cofre bajo el brazo, apagué la vela, descorrí el cerrojo de la puerta de la habitación, agucé el oído unos segundos para asegurarme de que nadie se acercaba y luego crucé el cuarto a toda velocidad, franqueé la puerta secreta y eché el pestillo al salir. Me encontraba en la escalera de caracol en medio de la más completa oscuridad, con la llave entre los dedos. Hasta ahora todo estaba saliendo bien.

## CAPÍTULO XXII - *Embeleso*

Bajé la escalera de caracol en medio de la más completa oscuridad; una vez abajo, adiviné dónde estaba la puerta y busqué a tientas el ojo de la cerradura. Extremando la precaución, y haciendo menos ruido que la noche anterior, abrí la puerta y me adentré en el espeso bosquecillo. En esta jungla la oscuridad era casi igual de completa.

Cerré bien la puerta y avancé lentamente entre la vegetación, que cada vez era más espesa. Luego, con mayor comodidad aunque sin dejar el abrigo de la espesura, alcancé el camino del bosque, pero manteniéndome en su linde.

Por fin, a unos cincuenta metros de allí, en medio de la noche oscura, las columnas del templo de mármol se elevaron como fantasmas ante mí, perfilándose entre los troncos de los viejos árboles. Todo era favorable a mi empresa. No me había costado trabajo engañar a mis criados y al personal del Dragón Volador, y la noche era tan cerrada que, aunque hubiera levantado las sospechas de todos los huéspedes de la posada, podría haber burlado con éxito la curiosidad de todos ellos incluso si se

hubieran asomado a la ventana.

Sorteando los troncos y las raíces de los viejos árboles, llegué al lugar de observación convenido. Dejé mi tesoro, envuelto en cuero, en las jambas de la puerta y, con los brazos apoyados en ellas, miré fijamente en dirección del castillo. Apenas se distinguía el contorno del edificio, que parecía confundirse con la opacidad del cielo. No se veía ninguna luz en la ventana. Yo tenía que esperar simplemente; pero ¿durante cuánto tiempo?

Apoyado en mi tesoro, con la mirada puesta en la maciza sombra que representaba el castillo y presa de los más ardientes y exaltados anhelos, me vino un extraño pensamiento, que ustedes se dirán que se me podía haber ocurrido mucho antes. De repente me pareció también que la oscuridad se hacía más profunda y el aire se volvía más gélido a mi alrededor.

¿Y si yo desaparecía también al igual que aquellos otros hombres cuyas historias me habían sido contadas? ¿No me había esforzado todo lo posible por borrar cualquier huella de mis actos y por despistar a todas las personas con las que había hablado en cuanto a la dirección que iba a tomar?

Aquel pensamiento gélido se insinuó como una serpiente en mi mente y luego desapareció.

Yo disfrutaba entonces de la juventud en todo su esplendor, con toda la fuerza, intrepidez, pasión, determinación y ansias de aventura que la acompañan. Tenía conmigo un par de pistolas de doble cañón, es decir, que tenía cuatro vidas en mis manos. ¿Qué podría ocurrir? ¿Qué me importaba, salvo por mi dulcinea, que pudiera interponerse en mi camino el viejo conde, a quien había visto temblar de terror ante el coronel bravucón? Empecé a barajar todas las posibilidades que podrían presentarse. Pensé: con una aliada tan hábil y valerosa como mi bella condesa, ¿hay acaso posibilidad de que se tuerza la empresa? ¡Bah!, me dije despa-chando con una sonrisa aquellas imaginaciones absurdas.

Mientras platicaba conmigo mismo de aquella guisa, vi la luz que me daba la señal. La luz de color rosa, emblema de la esperanza radiante y alba de un día feliz.

Clara, suave y constante brillaba la luz en la ventana, destacándose sobre la piedra oscura. Musitando, ante la visión de aquella señal, apasionadas palabras de amor, me coloqué la caja fuerte bajo el brazo y, tras unas cuantas zancadas rápidas, abordé el castillo de la Carque. Ningún signo de luz o vida, ninguna voz humana, ninguna pisada ni ningún ladrido de perro daban motivo para la inquietud. Una cortina de aquel ventanal estaba echada. Al acercarme, descubrí que media docena de peldaños conducían hasta allí; una especie de verja, que servía de puerta, estaba abierta.

Una sombra del interior se acercó a la cortina, la descorrió y, mientras yo subía los peldaños, me murmuró con dulzura:

-¡Richard, mi queridísimo Richard, venga! ¡Ah, cómo he deseado que llegara este momento!

Nunca me había parecido tan hermosa. Mi amor se trocó en un entusiasmo delirante. Hasta llegué a desear tropezarme con algún peli-gro real para demostrarle la enormidad de mi amor a aquella criatura. Terminados los primeros saludos tumultuosos, ella hizo que me sentara a su lado en un sofá, y así permanecimos un par de minutos. Luego me dijo que el conde ya se había ido, y que en aquel momento se encontraría a unos dos kilómetros de distancia, acompañando al cortejo fúnebre, rumbo a Père Lachaise. Allí estaban también los diamantes. Me mostró apresuradamente un cofre que contenía una gran profusión de brillantes de gran tamaño.

-¿Qué es eso? -me preguntó.

-Un cofre con treinta mil libras de dinero contante y sonante -con-testé.

-¿Qué? ¿Todo ese dinero? -exclamó.

-Sí, ni una esterlina más ni menos.

-¿No es innecesario llevar tanto dinero teniendo todo esto? -dijo tocando los diamantes-. Habría sido de su parte una muestra suple-mentaria de amabilidad dejarme que proveyera yo por las necesidades de los dos, al menos durante cierto tiempo. Eso me habría hecho más feliz aún de lo que me siento.

-¡Mi querido y generoso ángel! -declamé en un raptó de pasión-. Olvida usted que durante un largo período de tiempo puede ser nece-sario observar el más estricto silencio en cuanto a nuestro paradero y mantenernos al margen de todo contacto social...

-Así que ha traído toda esa gran suma. ¿Está seguro? ¿La ha contado?

-Sí, por supuesto. Me la han entregado hoy mismo -respondí, quizá con cierta expresión de sorpresa en el rostro-. Por supuesto que la he contado al retirarla del banco.

-Me hace sentirme algo nerviosa viajar con tanto dinero. Estas joyas constituyen un peligro muy grande, y ese dinero no hace sino aumen-tarlo. Pongamos juntos nuestros cofres; usted se quitará el gabán cuan-do estemos listos para partir, y tratará de ocultarlos con él. No me gusta-ría que los cocheros sospecharan que transportamos un tesoro tan grande. Ahora voy a pedirle que cierre las cortinas de esa ventana y eche la barra de seguridad a los postigos.

Apenas había hecho eso cuando se oyó a alguien llamar a la puerta.

-Sé quién es -me dijo en voz baja.

Vique no estaba alarmada. Avanzó con calma hasta la puerta, y durante unos segundos oí una conversación susurrada.

-Es mi doncella particular, que vendrá con nosotros. Es de total con-fianza. Dice que es más prudente retrasar la partida hasta que pasen unos diez minutos. Nos ha preparado café en la habitación contigua.

Abrió la puerta de dicha habitación y echó una mirada a su interior.

-Tengo que decirle también a mi doncella que no lleve demasiado equipaje. ¡Es tan extraña! No se mueva. Quédese donde está. Es mejor que no le vea por ahora.

Salió de la habitación haciendo un gesto para que extremara la pre-caución.

Se había producido un cambio en la manera de comportarse de mi bella condesa. Durante los últimos minutos se había insinuado en ella la sombra de una duda, un aire de abstracción, una mirada casi de recelo. ¿Por qué estaba pálida? ¿Por qué aquella mirada oscura en sus ojos? ¿Por qué había cambiado también su voz? ¿Había salido algo mal de repente? ¿Acechaba algún peligro?

Pero pronto se calmó mi zozobra. Si hubiera habido algo semejante, ella me lo habría hecho saber al instante. Era lógico que, conforme se aproximaba el momento de la verdad, se fuera poniendo cada vez más nerviosa. No volvió tan pronto como yo habría deseado. A un hombre en aquella situación la

inacción absoluta le resultaba punto menos que insoportable. Me puse a pasear por la habitación presa de inquietud. Era una habitación pequeña. Había una puerta en el otro extremo. La abrí sin pensarlo dos veces. Afiné el oído. No se oía absolutamente nada. Me encontraba en un estado de gran excitación y ansiedad, y cada una de mis facultades estaba concentrada en lo que se avecinaba, y en ese sentido se habían desligado del presente inmediato. No puedo explicar de otro modo el que hiciera tantas cosas insensatas aquella noche, pues en modo alguno me faltaba la cualidad de la astucia. Tal vez la más estúpida de todas fuera que, en vez de volver a cerrar inmediatamente aquella puerta, que no debería haber abierto nunca, decidí coger una vela y penetrar en dicha estancia.

Donde, de manera completamente inesperada, hice un descubrimiento sobrecogedor.

### CAPÍTULO XXIII - *Una taza de café*

La estancia carecía de alfombras. En el suelo había gran cantidad de virutas y una veintena de ladrillos. Más allá, sobre una mesa estrecha, vi algo tan singular que no podía dar crédito a mis ojos.

Me acerqué y retiré de ese algo un lienzo que no lograba disimular su forma. No cabía ninguna duda. Era un ataúd. Y en la tapa había una placa con la siguiente inscripción en francés:

PIERRE DE LAROCHE ST. AMAND

AGÉ DE XXIII ANS

Retrocedí, asombrado por partida doble. ¡Así que el féretro no había salido todavía! Allí estaba el cadáver. Me habían engañado. Sin duda esto explicaba la manifiesta turbación de la condesa. Habría sido más prudente por su parte haberme puesto al corriente de la situación.

Abandoné aquel lugar fúnebre y cerré la puerta. Desconfiar de mí era la peor imprudencia que podía haber cometido. No hay nada más peligroso que la precaución mal aplicada. Completamente ignorante de aquel hecho, yo había penetrado en aquella habitación y habría podido toparme con algunas de las personas que tanto empeño tenía-mos en evitar.

Aquellas reflexiones se vieron interrumpidas casi tan pronto como habían tomado forma con el regreso de la condesa de St. Alyre. Al instante adiviné que había detectado en la expresión de mi rostro el curso de mis pensamientos, pues lanzó una mirada apresurada en dirección de la puerta.

-¿Ha visto algo..., que le haya molestado, mi querido Richard? ¿Ha salido de esta habitación?

Yo le contesté inmediatamente que sí y le conté con absoluta franqueza lo que había visto.

-Bueno, no quería que se sintiera más inquieto de lo necesario. Además, es un asunto repugnante y horrible. El cadáver está ahí, pero el conde se marchó un cuarto de hora antes de que yo encendiera la lámpara y le abriera el ventanal. El cadáver no llegó hasta ocho o diez minutos después de que él se marchara. No quería que los sepultureros de Père Lachaise supusieran que se había aplazado el funeral. Sabía que los restos del pobre Pierre llegarían con toda seguridad esta misma noche; a pesar del retraso inesperado, tiene buenas razones para desear que se celebre el funeral antes de amanecer. El féretro con el cadáver debe salir de esta casa dentro de diez minutos. Inmediatamente después estaremos libres para emprender nuestro loco y venturoso viaje. Los caballos nos están esperando a la puerta de la cuadra, enganchados al carruaje. En cuanto a este funesto horror (le entró un bonito escalofrío), no pensemos más en él.

Aseguró con cerrojo la puerta, y, al volverse, advertí en su rostro y actitud una expresión de penitencia tan exquisita que tuve que contenerme para no caer postrado a sus pies.

-Es la última vez -agregó con un pequeño tono de súplica, a la vez dulce y triste- que engañaré a mi valeroso y apuesto Richard, a mi héroe. ¿Estoy perdonada?

Acto seguido se produjo otra escena de apasionada efusión, y de raptos y protestas de amor, aunque sólo murmurados por miedo a que pudieran oírlos.

Por fin, levantó una mano, como para impedir que me moviera, con los ojos fijos en mí y el oído puesto en la puerta de la estancia donde habían colocado el ataúd, y permaneció sin respirar en esa actitud unos instantes. Tras hacerme una ligera señal, avanzó de puntillas hacia la puerta y puso el oído, al tiempo que extendía la mano hacia atrás como para advertirme de que no me moviera: al cabo de unos segundos volvió nuevamente de puntillas y me dijo al oído:

-Están retirando el ataúd. Venga conmigo.

La acompañé a la habitación desde la que su doncella, según me dijo, había hablado con ella. Sobre una bandeja de plata había una cafetera y unas antiguas tazas de porcelana, que me parecieron realmente preciosas; en otra más pequeña, situada a su lado, había unos vasitos de licor y una garrafa que contenía, como supe poco después, crema de noyó.

-Yo misma le serviré. Déjeme que sea su camarera. No me considere perdonada por mi querido Richard si se niega a que le sirva.

Llenó una taza de café y me la pasó con la mano izquierda, mientras posaba el brazo derecho sobre mi hombro; después, acariciando con los dedos mis rizos, murmuró:

-Tómese esto. Yo también me serviré después.

Era excelente. Cuando hube apurado la taza, me pasó el licor, que también bebí.

-Volvamos, cariño, a la habitación contigua -dijo-. Esas horribles personas ya han debido de irse y estaremos más seguros ahí por el momento.

-Todo lo que diga mi hermosa reina yo lo cumpliré -murmuré-, y no sólo ahora, sino siempre,

He de confesar que aquellos arrebatos líricos se basaban, inconscientemente, en la idea que me había formado de la galantería a la francesa. Aún hoy me avergüenzo al recordar la grandilocuencia con la que

traté a la condesa de St. Alyre.

-Y ahora se va a tomar una deliciosa copita de noyó -dijo con tono alegre. El ambiente fúnebre del momento anterior, y el suspense de una aventura de la que dependía el futuro, había desaparecido como por ensalmo de aquella criatura tornadiza. Salió corriendo y volvió con otra copita diminuta, que, tras decirme unas palabras elocuentes y tiernas, me llevó a los labios y bebí.

Le besé la mano, los labios, me quedé mirando sus hermosos ojos y volví a besarla sin que ella opusiera resistencia alguna.

-Usted me llama a mí Richard, pero ¿cómo he de llamar yo a mi diosa? -pregunté.

-Llámeme Eugénie, por mi nombre de pila. Sí, seamos naturales; bueno, si me ama tanto como yo a usted.

-¡Oh, Eugénie! -exclamé nuevamente embelesado, ahora paladeando su nombre.

Le hice saber cuán impaciente estaba por emprender cuanto antes nuestro viaje, y, mientras decía esto, noté de repente una sensación extraña por todo el cuerpo. No era en absoluto un mareo. No encuentro palabras para describirlo; fue algo así como una repentina congestión cerebral. Era como si la membrana que recubre el cerebro, si es que existe tal cosa, se hubiera vuelto inflexible.

-¡Mi querido Richard! ¿Qué le ocurre? -exclamó, con terror en los ojos-. ¡Cielo santo! ¿Se ha puesto enfermo? Por favor, siéntese. Aquí, en este sillón.

Casi me obligó a hacerlo. Yo no estaba en condiciones de ofrecer la menor resistencia. Reconocí demasiado bien las sensaciones que siguieron. Estaba arrellanado en el sillón, completamente incapaz de articular una sílaba, de cerrar los párpados ni de mover los ojos o los músculos.

En unos segundos me vi sumido en el mismo estado que había padecido durante varias horas interminables durante mi viaje nocturno a París en compañía del marqués de Harmonville.

La desesperación de mi dama fue intensa y ruidosa. Parecía haber perdido toda sensación de miedo. Me llamaba por mi nombre, me sacudía los hombros, me levantaba el brazo y lo dejaba caer implorándome sin cesar, con frases cargadas de patetismo, para que hiciera el menor signo de vida y prometiéndome que, si no lo hacía, se quitaría la vida.

Pasados unos minutos, aquellas exclamaciones cesaron repentinamente. La condesa pasó a mostrarse silenciosa y fría. De una manera expeditiva, tomó una vela y se plantó delante de mí, pálida, palidísima, pero en su rostro sólo había una expresión de intenso escrutinio, con una pizca de horror en ella. Pasó lentamente la vela ante mis ojos, observando el efecto. Luego la posó y zarandeó una campanilla con energía. Colocó juntos ambos cofres (me refiero al suyo con las joyas y al mío con el dinero) sobre la mesa, y vi cómo cerraba con sumo cuidado la puerta que daba acceso a la estancia en la que yo había tomado café poco antes.

Acababa de colocar mi pesado cofre, que pareció tener gran dificultad en levantar, cuando se abrió la puerta de la habitación en la que yo había visto el ataúd y entró una siniestra e inesperada aparición.

Era el conde de St. Alyre, el cual, como ya he dicho, hacía bastante tiempo que debía de estar de camino rumbo a Père Lachaise, si no me habían informado mal. Se plantó ante mí unos instantes, enmarcado por las jambas de la puerta y un fondo de oscuridad, como un retrato. Su figura endeble y mezquina iba cubierta de riguroso luto. Llevaba un par de guantes negros en la mano y un sombrero con cinta de crespón.

Cuando no hablaba, su rostro daba muestras de agitación. Su boca se fruncía y crispaba. Tenía un aspecto a la vez espantosamente malvado y asustado.

-Bien, mi querida Eugénie. Bien, nenita. Todo está saliendo a la perfección, ¿verdad?

-Sí -contestó ésta con voz baja y dura-. Pero Planard y tú no deberíais haber dejado abierta esa puerta. Ha entrado y ha visto todo. Menos mal que no ha levantado la tapa del ataúd -apostilló con tono enfadado.

-¡Planard debería haberse encargado de eso! -contestó el conde secamente-. ¡Mafói, yo no puedo estar en todas partes!

Avanzó hacia mí una media docena de pasitos y se caló las lentes.

-¡Monsieur Beckett! -gritó dos o tres veces-. ¡Eh! ¿No me conoce?

Se acercó otro poco y escudriñó mi rostro con atención; me levantó la mano y la sacudió, llamándose de nuevo, y luego la dejó caer y dijo:

-Ha funcionado admirablemente, mi preciosa mignonne. ¿Cuándo empezó?

La condesa se acercó y se colocó junto a él y me miró fijamente durante unos segundos.

No pueden imaginar el efecto de la mirada silenciosa de aquellos dos ojos malvados.

La dama miró hacia donde, recordé, estaba la repisa, y sobre ella un reloj, cuyo tictac regular percibía con total claridad.

-Cuatro..., cinco..., seis minutos y medio -dijo sin inmutarse.

-Brava, bravissima! ¡Mi preciosa reina, mi pequeña Venus, mi Juana de Arco, mi heroína, mi dechado de mujer!

Me estaba mirando con una curiosidad odiosa, sonriendo, mientras buscaba con sus escuálidos dedos curtidos la mano de la dama; pero ella no parecía muy interesada en sus caricias, pues retrocedió ligeramente.

-Ven, machère, vamos a contar todo esto. ¿Qué es? ¿Un billetero? ¿O... o... qué?



-¡Es esto! -dijo la dama lanzando una mirada de desagrado al cofre cubierto de cuero, que había colocado sobre la mesa.

-¡Ah! Muy bien. Veamos. Vamos a contar. Veamos -exclamó mientras desataba las correas con dedos temblorosos-. Tenemos que contar todo. Vamos a ver. Aquí tengo lápiz y papel. Pero ¿dónde está la llave? ¿No ves esa maldita cerradura? ¡Dios mío! ¿Dónde está? ¿Dónde está la llave?

Decía todo esto arrastrando los pies delante de la condesa, con las manos extendidas y los dedos temblorosos.

-Yo no la tengo. ¿Cómo la voy a tener? Está en su bolsillo, por supuesto -protestó la condesa.

Un instante después, los dedos del viejo bellaco registraban mis bolsillos. Sacaron todo lo que había, incluidas algunas llaves.

Como he dicho, me encontraba exactamente en el mismo estado que había padecido durante mi viaje con el marqués rumbo a París. Aquel canalla a quien yo conocía estaba a punto de robarme. Pero no. Se me alcanzaba aún el porqué de aquella trama, ni el «papel» que representaba la condesa en él. No estaba seguro -las mujeres tienen más sentido y más recursos histriónicos que la mayor parte de nuestro torpe sexo- de si la vuelta del conde había constituido también una sorpresa para ella; y si aquel escrutinio del contenido de mi cofre era una iniciativa improvisada del conde. Pero cada minuto iba aclarando mi situación, y ya faltaba poco para que comprendiera el carácter atroz de la misma.

Yo no podía mover los ojos ni una milésima en ninguna dirección. Pero si alguien se coloca, como yo estaba, en el extremo de una habitación, comprobará por sí mismo la amplitud del campo de visión, sin la menor alteración de la visibilidad; descubrirá que abarca perfectamente toda la extensión de una habitación grande hasta una distancia muy corta, y, de manera menos perfecta (por efecto de la refracción, creo, en el propio ojo), hasta un punto bastante próximo. Así pues, casi nada de lo que ocurría en aquella habitación se hurtaba a mi observación.

El viejo ya había dado con la llave. Primero abrió el estuche de cuero y luego el cofre de hierro, volcando su contenido sobre la mesa.

-Cartuchos de cien napoleones. Uno, dos, tres. Sí, rápido. Escribe mil napoleones. Uno, dos; sí, muy bien. Otros mil. ¡Escribe!

Y así sucesivamente hasta que todo quedó contado. Luego vinieron los billetes.

-Diez mil francos. Anota. Diez mil francos otra vez. ¿Anotado? Otros diez mil francos. ¿Anotado? Billetes más pequeños habrían venido mejor. Habrían llamado menos la atención. Éstos te pueden poner en terribles apuros. Cierra con cerrojo esa puerta. Planard se pondría insoportable si conociera la cantidad. ¿Por qué no le dijiste que se lo dieran en billetes más pequeños? Bueno, ahora ya no tiene remedio. Sigue. Escribe: otros diez mil francos... Y otros... Y otros.

Y así sucesivamente hasta contar todo mi tesoro en mi mismísima presencia, mientras yo lo veía y oía todo con la mayor nitidez. Mi percepción mental era asimismo terriblemente viva. Pero a todos los demás efectos yo estaba muerto.

Mientras volvía a colocar en el cofre los billetes y los cartuchos, contó de nuevo la suma total para asegurarse de que cuadraba; lo cerró, lo volvió a colocar, metódicamente, en su estuche, abrió una caja

fuerte disimulada en la pared, y, tras colocar en ella el joyero de la condesa y mi cofre, la cerró. Inmediatamente después de realizar estas operaciones, empezó a echar pestes contra Planard a causa de su retraso.

Quitó el cerrojo a la puerta, miró en dirección de la habitación oscura que había más allá y aplicó el oído. Volvió a cerrar la puerta y regresó. El viejo estaba al borde de un ataque de nervios.

-He apartado diez mil francos para Planard -dijo palpándose el bolsillo de su chaleco.

-¿Se conformará con esa cantidad? -preguntó la dama.

-¿Qué? ¿Que le parta un rayo! -bramó el conde-. ¿Es que no tiene conciencia? Le juraré que es la mitad del lote.

La dama y él volvieron a mirarme con ansiedad durante un rato, en silencio, y luego el viejo conde empezó a refunfuñar contra Planard por segunda vez mientras cotejaba su reloj personal con el de la pared. La dama parecía menos impaciente; permanecía sentada, sin mirarme ya a mí, sino al vacío, de manera que yo la veía de perfil. ¡Qué extraño aquel cambio tan repentino! Ahora su rostro tenía un aire sombrío, de bruja. Mi última esperanza se desvaneció al ver sin careta aquel rostro hastiado. Ahora supe que iban a culminar su robo con un asesinato. Pero, ¿por qué no me liquidaban rápidamente? ¿Qué obstáculo podía haber para aplazar la catástrofe que aceleraría su propia salvación? No puedo referir con palabras, ni siquiera recordar para mí solo, el espantoso terror que se apoderó de mí. Piensen ustedes en la típica pesadilla; es decir, en un sueño en el que los objetos y el peligro son reales, y la inminencia de la muerte corporal se aplaza al antojo de quienes deciden sobre nuestros tormentos inhumanos. No me quedaba tampoco la menor duda en cuanto a la causa del estado en que me encontraba.

En medio de aquel estado angustioso, cuya descripción me resulta imposible de hacer, vi cómo se abría lentamente la puerta de la estancia donde había visto el ataúd y cómo hacía su entrada el marqués de Harmonville.

## CAPÍTULO XXV - Desesperación

Un momento de esperanza tan violenta como peregrina, de una esperanza que era casi una tortura; luego vino un diálogo, y con él los terrores de la desesperación.

-¡Gracias a Dios, Planard, que por fin has venido! -exclamó el conde, sujetándolo por el brazo con ambas manos y tirando de él hasta donde me encontraba yo.

-Mire, fíjese. Todo ha salido a la perfección. ¿Quieres que te traiga una vela?

Mi amigo el marqués de Harmonville, o Planard o lo que quiera que fuera se acercó hasta mí mientras se quitaba los guantes, que metió en el bolsillo.

-La vela, un poco más a este lado -dijo mientras, inclinado sobre mí, me miraba con gravedad. Me pasó la mano por la frente y luego estuvo un rato mirándome a los ojos.

-Y bien, doctor, ¿qué opina? -susurró el conde.

-¿Cuántas gotas le han administrado? -preguntó el marqués, con-vertido así, de repente, en doctor.

-Setenta -dijo la dama.

-¿En el café caliente?

-Sí; sesenta en el café caliente y diez en el licor.

Me pareció que la voz baja y dura de la condesa temblaba un poco. Se necesita una larga carrera de culpa para subyugar por completo a la natu-raleza e impedir esos signos exteriores de agitación que sobreviven al bien. Por su parte, el doctor me estaba tratando con la frialdad con que se dispone a un cadáver antes de impartir una lección de medicina. Me volvió a mirar a los ojos y me tomó el pulso.  
-Acción suspendida -dijo para sí.

Luego puso sobre mis labios algo que, por lo que pude ver, me pareció un fragmento de membrana vegetal, mientras mantenía la cabeza lo más alejada posible para que su aliento no la afectara.

-Sí -dijo en soliloquio, en voz muy baja.

Acto seguido me abrió la camisa y aplicó el estetoscopio a mi pecho, mudándolo de una parte a otra, con la oreja pegada al auricular, como si tratase de oír un sonido muy lejano; levantó la cabeza y se dijo nueva-mente a sí mismo:

-Ha cesado cualquier acción perceptible de los pulmones.

Después, volviéndose a sus compañeros -esto lo supuse por el soni-do de su voz-, dijo:

-Setenta gotas, aun suponiendo que diez se desperdiciaran, deberían mantenerlo paralizado durante seis horas y media. Tiempo de sobra. El experimento que hice con él en su carruaje fue sólo de treinta gotas y pude comprobar que tenía un cerebro sumamente sensible. No sería conveniente matarlo, como bien saben. ¿Está segura de no haberle administrado más de setenta?

-Segurísima -sentenció la dama.

-Si muriera, se interrumpiría la evaporación y le encontrarían en el estómago una materia extraña, parte de ella venenosa, ¿comprenden? Si tuviera usted alguna duda, lo más indicado sería practicarle un lavado de estómago.

-Mi querida Eugénie, di la verdad. Vamos, di la verdad -la apremió el conde.

-No me cabe la menor duda. Estoy completamente segura -replicó.

-¿Cuánto tiempo hace exactamente? Le dije que se fijara en la hora exacta.

-Y eso hice. El minuterio se encontraba exactamente aquí, bajo el pie de este Cupido.

-Entonces durará probablemente siete horas. Luego se recuperará. La evaporación será completa, y no quedará en su estómago ni una par-tícula de fluido.

En cualquier caso, me resultó tranquilizador oír que no tenían inten-ción de asesinar-me. Quien no haya pasado por ello no conoce los terro-res de la muerte próxima, cuando la mente está límpida, los instintos de la vida intactos y ninguna excitación perturba la apreciación de este horror completamente nuevo.

La naturaleza y finalidad de aquella atención para con mi persona me resultaban harto extrañas; yo todavía no sospechaba nada.

-Supongo que se marchan de Francia -dijo el ex marqués.

-Por supuesto. Mañana mismo -contestó el conde.

-Y ¿adónde piensan ir?

-Eso no lo hemos decidido aún -contestó rápidamente.

-Así que no lo quiere decir a un amigo, ¿eh?

-No puedo decirlo mientras no lo sepa. Este negocio ha resultado ser muy poco provechoso.

-Eso ya lo arreglaremos en su momento.

-Es hora de que lo tumbemos, ¿no? -dijo el conde, señalándome a mí con el dedo.

-Sí, debemos proceder con premura. ¿Están aquí su camisón y su sosiega? Ya me entienden...

-Sí, aquí están -contestó el conde.

-Entonces, madame-dijo el doctor volviéndose a la dama y hacién-dole, a pesar de la urgencia del momento, una reverencia-, ha llegado el momento en que debe retirarse.

La dama pasó a la habitación en la que yo había tomado mi traicio-nero café, y ya no volví a verla.

El conde tomó una vela y franqueó la puerta situada en el extremo de la habitación, volviendo con un rollo de lino en la mano. Primero cerró con llave una puerta, y luego la otra.

Y ahora, en silencio, los dos procedieron a desnudarme, tarea que despacharon en pocos minutos.

Luego me enfilaron la prenda que el doctor había llamado mi cami-són, un sayal que me cubría hasta los pies, así como un gorro, más pare-cido a los que utilizan las mujeres que a los masculinos, que anudaron bajo mi barbilla.

Y ahora, pensé, estos intrigantes me dejarán en la cama para que me recupere como buenamente pueda, mientras aprovechan para escapar con su botín, tornando inútil cualquier persecución.

Tal había sido mi gran esperanza hasta entonces, pero pronto me resultó claro que sus planes eran bien diferentes.

El conde y Planard entraron juntos en la estancia situada justo enfrente de mí. Oí un cuchicheo y luego el ruido de pies que se arrastra-ban; los vi entrar de espaldas por la puerta, uno junto al otro. Arrastra-ban algo que producía un ruido sordo y prolongado; pero como se habían interpuesto entre el objeto arrastrado y yo, no pude verlo hasta que lo hubieron acercado junto a mí. Entonces, ¡horror!, lo vi con meri-diana claridad. Era el ataúd que había visto antes en la estancia conti-gua. Lo habían dejado en el suelo, pegado al sillón en el que yo estaba arrellanado. Planard levantó la tapa. El ataúd estaba vacío.

## CAPÍTULO XXVI -*Catástrofe*

-Parecen buenos caballos, aunque habrá que cambiarlos por el cami-no -iba diciendo Planard-. Dé a los hombres un par de napoleones; es preciso tenerlo todo terminado para antes de las tres y media. Y ahora, vamos; yo lo mantendré en posición vertical para que usted le meta los pies en el ataúd; asegúrese también de que quedan bien juntos antes de cubrirlos con el sudario.

Un instante después, como había indicado Planard, me encontraba sostenido por éste, de pie sobre un extremo del ataúd; poco a poco me fueron dejando caer. Luego, Planard me extendió los brazos en paralelo a mis costadosy, alisándome con cuidado los encajes de la pecheray los pliegues del sudario, se plantó a los pies del ataúd y echó una última mirada general, al parecer de satisfacción.

El conde, que era muy metódico, cogió mi ropa, hizo un lío con ella y la guardó, según oí decir después, en uno de los tres armarios empo-trados que se hallaban disimulados en la pared.

Ahora comprendí su abominable plan. Aquel ataúd estaba destinado a mí. El funeral deSt. Amandera una farsa para despistar a la policía. Yo mismo había dado, y firmado, las órdenes pertinentes enPère Lachaise y había abonado los gastos del entierro del inexistentePierredeSt. Amand,cuyo lugar iba yo a ocupar, encerrado en su ataúd, con su nom-bre en la placa encima de mi pecho y una tonelada de barro sobre mi ataúd; y, cuando me despertara de aquella catalepsia, después de llevar varias horas en la tumba, perecería allí dentro de la manera más horrible que se pueda imaginar.

Si, luego, por algún capricho de la curiosidad o de la sospecha, se exhumaba el ataúd y se examinaba el cadáver en él encerrado, ningún análisis químico podría detectar huella alguna de veneno, ni el más exhaustivo examen podría detectar rastro alguno de violencia.

Yo mismo había contribuido a dar falsas pistas a la policía, en caso de que mi desaparición despertara alguna sospecha, y hasta había escrito a algunos amigos míos de Inglaterra diciéndoles que no esperaran carta mía durante tres semanas por lo menos.

En medio de mi júbilo culpable, la muerte había llamado a mi puer-ta, sin dejarme escapatoria alguna. Traté de rezar en aquel momento de pánico sobrehumano, pero sólo pensamientos de terror, juicio final y tormento eterno lograron distraerme de mi destino inmediato.

No me empeñaré en describir lo que es de por sí indescriptible: el horror en estado puro que se había adueñado de mi alma. Me ceñiré a describir lo que ocurrió, tal y como me quedó grabado en la memoria

de manera perdurable.

-Los empleados de pompas fúnebres están en el vestíbulo -dijo el conde.

-No deben entrar hasta que hayamos cerrado el ataúd -dijo Planard-. Haga el favor de sujetar un extremo mientras yo sujeto el otro.

No me dejaron mucho tiempo para tratar de adivinar lo que iban a hacer conmigo, pues unos segundos después deslizaron una tabla cerca de mi rostro, dejándome completamente a oscuras; los sonidos me llegaron desde entonces de manera más apagada, pudiendo sólo distinguir lo que se pronunciaba clara y distintamente. Sí pude oír el forcejeo de un destornillador y el chirriar de varios tornillos según los iban introduciendo. Ni la voz de Jehová hablando entre truenos me habría resultado más espantosa que aquellos ruidos vulgares.

El resto lo debo relatar, no como llegó entonces hasta mis oídos (oía de una manera demasiado imperfecta e interrumpida para poder pergeñar una narración fidedigna), sino según lo que supe después por algunas personas.

Tras ajustar bien todos los tornillos, los dos hombres arreglaron la habitación y dispusieron el ataúd de manera que quedara perfectamente centrado sobre las guías, pues el conde no quería bajo ningún concepto que hubiera en la habitación algo que delatara precipitación o desorden, lo cual podría haber dado pie a algunas conjeturas.

Después, el doctor Planard dijo que iba al vestíbulo a llamar a los mozos encargados de llevarse el ataúd y colocarlo en la carroza fúnebre. El conde se puso los guantes negros y, con un pañuelo blanco en la mano, se preparó para dirigir el duelo con el mayor dramatismo posible. Estaba algo detrás de la cabecera del ataúd, esperando la llegada de las personas que acompañaban a Planard, y cuyos rápidos pasos oyó enseñando aproximarse.

Planard fue el primero en llegar. Entró en la habitación desde la estancia en que había estado anteriormente el ataúd. Su actitud había cambiado sensiblemente; se movía con cierta arrogancia.

-Monsieurlecomte-dijo mientras franqueaba la puerta seguido de media docena de personas-. Siento tener que comunicarle una interrupción bastante inoportuna. Ha venido monsieur Carmaignac, un caballero que desempeña un cargo importante en el departamento de policía, al cual le han informado de que grandes cantidades de mercancías de contrabando inglesas y de otros países se han distribuido en este vecindario, y de que una porción de ellas se oculta en esta casa. Yo me he permitido asegurarle, por cuanto sé, que no hay nada más falso que dicha información y que usted no tiene ningún tipo de inconveniente en abrir de par en par, a efectos de la inspección reglamentaria, y sin ninguna dilación, cuantas habitaciones, gabinetes y armarios empotrados pueda haber en su casa.

-Por supuesto -exclamó el conde con voz firme, pero con el semblante súbitamente empalidecido-. Gracias, mi querido amigo, por haberse anticipado a mí. *Monsieur*, pondré mi casa y mis llaves a disposición de sus investigadores tan pronto como me comuniquen qué mercancías de contrabando se están buscando concretamente.

-El conde de St. Alyre me disculpará -contestó Carmaignac algo secamente-, pero mis superiores me prohíben revelarles dicho extremo; esta orden de registro deberá bastar para probar al señor conde que tengo instrucciones precisas para proceder a un registro general.

-Monsieur Carmaignac, espero que permita al conde de St. Alyre asistir al funeral de su pariente, que

yace aquí muerto, como usted ve -intervino Planard señalando con el dedo el ataúd-, y cuyo cadáver va a trasladar hasta Père Lachaise una carroza fúnebre que está lista para partir en la puerta.

-Eso, siento decirlo, no puedo permitirlo. Mis instrucciones son bien precisas. Pero confío en que este retraso no les ocasione ningún problema. Monsieur le comte no debe suponer en ningún momento que yo sospecho de él; pero tenemos un deber que cumplir, y, ya se sabe, yo debo actuar como si sospechase de todo el mundo. Cuando me ordenan registrar, yo registro; a veces se ocultan cosas tan extrañas en lugares tan extraños... Por ejemplo, no puedo decir con seguridad qué es lo que contiene ese ataúd.

-El cadáver de mi pariente, monsieur Pierre de St. Amand- contestó el conde con altivez.

-¡Ah! Entonces lo ha visto usted, supongo.

-¿Que si lo he visto? Tantas veces... -dijo el conde, manifiestamente apenado.

-Me refiero al cadáver.

El conde intercambió una rápida mirada con Planard. -N... No, monsieur. Es decir, sólo un momento. Otra mirada rapidísima a Planard.

-El tiempo suficiente para reconocerlo, supongo -insinuó el caballero.

-Por supuesto. Claro que sí. Lo he reconocido al instante. Perfectamente. ¿Cómo no iba a reconocer a Pierre de St. Amand? Pobre hombre... Lo conozco demasiado bien, descuide.

-Las cosas que yo busco -dijo monsieur Carmignac- cabrían en un espacio muy reducido; los criados son a veces tan ingeniosos... Levantemos la tapa.

-Discúlpeme, *monsieur*- replicó el conde con tono perentorio acercándose al ataúd y extendiendo los brazos sobre él-. No puedo tolerar semejante indignidad, semejante profanación.

-No habrá tal, señor. Se trata simplemente de levantar la tapa. Usted permanecerá en esta habitación. Si todo está en orden, como es de suponer, usted habrá tenido el gusto de ver otra vez, la última-vez, a su amado pariente.

-Pero, señor, eso no puedo permitirlo.

-Lo siento, monsieur, pero tengo órdenes estrictas al respecto.

Además, esa herramienta..., el destornillador, se rompió al colocar el último tornillo, y le doy mi palabra de honor que en ese ataúd no hay nada más que el cadáver.

-Por supuesto que monsieur le comte cree lo que dice, pero no conoce tan bien como yo las artimañas al uso entre los criados, que suelen estar bastante avezados en el arte del contrabando. A ver, Philippe, quita la tapa de ese ataúd.

El conde protestó, pero Philippe- un hombre calvo y con el rostro más tiznado que el de un carbonero- dejó en el suelo una caja de cuero de herramientas, de la que, tras echar un vistazo al ataúd y tantear con la uña las cabezas de los tornillos, seleccionó un destornillador y, con unas hábiles vueltas a cada uno de los tornillos, éstos se alinearon como una hilera de setas, y la tapa cayó a un lado. Vi de nuevo la luz, que

creía haber visto por última vez. Pero el eje de mi visión seguía inmóvil. Como mi estado cataléptico me obligaba a mirar de frente y fijamente, en aquel momento sólo veía el techo. Vi cómo la cara de Carmaignac se inclinaba sobre mí con un curioso fruncimiento de ceño. Por su manera de mirarme, me pareció que no me había reconocido. ¡Oh, Dios mío! ¡Si hubiera podido simplemente soltar un alarido! Veía cómo el careto pardusco y mezquino del pequeño conde me miraba fijamente desde el otro lado; el rostro del seudomarqués también me miraba, pero no caía en la misma línea recta de mi visión. Hubo también otros rostros que me echaron un vistazo.

-Ya veo, ya veo -dijo Carmaignac, retirándose-. No hay nada aquí de lo que busco.

-Le ruego pida a su operario que vuelva a colocar la tapa del ataúd y la asegure bien con los tornillos -dijo el conde, recuperando el valor-; y... y-el funeral debe seguir adelante. No está bien hacer trabajar más de la cuenta a personas que cobran un sueldo moderado por el trabajo nocturno.

-Mi querido conde de St. Alyre, el cortejo saldrá dentro de unos minutos. En este momento soy yo el único que da aquí órdenes con relación al ataúd.

El conde miró en dirección de la puerta, por donde estaba entrando un gendarme. Había también en la habitación otros dos agentes, graves y fornidos. Pareció desagradablemente asombrado; la situación se estaba volviendo insostenible.

-Planard, como este caballero me pone trabas para asistir a las exequias de mi pariente, le ruego asista al funeral en mi lugar.

-Espere unos minutos -insistió impertérrito Carmaignac-. Primero debo pedirle la llave de ese armario -agregó señalando en dirección del armario en el que acababan de esconder mi ropa.

-Yo... yo no tengo nada que objetar -dijo el conde-. Naturalmente. Sólo que... hace siglos que no se usa. Mandaré a alguien a buscar la llave.

-Si no la tiene a mano, no se preocupe. Philippe, intenta abrir ese armario con la llave maestra. Quiero ver lo que hay dentro. ¿De quién es esa ropa? -preguntó Carmaignac cuando, una vez abierto el armario, sacó el traje que mis secuestradores habían metido allí apenas dos minutos antes.

-Pues... nosabría decirle -contestó el conde-. No sé nada del contenido de ese armario. Un criado sinvergüenza, llamado Lablais, a quien despedí hará un año, tenía la llave. Hace diez por lo menos que no lo he visto abierto. Es probable que esa ropa sea suya.

-Aquí hay tarjetas de visita, y también un pañuelo marcado con las iniciales «R. B.». Debe de haberlos robado a una persona llamada Beckett, R. Beckett. «Mr. Beckett, Berkeley Square», dice la tarjeta. Y, a fe mía, aquí hay un reloj y un montón de sellos; uno de ellos con las iniciales «R. B.» Ese criado Lablais debió de ser un consumado granuja.

-En efecto. Lleva usted toda la razón, señor.

-Se me ocurre que podría haber robado también esta ropa -prosiguió Carmaignac- al hombre que está en ese ataúd, el cual en ese caso sería monsieur Beckett y no monsieur de St. Amand. Pues, oh maravilla, el reloj aún tiene cuerda, monsieur. El hombre del ataúd, me parece, no está muerto, sino simplemente drogado. Y, por haberle robado y tratado de asesinar, mando arrestar a Nicolas de la Marque, conde de St. Alyre.



Un instante después, el viejo bandido era apresado, y oí cómo soltaba con su voz discordante una vehemente e inconsecuente perorata, ora protestando, ora amenazando, ora suplicando impíamente a «Dios, que lee el corazón de los hombres.» Y, mintiendo y delirando de esta guisa, fue sacado a rastras de la habitación y colocado en el mismo coche celular en que se encontraba ya su bella y criminal cómplice, también previamente arrestada; y, con dos gendarmes sentados a cada lado, fueron conducidos directamente a la Conciergerie.

Allí se añadieron al concierto general dos voces, de índole muy distinta. Una era la del fanfarrón coronel Gaillarde, a quien a duras penas habían logrado mantener callado hasta entonces. La otra era la de mi jovial amigo Whistlewick, que había acudido a identificarme.

Enseguida contaré cómo hicieron fracasar aquella conspiración contra mi propiedad y mi vida, tan ingeniosa como monstruosa. Antes debo decir unas palabras sobre mi persona. Me colocaron en un baño caliente, bajo la dirección de Planard, un granuja tan redomado como sus compinches, pero que ahora estaba completamente al servicio de la acusación. Estas medidas sencillas me restauraron en el espacio de unas tres horas aproximadamente; de lo contrario, probablemente habría seguido bajo los efectos de la droga unas siete horas.

La trama de aquellos infames conspiradores se había urdido con una habilidad y un sigilo consumados. Hacían que sus víctimas, entre cuyo número me contaba yo, colaborasen en crear el misterio que hacía definitiva su propia destrucción.

Por supuesto, se abrió una investigación. Se abrieron varias tumbas en Père Lachaise. Los cuerpos exhumados llevaban allí demasiado tiempo, y estaban demasiado descompuestos para ser reconocidos. Sólo uno fue identificado. En aquel caso concreto, el acta de defunción la había firmado y dado la orden de inhumación y abonado los gastos- un tal Gabriel Gaillarde, conocido del empleado que se había encargado de tramitar el funeral. Esta estratagema, que también habían seguido conmigo, había sido llevada a cabo con éxito en su caso. La persona para la que se había encargado la tumba era puramente ficticia, siendo el propio Gabriel Gaillarde el que había acabado ocupando el ataúd, sobre cuya tapa -al igual que sobre la lápida sepulcral- se había inscrito un nombre falso. Era muy probable que a mí me hubieran reservado el mismo honor con el seudónimo de Pierre de St. Amand.

La identificación fue curiosa. Aquel Gabriel Gaillarde había sufrido una grave caída de un caballo desbocado unos cinco años antes de su misteriosa desaparición, accidente en el que había perdido un ojo y algunos dientes, además de sufrir una fractura en la pierna derecha, inmediatamente por encima del tobillo. Había mantenido el mayor secreto en cuanto a las heridas sufridas en el rostro. El resultado fue que el ojo de cristal que había ocupado el lugar del perdido seguía aún en su cuenca, ligeramente descolocado, como es lógico, pero fácilmente reconocible por el artífice que lo había confeccionado.

Más fácil aún de reconocer fue su dentadura, de factura muy particular, que uno de los dentistas más mañosos de París había adaptado para las encías del tal Gaillarde, cuyo molde, debido a las peculiaridades del accidente, había conservado por fortuna. Molde que encajaba a la perfección con la placa de oro hallada en la mandíbula de la calavera. La rotura del hueso por encima del tobillo, donde lo habían reajustado, correspondía también al lugar donde se había fracturado la pierna Gabriel Gaillarde.

El coronel se había enfurecido por la pérdida de su hermano menor, y más aún por la de su dinero, que desde hacía tiempo venía considerando patrimonio propio para cuando la muerte se llevara a su hermano de este valle de lágrimas. Desde hacía tiempo venía sospechando, por algunos cabos sueltos que había logrado atar, que habían sido el conde de St. Alyre y su bella compañera, condesa o no, quienes lo habían dejado sin blanca. A esta sospecha vinieron a sumarse otras más siniestras todavía, en un principio más a consecuencia de la rabia -lo que le inducía a creer lo que fuera- que de hipótesis con

fundamento.

Finalmente, un incidente fortuito dirigió al coronel sobre la buena pista. Un capricho del azar puso sobre aviso al granuja de Planard de que los conspiradores -incluido él mismo- se hallaban en peligro. El resultado fue que él impuso las condiciones de su propia libertad, se convirtió en informador de la policía y concertó con ella la visita realizada al castillo de la Carque en el momento crítico en que se pudiera coger al conde y a sus cómplices con las manos en la masa y tener pruebas fundadas para la acusación.

Huelga decir que la policía actuó con suma precaución para poder recoger todas las pruebas conducentes a constituir un acta de acusación condenatoria. Hasta había mandado venir a un médico famoso, que, en caso de que fracasara Planard, sería capaz de aportar las necesarias pruebas médicas.

Mi viaje a París, pueden creerme, no había resultado tan agradable como había esperado. Yo hice de principal testigo de cargo en aquella *cause célèbre* y disfruté de todos los atractivos que se derivan de tan enviable cometido. Pero, después de haber salvado el pellejo, como dijo mi amigo Whistlewick, «por los pelos», tuve la candidez de creer que iba a ser objeto de un interés considerable por parte de la sociedad parisiense; pero, para mi mortificación personal, descubrí que fui más bien objeto de pitorreo -bondadoso pero despectivo-. Se me tildó de zopenco, ino-centón y tonto, e incluso hicieron de mí varias caricaturas. Es decir, me convertí en una especie de personaje público, dignidad

«para la que no había nacido»

y de la que huí tan pronto como pude, sin ni siquiera honrar a mi amigo el marqués de Harmonville con una visita a su confortable castillo.

El marqués salió bien parado. El conde, su cómplice, fue ejecutado. A la bella Eugénie le asistieron circunstancias atenuantes -al parecer, su especial belleza- y la condenaron a sólo seis años de cárcel.

El coronel Gaillard recuperó parte del dinero de su hermano, sacado de la fortuna no muy boyante del conde y de la *soi-disante* condesa. Esto, junto con la ejecución del conde, le devolvió el buen humor. Lejos de aborrdarme con ánimo hostil, me dio cortésmente la mano asegurándome que consideraba el bastonazo que le había propinado en la cabeza como un revés recibido en una lid un tanto irregular pero de cuya justicia y validez no le cabía la menor duda.

Creo que sólo me queda referirme a dos detalles suplementarios. En primer lugar, los ladrillos que vi en la estancia del ataúd habían sido transportados hasta allí envueltos en paja para hacer creer en la existencia de un cadáver y evitar las sospechas y contradicciones que podría haber originado la llegada de un ataúd vacío al castillo.

En segundo lugar, los magníficos brillantes de la condesa fueron tasados por un joyero y vendidos por unas cinco libras a una reina de la tragedia que andaba necesitada de un aderezo de oropel.

La condesa había sido años atrás una de las actrices más destacadas en la pequeña escena de París, de donde había sido rescatada por el conde para que se convirtiera en su cómplice principal.

Fue ella quien, admirablemente disfrazada, había espiado mis documentos durante el memorable viaje nocturno a París y quien había interpretado el papel de maga dentro del palanquín con ocasión del baile

de disfraces en Versalles. Aquel sofisticado embuste había tenido por objetivo mantener vivo mi interés por la bella condesa, interés que temían pudiera desfallecer. La mascarada también había tenido como objeto seleccionar a otras víctimas potenciales, de las que ya no es el caso ponernos a hablar aquí. La introducción de un cadáver real -procurado por una persona que abastecía a los anatomistas de París- no implicaba ningún peligro real, toda vez que intensificaba el misterio y hacía que el profeta se mantuviera vivo en las conversaciones de la gente y en los pensamientos de los bobos con quienes éste había dialogado.

Yo repartí el resto del verano y el otoño entre Suiza e Italia.

Como suele decirse, aquella vivencia hizo de mí un hombre más experimentado que amargado. La horrible impresión que produjo en mi espíritu se debió en buena parte a la simple acción de mis nervios y mi cerebro. Pero también dejó en mí otros sentimientos más graves y profundos, que marcaron definitivamente mi vida; me condujo -aun-que aún debieron pasar algunos años- a una concepción más feliz, y no por ello menos seria, de la vida. Tengo motivos sobrados para agradecer al misericordioso Señor del universo aquella temprana y terrible lección sobre las imprevisibles celadas que nos puede tender el maligno.

## EL FANTASMA Y EL COLOCAHUESOS

Mientras echaba un vistazo a los papeles de mi ínclito amigo Francis Purcell -que Dios tenga en su santa gloria-, que durante casi cincuenta años había desempeñado la ardua tarea de párroco en el sur de Irlanda, me tropecé con el documento que adjunto más adelante. Es un documento más entre otros muchos parecidos, pues nuestro párroco era un concienzudo coleccionista de antiguas tradiciones locales, en que abundaba la región donde residía. La recogida y ordenamiento de tales leyendas era, todavía lo recuerdo, su principal *hobby*; pero yo nunca había sabido que su afición a lo maravilloso y lo fantástico lo había llevado a poner por escrito los resultados de sus investigaciones hasta que, en mi calidad de «legatario residual», su testamento dejó en mis manos todos sus documentos manuscritos. A quienes piensen que la redacción de tales escritos desentona con el carácter y modo de vida de un cura de pueblo no les vendría mal recordar que existió una raza de sacerdotes -los de la vieja escuela, una raza ahora prácticamente desaparecida- cuyos hábitos y gustos literarios eran en muchos aspectos más refinados que los de los estudiantes de Maynooth.

Tal vez convenga añadir que la superstición ilustrada por el siguiente relato -a saber, que el último cadáver enterrado está obligado, durante su primer período de ultratumba, a abastecer a sus compañeros de cam-posanto de agua fresca para calmar la sed ardiente del purgatorio- goza aún de plena vigencia en el sur de Irlanda. El que esto escribe da fe de un caso en el que un labriego respetable y acaudalado de la comarca de Tip-perary, por consideración para con los callos de su añorada esposa, metió en su ataúd dos pares de borceguíes de cuero, uno ligero y otro pesado, uno para los días secos y otro para los húmedos, con objeto de mitigar la fatiga de sus inevitables excursiones en busca de agua para repartirla entre las sedientas ánimas del purgatorio. Eran famosos los terribles conflictos que se

habían producido entre dos comitivas fúnebres camino del cementerio, cada cual empeñada en asegurar a su fallecido la prioridad en la sepultura, y la consiguiente exención del impuesto que gravaba a los familiares del último en ser enterrado. No mucho después, ocurrió otro caso en el que una de las dos partes, por miedo a dejarse arrebatar por el otro fallecido esta inestimable ventaja, se dirigió al camposanto por un atajo y, saltándose a la torera uno de los más arraigados prejuicios, pasó el ataúd por encima del muro para adelantarse así al que estaba haciendo su entrada por la puerta en aquel mismo momento. Se podrían citar asimismo otros muchos casos parecidos que muestran la vigencia que tiene todavía esta superstición entre los campesinos del sur. Pero no entretendré al lector con más preámbulos, y someteré en cambio a su consideración el siguiente:

Extracto de los papeles manuscritos del finado Rvdo. Francis Purcell, de Drumcoolagh:

Voy a narrar la siguiente historia tratando de emplear, de la manera más fidedigna posible, las mismas palabras del narrador. Tal vez convenga observar que éste era lo que se suele llamar un hombre «bien hablado», que había instruido durante mucho tiempo a la avispada juventud de su parroquia natal en las artes y ciencias liberales que juzgaba conveniente profesar, circunstancia que puede explicar la presencia de varias palabras algo fuertes en el transcurso de la narración, empleadas pensando sin duda más en su efecto eufónico que en la corrección de las mismas. Así pues, paso ya directamente a someter a su consideración las portentosas aventuras de Terry Neil:

Recórcholis, esta historia tan extraña es más cierta que dos y dos son cuatro; y me atrevería a decir que no hay mozo en ninguna de las siete parroquias que la cuente mejor ni más deprisa que yo, pues fue a mi propio padre a quien le pasó, y se la oí contar a él mismo muchas veces; y puedo asegurar, y me enorgullece decirlo, que la palabra de mi padre era tan fiable como el juramento de cualquier gentilhombre del país; y te digo también que, si a algún pobre hombre lo llevaban a juicio, él acudía siempre a declarar en su favor; pero eso no tiene importancia... En fin, que era un hombre honesto y sobrio, salvo que era algo aficionado a la bebida, como se podía ver dándose una vuelta por las tabernas del lugar. Y no había nadie como él en toda la comarca que trabajara la tierra igual de bien; y lo mismo digo trabajando la madera y reparando árboles viejos y otras cosas por el estilo. Y fue así como le dio por dedicarse a la reparación de piernas rotas, nada más natural pues nadie podía competir con él en recomponer con tanta habilidad la pata de una silla o una mesa; y seguro que nadie recordaba a un colocahuesos -niño, joven, hombre o viejo- más hábil ni más famoso en todo el país. Pues bien, Terry Neil, que así se llamaba mi padre, al ver que le iban bien los negocios compró un pequeño terreno junto a la propiedad del caballero Phelim, bajo el viejo castillo, una zona bastante amena, por cierto; y, mañana y tarde, las pobres personas que se habían roto un brazo o una pierna y no podían poner el pie en el suelo, acudían a su casa desde los lugares más distantes para que les recolocara los huesos. Así pues, señorías, todo iba viento en popa. Pero era costumbre que, cuando sir Phelim salía de viaje, algunos de los arrendatarios se quedaran vigilando en el viejo castillo, como una especie de atención para con aquella vieja familia, atención, por cierto, hartamente desagradable pues a nadie se le ocultaba que en el viejo castillo ocurrían cosas raras. Los vecinos decían que el abuelo del amo, que Dios lo tenga en su santa gloria, que era el caballero más cabal que había parido madre, tenía la costumbre de pasear en medio de la noche desde que se le había reventado un vaso sanguíneo al intentar sacar el corcho de una botella -cosa que cualquiera podría haber intentado, y seguro que lo intentará alguna vez, quíralo Dios, pero, en fin, esto no viene a cuento-. Así pues, como iba diciendo, el viejo caballero solía salirse del cuadro de la pared, donde estaba su retrato, y romper botellas y vasos, que Dios se apiade de todos nosotros, y

beber todo lo que encontraba -qué vergüenza, Señor-, y luego, si entraba alguien de la familia, volvía a su lugar, con una expresión de absoluta inocencia en el rostro, como si en su vida hubiera roto un vaso, el viejo picarón...

Pues bien, como les iba diciendo, señorías, en cierta ocasión la familia del castillo se fue a Dublín a pasar un par de semanas; y, como de costumbre, algunos de los arrendatarios tuvieron que quedarse de guardia en el castillo, y a la tercera noche le tocó el turno a mi padre.

« ¡Vaya fastidio!», se dice para sus adentros, «tener que pasar toda la noche en vigilia, y ese viejo espíritu vagabundo, loado sea el Señor, rondando por la casa y haciendo toda clase de travesuras.»

Pero no tenía escapatoria, y decidió tomar la cosa con buen ánimo; a la caída de la noche, subió al castillo con dos botellas, una de whisky puro y otra de agua bendita.

Llovía bastante y hacía una noche oscura y tenebrosa cuando mi padre llegó y se roció con agua bendita, y acto seguido se echó un trago de whisky para ahuyentar el frío de su corazón. Fue el viejo mayordomo, Lawrence Connor, quien salió a abrirle; mi padre y él se llevaban muy bien desde siempre. Así, al ver quién era, y al decirle mi padre que le tocaba a él montar la guardia en el castillo, lo invitó a pasar la noche charlando; y pueden estar seguros de que mi padre no hizo ascos a aquella invitación. Y Larry le dijo:

-Encenderemos un pequeño fuego en el salón.

-¿Y por qué no en el vestíbulo? -preguntó mi padre, pues sabía que el cuadro del caballero estaba colgado en el salón.

-En el vestíbulo no se puede encender la lumbre -dijo Lawrence-, pues hay un viejo nido de grajos en la chimenea.

-Recórcholis -dijo mi padre-. Vamos entonces a la cocina, pues no está bien que la gente como yo se siente en el salón.

-Oh, Terry, eso no puede ser -dijo Lawrence-. Si queremos observar la vieja costumbre, hay que observarla en toda regla.

«Al diablo con la vieja costumbre», dijo mi padre para sus adentros, reparen en esto, pues no quería que Lawrence supiera que tenía miedo. -Ah, muy bien, me parece una buena idea, Lawrence-dijo. Así, los dos bajaron a la cocina mientras el fuego prendía en el salón, lo que no tardó en producirse.

Pues bien, señorías, al poco tiempo subieron y se sentaron confortablemente junto a la chimenea del salón, y empezaron a hablar, a fumar y a beber un poco de whisky; y el fuego de carbón mineral y turba ardía estupendamente y les calentaba las canillas.

Y, como iba diciendo, estuvieron conversando y fumando juntos de la manera más agradable, hasta que a Lawrence empezó a entrarle el sueño, cosa lógica en él, pues era bastante viejo y estaba acostumbrado a dormir mucho.

-Así es imposible seguir hablando -dijo mi padre-. ¿Es que no te das cuenta de que te estás durmiendo?

-Por todos los demonios -dijo Larry-, estoy simplemente cerrando los ojos para que no les entre el humo del tabaco y no se pongan a llorar. Así que no te metas tanto con tus semejantes -agregó con tono

brusco, pues tenía un carácter muy fuerte, que Dios lo tenga en su santa gloria-. Venga, sigue con tu historia, que te estoy escuchando -agregó mientras volvía a cerrar los ojos.

Bueno, al ver mi padre que no servía de nada amonestarlo, prosiguió con su historia. Por cierto, fue la historia de Jim Soolivan y su vieja cabra la que contó, una historia bastante divertida, que habría bastado para mantener despierto a un lirón y, con mayor razón, para impedir que un cristiano como Lawrence se durmiera. Además, la manera como la contó mi padre creo que nunca había sido antes superada ni lo sería después, pues la contó como si le fuera en ello la vida mientras trataba de mantener despierto al viejo Larry; aunque en realidad sus esfuerzos no le sirvieron de nada pues, por una parte, él se quedó ronco y, por la otra, antes de que llegara la historia a su final, Larry O'Connor ya estaba ron-cando como un hipopótamo.

-¡Por vida en la mar serena! -exclamó mi padre-. ¿No es bastante duro lo que me pasa a mí? ¡El muy villano dice que es mi amigo y luego se me duerme de esta manera, y eso que tenemos aquí una botellita para hacernos compañía! ¡Por los clavos de Cristo! -volvió a exclamar.

Y, cuando iba a dar un achuchón a Lawrence para despertarlo, se le ocurrió de repente que, si lo hacía, éste se iría a la cama con toda seguridad y lo dejaría completamente solo en aquella habitación, lo cual era mucho peor aún.

-Recórcholis -dijo mi padre-. No lo molestaré al pobre. No está bien en un amigo ni en una persona con principios importunar al que está durmiendo. ¡Ojalá que yo pudiera dormir así también!

Dicho lo cual, se puso a pasear por la estancia y a rezar tan intensa-mente que empezó a sudar (me perdonen sus señorías). Pero como seguía igual de nervioso, se trincó casi medio litro de licor a ver si así se tranquilizaba un poco.

-Ah -exclamó-, ojalá tuviera yo la mente tan sosegada como el Larry. Si consiguiera dormir un poco... -Y arrastró un sillón hasta donde estaba Lawrence y se puso lo más cómodo que pudo.

Pero hubo una cosa bastante extraña que he olvidado referirles. Por mucho que lo intentaba no podía dejar de mirar de vez en cuando al cuadro, y al final observó que el personaje del retrato lo seguía con la mirada a todas partes, unas veces fijamente y otras guiñándole un ojo.

-¡Vaya, hombre! A mí me tenía que pasar esto... -dijo al darse cuenta-. ¡Qué mala suerte tuve el día que me mandaron venir a este maldito lugar! De todos modos, no sirve de nada asustarse ahora, pues, si he de morir, mejor respirar a gusto.

Así pues, señorías, mi padre trató de mantener la calma y hasta estuvo a punto de quedarse dormido de no haber sido por la manera como atronaba la tormenta y crujían las ramas de los árboles y silbaba el viento a través de las viejas chimeneas del castillo. Después de un descomunal rugido del viento, pensó incluso que los muros del castillo iban a derrumbarse en medio de una conflagración universal; pero de repente la tormenta cesó y la noche se volvió más apacible que una velada de julio. Y, a lo que iba, señorías; no haría ni tres minutos que había cesado la tormenta cuando mi padre creyó oír un ruido un tanto extraño encima de la chimenea; abrió los ojos rápidamente, y ¿qué vio? Nada menos que al viejo caballero saliendo del cuadro, como si estuviera quitándose la chaqueta de montar, y dar luego un salto sobre la chimenea para caer de pie sobre el suelo. Pues bien, el viejo taimado -y ésta fue, según creyó mi padre, la peor jugarreta de todas- lo primero que hizo fue quedarse mirándonos atentamente a ver si estábamos dormidos; y en cuanto vio que así era, alargó la mano y agarró la botella de whisky y se trincó por lo menos medio litro. Y, cuando se hubo despachado bien, volvió a colocarla con cuidado en el sitio de antes y se puso a pasear por la habitación con aire tan sobrio y paso tan firme como si no hubiera

tomado ni una gota. Pero mi padre, siempre que pasaba por su lado, notaba un fuerte olor a azufre, y esto fue lo que más lo asustó, pues sabía que era azufre lo que ardía en el infierno, con perdón de sus señorías; al menos eso había oído decir al padre Murphy, el cual sabía de aquello más que nadie -el pobre ya murió, que Dios lo tenga en su santa gloria-. Pues bien, señorías, mi padre casi ni se había inmutado hasta que el espíritu pasó a su lado, tan cerca, ¡que Dios se apiade de todos nosotros!, que el olor a azufre le impidió respirar y le dio un ataque de tos que casi lo tira al suelo.

-¡Caramba! -exclama el caballero, deteniéndose a dos pasos de mi padre y volviéndose hacia él-. Así que eres tú el que está aquí... ¿Qué, cómo te va, Terry Neil?

-Pues aquí estamos, para servir a su señoría -dijo mi padre con la poca voz que le permitía el miedo, pues estaba más muerto que vivo-. Es un honor para mí poder ver a su señoría aquí esta noche.

-Terence -dijo el caballero-, tú eres un hombre respetable (y no le faltaba razón), un hombre trabajador y serio, ejemplo de sobriedad para toda la comarca.

-Gracias, señoría -dijo mi padre, sintiéndose algo mejor-. Usted fue siempre un gentilhombre muy educado. Que Dios lo tenga en su santa gloria.

-¿Que Dios me tenga en su santa gloria? -repitió el espíritu, cuyo rostro se iba volviendo rojo de furor-. ¿Que Dios me tenga a mí en su santa gloria? ¿A cuento de qué, ignorante gañán, cacho zopenco?

¿Dónde te has dejado los modales? Si estoy muerto, no es culpa mía, y la gente como tú no tiene por qué soltármelo a la cara cada dos por tres -exclamó con un taconazo en el suelo que hizo retumbar el entarimado.

-¡Ay! -se disculpó mi padre-. Soy desde luego un pobre hombre idiota e ignorante.

-Y que lo digas -refrendó el caballero-. De todos modos, no ha sido para que me cuentes tu triste vida ni para conversar con un tipo como tú para lo que he subido aquí, mejor dicho para lo que he bajado (mi padre tomó buena nota de aquel desliz, por pequeño que pareciera). Y ahora escúchame bien, Terence Neil. Yo siempre fui un buen amo para Pathrick Neil, tu abuelo.

-Eso es cierto por mi honor, señoría -asintió mi padre.

-Y, lo que es más, creo que siempre fui un caballero sobrio y cabal -agregó el otro.

-Eso es también una gran verdad -volvió a convenir mi padre (aun-que era una gran mentira, pero no tenía más remedio que seguirle la corriente).

-Bien -dijo el espíritu-. Aunque yo era más sobrio que la mayoría de los hombres (al menos que la mayoría de los gentilhombres), y aunque en diferentes períodos fui un cristiano bastante aceptable, y sumamente caritativo y humano con los pobres, a pesar de todo ello no estoy a gusto donde me encuentro ahora, como tendría derecho a estarlo.

-Eso es una verdadera lástima -exclamó mi padre-. Tal vez desee su señoría hablar con el padre Murphy...

-Sujeta la lengua, miserable canalla -dijo el caballero-. No es en mi alma en la que estoy pensando. Me asombra cómo puedes tener la inso-lencia de sermonear a un caballero acerca de su alma; cuando se trata de arreglar cosas como *ésta* -dijo dándose un golpecito en la pierna-, yo me dirijo a quien es

experto en la materia. No es mi alma -prosiguió sentándose enfrente de mi padre-; no es mi alma lo que más me preocupa. Me preocupa mi pierna derecha, que me rompí en el cobertizo de Glenvarloch el día que maté al negro Barney.

(Mi padre explicó después que se trataba de un caballo de carreras que había sufrido una grave caída al saltar la gran valla que rodea la cañada.)

-Espero -dijo mi padre- que a su señoría no le preocupe haberlo matado.

-Sujeta esa lengua, so necio -exclamó el caballero-, y te diré por qué me preocupa mi pierna. En el lugar en el que paso la mayor parte del tiempo, salvo el pequeño recreo de que dispongo para echar un vistazo por aquí, tengo que andar mucho más de lo que andaba antes, y desde luego mucho más de lo que me convendría, pues, para tu conocimiento, la gente donde me encuentro es terriblemente aficionada al agua fría, que es lo que más ansía; y lo peor es que allí hace muchísima calor y a mí me han encomendado la tarea de ayudar a llevar el agua aunque me dan muy poco a cambio, una tarea de lo más engorrosa y aburrida, te lo puedo asegurar, ya que todos están siempre sedientos y beben más agua de la que pueden transportar mis piernas. Y precisamente lo que más me fastidia es la invalidez de mi pierna, a la que quiero que le des un achuchón o dos hasta que encaje el hueso en su sitio; y eso es todo.

-Oh, sepa su señoría -dijo mi padre, a quien no le hacía ninguna gracia andar toqueteando a un espíritu-, que no seré yo el insolente que haga semejante cosa a una persona tan eminente como su señoría. Sólo sirvo para hacerlo con personas de mi nivel.

-Bah, déjate de monsergas. Toma, aquí está mi pierna -dijo el caballero levantándola para que se la cogiera-; arrégla bien, pues, de lo contrario, por todas las Potestades y Dominaciones que no dejaré un hueso de tu esqueleto sin triturar.

Al oír aquello, mi padre comprendió que no le valía escurrir el bulto; así, agarró con fuerza la pierna y empezó a tirar y a tirar hasta que el sudor empezó a bajarle por la sien.

-¡Tira más fuerte, hijo del diablo! -exclamó el caballero. -Como mande su señoría -dijo mi padre.

-¡Más aún! -aulló el caballero.

Mi padre tiró como un poseso.

-Bueno, antes me tomaré un traguito para no desfallecer -dijo el caballero alargando la mano hacia la botella con el pretexto de que se encontraba débil, si bien, pese a lo astuto que era, le salió mal la treta pues cogió la botella equivocada-. Por tu salud, Terence -brindó-, y ahora tira con todas las fuerzas que te queden.

Dicho lo cual, alzó la botella de agua bendita, pero tan pronto como ésta hubo rozado sus labios dejó escapar un grito tan espantoso que pareció que el techo y los muros se iban a venir abajo y le entraron unos ataques y convulsiones tan terribles que la pierna se le descoyuntó y quedó atrapada entre las manos de mi padre; el caballero salió despedido por encima de la mesa, y mi padre cayó de espaldas al suelo en medio de la habitación.

Cuando volvió en sí, el alegre sol matutino se filtraba entre los postigos de la ventana, y él se hallaba tumbado boca arriba, con la pata de un butacón viejo arrancada de cuajo en una mano, mientras el viejo Larry seguía durmiendo y roncando más fuerte que nunca. Mi padre fue aquella mañana a ver al padre



Murphy, y desde entonces hasta el día de su muerte nunca dejó de confesarse ni de ir a misa, y lo que contó lo creyó todo el mundo, sobre todo porque prácticamente no volvió a hablar de ello nunca más. Y, en cuanto al caballero, o fantasma, ya fuera porque no le había gustado el líquido, ya por haber perdido su pierna, el caso es que nadie supo que hubiera vuelto a pasearse por allí.

## SCHALKEN EL PINTOR

«Pues es un hombre con el que no tengo nada en común; ni hay nadie que pueda imponer su mano sobre nosotros dos. Aparte, pues, de mí su vara y deje de amedrentarme su estampa. »

Hay una obra extraordinaria de Schalken que se conserva bastante bien. El curioso tratamiento de la luz constituye, como es habitual en todas sus obras, el principal mérito aparente del cuadro. Y digo *aparente* porque su verdadero valor estriba en el tema y no en el tratamiento, pese a que éste es ciertamente exquisito. El cuadro en cuestión muestra el interior de lo que podría ser la cámara de algún antiguo edificio religioso, en cuyo primer plano aparece una figura femenina ataviada con una especie de túnica blanca, que le cae desde la misma cabeza. Sin embargo, este atuendo no es hábito de ninguna orden religiosa. La figura sostiene en la mano una lámpara, único foco de luz que ilumina su figura y su rostro, el cual esboza una de esas sonrisas enigmáticas que tan bien sientan a una mujer bonita cuando está tramando una jugarreta. En segundo plano, y casi en la más completa oscuridad, salvo el contorno de su silueta definido por el tenue arbol de una vela agonizante, se aprecia la figura de un hombre vestido a la antigua usanza de Flandes en actitud de alarma, la mano sobre la empuñadura de la espada, como si fuera a desenvainarla de un momento a otro.

Hay algunos cuadros que nos impresionan y asombran por la manera especial en que representan no simples formas y combinaciones ideales que han pasado por la imaginación del artista, sino escenas, rostros y situaciones que han existido en la realidad. Este cuadro singular posee algo que le imprime carácter de realidad.

Y en verdad que así es, pues registra fidedignamente una escena extraordinaria y misteriosa, y eterniza, en el rostro de la figura femenina que ocupa el lugar más destacado del cuadro, un retrato perfecto de Rose Velderkaust, la sobrina de Gerard Douw, el primero y me parece único amor de Godfrey Schalken.

Mi bisabuelo, que conoció bien al pintor, le oyó contar a él mismo la terrible historia del cuadro, que

luego le regaló. El relato y el cuadro se han convertido en una especie de patrimonio de nuestra familia. Y ahora, una vez descrito el lienzo, voy a intentar relatar, si me dan la venia, la tradición oral que circula asociada al mismo.

A pocas personas les sienta tan mal el manto del romance como al zafio Schalken, hombre desgarrado pero diestro pintor de óleos que deleitan a los críticos de nuestro tiempo casi tanto como sus modales repugnaron a los refinados de su tiempo; y, sin embargo, este hombre, tan tosco, obstinado y desaliñado en el cenit de su celebridad, en sus días menos gloriosos pero más felices fue el protagonista de un exaltado romance lleno de misterio y pasión.

En sus años jóvenes Schalken estudió con el inmortal Gerard Douw; y, a pesar de su temperamento flemático, se enamoró perdidamente de la bella sobrina de su adinerado maestro. Rose Velderkaust era más joven que él, pues no había alcanzado aún los diecisiete años de edad, y, si hemos de creer lo que se cuenta, poseía la delicadeza y gentileza que acompañan a las bellas y rubias doncellas flamencas. El joven pintor la adoraba y amaba con toda su alma. Y su amor no quedó sin recompensa. Un buen día le declaró sus sentimientos y arrancó de ella una respuesta afirmativa, aunque tímida. Era el pintor más dichoso y orgulloso de toda la cristiandad. Pero había algo que empañaba su júbilo: era pobre y desconocido, y no se atrevía a pedir al viejo Gerard la mano de su preciosa pupila. Primero tenía que labrarse un nombre y ganarse la independencia profesional.

Así pues, sabía que le esperaba una época dura llena de incertidumbres y desabrimientos, durante la cual tendría que hacer frente a innúmeros obstáculos. Pero había ganado el corazón de su querida Rose Velderkaust, lo cual suponía media batalla ganada. Huelga decir que sus esfuerzos se intensificaron a partir de entonces y que, como prueba su perdurable celebridad, se vieron coronados por el éxito.

Pero aquellos intensos esfuerzos y las esperanzas que los sostenían y embellecían estaban, ay, destinados a sufrir un inesperado contratiempo, una perturbación tan extraña y misteriosa que torna inútil toda investigación y arroja sobre la propia historia una sombra de terror preternatural.

Un día en que Schalken se hallaba trabajando en el taller después de que sus compañeros se hubieron marchado ya a sus casas, como anochece de prisa, dejó a un lado los colores y se aplicó en terminar un esbozo en el que había puesto un empeño extraordinario. Era una composición religiosa que representaba las tentaciones de un rechoncho san Antonio. El joven artista poseía suficiente discernimiento, pese a no tener una especial inclinación religiosa, para no sentirse satisfecho de su obra; así, eran numerosas las raspaduras y correcciones de que habían sido objeto el santo y el demonio, aunque todas ellas en vano. En la espaciosa y vieja estancia reinaba un gran silencio. Schalken llevaba unas dos horas trabajando de esta guisa, sin éxito aparente. El sol ya se había ocultado y el agonizante crepúsculo estaba deviniendo en noche oscura. La paciencia del joven pintor estaba agotada. Se sentía furioso y mortificado ante aquella producción inacabada. Mientras con una mano se apartaba de la frente sus luengos mechones, con la otra blandía el trozo de carboncillo que tan mal había cumplido su cometido, y cuyas manchas se dispuso ahora a limpiarse en sus holgados calzones flamencos.

-¡En qué maldito momento se me habrá ocurrido pintar este tema! -exclamó el joven-. ¡Maldito cuadro, maldito diablo, maldito santo!

En aquel momento oyó cerca una especie de resoplido seco que le hizo volverse bruscamente y percatarse de que su trabajo estaba siendo observado por un desconocido. A un metro y medio por detrás de él se hallaba un anciano envuelto en una capa y tocado con un sombrero cónico de ala ancha; en la mano, que llevaba protegida por una especie de guantelete, portaba un largo bastón de ébano rematado por lo que parecía, a la luz del último resplandor del crepúsculo, una cabeza maciza de oro, y, en el pecho, entre los pliegues de la capa, se distinguían los eslabones de una cadena del mismo metal.

La estancia estaba tan oscura que no se veía nada más allá de aquel personaje, cuyo sombrero impedía que se le vieran los rasgos de la cara. No habría resultado fácil adivinar la edad del intruso; pero cierta cantidad de pelo negro que le asomaba por debajo del sombrero, junto con su porte firme y tieso, permitían suponer que sus años no sobrepasaban la sesentena. Aquella persona desprendía tanta gravedad e importancia, y había un algo tan extraño y hasta se podría decir tan aterrador en su perfecta, pétrea, tranquilidad que el irritado artista consiguió reprimir el amago de comentario hostil que había empezado a aflorarle a los labios. Así, tan pronto se hubo repuesto de su sorpresa, lo invitó educadamente a tomar asiento y le preguntó si traía algún recado para su maestro.

-Di a Gerard Douw -sentenció con el mismo ademán impasible- que Minheer Vanderhausen, de Rotterdam, desea hablar con él mañana, por la noche a esta misma hora, y a ser posible en esta misma habitación, sobre un asunto de especial importancia. Eso es todo.

Transmitido el mensaje, el desconocido se volvió bruscamente y, con paso rápido pero silencioso, salió de la habitación antes de que Schalken, tuviera tiempo de articular una respuesta. El joven sintió curiosidad por, ver qué dirección tomaba aquel burgués de Rotterdam al salir del estudio, y a tal fin se dirigió veloz a la ventana, desde la que se podía ver puerta de la calle (entre la puerta del estudio y la de la calle había un pasillo bastante largo, por lo que Schalken sabía que el viejo y extraño visitante no habría podido alcanzar la calle entre tanto.) Pero esta maniobra suya resultó vana. Lo cual lo dejó harto perplejo, pues no había ninguna otra salida. ¿Se había esfumado como por ensalmo, o tal vez se había escondido en un rincón del pasillo con algún fin siniestro? Esta última posibilidad suscitó en su ánimo una vaga desazón, que le quitó las ganas tanto de seguir solo en la habitación como de aventurar-se a salir al pasillo. Sin embargo, con un esfuerzo sin duda desproporcionado con la no probada gravedad del momento, conjuró todo el valor que le quedaba, tras cerrar bien la puerta y meterse la llave en el bolsillo, sin mirar a derecha ni izquierda atravesó el pasillo que hacía poco había atravesado -si es que no seguía allí todavía-, su misterioso visitante, sin atreverse a respirar siquiera hasta que salió a la calle.

-Minheer Vanderhausen... -dijo para sí Gerard Douw cuando se acercaba la hora convenida-. Minheer Vanderhausen, de Rotterdam... En mi vida había oído ese nombre hasta ayer. ¿Qué puede querer de mí? = Lo más seguro que le haga un retrato. O tal vez se trate de un pariente pobre que quiere ser aprendiz mío. O alguien con una colección que tasar. O... No, no hay nadie en Rotterdam que me pueda dejar una herencia. Bueno, sea lo que sea, pronto saldremos de dudas.

Había llegado de nuevo el final de la jornada y todos los caballetes, salvo el de Schalken, se quedaron vacíos. Gerard Douw se había puesto a pasear por la estancia nervioso e impaciente, ora deteniéndose a mirar el trabajo de alguno de sus alumnos ora, más frecuentemente, acercándose a la ventana para ver a los transeúntes que pasaban por la calle oscura donde se hallaba situado su estudio.

-¿No dijiste, Godfrey -exclamó Douw volviéndose a Schalken tras una larga y minuciosa indagación desde su puesto de observación- que la hora fijada eran las siete de la tarde según el reloj del Ayuntamiento?

-Acababan de dar las siete cuando lo vi, señor -contestó el aprendiz.

-Pues entonces ya se acerca la hora -dijo el maestro, consultando un reloj grande y redondo como una naranja-. Así que se llama Minheer Vanderhausen, de Rotterdam, ¿no es así?

-Así es, señor.

-Un hombre ya mayor y ricamente vestido, ¿no?

-Sí, por lo que pude ver -contestó el alumno-, no podía ser joven, aunque tampoco muy viejo; y su atuendo era rico y austero, como el que suelen llevar los burgueses acaudalados y respetables.

En aquel momento, el sonoro reloj del Ayuntamiento empezó a desgranar las siete campanadas; los ojos de maestro y aprendiz se habían quedado fijos en la puerta y Douw esperó a la última campanada para exclamar:

-Bien, bien; pronto recibiremos a su señoría, si es que tiene intención de ser puntual; si no, tú te quedarás a esperarlo, Godfrey, puesto que ya lo conoces. Claro que...¿y si, al final, resulta ser una farsa montada por Vankarp o algún bromista como él? Me gustaría que hubieras tenido valor para liarte a palos con el viejo burgomaestre. Apostaría una docena de florines a que su señoría se habría quitado rápidamente la careta pidiendo piedad para un viejo conocido...

-Aquí llega, señor -dijo Schalken en voz baja, a modo de admonición. Volviéndose bruscamente hacia la puerta, Gerard Douw pudo ver a la misma figura que, un día antes, había saludado tan inesperadamente a su alumno Schalken.

Había algo en el porte de aquel personaje que al punto convenció al pintor de que no se trataba de ninguna mascarada, sino que se hallaba realmente en presencia de alguien importante; así, sin dudarlo se quitó el sombrero y, con un saludo cortés, invitó al desconocido a tomar asiento. El visitante hizo un amago de movimiento con la mano, como agradeciendo este gesto de cortesía, pero permaneció en pie.

-Tengo el honor de estar ante Minheer Vanderhausen, de Rotterdam, ¿no es así? -dijo Gerard Douw.

-Así es -contestó el visitante lacónicamente.

-Creo saber que su señoría desea hablar conmigo -continuó Douw-; aquí me tiene, pues, en espera de sus órdenes.

-¿Es de total confianza este hombre? -preguntó Vanderhausen volviéndose hacia Schalken, que se había situado detrás de su maestro.

-De total confianza -confirmó Gerard.

-Entonces que lleve este cofre a un joyero para que tase el valor de su contenido y vuelva con el certificado de la tasación.

Mientras decía aquello, colocó un cofrecito de unos veinte centímetros cuadrados en manos de Gerard Douw, el cual quedó tan asombrado de su peso como de la brusquedad con que el desconocido se lo había dejado. De acuerdo con las órdenes del desconocido, se lo dio a Schalken para que fuera a cumplir el encargo.

Éste ocultó su preciosa carga bajo los pliegues de la capa y, atravesando velozmente dos o tres callejuelas, se detuvo en una casa que hacía esquina, cuya planta baja estaba ocupada a la sazón por una orfebrería regentada por un judío. Penetró en la tienda y, tras pedir al pequeño hebreo que lo llevara al lugar más secreto, sacó de la capa el cofre de Vanderhausen. Iluminado por una lámpara, parecía estar enteramente recubierto de plomo, con la superficie muy arañada y ensuciada, y casi blanca por el paso del tiempo; la retiraron parcialmente, y debajo apareció un cofre de madera dura, que también abrieron con cierta dificultad. Protegidos por dos o tres capas de lino, contenía un montón de lingotes de oro, perfectamente colocados y, según la primera impresión del judío, de la mejor calidad. Éste, le pareció a Schalken, estuvo tocando y sobando todos y cada uno de los lingotes del glorioso metal con un placer

especial; después de examinarlos detenidamente, los volvió a poner en su sitio mientras exclamaba:

-¡Mein Gott, qué perfección! ¡Ni un grano de aleación! ¡Qué belleza, qué hermosura!

Después del escrutinio, el judío certificó de su puño y letra que el valor de aquellos lingotes sometidos a tasación ascendía a no sé cuántos miles de táleros. Con el ansiado documento en el bolsillo y el magnífico tesoro bien guardados bajo la capa, Schalken volvió sobre sus pasos y, al entrar al estudio, encontró a su maestro y al desconocido conversando porfiadamente.

Con anterioridad, una vez que el aprendiz había marchado a llevar a cabo su encargo, Vanderhausen se había dirigido a Gerard Douw en los siguientes términos:

-Esta noche no puedo entretenerme con usted más que unos minutos, por lo que trataré de resumirle en pocas palabras el asunto que me ha traído hasta aquí. Usted visitó la ciudad de Rotterdam hará unos cuantos meses, en cuya ocasión vi, en la iglesia de San Lorenzo, a su sobrina Rose Velderkaust. Es el caso que deseo casarme con ella; y espero que, si le convengo de que soy más rico que cualquier hombre con el que usted haya podido soñar casarla, secundará mi solicitud haciendo uso de la autoridad que le asiste. Si aprueba mi propuesta, deberá cerrar el trato aquí y ahora, pues no puedo esperar cálculos ni dilaciones.

Gerard Douw quedó enormemente sorprendido de la comunicación que acababa de hacerle Minheer Vanderhausen, pero no se atrevió a expresar su sorpresa, pues, al margen de la prudencia y cortesía dictadas por la ocasión, el pintor notó una especie de frío y opresión -como dicen que ocurre cuando uno se encuentra junto a un objeto que produce antipatía natural- todo el tiempo que estuvo en presencia de aquel estafalario desconocido, sensación que no le permitió decir nada que pudiera ofenderlo en lo más mínimo.

-No me cabe la menor duda -dijo Gerard, tras dos o tres carraspeos preliminares- de que la alianza que usted propone sería a la vez ventajosa y honrosa para mi sobrina, pero debe comprender que ella dispone también de su libre albedrío y que puede no estar de acuerdo con lo que nosotros consideramos ventajoso para ella.

-No trate de embarullarme, señor pintor -soltó Vanderhausen-; usted es su tutor y ella su pupila. Ella será mía si así lo dispone usted.

El hombre de Rotterdam avanzó un poco mientras le hablaba, y Gerard Douw, sin saber por qué, rezó para sus adentros para que volviera pronto Schalken.

-Deseo -dijo el misterioso caballero- poner en sus manos cuanto antes la prueba de mi riqueza como garantía de mi trato generoso para con su sobrina. El muchacho volverá dentro de un par de minutos con una suma cuyo valor es cinco veces superior a la fortuna que su sobrina tiene derecho a esperar de su marido. Esa suma quedará en manos de usted, junto con su dote, para que disponga de la manera que le parezca más adecuada para los intereses de su pupila; será exclusivamente para ella mientras viva. ¿No le parece una disposición generosa?

Douw asintió, plenamente convencido de que aquella fortuna era extraordinariamente favorable a su sobrina; aquel desconocido, pensó, debía de ser a la vez muy acaudalado y generoso, y semejante oferta no se podía despreciar aunque proviniera de un tipo raro o de una persona de presencia no demasiado atractiva. Roseno podía esperar un caso -miento demasiado bueno, pues tenía una dote muy modesta, que debía enteramente a la generosidad de su tío; como tampoco podía presumir de sus orígenes, pues éstos distaban mucho de ser linajudos; y, en cuanto a las demás objeciones, Gerard decidió-y, habida

cuenta de las costumbres de la época, tenía derecho a ello- no prestarles atención por el momento.

-Señor -dijo dirigiéndose al desconocido-, su oferta es generosa pero, independientemente de las dudas que yo pueda tener para cerrar el trato de inmediato, es el caso que desconozco absolutamente todo sobre su familia y rango. Pero supongo que no tendrá usted reparo, alguno en enterarme enseguida al respecto.

-En cuanto a mi respetabilidad -dijo el desconocido con tono cota, tante-, debe usted darla por descontada por el momento. Haga el favor: de no aburrirme con sus preguntas; no logrará saber de mí más que lo que yo decida revelar. Ya tiene suficientes garantías de mi respetabilidad: mi palabra, si es usted honorable, y mi oro, si es usted mezquino.

«Es un viejo bastante irritable», pensó Douw. «Le gusta salirse con la suya; pero, pensándolo bien, no tengo derecho a rechazar su oferta. Sin embargo, no pienso comprometerme innecesariamente.»

-No se comprometerá usted innecesariamente -dijo Vanderhausen adivinando y parafraseando misteriosamente lo que acababa de pensar su interlocutor-; pero se comprometerá si es necesario, supongo. Y yo le haré ver que lo considero indispensable. Si le convence el oro que voy a dejar en sus manos, y no desea que mi propuesta se retire de inmediato, antes de que me vaya debe usted haber firmado este compromiso.

Dicho lo cual, le pasó un documento en el que figuraba por escrito que él, Gerard Douw, entregaba en matrimonio a Wilken Vanderhausen, de Rotterdam, a su sobrina, Rose Velderkaust, etcétera, antes de una semana a partir de aquella fecha. Mientras el pintor leía con atención dicho contrato a la luz de un titilante candil colgado en la pared opuesta, Schalken, como ya hemos dicho, entró en el estudio y, tras hacer entrega al desconocido del cofre y de la tasación efectuada por el judío, se dispuso a retirarse, pero Vanderhausen le dijo que esperara, y acto seguido entregó a su vez el cofre y el certificado a Gerard Douw y permaneció un rato en silencio mientras éste cotejaba ambas cosas con lo estipulado en el contrato que tenía en sus manos. Finalmente, preguntó:

-¿Da su consentimiento?

El pintor le dijo que le gustaría disponer de otro día para reflexionar.

-Ni una hora más -dijo el pretendiente con ademán impasible. -Bueno, si no hay más remedio... -dijo Douw con un esfuerzo enorme-. Doy mi consentimiento. Es un buen trato.

-Entonces firme inmediatamente -dijo Vanderhausen-, pues ya me estoy aburriendo.

Mientras decía esto sacó una cajita con material de escribir, y Gerard firmó aquel importante documento.

-Que este joven sea testigo del trato -dijo el viejo pretendiente. Y Godfrey Schalken fue testigo, sin saberlo, de un acto que lo privaba para siempre de su querida Rose Velderkaust.

Una vez firmado el contrato, el extraño visitante lo plegó y metió con parsimonia en un bolsillo interior.

-Volveré mañana a las nueve de la noche a ver al objeto de nuestro contrato, Gerard Douw.

Dicho lo cual, Wilken Vanderhausen salió raudo de la estancia con un saludo frío.

Schalken, ansioso de despejar sus dudas, se había acercado a la ventana para ver desde allí la salida del desconocido; pero, para su asombro y casi terror, no vio salir a nadie. Luego marchó del taller en compañía de su maestro, si bien hablaron muy poco por el camino, pues a ambos les sobraban motivos para reflexionar, alarmarse y esperar. Sin embargo, Schalken no sospechaba todavía la amenaza que se cernía sobre el más querido de sus proyectos.

Por su parte, Gerard Douw tampoco estaba al corriente de la atracción mutua existente entre el aprendiz y su sobrina; aunque, de haberlo estado, es poco probable que hubiera considerado esto como óbice para que se cumplieran los deseos de Minheer Vanderhausen. En aquella época el matrimonio era ocasión y objeto de trueque y especulación, y a cualquier tutor le habría parecido tan absurdo dar importancia a la atracción mutua en semejante acto contractual como redactar los vinculantes aspectos financieros del mismo en términos sentimentales.

En cualquier caso, el pintor no comunicó a su sobrina el paso importante que había dado con relación a ella, no porque previera oposición por su parte, sino por simple miedo al ridículo, pues, si le hubiera pedido la descripción de su futuro esposo, no sólo se habría visto obligado a confesarle que no había visto su rostro sino que tampoco sabía quién era realmente. Al día siguiente, después de comer, Gerard Douw mandó venir a su sobrina y, tras mirarla de arriba abajo con aire satisfecho, la cogió de la mano y le dijo con tono paternal, sin quitar los ojos de su bonita e inocente cara:

-Rose, mi pequeña, esa preciosa carita te va a traer suerte. -Rose se sonrojó y sonrió-. Es muy difícil que se den en una misma persona una carita y un temperamento como los tuyos, y, cuando se dan, el hechizo de amor que producen suele resultar irresistible para cualquier cerebro o corazón masculinos. Confía en mí, tesoro, que pronto te casarás. Pero dejemos eso, que el tiempo apremia, y ten preparado el salón para las ocho de esta noche; da la orden de que nos sirvan la cena a las nueve. Espero a un amigo. Mira, mi querida mozuela, ponte todo lo guapa que puedas. No quiero que piense que somos pobres o desaseados.

Dicho lo cual, se dirigió a la estancia donde estaban trabajando sus alumnos.

Al caer la tarde, Gerard llamó a Schalken, que estaba a punto de marchar a su sombría casucha, y le pidió que fuera a su casa a cenar en compañía de Rose y Vanderhausen. Por supuesto que aceptó la invitación. Poco después, Gerard Douw y su aprendiz se encontraban en el señorial, y ya por entonces antiguo salón, que se había engalanado para recibir al desconocido. Un fuego animado chisporroteaba en la chimenea, cerca de la cual una mesa antigua, que con los resplandores de la lumbre parecía de oro pulido, estaba ya preparada para la cena; a su alrededor, y dispuestas en orden riguroso, estaban las sillas de alto respaldo, algo toscas pero sobradamente confortables. El pequeño grupo, compuesto por Rose, su tío y el joven artista, esperaba la llegada del visitante con especial impaciencia. A las nueve en punto se oyeron unos golpes en la puerta de la calle y alguien fue rápidamente a abrir. Siguió unos pre-miosos pero decididos pasos primero escaleras arriba y luego a lo largo del pasillo; por fin la puerta de la habitación se abrió lentamente e hizo su aparición un personaje que sobresaltó, y casi aterrorizó, a nuestros flemáticos holandeses (Rose estuvo a punto de proferir un grito de terror.) Era el esperado, un espectro ataviado como Minheer Vanderhausen; los ademanes, los andares, la altura eran los mismos, aunque sus rasgos no habían sido vistos nunca antes por ninguno de los allí presentes. Iba envuelto en un gabán oscuro, que no le llegaba del todo a las rodillas; unos calcetines de seda púrpura recubrían sus piernas, y sus zapatos iban adornados con rosas del mismo color. La abertura delante-ra del gabán dejaba ver un traje muy oscuro, de negro azabache; llevaba las manos enfundadas en un par de guantes de cuero espeso, que le subían hasta más arriba de las muñecas, a modo de guanteletes. En una mano llevaba el bastón y el sombrero, que acababa de quitarse, y la otra le colgaba pesadamente a un lado. Sobre los pliegues de la falda le caían abundantes y luengos mechones entrecanos, que le ocultaban por completo la nuca. En todo esto no había nada particular-mente objetable; pero ¡Dios mío, qué rostro!

Toda la carne era de color azul plomo -esa coloración generalmente provocada por medicinas metálicas administradas en cantidades excesivas-; los ojos, que presen-taban una proporción exagerada de blanco turbio, sugerían un estado indefinible de trastorno; los labios, a tono con el resto del rostro, eran casi negros; y, en conjunto, todo su semblante despedía un aire sensual, maligno y hasta satánico. Era curioso cómo aquel venerable desconoci-do parecía esforzarse por exhibir su carne lo menos posible; así, durante su visita no se quitó los guantes ni una sola vez. Después de permanecer un buen rato en el umbral de la puerta, Gerard Douw halló por fin el valory la serenidad suficientes para invitarlo a entrar,y, con una muda inclinación de cabeza, el desconocido penetró en la estancia. Había algo indescriptiblemente raro, y hasta horrible, en todos sus movimientos, algo indefinible que no era natural ni humano; era como si sus miem-bros estuvieran gobernados y movidos por un espíritu no acostumbrado a la maquinaria corporal. El desconocido habló muy poco durante su visita, que no excedió la media hora; y el propio anfitrión apenas tuvo valor suficiente para articular unas cuantas frases de cortesía: el terror nervioso que inspiró la presencia de Vanderhausen fue tal que se habría necesitado muy poco para que sus anfitriones salieran huyendo despa-voridos. Sin embargo, éstos conservaron la suficiente sangre fría para fijarse en dos cosas bastante extrañas de su visitante: durante todo el tiempo que estuvo allí sus ojos no se cerraron ni movieron una sola vez; y, en segundo lugar, había una especie de quietud fúnebre en toda su persona, fruto de la ausencia de movimiento respiratorio en el pecho. Estas dos peculiaridades, que cuando se cuentan pueden parecer poco relevantes, producen un efecto muy fuerte y desagradable cuando se ven y observan.

Por fin, Vanderhausen privó al pintor de Leyden de su nefasta pre-sencia, y, para alivio general, el pequeño grupo oyó cerrarse la puerta tras él.

-Querido tío -exclamóRose-, ¡qué hombre tan espantoso! No me gustaría volver a verlo ni por todo el oro del mundo.

-¡Silencio, joven necia! -la conminó Douw, pese a no tenerlas tam-poco todas consigo-. Un hombre puede ser más feo que el diablo y, sin embargo, si su corazón es bueno y obra con rectitud, vale más que todos los petimetres emperifollados que se pasean por la calle mayor. Querida, es cierto que este hombre no tiene un rostro atractivo, pero me consta que es ricoy generoso;y, aunque fuera diez veces más feo tose vía, estas dos virtudes bastarían para contrarrestar su deformidad:si no bastan, lo reconozco, para modificar su aspecto exterior, sí bastan para que no lo consideremos un obstáculo.

-¿Sabes una cosa, tío? -dijoRose-. Cuando lo vi junto a la puerta no pude dejar de pensar que estaba viendo a la vieja estatua de madera poli, cromada que tanto me asustó en la iglesia de San Lorenzo de Rotterdam.

Gerard rió, aunque no pudo por menos de reconocer en su fuero interno la justeza de aquella comparación. Sin embargo, estaba decidido a no permitir ninguna alusión de su sobrina a la fealdad de su futuro esposo, si bien, por otra parte, no dejaba de agradarle bastante, a la vez que le causaba cierta perplejidad, el que pareciera totalmente desprovis-ta del pavor misterioso que sentían hacia el desconocido tanto él como su aprendiz Godfrey Schalken.

A la mañana siguiente llegaron de varios puntos de la ciudad ricos presentes paraRoseen forma de sederías, terciopelos, joyas, etcétera, así como un paquete dirigido a Gerard Douw que contenía un contrato de matrimonio debidamente redactado entre Wilden Vanderhausen, del muelle del Pescante, de Rotterdam, yRose Velderkaust, de Leyden, sobrina de Gerard Douw, maestro en el arte de la pintura, también de la misma ciudad; contenía asimismo el compromiso por parte de Vander-hausen de hacer a su novia unas concesiones más espléndidas todavía que las que había esperado su tutor, y de garantizar a la misma el usu-fructo de la manera más irreprochable posible: se dejaba el dinero en manos del propio Gerard Douw.



En esta historia no hay ninguna escena sentimental que describir, ni tampoco se habla de la crueldad de los tutores, de la magnanimidad de los pupilos ni de los tormentos o arrobos de los amantes. El relato que presento aquí rebosa de sordidez, frivolidad e inmisericordia. Menos de una semana después de la primera entrevista que acabamos de relatar, el contrato de matrimonio quedó debidamente firmado, y Schalken vio cómo el tesoro por cuya existencia habría arriesgado su propia vida le era arrebatado con solemne pompa por su repelente rival. Pasó dos días o tres sin acudir al taller; luego volvió y, aunque con menos alegría, con-siguió trabajar con mucho mayor empeño que antes: el estímulo del amor había dejado paso al estímulo de la ambición.

Transcurridos varios meses, Gerard Douw, contrariamente a lo que él esperaba, y a la promesa previamente expresada por ambas partes, no tuvo ninguna noticia de su sobrina ni de su honorable esposo. Los inte-reses del dinero, que debían exigirse en sumas trimestrales, permanecían en sus manos sin que nadie los reclamara. A partir de entonces, cada día que pasaba su inquietud iba en aumento. Poseía la dirección completa en Rotterdam de Minheer Vanderhausen y, tras un período de vacila-ción, decidió viajar a dicha ciudad -viaje que, por cierto, no entrañaba ninguna dificultad especial- para asegurarse de la seguridad y bienestar de su pupila, a la que profesaba un sincero y profundo afecto. Pero su búsqueda resultó vana. Nadie había oído hablar en Rotterdam del tal Minheer Vanderhausen. Gerard Douw no dejó ninguna casa del muelle del Pescante sin visitar, pero nadie le facilitó una sola pista sobre el obje-to de sus pesquisas, por lo que no tuvo más remedio que regresar a Ley-den, más perplejo y preocupado que antes de emprender aquel viaje.

A su llegada, se dirigió presuroso al establecimiento donde Vander-hausen había alquilado el pesado -pero para la época lujosísimo- carruaje que lo había llevado a Rotterdam a él y a su flamante esposa. El cochero le dijo que, tras un largo viaje con varias etapas, habían llegado a Rotterdam al anochecer, pero que, unos dos kilómetros antes de entrar en la ciudad, una pequeña comitiva de hombres sobriamente vestidos, a la antigua usanza, con barbas en pico y mostachos, se había cruzado en la carretera impidiendo el avance del carruaje. El cochero había frenado al punto, casi convencido, habida cuenta de lo tarde que era y de lo soli-tario que estaba el camino, de que iban a ser víctimas de alguna fechoría. Sin embargo, sus temores se disiparon, sólo en cierto modo, al ver lo que vio: aquellos extraños individuos posaron sobre el suelo una litera antigua de gran tamaño, y el novio, tras abrir la portezuela del coche desde dentro, se apeó y ayudó a la novia a hacer lo propio; después de lo cual condujo a ésta, que tenía los ojos empapados de lágrimas y las manos encogidas por el miedo, hasta la litera, en la que ambos se aco-modaron. Los hombres rodearon luego la litera, que levantaron al punto y portaron en dirección de la ciudad. El cochero holandés vio cómo, antes de que ésta se hubiera alejado demasiado, era deglutida por las sombras de la noche. Bajó a mirar en el interior del vehículo y encon-tró una bolsa cuyo contenido triplicaba ampliamente la tarifa del viaje. Eso era todo lo que había visto, y no tenía nada más que añadir acerca de Minheer Vanderhausen y su bella dama.

Aquel misterio se convirtió en motivo de permanente angustia y aflicción para Gerard Douw. Ciertamente, Vanderhausen había come-tido un fraude en el contrato suscrito con él, aunque no se le alcanzaba con qué fin había actuado de aquella manera. No se le alcanzaba cómo aquel hombre de aspecto tan honorable podía ser semejante villano, y cada día que pasaba sin tener noticias de su sobrina, sus temores aumentaban en vez de disminuir. Asimismo, la pérdida de su gentil compañía lo había dejado muy deprimido, y, para vencer la tristeza que solía invadirle principalmente al final de la jornada, pedía a Schal-ken cada vez con mayor frecuencia que lo acompañara a cenar.

Una noche en que el pintor y su alumno se hallaban sentados junto a la lumbre, tras una opípara cena, sumidos en una silenciosa y deliciosa melancolía, sus digestiones se vieran repentinamente interrumpidas; estaban llamando con vehemencia, mejor dicho con desesperación, a la puerta de la calle. Las preguntas del criado que fue a averiguar la causa de aquel ruido tuvieron como respuesta nuevos y más violentos

golpes en la puerta. El pintor y su alumno oyeron luego abrirse la puerta de la calle, e inmediatamente después unas apresurados pasos escalera arriba. Schalken se dirigió a la puerta de la habitación, pero ésta se abrió brus-camente y Roseentró en tromba enlahabitación. Tenía un aspecto sal-vaje y los ojos desencajados por el terror y el agotamiento, pero su vesti-do los sorprendió tanto como su inesperado aspecto: llevaba una especie de sayo de lana blanca, cerrado a la apura del cuello, que iba arrastrando por el suelo. Venía muy sucia y perturbada por el viaje. Tan pronto como la pobre criatura entró en la estancia cayó desvanecida. Los dos consiguieron reanimarla después de mucho esfuerzo. Una vez recuperado el conocimiento, Roseexclamó coresa impaciencia que es fruto del terror:

¡Vino, deprisa! ¡O me dais vino (estoy perdida!

Asustados por aquella petición, tan extraña como urgente, le ofrecie-ron al punto el vino, que ella bebió can una prisa y una ansiedad que los sorprendió a los dos por igual. Después de beberlo, exclamó con la misma urgencia:

-¡Comida! ¡Dadme algo de comer, por el amor de Dios, o moriré!

Sobre la mesa quedaba un buen trozo de cordero asado, y Schalken se aplicó de inmediato a cortarle un poco, pero, ¡imagen más que mortal del hambre!, ella se le adelantó: cogió ávidamente el trozo y lo desgarró y devoró como una fiera. Cuando el paroxismo del hambre hubo amainado, pareció sentir de repente una gran vergüenza, o tam-bién pudo ser que otros pensamientos más turbadores y espantosos se hubieran apoderado de ella, pues rompió a llorar amargamente y a retorcerse las manos:

-¡Por favor, llamad a un ministro del Señor! -exclamó-. No me sen-tiré segura hasta que no venga. ¡Llamadlo inmediatamente!

Gerard Douw despachó al instante a un mensajero y logró conven-cer a su sobrina para que se fuera enseguida a descansar a su dormitorio; pero no arrancaron su consentimiento hasta que no le hubieron prome-tido que no la dejarían sola ni un segundo.

-¡Oh, que venga ya el ministro del Señor! -repitió en tono de súp-li-ca-. Sólo Él podrá liberarme. Los muertos y los vivos no pueden ser la misma cosa: Dios lo ha prohibido.

Tras proferir estas misteriosas palabras, se dejó guiar por ellos hasta el dormitorio.

-¡No me dejéis sola ni un momento, por favor! -volvió a implorar-les-. Si lo hacéis, estoy perdida.

Al dormitorio de Gerard Douw se accedía a través de una estancia muy espaciosa. Schalken y él portaban sendas velas para que todos los objetos estuvieran suficientemente iluminados. Estaban entrando en esta habitación cuando Rosese detuvo de repente y, con un misterioso siseo que a los dos les produjo un escalofrío de terror, dijo:

-¡Oh, Dios mío! ¡Está ahí! ¡Está ahí! ¡Miradlo: anda por ahí! -gritó señalando hacia la puerta de la alcoba.

Schalken creyó ver una silueta oscura e imprecisa penetrar en el dor-mitorio. Desenfundó la espada y, levantando la vela para que su luz ilu-minara con mayor claridad el interior del dormitorio, penetró en pos de la sombra que se les había adelantado. Pero no vio a nadie allí; nada más que los muebles. Sin embargo, no se le ocultaba que algo había entrado furtivamente en la alcoba. Varias gotas de un sudor frío empezaron a deslizarse por su frente. La angustia con la queRoseles imploraba que no la dejaran sola ni un momento acrecentaba aún más su terror.

-Lo he visto -aseguraba ella-. Está ahí. No me puede engañar. Lo conozco bien. Está aquí cerca; está conmigo; está en esta habitación. ¡Por el amor de Dios, si queréis salvarme no os mováis de mi lado!

Al final lograron convencerla para que se echara sobre la cama, desde donde no dejaba de suplicarles que permanecieran a su lado. De vez en cuando repetía: «Los muertos y los vivos no pueden ser lo mismo. Dios lo ha prohibido.» O decía otras frases arcanas, como: «Que los desvela: dos descansen, y los sonámbulos duerman.» Hasta la llegada del sacerdote estuvo pronunciando frases inconexas de esta índole. Gerard Douw empezó a temer, lógicamente, que el terror o los malos tratos hubieran perturbado la mente de la pobre muchacha, y hasta llegó a pasársele por la cabeza, considerando su aspecto hosco, la hora intempestiva, y, sobre todo, su actitud agreste y despavorida, que se hubiera escapado de algún manicomio y tuviera auténtico miedo de que sus perseguidores pudieran atraparla. Así, decidió pedir consejo médico tan pronto como la mente de su sobrina se hubiera tranquilizado gracias a los buenos oficios del sacerdote cuyos auxilios tan urgentemente ella misma había solicitado; entre tanto, no se atrevió a hacerle ninguna pregunta para no reavivar recuerdos dolorosos y horribles que hubieran podido aumentar aún más su agitación. Pronto llegó el sacerdote -un hombre de aspecto ascético y edad venerable-, a quien Gerard Douw tenía en gran estima por ser un avezado polemista (sin duda era más temido por su combatividad que amado por su caridad) de moral inflexible, cerebro sutil y corazón frío. En cuanto Roselo vio entrar en la habitación le pidió que rezara por ella como se reza por quien se encuentra en manos de Satanás y a quien sólo el cielo puede traer un poco de esperanza.

Para que entiendan cabalmente el suceso que voy a contar ahora es preciso aclarar antes la situación exacta de las distintas partes en juego. El anciano sacerdote y Schalken se hallaban en la antesala, a la que ya me he referido; Rose se hallaba acostada en la alcoba, cuya puerta estaba abierta, y, junto a la cama, y por deseo expreso de ésta, se hallaba su tutor. Una vela ardía en la alcoba y tres en la estancia contigua. El anciano sacerdote carraspeó, pero antes de que tuviera tiempo de empezar, una repentina ráfaga de viento apagó la vela que iluminaba la estancia donde se hallaba tendida la pobre muchacha, la cual, alarmada en extremo, exclamó:

-¡Godfrey, trae otra vela! La oscuridad es peligrosa.

Gerard Douw, olvidándose en aquel momento de sus reiteradas órdenes, en medio de la agitación del momento pasó a la sala contigua para traerle lo que pedía.

-¡Por Dios, no se vaya, querido tío! -gritó la desdichada muchacha mientras saltaba de la cama y se precipitaba detrás de él para detenerlo. Pero su aviso había llegado demasiado tarde, pues, tan pronto como aquél hubo traspasado el umbral, la puerta que separaba las dos habitaciones se cerró violentamente detrás de él, como empujada por un fuerte viento. Schalken y su maestro se precipitaron hacia la puerta, pero sus conjuntos y desesperados esfuerzos no sirvieron de nada. Oyeron en la alcoba gritos incesantes, con ese desgañitamiento que caracteriza al terror desesperado. Schalken y Douw volvieron a emplearse a fondo para abrir la puerta, pero ésta no cedió ni un milímetro. Ya no oían ruidos de ningún forcejeo ni brega, pero los gritos parecieron aumentar en volumen mientras, creyeron oír, se descorrían los pestillos de la ventana y ésta chirriaba sobre el alféizar, como si la hubieran abierto. Un último alarido, tan largo y desgarrado que apenas parecía humano, retumbó desde la alcoba, y un segundo después se hizo el silencio. Sólo se oyó el ruido de unos pasos ligeros cruzando la estancia, como desde la cama a la ventana. Casi al mismo tiempo, la puerta dejó de resultarles infranqueable; y, cediendo a su presión, los precipitó dentro de la habitación. Estaba vacía. Pero la ventana estaba abierta, y Schalken se subió a una silla para divisar la calle y el canal. No vio ninguna silueta humana, sino sólo, o al menos eso creyó él, la fase final de un remolino en las aguas del ancho canal, como si un momento antes éste se hubiera abierto para recibir un cuerpo pesado.

Nunca se halló el menor rastro de Roseni se supo nada con certeza de su misterioso cortejador (tampoco hubo nadie que aportara alguna pista en medio de aquel intrincado laberinto y permitiera mantener viva la esperanza.) No obstante, ocurrió una cosa que, aunque para nuestros lectores más cerebrales no tenga ningún valor probatorio, dejó una fuerte y duradera impresión en el espíritu de Schalken. Muchos años después de los acontecimientos que acabamos de relatar, Schalken, que vivía a la sazón muy lejos de allí, recibió notificación de la muerte de su padre y de su próximo entierro en la iglesia de Rotterdam. El cortejo fúnebre tenía que realizar un viaje muy largo y, como se puede suponer, no contaba con demasiados asistentes. Schalken llegó tarde, y con dificultad, a Rotterdam para asistir al funeral. Sin embargo, el cortejo no había llegado todavía. Llegó la noche, y aún seguía sin aparecer.

Schalken se dirigió entonces a la iglesia, que encontró abierta y donde vio que estaba anunciada la ceremonia; vio también que habían abierto la cripta en que iba a recibir sepultura el cadáver. El sacristán, al ver paseando por la iglesia a un caballero bien vestido con el propósito declarado de asistir a las anunciadas exequias, lo invitó hospitalariamente a compartir con él el calor de una lumbre que, como era costumbre hacer en invierno en tales ocasiones, había encendido en la chimenea de un cuarto que comunicaba con la cripta mediante un tramo de escaleras. Allí se sentaron Schalken y su anfitrión, el cual, tras unos cuantos intentos vanos por hacer entrar a su huésped en conversación, decidió por fin recurrir a su pipa y jarra de cerveza para hacer más llevadera la soledad. A pesar de la tristeza y preocupación del momento, el cansancio de un viaje precipitado de casi cuarenta horas hizo mella en la mente y el cuerpo de Godfrey Schalken, que cayó en un sueño profundo, del que fue despertado por alguien que le dio unos golpecitos en el hombro. En un primer momento Schalken pensó que el viejo sacristán lo había llamado, pero éste ya no estaba en el cuarto. Tras restregarse los ojos, percibió una figura femenina que iba envuelta en una especie de hábito blanco, que le cubría también la cabeza, y portaba una lámpara; ésta empezó a avanzar en dirección del tramo de las escaleras de la cripta. Schalken sintió una vaga alarma ante aquella aparición y, al mismo tiempo, un irresistible impulso a seguir su estela. La siguió unos instantes, pero, al llegar a las escaleras, se detuvo. La figura se detuvo también y, al volverse, la luz de la lámpara que llevaba le reveló el rostro y los rasgos de su primer amor, Rose Velderkaust. No había nada horrible, ni siquiera tristeza, en su semblante. Esbozaba aquella misma sonrisa picaruela que había seducido al artista en los años felices de su primera juventud. Un sentimiento mixto de terror e interés, demasiado intenso para poder oponerle resistencia, lo empujaba en pos del espectro, si es que de un espectro se trataba. La aparición, seguida de Schalken, bajó las escaleras, tomó un pasillo estrecho a la izquierda y, para gran sorpresa de éste, lo introdujo en lo que le pareció un aposento holandés a la anti-gua moda, como los que había inmortalizado Gerard Douw en sus cuadros. Toda la estancia estaba llena de ricos y antiguos muebles, y en un rincón se hallaba una cama de cuatro columnas, con cortinajes negros a su alrededor; la figura se volvía frecuentemente hacia él con la misma sonrisa picaruela. Pero, llegada junto a la cama, descorrió las cortinas y proyectó la lámpara hacia el interior, y el pintor vio con horror la lívida y demoníaca figura de Vanderhausen completamente erguida sobre la cama; al instante cayó sin conocimiento al suelo, donde permaneció hasta que a la mañana siguiente lo descubrió el encargado de la cripta. Estaba en una celda bastante grande en la que nadie había entrado desde hacía mucho tiempo; estaba tendido junto a un enorme ataúd que descansaba sobre cuatro pequeños pilares, los cuales servían de protección contra eventuales ataques de bichos.

Hasta el día de su muerte, Schalken estuvo convencido de la realidad de esta visión y decidió legar a la posteridad una curiosa prueba de la fuerte impresión que le había producido: un cuadro ejecutado poco después de dicha experiencia, que me parece especialmente valioso por cuanto que en él podemos ver no sólo ese estilo característico suyo que ha hecho que sus cuadros sean tan cotizados, sino sobre todo la plasmación pictórica de su primer amor, Rose Velderkaust, cuyo misterioso destino siempre será objeto de especulación.

## EL ESPECTRO DE MADAM CROWL

Hace ya unos veinte años que Mrs. Jolliffe no luce aquel esbelto talle que la había distinguido. Ahora tiene más de setenta años, y no le pueden quedar ya muchos más mojones que contar en el camino que la llevará a su morada definitiva. Su pelo, que se peina con raya en medio y tiene recogido bajo la cofia, es ahora más blanco que la nieve, y su rostro es algo más pícaro, aunque igual de afable. De cualquier modo, aún anda tiesa y con paso seguro y ligero.

Estos últimos años se ha dedicado al cuidado de inválidos adultos, tras dejar en manos más jóvenes a la pequeña población que vive en la cuna y anda a cuatro patas. Quienes recuerdan su rostro bonachón entre los primeros que emergen de las sombras de la inexistencia y le deben las primeras lecciones en el deleitoso arte de andar y balbucear, están en la actualidad bastante crecidos también. Algunos de ellos lucen ya algunas canas entre los mechones morenos, aquel «lindo pelo» que ella peinaba con tanto esmero para luego enseñarlo a las madres asombradas, las cuales no se ven ya por la pradera de Golden Friars, pues sus nombres permanecen grabados para siempre en las grises lápidas del camposanto.

Así, si el tiempo madura a unos y marchita a otros, podemos decir que la hora triste y tierna del ocaso ya le ha llegado a nuestra entrañable viejecita del norte, que un día tuvo también en sus brazos a la preciosa Laura Mildmay, la cual entra ahora sonriente en la habitación, le echa los brazos alrededor del cuello y le da dos sonoros besos.

-¡Qué suerte tiene! -exclamó Mrs. Jenner-. Llega a tiempo para escuchar un cuento.

-¿De veras? ¡Qué maravilla!

-¡Pero no es uno de esos cuentos que están escritos! No es ningún cuento, sino una historia verdadera que vi con mis propios ojos. Pero a esta criatura probablemente no le apetezca ahora, justo antes de irse a la cama, que le cuenten una historia de aparecidos y de fantasmas...

-¿De fantasmas? Precisamente lo que más me gustaría oír en este momento.

-Bueno, cariño -dijo Mrs. Jenner-, si no te da miedo, siéntate aquí con nosotras.

-Estaba empezando a contarme lo que le pasó la primera vez que la mandaron a trabajar a casa de una anciana que se estaba muriendo -dice Mrs. Jenner-, y vio allí un fantasma. Pero, Mrs. Jolliffe, por qué no pre-para primero un poco de té y empieza luego...

La buena mujer obedeció y, tras preparar un poco de esta tonificante bebida, tomó un traguito, arrugó ligeramente las cejas para concentrarse en lo que iba a contar y alzó luego la mirada con un maravilloso

gesto de solemnidad.

La buena de Mrs. Jenner y la bonita muchacha estaban atentas a los labios de la anciana, que parecían concitar terror antes incluso de abrirse.

Aquella vieja estancia era un escenario ideal para semejante narración, con laboiserie de roble, los muebles antiguos, las macizas vigas del techo y la majestuosa cama de columnas con cortinas oscuras, dentro de la cual se podían vislumbrar cuantas sombras se quisieran.

Mrs. Jolliffe carraspeó, puso los ojos en blanco y empezó su narración con estas palabras:

El espectro de madam Crawl

Yo soy ahora una mujer vieja, pero la noche que llegué a la finca de Applewale tenía sólo trece años. Mi tía era allí el ama de llaves, y una especie de calesa estaba esperándome en Lexhoe para llevarme hasta Applewale.

Yo iba con un poco de miedo cuando llegué a Lexhoe, y, al ver el carruaje y el caballo me entraron ganas de volverme con mi madre a Hazelden. Estaba llorando cuando subí a la calesa, y el viejo cochero John Mulbery, que era una persona de gran corazón, me compró medio kilo de manzanas en el Golden Lion para que me alegrara un poco y me dijo que había un bizcocho de grosellay téy chuletas de cerdo esperándome, todo bien calentito, en el cuarto de mi tía en Applewale. Hacía una hermosa noche de luna, y empecé a comerme las manzanas mirando por la ventanilla de la calesa.

Es una vergüenza que los caballeros asusten a una pobre muchacha inocente como era yo entonces. A veces pienso que a lo mejor estaban bromeando. Eran dos caballeros que habían subido también a la calesa.

Al caer la tarde, recién salida la luna, me preguntaron adónde me dirigía. Bueno, yo les dije que iba a servir a casa de la señora Arabella Crawl, en Applewale, cerca de Lexhoe.

-Ah, entonces -dice uno de ellos- vas a durar poco allí.

Yo lo miré como diciendo «¿por qué?», pues yo hablaba con el mayor candor y no se me ocurría ocultarles nada, sino que quería más bien resultarles simpática.

-Porque sí -dice él-, y más te vale que no se lo cuentes a nadie. Tú mírala y obsérvala bien: verás que está poseída por el demonio; es un fantasma en toda regla. ¿Llevas alguna biblia?

-Sí, señor -digo yo; pues mi madre me había metido una pequeña biblia en la maleta, y yo sabía que la llevaba conmigo. Y, aunque la letra es demasiado pequeña para mis ojos fatigados, todavía la conservo en mi armario.

Al mirarlo a la cara para decirle «Sí, señor», creí verlo guiñar un ojo a su amigo; aunque no estaba segura.

-Bien -dice él-. No te olvides de ponerla bajo la almohada todas las noches. Te protegerá contra las

garras de la vieja.

Me entró tanto miedo cuando dijo aquello que no os lo podéis imaginar. Y me habría gustado preguntarle muchas más cosas sobre la vieja señora, pero yo era demasiado tímida y su amigo y él se liaron a hablar de otros asuntos, y al poco tiempo me apeé, como os he dicho, en Lexhoe.

El corazón me dio un vuelco cuando el vehículo enfiló la oscura ave-nida. Los árboles eran espesos y grandes, casi tan viejos como la vetusta mansión, y ni cuatro personas con los brazos extendidos tocándose con las puntas de los dedos habrían podido abarcar el tronco de uno de ellos.

Bueno, yo llevaba la cabeza sacada por la ventanilla, esperando que apareciera ante mi vista la gran mansión, y de repente nos detuvimos delante de ella.

Era una casa enorme en blanco y negro, con grandes vigas negras horizontales y verticales, y unos gabletes que a la luz de la luna parecían más blancos que una sábana, y sombras de árboles -dos o tres- que se deslizaban por la fachada -se podían contar las hojas-, y todos los cristales de las ventanas en forma de rombo, que brillaban sobre todo en el ventanal del vestíbulo, y grandes postigos a la antigua usanza, sujetos con bisagras al muro exterior, que tenían el pestillo echado en el resto de las ventanas delanteras, pues no había más que tres o cuatro criados, además de la vieja señora de la casa, y la mayoría de las habitaciones estaban completamente cerradas.

Sentí un nudo en la garganta al ver que se había terminado el viaje, y con aquel caserón tan grande delante de mí, y yo tan cerca de mi tía que no había visto nunca antes, y demadamCrowl, a la que había ido a servir y a la que ya tenía miedo.

Mi tía me besó en el vestíbulo y me llevó a su habitación. Era alta y delgada, cara pálida con ojos negros, y manos largas y finas con guantes negros. Tenía más de cincuenta años, y hablaba muy poco; pero su palabra era ley. No tengo nada que reprocharle, pero era una mujer algo severa y creo que habría sido más afectuosa conmigo de haber sido yo hija de su hermana y no de su hermano. Pero ésta es otra historia que no viene a cuento aquí.

El señor de la casa -se llamaba Mr. Chevenix Grawl, y era nieto de madam Grawl- iba por allí dos o tres veces al año para asegurarse de que la señora era bien tratada. Yo lo vi sólo dos veces en todo el tiempo que pasé en la mansión de Applewale.

Por mi parte, he de decir que cuidé bastante bien a la señora, a pesar de todo; aunque se debió sobre todo a mi tía y a Meg Wyvern, su ayudante, que eran unas personas muy responsables y cumplidoras.

Mrs. Wyvern -mi tía la llamaba Meg Wyvern cuando hablaba con ella y Mrs. Wyvern cuando hablaba de ella- era una mujer bastante gruesa y muy alegre de unos cincuenta años, que andaba muy despacio. Cobraba un buen sueldo, pero era un poco sucia y guardaba la ropa de fiesta bajo llave y llevaba puesto casi siempre un vestido de sarga color chocolate, con adornos y madroños rojos, amarillos y verdes, que le duraba muchísimo tiempo.

Nunca me dio nada, ni dos peniques, en todo el tiempo que estuve allí; pero tenía muy buen carácter y estaba siempre riendo, y a la hora del té no paraba de contar historias, y, como me veía tan triste y apenada, trataba de animarme con sus risas y chascarrillos, y creo que ella me gustaba más que mi tía -a los niños se les gana enseguida con una broma o un cuento-, aunque mi tía siempre fue buena conmigo, sólo que era una mujer algo intransigente y demasiado callada.

Mi tía me llevó a su alcoba para que descansara un poco mientras ella preparaba el té en su cuarto.

Pero primero me dio una palmadita en el hombro y me dijo que estaba muy alta para los años que tenía y que me había criado muy bien, y me preguntó si sabía hacer las labores elementales de costura; y me miró a la cara y me dijo que me parecía a mi padre, su hermano, que ya había muerto, pero que esperaba que fuera una cristiana mejor que él y que no intentara imitarlo.

Unas palabras demasiado duras para ser la primera vez que ponía el pie en su cuarto, pensé.

Cuando entré en el cuarto contiguo, el del ama de llaves -muy con-fortable, con paredes recubiertas de roble-, encontré un fuego estupendo alimentado con carbón, turba y leña, todo en un mismo montón, y en la mesa té, bizcocho reciente y carne ahumada; y allí estaba la rolliza Mrs. Wyvern, alegre y parlanchina como siempre (seguro que hablaba más en una hora que mi tía en todo un año.)

Mientras yo estaba aún tomando el té, mi tía subió a ver a madam Growl.

-Ha subido a ver si la vieja Judith Squailes está despierta -dice Mrs. Wyvern-. Judith cuida de madam Growl cuando Mrs. Shuttles -ése era el nombre de mi tía- y yo estamos haciendo otra cosa. La señora es una vieja bastante quisquillosa. Te conviene andar con cuidado con ella, pues pierde los estribos y se la llevan los demonios a las primeras de cambio. Para lo vieja que es, tiene un carácter de lo más fuerte que hay.

-¿Cuántos años tiene la señora? -le pregunto.

-Noventa y tres y ocho meses ya cumplidos -dice ella riéndose-. Te aconsejo que no preguntes cosas de ella delante de tu tía. Tú la tomas como es, y ya está.

-Y dígame, por favor, ¿cuál va a ser mi trabajo con la vieja señora? -le pregunto otra vez.

-¿Con la vieja señora? Bueno -dice ella-, tu tía, Mrs. Shuttles, te lo dirá; pero supongo que tendrás que estar sentada en su habitación con tus labores cuidando de que no le pase nada y procurando que se distraiga con las cosas que tiene encima de la mesa, y llevarle lo que te pida de comer o beber, y tocar fuerte la campanilla si causa problemas.

-¿Está sorda la señora?

-No, ni ciega -me dice ella-; tiene un oído más agudo que un mosquito, lo que pasa es que está bastante chocha y no recuerda bien las cosas; y le gusta más que le cuenten Barba Azul a que le hablen de los asuntos de la corte o de la nación.

-¿Y por qué se marchó de aquí la muchacha, la que se fue el viernes pasado? Mi tía escribió a mi madre diciéndole que se iba a marchar.

-Sí, se ha marchado.

-¿Por qué? -pregunto otra vez.

-No le gustó a Mrs. Shuttles, supongo -dice ella-. No sé. No hables tanto; a tu tía no le gustan las mozas parlanchinas.

-Y otra pregunta, por favor: ¿está bien de salud la vieja señora?

-Bueno, esa pregunta sí puedes hacerla -dice ella-. Últimamente ha estado tosiendo un poco, pero ya



está mejor, y me atrevo a decir que tiene cuerda todavía para rato, por lo menos hasta los cien años. ¡Shhh! Ahí viene tu tía por el pasillo.

Y entra mi tía y se pone a hablar con Mrs. Wyvern, y yo, que empiezo a sentirme más a gusto en la casa, doy unos paseos por la habitación mirando las cosas que hay. Había unas preciosas piezas de porcelana en el aparador y varios cuadros en la pared; y había también una puerta abierta en la boiserie, y veo dentro una extraña chaqueta vieja de cuero, con correas y hebillas y unas mangas más largas que las cortinas de la cama.

-¿Qué haces ahí? -dice mi tía con un tono bastante brusco, volviéndose hacia mí cuando más distraída la creía-. ¿Qué tienes en la mano?

-¿Esto, tía? -digo yo volviéndome con la chaqueta de cuero en la mano-. No sé qué es, tía.

A pesar de lo pálida que solía estar mi tía, el rubor le afloró a las mejillas y los ojos se le iluminaron de rabia. Creo que estuvo a punto de darme un buen sopapo; pero me dio sólo un empujón mientras me arrebató aquella prenda de las manos, diciendo:

-Mientras estés aquí no metas las narices donde no te importa.

Y, volviéndola a colgar en su sitio, cerró la puerta con brusquedad. Durante todo aquel tiempo, Mrs. Wyvern estuvo desternillándose de risa arrebatada en su sillón.

Al ver que yo estoy llorando, mira a mi tía y, secándose los ojos de tanto reír, le dice:

-¡Vamos, vamos! La muchacha no quería hacer ningún daño. Ven aquí, zagala. No es más que una prenda para una persona chiflada. Tú no nos hagas preguntas y nosotras no te contaremos mentiras; vamos, siéntate y tómate una jarra de cerveza antes de irte a la cama.

Mi cuarto, conviene que lo sepáis, estaba en el piso de arriba, a un lado del de la vieja señora, y el de Mrs. Wyvern estaba al otro lado, y yo debía estar atenta a sus posibles llamadas.

La vieja señora estaba de malas pulgas aquella noche (llevaba así desde después de comer.) A veces se enfurruñaba y entonces no dejaba que la vistieran ni desnudaran. Se decía que había sido muy guapa de joven. Pero en Applewale no quedaba ya nadie con vida que recordara aquellos tiempos. Era terriblemente aficionada a los vestidos, y sus colecciones habrían bastado para llenar siete tiendas por lo menos. Todos eran muy raros y pasados de moda; pero valían una fortuna.

Pues bien, me fui a la cama, donde permanecí un buen rato despierta, pues todo era nuevo para mí; y creo que el té me había puesto también bastante nerviosa, pues no estaba acostumbrada a tomarlo, salvo de vez en cuando en alguna fiesta u ocasión especial. Oí a Mrs. Wyvern hablar y me puse la mano en la oreja para ver si pillaba algo, pero no conseguí oír ni una sola palabra de labios de madam Crowl (creo que no dijo nada.)

Todo el mundo la colmaba de atenciones. Las personas que trabajaban en Applewale, que cobraban un buen sueldo y vivían holgadasamente, sabían que, cuando ella muriera, todas sin excepción se quedarían sin trabajo.

El médico venía dos veces por semana a ver a la anciana, y, como podéis imaginar, todo el mundo hacía lo que él ordenaba. Había una cosa que todos tenían bien claro: bajo ningún concepto debían llevarle la contraria ni burlarse de ella, sino, antes bien, reírle las gracias y complacerla en todo.

Pues bien, toda aquella noche, y todo el día siguiente, los pasó acostada con la ropa puesta sin decir palabra, y yo encerrada en mi cuarto cosiendo, salvo los momentos en que bajé para tomarme alimento.

Me habría gustado ver a la vieja señora, y también oírla hablar. Para lo que yo estaba haciendo en aquella casa, lo mismo podía haberme quedado en Lunnon...

Después de comer, mi tía me dio una hora libre para que fuera a pasear. Pero me alegré cuando se terminó el paseo: los árboles eran muy grandes y el lugar umbroso y solitario, y el día estaba nublado, y lloré bastante pensando en mi casa mientras caminaba sola por aquellos para-jes. Al atardecer, con las velas ya encendidas y sola en mi cuarto, vi que estaba abierta la puerta que daba a la estancia de madam Crowl, donde se encontraba mi tía. Fue entonces cuando oí por primera vez la que supuse era la voz de la vieja señora.

Tenía un timbre extraño, como de un ave -no sabría decir cuál en concreto- o un animal; su voz parecía un gemido apagado.

Me froté las orejas para oír lo mejor posible. Pero no pillé ni una sola palabra de cuanto dijo. Sí oí a mi tía contestarle:

-Señora, el Maligno no puede hacer daño a nadie si el Señor no lo permite.

Luego la misma voz extraña de la cama dice otra cosa que tampoco logro distinguir.

Y mi tía le vuelve a contestar:

-Que pongan mala cara, señora, y digan lo que quieran; si el Señor está de nuestro lado, ¿quién podrá contra nosotros?

Seguí con la oreja orientada en dirección de la puerta y conteniendo la respiración, pero ya no volví a oír nada más en aquella habitación. Unos veinte minutos después, mientras hojeaba las fábulas ilustradas de Esopo, noté que la puerta se movía y, mirando en aquella dirección, vi asomar el rostro de mi tía.

-¡Shhh! -me dice en voz baja con una mano en los labios mientras se acerca de puntillas-. Gracias a Dios que se ha dormido por fin; no hagas ruido hasta que vuelva. Voy a bajar a tomar mi taza de té; Mrs. Wyvern y yo volveremos enseguida. Ella seguirá dormida en su habitación. Cuando nosotras hayamos subido, tú bajarás luego corriendo y Judith te servirá la cena en mi habitación.

Dicho lo cual, se fue.

Yo seguí hojeando el libro ilustrado, aguzando el oído de vez en cuando, como antes, pero sin oír nada, ni siquiera el ruido de la respiración; entonces me puse a hablar con las ilustraciones y conmigo misma para distraerme un poco, pues estaba empezando a tener miedo en aquel cuarto tan amplio.

Luego me levanté y me puse a pasear de un lado a otro, mirando esto y aquello, ya sabéis, para distraer la mente. Al final, ¿sabéis qué se me ocurre? Pues nada menos que mirar dentro del dormitorio de madam Crowl.

Era una gran habitación, con una inmensa cama de columnas rodeada de cortinas de seda con flores estampadas que bajaban casi desde el techo hasta el mismo suelo. Había también un espejo, el mayor que había visto en mi vida. La habitación estaba iluminadísima: conté hasta veintidós velas de cera, todas

encendidas. Era un capricho suyo que nadie se atrevía a negarle.

Permanecí junto a la puerta con el oído aguzado mientras contemplaba embobada la escena. Al no oír respiración alguna, y comprobar que no se movía ni un pliegue de las cortinas, me armé de valor y entré en la habitación de puntillas sin dejar de mirar a mi alrededor. Entonces me acerco a mirarme en el gran espejo, y, finalmente, se me pasa por la cabeza: «¿Por qué no echar un vistazo a la cama, donde está la vieja señora?»

Me consideraréis una descerebrada si os digo que tenía muchísimas ganas de ver a madam Crowl. Pero así era, y yo pensaba para mí: si no la veo ahora, a lo mejor pasan muchos días sin que se me presente una ocasión tan buena.

Pues bien, queridas, voy y me acerco a la cama. Las cortinas están echadas, y las piernas me tiemblan. Pero me armo de valor y me deslizo entre los pesados cortinajes, primero los dedos y luego la mano entera. Espero un poco, pero sigue el mismo silencio sepulcral. Entonces, descorro lentamente las cortinas y veo tumbada ante mí, como la dama pintada en la lápida de la iglesia de Lexhoe, a la famosa madam Crowl, de Applewale House. Allí estaba ella completamente engalanada. Imposible ver algo igual en aquellos días. Satén y seda, escarlata y verde, oro y bordados de filigrana. ¡Virgen santa, qué espectáculo! Una gran peluca empolvada, casi tan alta como ella, le coronaba la cabeza y ¡madre mía, cuánto pellejo! Tenía la garganta, arrugada y fofa, empolvada de blanco y las mejillas de rojo, y unas cejas postizas pardas, que se las pegaba Mrs. Wyvern, y allí estaba ella tan tiesa y orgullosa, con un par de calcetines de seda con espiguilla y unos zapatos de tacones altísimos. Pero, ¡Dios mío!, tenía una nariz retorcida y flacucha y se le veía la mitad del blanco de los ojos... Decían que se colocaba ante el espejo ataviada de aquella manera, riéndose nerviosamente y babeando, con un abanico en la mano y un ramillete de flores en el corpiño. Tenía las manos, pequeñas y arrugadas, pegadas a los costados, y os aseguro que en mi vida había visto unas uñas tan largas, todas ellas terminadas en punta. Tal vez anti-guamente había estado de moda entre la gente de postín llevar las uñas tan largas...

Bueno, estoy segura de que os habríais llevado un buen susto ante aquella visión. Yo no podía ni soltar la cortina ni moverme ni apartar los ojos; hasta mi corazón parecía haberse parado. Y he aquí que de repente abre los ojos, se sienta en la cama, se da la vuelta, posa ruidosamente los dos tacones en el suelo y se me queda mirando fijamente con sus dos ojos grandes y vidriosos, con una malvada risita en los labios arrugados, que deja ver una gran dentadura postiza.

Un cadáver no deja de ser una cosa natural, pero aquello era la cosa más espantosa que jamás se había visto. Apuntando hacia mí con los dedos tiesos, y encorvada por la edad, me dice:

-¡Oye, pequeña granuja! ¿Por qué has dicho que yo maté al niño? Te voy a hacer cosquillas hasta dejarte tiesa.

Si hubiera pensado un instante, me habría dado la media vuelta y escapado rauda. Pero no podía apartar los ojos de ella, y no me quedaba más remedio que recular de la manera que podía, mientras ella seguía chacoloteando como una marioneta, con los dedos apuntándome a la garganta y haciendo todo el tiempo con la lengua un sonido como «sisss-sisss-sisss».

Yo seguía retrocediendo, pero sus dedos estaban ya a sólo unos centímetros de mi garganta; sabía que perdería el conocimiento si llegaban a tocarme.

Retrocedí otro poco hacia el rincón y solté un terrible alarido -como si me estuvieran arrancando el alma del cuerpo-, y en aquel instante apareció mi tía en la puerta y lanzó un grito seco y la vieja dama se vol-vió hacia ella, y yo aproveché para dar media vuelta y atravesar mi cuarto y bajar las escaleras como una

exhalación.

Os aseguro que estuve llorando un buen rato a lágrima viva en el cuarto del ama de llaves. Mrs. Wyvern se rió bastante cuando le conté lo sucedido; pero mudó el semblante cuando oyó las palabras que me había dicho la vieja señora.

-Repítelas otra vez -me pidió.

Y yo se las repetí. « ¡Oye, pequeña granuja! ¿Por qué has dicho que yo maté al niño? ¡Te voy a hacer cosquillas hasta dejarte tiesa!»

-¿Y dices que ella mató a un niño? -me pregunta.

-Yo no digo eso, Mrs. Wyvern -le contesto.

Después de aquello, Judith siempre estaba conmigo cuando las dos mujeres mayores se ausentaban de la habitación de la vieja señora. Yo habría saltado por la ventana antes que quedarme sola en la habitación con ella.

Una semana después, creo recordar, un día que Mrs. Wyvern estaba conmigo me contó una cosa de madam Crawl que yo no sabía.

Unos setenta años atrás, siendo joven y muy bella, se había casado con el señor Crawl, de Applewale, un viudo con un hijo de nueve años.

Un buen día aquel niño desapareció y nadie supo decir adónde había podido ir. Se le dejaba demasiada libertad; solía salir de casa por la mañana para ir ora a la granja del guarda a desayunar con él, ora a la conejera, y muchas veces ya no volvía hasta la noche. También solía bajar al lago, donde se bañaba y pasaba el día pescando o remando en una barca. Pues bien, nadie supo decir qué le había pasado; sólo que su sombrero había aparecido junto al lago bajo un espino que todavía se puede ver en el día de hoy, por lo que se pensó que se había ahogado. Y el hijo que el señor Crawl había tenido de su segundo matrimonio con la señora acabó heredando la propiedad. Y, como os he dicho, el hijo de éste, nieto de la vieja señora, el señor de Chevenix Crawl, era el titular de la finca en la época en que yo llegué a Applewale.

Mucho antes de que llegara mi tía, aquel suceso había sido la comidilla diaria de toda la comarca; la gente comentaba que la madrastra sabía más cosas de las que estaba dispuesta a contar, y que había conseguido camelar a su marido, el viejo señor, con sus zalamerías y halagos. Y como del niño nunca más se volvió a saber nada, con el paso del tiempo la gente fue olvidando aquel suceso.

Y ahora voy a contaros lo que yo vi con mis propios ojos.

Llevaría unos seis meses allí cuando a la vieja señora le sobrevino la última enfermedad. Recuerdo que era invierno.

El médico temía que le hubiera dado un ataque de locura, pues le había ocurrido lo mismo quince años antes, en cuya ocasión la habían tenido que sujetar con una camisa de fuerza, la misma prenda de cuero que yo había visto en el armario junto a la habitación de mi tía.

Pues bien, no ocurrió así, sino que le entró una gran depresión y debilidad y se fue apagando entre muchas toses, hasta un día o dos antes de pasar a mejor vida, cuando le dio por farfullar

atropelladamente pala-bras incoherentes y dar chillidos en la cama, como si alguien la estuviera amenazando con un cuchillo en la garganta, y se ponía a hacer cosas fuera de la cama, pero, al no tener suficientes fuerzas para caminar ni permanecer de pie, se caía al suelo, con el rostro oculto entre sus viejas y hechizadas manos e implorando piedad.

Podéis imaginar que ya no volví a entrar en su habitación, sino que me quedaba en la cama muerta de miedo mientras oía sus alaridos y ara-ñazos en el suelo. Muchas de las cosas que decía a grito pelado habrían puesto los pelos de punta al mismísimo diablo.

Mi tía, Mrs. Wyvern, Judith Squailes y una mujer de Lexhoe estaban siempre atendiéndola. Al final, le dieron unos ataques que la dejaron postrada.

El cura estaba allí y rezó por ella; pero nada podían hacer ya por ella los rezos. Además, poco sentido tenía ya el que siguiera con vida, y así pasó por fin a mejor vida y todo se terminó para la vieja madam Crowl, que fue amortajada e introducida en el ataúd. Aquel mismo día escribieron al señor de Chevenix para que viniera cuanto antes. Pero éste se encontraba en Francia, una distancia tan grande que el cura y el doctor acordaron que no convenía tenerla durante más tiempo insepulta, toda vez que los únicos que iban a asistir al entierro eran ellos dos, mi tía y el resto de nosotras, de Applewale. Así, la vieja dama de Applewale fue enterrada en la cripta de la iglesia de Lexhoe, y nosotras seguimos viviendo en la gran casa hasta que el señor viniera a darnos a conocer su voluntad y a pagarnos el finiquito que considerara oportuno.

A mí me pusieron en otra habitación, dos puertas más allá de la que había sido la alcoba de madam Crowl. Esto ocurrió la noche antes de que llegara a Applewale el señor de Chevenix.

La habitación que yo ocupaba ahora era bastante amplia, con boiserie de roble, pero sin más muebles que mi cama, que no tenía cortinas, una silla y una mesa, o algo parecido, muy pocos enseres para una habitación tan grande. Y el gran espejo en el que la vieja señora tantas y tantas veces se había mirado y remirado de pies a cabeza, ahora que carecía ya de función, lo habían sacado de allí y dejado temporalmente apoyado en una pared de mi habitación, pues como podéis imaginar se sacaron muchas cosas de su alcoba para amortajarla.

Aquel día recibimos la noticia de que el señor llegaría a Applewale a la mañana siguiente; lo cual me alegró sobremanera, pues casi estaba segura de que me volverían a mandar a casa con mi madre. Y me puse a pensar enseguida en todos los de mi casa, y sobre todo en mi hermana Janet y los gatitos y los perros y todo lo demás, y estaba tan nerviosa que no me podía dormir, y el reloj dio las doce y aún seguía despierta, y la habitación más oscura que boca de lobo. Estaba acostada de espaldas a la puerta y mirando a la pared.

Pues bien, sobre las doce y cuarto veo unos resplandores en la pared como si algo estuviera ardiendo por detrás, y las sombras de la cama, de la silla y de mi bata, que está colgada en la pared, se ponen a bailar como locas en el techo y las paredes; y vuelvo de prisa la cabeza, creyendo que el fuego ha prendido en algo.

¡Y qué veo, Dios bendito! Pues nada menos que a la vieja arpía, emperifollada en sus satenes y terciopelos haciendo muecas con los ojos desencajados y con la cara más fea que se puede imaginar. El bajo de su vestido iba rodeado de un resplandor rojo que parecía estar consumiéndole los pies. Venía derecha hacia mí, apuntándome con las uñas de sus manos arrugadas como si fuera a clavármelas. Yo no me podía mover, pero afortunadamente pasó por delante de mí, con una ráfaga de aire frío, derecha a la pared de la recámara, como solía llamarla mi tía, que era un rincón en el que había estado antes la cama de columnas, cuya puerta estaba abierta de par en par, y alargó las manos para coger algo que había allí

dentro. Yo no había visto nunca aquella puerta. Y de repente se vuelve hacia mí pivotando como una marione-ta, y la habitación se queda a oscuras, y yo me veo de pie en la otra punta de la cama, sin saber cómo he llegado hasta allí. Por fin me responde mi lengua y suelto un alarido mientras salgo disparada por la galería y casi arranco de cuajo la puerta de Mrs. Wyvern, a la que doy un susto de espanto.

Podéis imaginar que no pegué ojo aquella noche, y con las primeras luces bajo a ver a mi tía lo más deprisa que me permiten las piernas.

Pues bien, mi tía no me echa ninguna regañina, como me había esperado, sino que me coge de la mano y me mira fijamente a la cara. Me dice que no tenga miedo y luego me pregunta:

-¿Llevaba la aparición alguna llave en la mano?

-Sí -le digo, acordándome de pronto-; una llave muy grande con un extraño ojo de metal.

-Espera -dice soltándome la mano y abriendo el aparador-. ¿Era como ésta? -me pregunta sacando una llave y enseñándomela con el ceño fruncido.

-Esa misma -le contesto.

-¿Estás segura? -vuelve a preguntarme, dándole la vuelta.

-Segurísima -digo yo, creyendo que me voy a desvanecer.

-Bien, esto basta, mozuela -dice pensativa, como rumiando algo y volviéndola a meter donde estaba.

-El señor llegará antes de las doce del mediodía, y debemos contarle lo que has visto -dice, todavía pensativa-; supongo que yo me iré pronto de aquí, pero es mejor que tú te vayas a casa esta misma tarde, y no te preocupes, que te buscaré otra casa en cuanto pueda.

Aquellas palabras, como podéis imaginar, las recibí como agua de mayo.

Mi tía recogió todas mis cosas y me dio también las tres libras que se me debían. El señor Crowl llegó a Applewale aquel mismo día; era un hombre apuesto, de unos treinta años de edad. Era la segunda vez que lo veía. Pero aquella era la primera que hablaba conmigo.

Mi tía estuvo hablando con él en el cuarto del ama de llaves; no sé lo que le diría. Yo le tenía a él bastante respeto, por ser el hombre más rico de Lexhoe, y no me atreví a acercarme hasta que me llamaron. Y él me dice sonriendo:

-Cuéntame todo lo que has visto, zagala. Debe de ser un sueño, pues sabes que no existen en el mundo esas cosas que llaman fantasmas o espíritus. Pero, fuera lo que fuera, querida, siéntate aquí y cuéntamelo todo de pe a pa.

Cuando termino, se queda pensando un rato y le dice a mi tía:

-Recuerdo bien ese rincón. En tiempos del viejo sir Oliver, el viejo Wyndel me contó que había una puerta en ese cuarto de la izquierda, la que la chica soñó que había abierto mi abuela. Tendría más de ochenta años cuando me lo contó, y yo era un niño entonces. De eso hace veinte años. La vajilla y las joyas se guardaban allí hasta que pusieron el armario metálico en el cuarto trastero; también me contó que la llave tenía un anillo de metal, y esa llave que tú dices la encontraron en el fondo del arcón donde

ella guardaba sus viejos abanicos. Bueno, no me extrañaría nada que encontráramos allí algunas cucharas de plata o diamantes. Vamos, zagala, tienes que subir conmigo y decirme dónde estaban exactamente las cosas que viste.

Obedecí con poco entusiasmo. El corazón se me desbocaba en la garganta, y tuve bien agarrada la mano de mi tía todo el rato que estuve en aquella espantosa habitación diciéndoles a los dos por dónde se había movido la aparecida y dónde estaba exactamente la puerta que yo había visto en la pared.

Pero allí había ahora un armario viejo. Lo corrimos y vimos el contorno de una puerta en laboiserie de roble y el ojo de una cerradura obturado con madera y cepillada con el mismo cuidado que todo lo demás y todo el reborde de la puerta tapado con masilla de color roble, de manera que, de no ser por los goznes que sobresalían ligeramente, nadie habría imaginado que había allí ninguna puerta.

-¡Ahá! -dijo él con una sonrisita-, justo lo que me imaginaba...

Se necesitó sólo un par de minutos para, con un pequeño cincel y un martillo, sacar el trozo de madera de la cerradura. La llave entró perfectamente, y, tras darle una vuelta, el cerrojo cedió y la puerta se abrió acompañada de un chirrido.

Había otra puerta dentro, más extraña que la primera, pero que no tenía cierres y se abrió fácilmente. El cuarto era bastante pequeño, con paredes y bóveda de ladrillo; no vimos lo que había dentro, pues estaba más oscuro que boca de lobo.

Mi tía encendió una vela. El caballero la cogió y entró.

Mi tía, de puntillas, trataba de mirar por encima de sus hombros; yo no veía absolutamente nada.

-¡Ahá!-exclama el caballero, retrocediendo-. ¡Qué puede ser eso! Déme el atizador, ¡deprisa! -ordena a mi tía. Y mientras ella va a la chimenea yo miro por debajo de su brazo y veo agachado en el rincón más lejano a un mono o una cosa despellejada encima del arcón, que podía ser también la vieja bruja más chupada que jamás se ha visto en la tierra.

-¡Virgen santa!-exclama mi tía al darle el atizador y viendo también por encima de sus hombros aquella cosa espantosa-. Tenga cuidado, señor, con lo que hace. ¡Mejor retírese y cierre esa puerta!

Pero, en lugar de obedecerle, entra despacio con el atizador en ristre y asesta a la cosa un batacazo tal que ésta cae estrepitosamente, cabeza incluida, en medio de un montón de huesos y polvo.

Eran los huesos de un niño; todo lo demás se había reducido a polvo al primer impacto. Durante un buen rato nadie dice nada, pero luego él coge la calavera que yacía en el suelo.

A pesar de lo joven que yo era, creí saber perfectamente en qué estaban pensando los dos en aquel momento.

-Un gato muerto -dice él retrocediendo y cerrando la puerta-. Vol-veremos después usted y yo, Mrs. Shuttters, a mirar en los estantes más detenidamente. Ahora tengo otros asuntos que tratar con usted. Y esta muchachita me dice usted que se marcha hoy mismo a su casa, ¿no? Supongo que ya tendrá su paga. Bueno, yo quiero hacerle además un regalo -dice él dándome una palmadita en la espalda.

Me dio una libra de oro y yo marché a Lexhoe aproximadamente una hora después en la diligencia, y bien contenta que volví a casa. Y en lo sucesivo nunca volví a ver a madam Crowl de Applewale, gracias

a Dios, ni en apariciones ni en sueños. Pero cuando ya era una mujer, mi tía vino a pasar conmigo un día y una noche en Littleham, y me aseguró que se trataba del niño desaparecido hacía tanto tiempo que aquella vieja arpía había encerrado en la oscuridad hasta que se muriera, sin que sus gritos, súplicas y aporreo pudieran ser oídos por nadie. También me dijo que alguien había dejado su sombrero al borde del lago para hacer creer que se había ahogado. Toda su ropa se convirtió al primer toque en una nube de polvo en el cuarto donde se encontraron los huesos. Pero había un puñado de canicas y un cuchillo con mango verde, junto con un par de peniques que el pobre niño llevaba en el bolsillo, supongo, la última vez que se le vio, y que él vio la luz. Y entre los papeles del señor había una copia de la nota escrita después de desaparecer el niño, cuando su anciano padre creía que se había escapado o lo habían raptado unos gitanos, en la que se decía que el pequeño llevaba con él un cuchillo de mango verde y varias canicas. Y eso es todo lo que tenía que contaros sobre la vieja madam Crawl, del caserón de Applewale.

## RELATO DE CIERTOS SUCESOS EXTRAÑOS EN LA CALLE AUNGIER

Esta historia mía no es para escribirse. Si se cuenta, como a veces he hecho a petición general, junto a la lumbre después de una buena cena una noche de invierno con el viento frío rugiendo fuera y todos bien calentitos y confortablemente instalados, puede resultar bastante bien -si yo no me alabo a mí mismo quién lo va a hacer en mi lugar. Pero es un riesgo hacerlo como me piden que lo haga. La pluma, la tinta y el papel son vehículos muy fríos para lo maravilloso, y el «lector» es decididamente un animal más crítico que el «oyente». Pero si logran convencer a sus amigos para que la lean una vez caída la noche, después de que la charla junto a la lumbre lleve un buen rato versando sobre emocionantes relatos llenos de terror y misterio, en una palabra, si me aseguran *los mollia tempora fandi*, me pondré a trabajar enseguida para contarles con la mejor disposición lo que tenga que contar. Pues bien, presupuestas estas condiciones, no voy a desperdiciar más palabras y paso ya a contarles la historia en cuestión.

Mi primo (Tom Ludlow) y yo estudiábamos medicina juntos. Creo que él habría tenido bastante éxito de haberse dedicado a esta profesión; pero el pobre chico prefirió la iglesia y murió joven, víctima de un contagio contraído en el noble desempeño de su labor sacerdotal. Por lo que aquí interesa, baste con saber que era de carácter tranquilo, pero franco y alegre, y muy escrupuloso en la observancia de la verdad; por cierto, bastante distinto a mí, que soy de un temperamento excitable y nervioso.

Mi tío Ludlow, padre de Tom, había comprado tres o cuatro casas viejas en Aungier Street, una de las cuales estaba vacía en la época en que acudimos a la capital a estudiar. Él residía en el campo, y Tom me propuso que nos alojásemos en la susodicha casa mientras no se alquilara; una propuesta doblemente satisfactoria, pues, por un lado, nos permitía vivir más cerca de nuestras aulas y diversiones, y, por el otro, nos eximía de la obligación semanal de pagar alquiler.

Nuestras pertenencias eran contadas, y el mobiliario escaso; en una palabra, nuestros enseres eran casi tan simples como los de una tienda de campaña. Así, nuestro proyecto se llevó a cabo casi tan pronto como fue concebido. El salón que daba a la calle nos servía de cuarto de estar.



Yo ocupaba el dormitorio de encima, y Tom el dormitorio de enfrente, que era interior y que a mí no me gustaba ni un pelo.

Para empezar, la casa era muy antigua. Me parece que su fachada había sido remozada unos cincuenta años atrás; pero, aparte de esto, no había en ella nada «moderno». El agente de mi tío que la compró y la inscribió en el registro de la propiedad me contó que había sido vendida, junto con otras muchas fincas confiscadas, en Chichester House, creo, en 1702; y que había pertenecido asir Thomas Hacket, el que fuera alcalde de Dublín en tiempos de Jacobo II. Así pues, no puedo precisar cuándo la habían construido exactamente; en cualquier caso, había conocido épocas y cambios suficientes para poseer ese aire misterioso y entristecido, a la vez interesante y deprimente, que parece acompañar a la mayor parte de las mansiones antiguas.

En ella se veían muy pocas cosas nuevas, y tal vez fuera mejor así, pues había algo extraño y pretérito en su arquitectura -en el alzado de las paredes y el tendido de los techos, en la forma de puertas y ventanas, en el extraño emplazamiento diagonal de las chimeneas, en la robustez especial de vigas y cornisas, en la singular solidez de toda la madera, desde las barandas hasta los marcos de las ventanas- que parecía abominar de cualquier retoque para proclamar enfáticamente su antigüedad por muchos adornos y barnices modernos de que hubiera sido objeto.

Por ejemplo, se había realizado un gran esfuerzo para empapelar los salones, pero, de alguna manera, el papel parecía algo vulgar y desentonaba del resto. Esto lo supimos por una mujer ya mayor que regentaba una pequeña tienda destartada en la bocacalle y cuya hija -de cincuenta y dos años de edad- era nuestra única y solitaria criada: venía al amanecer y se retiraba castamente tan pronto como dejaba preparado el té en nuestro señorial aposento; esta anciana, digo, se acordaba de cuando el viejo juez Horrocks (el cual, tras haberse ganado la fama de demasiado amigo de condenar a la horca, empujado por una «locura temporal» había acabado colgándose él mismo con la cuerda de jugar a la comba de la maciza y vieja baranda, según dictamen del juez de instrucción) vivió aquí bien acompañado de excelente carne de venado que regaba con el mejor oporto. En aquellos años de Maricastaña, los amplios salones estaban tapizados de cuero dorado y, me atrevo a decir, tenían un aspecto formidable.

Los dormitorios estaban recubiertos de madera, pero el mío, que daba a la calle, no era nada sombrío; en él su antiguo confort parecía predominar sobre su algo tétrica vetustez. Todo lo contrario que el dormitorio interior, que tenía dos ventanas melancólicas extrañamente orientadas -miraban inútilmente a los pies de la cama-, y ese cuarto oscuro que se encuentra en la mayoría de las casas antiguas de Dublín -cual gabinete fantasmagórico- que, por atracción simpática, se había amalgamado con el dormitorio al derribarse la pared. Por la noche, esta «recámara» -como nuestra «criada» gustaba de llamar- adquiría a mis ojos un carácter especialmente siniestro y fantasmagórico. La vela distante y solitaria de Tom relucía en vano en medio de su oscuridad, omnipresente e impenetrable. Pero esto no era más que una parte. Toda aquella estancia en su conjunto me resultaba a mí, no encuentro otra palabra mejor, sencillamente repelente. Sin duda había en sus proporciones y rasgos una discordia latente, cierta relación misteriosa e indescifrable que atentaba vagamente contra la esencia más íntima de lo que se suele entender por cómodo y confortable y ofrecía indefinibles sospechas y aprensiones a la imaginación. En fin, que, como dije antes, por nada del mundo habría aceptado yo pasar allí una noche solo.

Yo nunca había intentado ocultar al pobre Tom mis propensiones a la superstición; éste -aunque sin afectación alguna- solía reírse de aquellos terrores míos. Sin embargo, el escéptico iba a recibir pronto un terrible correctivo, como les voy a relatar a continuación.

Llevábamos poco tiempo viviendo allí, cada cual en su dormitorio respectivo, cuando yo empecé a notar que pasaba malas noches y dormía mal. Esto me inquietó tanto más por cuanto que yo me preciaba de tener un sueño profundísimo y de ser poco propenso a las pesadillas. Sin embargo, ahora

todo era distinto: en vez de disfrutar de mi descanso habitual, me pegaba todas las noches una buena «panzada de horrores». Después de un primer plato de sueños desagradables y pavorosos, mis inquietudes adoptaban una forma definida, y la misma visión me visitaba al menos (en promedio) cada dos días a la semana. Aquel sueño, pesadilla o ilusión infernal -llámenlo como gusten- del que yo era un triste juguete, se desarrollaba de la siguiente guisa:

Veía, o creía ver, con espantosa claridad, si bien reinaba una profunda oscuridad, cada objeto y pequeño detalle del dormitorio. Esto, como bien saben, es inherente a la pesadilla corriente. Pues bien, mientras me encontraba en aquella situación «clarividente» -teatro iluminado en el que se iba a mostrar el consabido cuadro de horror- que tornaba mis noches insoportables, mi atención se fijaba invariablemente, sin saber por qué, en las ventanas que había frente a mi cama, y entonces una sensación de pavorosa anticipación se apoderaba de mí de manera lenta pero implacable. Me parecía como si algo horripilante pero indefinido me estuviera acechando en algún lugar desconocido con vistas a mi tormento personal; y, tras un intervalo que siempre parecía tener la misma duración, un cuadro salía volando de repente hasta la ventana, donde permanecía fijo, como por una atracción eléctrica, lo que signaba el comienzo de mi sesión de horror, que se alargaba a veces durante varias horas. Aquel cuadro, que tan misteriosamente se superponía a los cristales de la ventana, contenía el retrato de un hombre viejo vestido con una bata de seda de flores carmesí, cuyos pliegues podría describir ahora mismo y cuyo semblante era una extraña mezcla de inteligencia, sensualidad y poder, al tiempo que presagiaba cosas siniestras. Tenía la nariz corva, como el pico de un buitre; sus grandes ojos, grises y prominentes, parecían brillar con una crueldad y frialdad del otro mundo. Estos rasgos estaban rematados por un gorro de terciopelo carmesí, por el que asomaba un pelo cano por los años, mientras que las cejas conservaban su negrura original. Recuerdo perfectamente -cómo no- cada arruga, tono y sombra de aquel rostro, que mantenía la mirada clavada en mí mientras el mío se la devolvía con la inexplicable fascinación de la pesadilla; y así durante horas y horas. Finalmente...

trashabarse pavoneado, el gallo desaparecía

y, cómo él, el demonio que me había mantenido esclavizado durante la espantosa vigilia nocturna; así, con los nervios destrozados, me levantaba para iniciar la nueva jornada.

Sin saber exactamente por qué, aunque sin duda por la intensísima angustia y horror sobrenatural con que iba asociada aquella extraña fantasmagoría, sentía una antipatía insuperable a describir a mi amigo y camarada aquellas mis turbaciones nocturnas. Casi siempre me limitaba a decirle que había tenido una pesadilla abominable, y, fieles al presunto materialismo de la medicina, nos confabulábamos para dispersar mis horrores, no mediante un exorcismo, sino mediante un tonificante.

Hay que ser justos y reconocer con total franqueza que el maldito retrato empezó a espaciar sus visitas como consecuencia de aquel tonificante. Pero, ¿cómo explicarlo? ¿Era aquella aparición -tan singular como terrorífica- puro engendro de mi fantasía y de mi pobre estómago?

En una palabra, ¿era algo «subjetivo» (por utilizar el tecnicismo tan popularizado en nuestros días) y no la agresión e intrusión palpables de un agente externo? Esto, mis queridos amigos, como no podemos por menos de reconocer, no es necesariamente cierto. El espíritu maligno, que, bajo la forma de aquel retrato, tenía embrujados mis sentidos, podía haber estado igual de cerca de mí, y haber sido igual de enérgico y malvado aunque yo no lo hubiera visto. ¿Qué significa todo el código moral de la religión revelada sobre el cuidado debido a nuestros cuerpos, la sobriedad, la templanza, etcétera? No cabe

duda de que existe una clara relación entre lo material y lo invisible; el tono saludable del sistema corporal y su energía intacta pueden, si no me equivoco, protegernos contra influjos que de lo contrario tomarían espantosa la vida como tal. El hipnotizador y el electrobiólogo fallarán por término medio en nueve de cada diez pacientes; y lo mismo cabe decir del espíritu maligno. Se requieren unas condiciones especiales del sistema corporal para la aparición de ciertos fenómenos espirituales. Esta operación tiene éxito unas veces, y otras no. Y no hay más que hablar.

Después descubrí que mi compañero presuntamente escéptico pasaba también momentos de turbación. Pero yo no sabía aún nada de esto. Una noche en que estaba yo durmiendo profundamente, cosa extraordinaria, me despertaron unos pasos en el corredor, seguidos de un ruido sordo producido por lo que resultó ser un gran candelabro de metal lanzado con toda su fuerza por el pobre Tom Ludlow contra la baranda y que fue dando tumbos hasta el segundo tramo de las escaleras; casi simultáneamente, Tom abrió la puerta de par en par y entró reculando en mi habitación, presa de una extraordinaria agitación.

Yo salté de la cama y lo cogí del brazo sin tener la menor idea de lo que estaba ocurriendo. Allí estábamos los dos con nuestros camisones delante de la puerta abierta, mirando a través del vetusto barandal hacia la ventana del pasillo, por donde penetraba la luz tenue de una luna nublada.

-¿Qué ocurre, Tom? ¿Qué te ha pasado? ¿Qué diantre te ha pasado, Tom? -le pregunté sacudiéndolo con nerviosa impaciencia.

Él respiró primero y luego me contestó con unas frases no muy coherentes:

-No pasa nada, nada. ¿He dicho algo? ¿Qué he dicho? ¿Dónde está la vela, Richard? Está oscuro... Yo tenía... una vela.

-Sí, está bastante oscuro -dije-, pero ¿qué ocurre? ¿Qué es lo que ha pasado exactamente? ¿Por qué no me lo dices, Tom? ¿Estás en tus cabales? Venga, Tom, dime qué te ocurre.

-¿Que qué me ocurre? Oh, nada, ya ha pasado. He debido de soñar algo... Un simple sueño, ¿no crees? No ha podido ser otra cosa que un simple sueño.

-Por supuesto que ha sido un simple sueño -dije yo, sintiéndome inusualmente nervioso.

-Creí -dijo- que había un hombre en mi habitación y... y salté de la cama, y... y ¿dónde está la vela?

-En tu habitación, lo más seguro -dije-; ¿quieres que vaya por ella?

-No, quédate aquí; no vayas. No importa. No, te lo repito: todo ha sido un simple sueño. Cierra la puerta con cerrojo, Dick; me voy a quedar aquí contigo. Estoy un poco nervioso. Sé buen chico, Dick, enciende tu vela y abre la ventana. Me encuentro en un «estado de shock».

Hice lo que me pedía mientras él, envolviéndose con una de mis mantas, se sentaba en el borde de mi cama.

Todo el mundo sabe lo contagioso que es el miedo de cualquier tipo, pero ninguno se puede comparar con el que se había apoderado del pobre Tom aquella noche. Yo no quería que me contara -ni creo que a él le hubiera apetecido hacerlo en aquel momento- los detalles de la espantosa visión que lo había dejado tan abatido.

-Tom, no me hables de nada relacionado con tu absurdo sueño -le dije afectando desdén, pero en el fondo muerto de miedo-. Hablemos de cualquier otro tema; pero hay una cosa obvia: que este horrible case-rón nos repatea a los dos, y que... ¡que me cuelguen si me quedo aquí más tiempo, para verme asaltado por la indigestión y... por noches malí-simas! Así que... lo mejor que podemos hacer es buscar otro alojamiento cuanto antes, ¿no te parece?

Tomasintió y, tras una pausa, dijo:

-Oye, Richard, he pensado que, como hace mucho tiempo que no veo a mi padre, voy a ir a verlo mañana y volveré dentro de un par de días. Entre tanto, tú puedes encargarte de buscar habitaciones para los dos.

Yo había creído que aquella resolución, fruto evidente de la visión que tanto le había perturbado, se desvanecería a la mañana siguiente junto con los demás vapores y sombras de la noche. Pero me equivoqué. Tompartió temprano al pueblo de su padre tras acordar que, tan pronto como yo encontrara alojamiento apropiado, le escribiría urgentemente para que diera por terminada su visita a tío Ludlow.

Ahora bien, con los nervios propios del cambio de casa, ocurrió que, debido a una serie de pequeños aplazamientos y circunstancias, transcu-rrió casi una semana entera antes de firmarse el contrato de arrenda-miento y escribir yo a toda prisa a Tom para que regresara cuanto antes; entre tanto, le ocurrieron un par de aventuras insignificantes a vuestro humilde servidor, que, por absurdas que puedan parecer ahora difumi-nadas por el paso del tiempo, sirvieron entonces para estimular conside-rablemente mi apetito de cambio.

Recuerdo bien la noche, un día o dos tras la partida de mi compañe-ro, en que me encontraba sentado junto al fuego de mi dormitorio, con la puerta bien cerrada y todos los ingredientes de un ponche de whisky sobre la mesita de noche -de diseño bastante irregular-, pues, para mantener completamente a raya a los

espíritusnegrosyblancos, espíritus azules y grises

queme acechaban, había decidido conservar el ánimo a base de buenos lingotazos de licor -práctica ésta recomendada por la sabiduría de mis antepasados-. Pues bien, había dejado a un lado mi volumen de anatoma, y estaba regalándome con un tonificante previo al ponche y a la cama, donde me esperaban media docena de páginas del Spectator, cuando oí pasos en el tramo de escaleras entre el desván y el piso de mi dormitorio. Eran las dos de la madrugada y las calles estaban más silen-ciosas que un cementerio; los ruidos de la casa eran, pues, perfectamen-te audibles. Eran unos pasos lentos y pesados, con la contundencia y la parsimonia propias de un adulto, bajando por la susodicha escalera; y estaba claro que aquellos pies iban completamente descalzos, produ-ciendo un ruido a la vez seco y fofo, muy desagradable al oído.

Yo sabía perfectamente que la criada se había marchado a su casa hacía bastante tiempo y que nadie más que yo tenía motivos legítimos para andar por la casa a aquellas horas. También era obvio que la per-sona que bajaba las escaleras no tenía ninguna intención de pasar inadvertida, sino que, antes al contrario, parecía decidida a hacer el mayor ruido posible y a avanzar con total parsimonia. Cuando los pasos alcanzaron el rellano de mi piso, parecieron detenerse; yo espera-ba que mi puerta fuera a abrirse en cualquier momento para dar paso al modelo u original de mi detestado retrato. Sin embargo, unos

segundos después sentí un gran alivio al percibir que los pasos reanudaban su descenso en dirección de los salones de la planta inferior, y luego, tras otra pausa, hasta la planta baja y el vestíbulo, desde donde no me llegó ya ningún ruido.

Ahora que había cesado el ruido, mi estado anímico era una caldera a punto de estallar. Agucé el oído, pero no oí moverse ni una mosca. Armado de valor, decidí probar fortuna: abrí la puerta y grité estentóreamente por encima de la baranda:

-¿Quién anda ahí?

La única respuesta que obtuve fue el eco de mi propia voz retumbando por la vieja mansión. No aprecié ningún nuevo movimiento; nada, en suma, que aportara alguna explicación al nerviosismo que me roía. Todo el mundo conviene en lo desagradable que resulta el sonido de la propia voz en semejantes circunstancias, es decir, oída en medio de la más completa soledad. Aquello redobló mi sensación de incomunicación. Mi aprensión aumentó igualmente al notar que la puerta, que estaba seguro de haber dejado abierta, se había cerrado detrás de mí; presa de una vaga alarma, y temeroso de que me hubieran cortado la retirada, retorné lo más rápidamente posible a mi habitación, donde permanecí en un estado de espantoso bloqueo mental hasta que se hizo de día.

La noche siguiente no aprecié ruido alguno por parte de mi descalzo co-inquilino; pero la noche siguiente, estando ya acostado y en medio de la total oscuridad..., hacia la misma hora oí claramente a mi buen amigo bajar de nuevo de las buhardillas.

Esta vez había ingerido ya mi ponche y por tanto «la moral de la tropa» era excelente. Salté de la cama, cogí el atizador de la chimenea, donde aún resplandecían algunos rescoldos, y salí al pasillo. El sonido había cesado en aquel momento..., la oscuridad y el frío eran descorazonadores, y cuál no sería mi horror cuando veo, o creo ver, delante de mí a un monstruo negro, no sabría decir si con forma de hombre o de oso, de espaldas a la pared, con dos inmensos ojos verdosos que brillaban tenuemente. Pues bien, no les ocultaré que el aparador que contenía nuestra vajilla se hallaba justo allí, aunque en aquel momento yo no me acordaba de esa circunstancia. Asimismo debo manifestar con toda sinceridad que, teniendo en cuenta que mi imaginación estaba muy excitada, nunca pude determinar después si había sido víctima de mi propia fantasía, pues aquella aparición, tras cambiar una o dos veces de forma, empezó a avanzar hacia mí con su forma original. Movido instintivamente por el terror más que por el valor, le lancé el atizador con toda mi fuerza a la cabeza, y, en medio de un horrible estropicio de objetos rotos, volví a mi habitación y cerré la puerta con doble vuelta de llave. Un minuto después, oí cómo los horribles pies descalzos seguían bajando las escaleras, hasta que cesó el ruido al llegar al vestíbulo, como en la ocasión anterior.

No sabría decir con total seguridad si la aparición de aquella noche había sido una simple ilusión óptica de mi fantasía jugando con los oscuros contornos del aparador y, por tanto, los horripilantes ojos de aquel bicho no habían sido más que un par de tazas de té invertidas; en cualquier caso, tuve la satisfacción de constatar que había lanzado el atizador con admirable tino y, como suele decirse, las hice materialmente añicos, como daban fe los fragmentos del juego de té que se amontonaban en el suelo. Traté de tranquilizarme ante la evidencia de aquellas pruebas, pero no lo conseguí. Además, ¿cómo explicar el ruido de aquellos horribles pies descalzos, y de las pisadas regulares que aporreaban las escaleras en medio de la soledad de mi embrujada morada, y a aquella hora en la que yo no podía recurrir a ninguna ayuda? No, no se podía explicar tan fácilmente. Todo aquello tenía una pinta realmente fea. Yo tenía la moral por los suelos y un terrible pavor a que llegara la noche.

Ésta llegó, inquietantemente anunciada por unos truenos de tormenta y un diluvio de lluvia deprimente. Las calles se vaciaron de gente antes de lo habitual, y hacia medianoche no se oía ya más que el

desapacible golpeo de las gotas contra el suelo.

Me instalé lo más cómodamente posible y encendí dos velas en vez de una. Preferí no acostarme y mantenerme alerta para entrar en combate, vela en mano, en cualquier momento, pues estaba decidido a ver a toda costa a aquel engendro, si es que era visible, que turbaba la paz nocturna de mi mansión. Estaba muy nervioso y traté en vano de enfrascarme en lo que estaba leyendo. Me puse a pasear por la habitación silbando tonadillas marciales y humorísticas alternativamente y aguzando el oído de cuando en cuando por si oía el temido ruido. Me senté y me quedé mirando la etiqueta cuadrada de la botella negra, de aspecto solemne y antañón, hasta que «FLANAGAN & CO'S BEST OLD MALT WHISKY» devino en una suerte de acompañamiento atenuado de todas las fantásticas y horribles especulaciones a que se había entregado mi cerebro.

El silencio, entre tanto, se había vuelto más silencioso y la oscuridad más oscura todavía. Me habría gustado oír el traqueteo de algún vehículo o el aburrido vocerío de alguna trifulca lejana. No se oía más que el ulular del viento, cada vez más fuerte, que había sucedido a la tormenta, la cual se había alejado definitivamente allende las montañas de Dublín. En medio de aquella gran ciudad, empecé a sentirme solo con la naturaleza, y sepa Dios con qué otra cosa también. Mi presencia de ánimo iba disminuyendo por minutos. Sin embargo, el ponche, que embrutece a tanta gente, volvió a darme suficiente coraje y entereza en el momento preciso en que empecé a oír las pisadas contundentes y fofas bajando parsimoniosamente las escaleras.

Cogí una vela con un si es no es de temblor en la mano. Mientras atravesaba la estancia improvisé una plegaria, pero la interrumpí enseguida para averiguar si se oía algo nuevo. Los pasos seguían su cadencia regular. Confieso que vacilé unos segundos junto a la puerta antes de encontrar el suficiente valor para abrirla. El pasillo estaba completamente vacío; no se veía ningún monstruo en la escalera, y, como el detestado sonido había cesado, me sentí con la suficiente confianza para aventurar unos pasos más hasta la baranda. Y ¡horror de los horrores! Un par de peldaños más abajo de donde yo estaba, los pasos misteriosos habían vuelto a retumbar, y mi ojo captó algo que se movía. Era del tamaño del pie de Goliat, gris, pesado y se bamboleaba como un peso muerto de un peldaño a otro. Que me muera si no era la rata más monstruosa que jamás había visto o imaginado.

Shakespeare dice: «Hay algunos hombres que no soportan mirar a un cerdo, y otros que enloquecen si ven un gato.» Yo estuve a punto de perder el juicio al contemplar aquella rata, pues, ríanse de mí si quieren, me estaba mirando fijamente con una expresión de malicia perfectamente humana, y, mientras seguía arrastrándose y mirándome a la cara casi por entre mis pies, vi, podría jurarlo, la mirada infernal y el semblante maldito de mi viejo amigo del retrato transfundidos en la cara de aquel bicho abotargado.

Volví como un rayo a mi habitación con una sensación de asco y horror difícil de describir y cerré a calycanto la puerta como si hubiera un león al otro lado. ¡Maldito retrato y maldito original! Estaba completamente convencido de que aquella rata -sí, una auténtica rata- que acababa de ver era el temido ser maligno que vagabundeaba disfrazado por la casa en una especie de aquelarre nocturno.

La mañana siguiente la pasé arrastrándome penosamente por las calles embarradas de la ciudad; gestioné varios asuntos, el más importante de los cuales fue la nota urgente que le mandé a Tom pidiéndole que viniera. Curiosamente, a mi vuelta encontré una nota de éste mismo comunicándome su intención de regresar al día siguiente. Aquella noticia me alegró por doble motivo, pues, por una parte, ya había conseguido encontrar nuevo alojamiento y, por la otra, su regreso me resultaba particularmente grato tras la aventura de la noche anterior, mitad ridícula y mitad horripilante.

Aquella noche dormí con lo puesto en mis nuevos lares de Digges' Street y a la mañana siguiente volví a desayunar a la mansión de los fantasmas, pues estaba seguro de que Tomiría allí directamente al llegar.

Y no me equivoqué. Allí estaba. Y prácticamente la primera pregunta que me hizo fue sobre el motivo principal que nos había empujado a cambiar de residencia.

-Gracias a Dios -exclamo con auténtico alivio al oír que todo estaba arreglado-. Me alegro por ti; y, en cuanto a mí, te aseguro que bajo ningún concepto volvería jamás a pasar una noche en este horrendo caserón.

-¡Al diablo este lugar!-exclamé a mi vez con una mezcla de miedo y odio-. Desde que nos instalamos aquí no hemos pasado ni una sola hora a gusto.

Y así seguimos platicando, y yo aproveché para contarle mi aventura con aquella vieja rata hinchada.

-Bueno, si eso fuera todo... -dijo mi primo como restando importancia a mi relato-. No creo que a mí me hubiera asustado demasiado.

-Ya, pero aquellos ojos, aquella cara, mi querido Tom-insistí-. Si los hubieras visto, habrías reconocido que era cualquier cosa menos lo que parecía ser.

-Me inclino a pensar que, en tu caso, el mejor exorcista habría sido un gato en plena forma física-dijo con una risita provocadora.

-Bueno, oigamos entonces tu aventura -dije con cierta acrimonia.

Ante aquel desafío, él miro primero a su alrededor con inquietud. Sin duda le había refrescado un recuerdo sumamente desagradable.

-Bueno, si te empeñas, Dick, te la contaré -dijo-. No obstante, sepa su señoría que no me hace mucha gracia contarla precisamente aquí, si bien he de reconocer que formamos un contingente demasiado aguerrido para que a los fantasmas se les ocurra hacer alguna de las suyas.

Aunque dijo aquello en tono de broma, creo que su razonamiento no estaba desprovisto de cierto fundamento. Nuestra Hebe se hallaba en aquel momento en un rincón de la habitación recogiendo en un cesto los pedazos de nuestra vajilla. Pero enseguida suspendió su tarea y se puso a escuchar el relato con la boca y los ojos abiertos (éstos como platos). Trataré de reproducir el relato a poder ser con sus mismas palabras.

-Lo vi tres veces, Dick, tres veces distintas, y estoy completamente seguro de que quería hacerme un daño mortal. Pasé un trago malísimo, pues lo normal es que me hubiera vuelto loco si no logro escapar rápidamente. Pero gracias a Dios que logré escapar.

»La primera vez estaba acostado en esa cama grandota tratando de dormir. La verdad es que me hace poca gracia recordar aquello. Estaba completamente despierto, aunque ya había apagado la vela; estaba tan inmóvil como si ya me hubiera dormido, y, aunque un poco inquieto en el fondo, mis pensamientos discurrían por derroteros alegres y agradables.

»Debían de ser por lo menos las dos de la madrugada cuando creí oír un ruido en ese... en ese odioso recoveco del extremo de la alcoba. Era como si alguien viniera arrastrando lentamente un trozo de cuerda, la levantara y luego la volviera a dejar caer suavemente en el suelo. Me incorporé un par de veces en la cama, pero sin conseguir ver nada, por lo que deduje que debía de ser algún ratón trajinando en el revestimiento de madera de la pared. Mi curiosidad fue disminuyendo y, unos minutos después,

dejé de observar.

»Mientras me encontraba en este estado, sin, por extraño que parezca, sospechar en un principio nada sobrenatural, vi de repente a un hombre viejo, bastante corpulento, con una especie de bata roano-roja y un gorro negro, atravesando mi habitación tieso y premioso en sentido diagonal; había salido de la recámara y, tras pasar junto a los pies de mi cama, penetró en el cuarto de la izquierda. Llevaba algo bajo el brazo. Tenía la cabeza ligeramente inclinada a un lado, y, ¡Dios bendito, qué rostro el suyo!

Tomse detuvo un instante antes de proseguir:

-Aquel espantoso rostro, que nunca podré olvidar en el resto de mi vida, lo decía todo. Sin volverse a derecha ni izquierda, pasó a mi lado y penetró en el armario que hay junto a la cabecera de la cama.

»Mientras pasaba a mi lado aquella espantosa e indescriptible encarnación de la muerte y la culpa, me sentí incapaz de articular palabra o moverme, como si yo mismo hubiera devenido en otro cadáver. Cuatro horas después de aquello aún me sentía demasiado asustado y débil para moverme. En cuanto amaneció, me armé de valor y examiné detenidamente la habitación, y en especial el trayecto que había seguido aquel espantoso intruso; pero éste no había dejado ninguna huella a su paso, y yo tampoco aprecié desorden alguno entre los objetos del armario.

»Aquella constatación me aportó una pizca de consuelo y tranquilidad. Como estaba agotado, me sobrevino finalmente un sueño profundo pero agitado. Bajé tarde. Como me acordaba de tus sueños con el retrato, cuyo original estoy ahora seguro de que era el que yo había visto, no quise hablarte de aquella visión infernal para no amedrentarte más aún. Yo estaba tratando de convencerme a mí mismo de que todo aquello era una mera ilusión y no quería revivir la espantosa impresión de la noche anterior, ni tampoco atentar contra mi declarado escepticismo al contarte aquella experiencia preternatural.

»Te aseguro que me hizo falta mucho valor para volver la noche siguiente a mi dormitorio embrujado y acostarme en aquella misma cama. Lo hice, no me da vergüenza reconocer, con unos temblores rayanos en el puro pánico. Sin embargo, aquella noche transcurrió bastante tranquila, al igual que la siguiente; y lo mismo dos o tres subsiguientes. Así, recuperé la autoconfianza y empecé a imaginar que creía en la teoría de las ilusiones espectrales que en un principio había tratado en vano de imponer a mis convicciones.

»Aquella aparición, razoné, había sido completamente anómala. El espectro había atravesado la habitación sin reconocer mi presencia. Yo no lo había molestado, y él no parecía tener nada que ver conmigo. Pero, entonces, ¿para qué cruzar la habitación con apariencia visible? Además, ¿cómo diantre lo había visto yo? Era una noche cerrada; ni mi vela ni el fuego estaban encendidos y, sin embargo, lo había visto perfectamente, con colores y contornos, como nunca había visto una forma humana. Bueno, un sueño cataléptico podía explicarlo todo; y me convencí, pues, de que no había sido más que un sueño.

»Uno de los fenómenos más notables relacionados con la práctica de la mendacidad es el gran número de mentiras deliberadas que nos contamos a nosotros mismos, que somos, precisa y curiosamente, las personas a las que menos probabilidades tenemos de engañar. Con todo aquello, huelga recordártelo, Dick, yo estaba simplemente mintiéndome a mí mismo, a mí que en el fondo no me creía ni una palabra de aquel maldito embolado. Sin embargo, yo seguía erre que erre, como un charlatán de feria, o un impostor, que consigue que la gente lo acabe creyendo de tanto oírlo; yo esperaba hacer proselitismo conmigo mismo y convertirme en un perfecto escéptico respecto al tema del fantasma.

»Éste no se me había vuelto a aparecer, lo cual era un verdadero consuelo. Además, ¿qué le importaba



yo a aquel ente con aquella indumentaria y aquel aspecto tan extraños? ¡Un ardite! Pues a mí me importaba también otro soberano comino. Así, me metí en la cama, apagué la vela y, animado por una algarada entre borrachos en la calle de atrás, me dormí rápidamente.

»Pero de aquel sueño profundo me desperté sobresaltado. Sabía que había tenido una pesadilla horrible, pero no acertaba a recordar en qué había consistido. Mi corazón latía desbocadamente; sentía unos sudores de muerte. Me incorporé en la cama y miré alrededor. El claro de luna penetraba a raudales por la ventana sin cortinas; todo estaba como lo había visto la última vez, y, aunque, desgraciadamente para mí, la trifulca doméstica del callejón se había amortiguado un tanto, aún oía el canto de un trasnochador achispado de vuelta a casa; estaba cantando la popular tonadilla cómica "Murphy Delany". Ligeramente reconfortado por oír una voz humana, volví a acostarme mirando hacia la chimenea; cerré los ojos y traté de concentrarme en la letra de la canción, que por momentos se iba perdiendo en la lejanía:

Era Murphy Delany, alegreyretozón,

Entró en una taberna a ponerse morado; Salió haciendo esos hartos de whisky,

Más fresco que una lechuga, más ciego que un topo.

»El cantante, cuya condición etílica me atrevo a decir que se asemejaba bastante a la de su héroe, se alejó demasiado para que yo pudiera seguir deleitándome con su buen humor, y, conforme su música se iba apagando, caí en un estado de somnolencia que no era ni profunda ni reconfortante. La letra de aquella canción se me había pegado y yo seguía repasando las aventuras del aquel paisano respetable, que, al salir de la taberna, se había caído a un río, del que era pescado para ser llevado a presencia del juez de primera instancia, el cual, tras enterarse por el veterinario que estaba "más muerto que muerto", emitió su fallo a tenor de dicho diagnóstico en el momento en que el interfecto recobraba el conocimiento; un airado altercado seguido de una batalla campal entre el cadáver y el juez ponía fin a la historia en medio del buen humor y del júbilo general.

»Yo seguí recitando con cansina monotonía aquella balada hasta el último verso, y luego *da capo*, y así sucesivamente, a lo largo de mi desagradable duermevela, no sabría decir durante cuánto tiempo. Sin embargo, al final me encontré musitando "más muerto que muerto" al tiempo que otra especie de voz dentro de mí parecía decir, lenta pero claramente: "¡muerto, muerto, muerto!, ¡y que el Señor se apiade de tu alma!", y al punto me despabilé por completo y miré fijamente delante de mí sin despegar la cabeza de la almohada.

»Y entonces, ¿querrás creerme, Dick?, vi otra vez aquel maldito espectro delante de mí mirándome con su semblante pétreo y diabólico a menos de dos metros de mi cama.

Tom se detuvo aquí y se enjugó el sudor de su rostro. Yo me sentía un poco nervioso. La muchacha estaba tan pálida como Tom, y, estando reunidos como estábamos en el mismísimo escenario de la narración, los tres nos alegrábamos de que fuera de día y se oyeran en la calle los ruidos del trajín cotidiano.

-Sólo lo vi claramente unos tres segundos -prosiguió su relato-, y luego se fue difuminando; pero durante mucho tiempo después quedó como una columna de vapor oscuro en el punto donde se había

apareci-do, entre la pared y yo; y estoy seguro de que aún seguía allí. Después de un buen rato, aquel vapor también se esfumó. Entonces cogí mi ropa y bajé al vestíbulo, donde me vestí, con la puerta medio abierta, y luego salí a la calle y pasé el resto de la noche paseando por la ciudad, y no regresé hasta el amanecer, en un lamentable estado de nerviosismo y agotamiento. Fui tan tonto, Dick, que no me atreví, por vergüenza, a contarte lo que me había pasado. Creía que te ibas a reír de mí, y más cuando yo te había hablado siempre con cierto retintín filosófico y había ridiculizado tus historias de fantasmas. Estaba, pues, convencido de que te reirías de mí a mandíbula batiente, y me guardé para mí aque-lla espantosa experiencia.

»Pues bien, Dick, tal vez no me creas si te digo que durante muchas noches después de aquello no volví a poner el pie en mi dormitorio. Me quedaba un rato en el salón cuando tú te ibas a acostar, y luego me dirigía sigilosamente a la puerta de la calle rumbo a la taberna "Robin Hood", donde me quedaba hasta que se iba el último cliente. El resto de la noche lo pasaba deambulando, como un sereno, por las calles de la ciudad.

»Pasé más de una semana sin dormir en una cama. A veces echaba una cabezada en un banco de "Robin Hood" o, durante el día, sentado en una silla; pero, durante todo aquel tiempo, lo que se dice dormir no dormí ni un solo día.

»Estaba completamente decidido a que nos mudáramos de casa, pero no acababa de decidirme a contarte la razón, y así mi vida durante todo aquel período fue más miserable que la de un delincuente que tiene a los alguaciles a sus talones. Aquel maldito modo de vida me esta-ba comiendo la salud.

»Una tarde decidí disfrutar de una hora de sueño en tu cama. Yo odiaba la mía, hasta el punto de que nunca, salvo los dos o tres minutos que la visitaba sigilosamente cada día para deshacerla, para que Martha no descubriera el secreto de mis ausencias nocturnas, nunca, digo, volví a entrar en aquel nefasto dormitorio.

»El destino quiso que tu habitación estuviera cerrada y que te hubie-ras llevado la llave. Fui a la mía a deshacer la cama, como de costumbre, para darle el aspecto de haber dormido en ella. Pero he aquí que una variedad de circunstancias concurrieron a producir la espantosa escena que iba yo a vivir aquella noche. En primer lugar, estaba literalmente agotado de cansancio y no deseaba más que dormir; en segundo lugar, el efecto de aquel agotamiento sobre mis nervios se parecía al de un narcó-tico y me hacía menos sensible al horror que tan habitual se había vuelto para mí. Además, la ventana estaba abierta y un agradable frescor inva-día la habitación, y, como colofón, el alegre sol del día tornaba muy agradable la estancia en la habitación. ¿Qué me podía impedir disfrutar allí de un sueñecito de una hora? La atmósfera parecía bullir con el ale-gre canturreo de la vida, y la luz meridiana que entraba de la calle llenaba todos los rincones de la habitación.

»Cedí, acallando mis temores, a aquella casi irresistible tentación y, tras quitarme el gabán y aflojarme la corbata, me tumbé a disfrutar de un sueño de solamente media hora en... ¡atención: nada menos que una cama de plumas, con cobertor y almohada incluidos!

»Fue realmente espantoso; no cabe duda de que el demonio había participado en mis necios preparativos. Con la mente y el cuerpo agota-dos tras una semana entera sin dormir, yo había imaginado, idiota de mí, que era posible echar solamente un sueñecito de media hora en la cama. Estuve durmiendo varias horas de un tirón como un auténtico bendito.

»Sin ningún sobresalto ni sensación especial de miedo, me desperté suave pero completamente. Eran, como sin duda recordarás, bastante más de las doce, alrededor de las dos, creo. Cuando el sueño ha sido pro-fundo y suficientemente largo para que la naturaleza se quede comple-tamente satisfecha, a

menudo se despierta uno de esta manera repenti-na, tranquila y total.

»Había una figura sentada en el viejo y gran sofá, junto a la chime-nea. Me estaba dando prácticamente la espalda, pero no podía equivo-car-me. Se volvió despacio y ¡qué veo! Allí estaba el rostro pétreo, marca-do por la malicia y la desesperación, mirándome con un rictus de sarcasmo. Ahora no me cabía la menor duda de que era consciente de mi presencia, y de que estaba animado por un infernal propósito, pues se levantó y se acercó a mi cama. Llevaba alrededor del cuello una soga, cuya otra punta, adujada, sostenía firmemente en la mano.

»Mi ángel bueno debió de asistirme en aquel espantoso trance. Per-manecí unos segundos traspasado por la mirada de aquel horrendo fan-tasma. Se acercó, como digo, a mi cama con la intención, me pareció, de subirse a ella. Como una exhalación me lancé al suelo por el lado opues-to y, un segundo después, sin saber cómo, había conseguido alcanzar el pasillo.

»Pero el hechizo no se había deshecho todavía: el valle de la sombra de la muerte no se había franqueado todavía. El abominable espectro seguía delante de mí, esperándome junto a la baranda; con un extremo de la cuerda enrollado al cuello, estaba haciendo parsimoniosamente un lazo en el otro, como para enrollarlo en el mío; y, mientras se ocupaba de aquella macabra pantomima, sus labios esbozaban una sonrisa tan sen-sual, tan indescritiblemente espantosa, que creí que me iba a volver loco. No vi ni recuerdo nada más hasta que me encontré en tu habitación.

»Tuve muchísima suerte de haber conseguido escapar,Dick;eso no me lo puede rebatir nadie. Te aseguro que, mientras viva, daré constan-temente gracias al Altísimo por ello. Nadie sabe realmente lo que signi-fica enfrentarse a semejante presencia; nadie salvo quien haya vivido tan espantosa experiencia. Dick, Dick,una sombra ha pasado por encima de mí, un escalofrío ha atravesado mi sangre y mi médula y nunca volve-ré a ser el mismo. ¡Nunca,Dick!;¡Nunca!

Nuestra criada, una mujer de cincuenta y dos años, como ya he dicho, había ido dejando de trabajar conforme avanzaba el relato de Tom,ypoco a poco se fue acercando a nosotros, con la boca abiertay las cejas contraídas sobre sus pequeños y brillantes ojos negros, hasta que, sin dejar en ningún momento de mirar de reojo hacia atrás, se sentó detrás de nosotros, a poca distancia. Durante el relato había hecho varios comentarios graves en voz baja; pero éstos, y otras curiosas exclamaciones suyas, las omito aquí por mor de la brevedad.

-Yo había oído hablar de esto muchas veces -dijo de pronto-. Pero nunca me lo había creído hasta ahora. Aunque, ¿por qué no lo había creído? ¿Es que mi madre, que vive ahí en la calle de atrás, como bien saben, no conoce historias tan raras que, la Virgen me bendiga, casi no hay quien las cuente? Pero ustedes no deberían haber dormido en el dormitorio interior. Ella nunca me dejó entrar en esa-habitación, ni siquiera de día; conque figúrense pasar la noche allí. Porque, como ella dice, ahí había dormido él.

-¿Que ahí había dormido él? ¿Quién? -pregunté yo a renglón seguido.

-¿Cómo que quién? Pues el viejo juez, el juez Horrock, quién iba a ser si no... Que Dios conceda descanso a su alma. Y miró asustada por toda la habitación.

-Amén -musité yo-. ¿Es que murió ahí?

-¿Que si murió ahí? No, no exactamente ahí -dijo ella-. ¿Así que no saben que el viejo pecador, que Dios se apiade de todos nosotros, se ahorcó colgándose de la baranda? ¿Y que fue en la recámara donde encontraron los mangos de la cuerda de saltar a la comba y el cuchillo con el que estuvo

aprestando, que la Virgen nos bendiga, la cuerda con la que se ahorcó? La cuerda era de la hija del ama de llaves, me dijo muchas veces mi madre, y la niña ya no vivió un solo minuto tranquila después de aquello: se despertaba sobresaltada a mitad de la noche y se ponía a gritar por las pesadillas, y decían que era el espíritu del viejo juez el que la atormentaba, y ella se ponía a aullar como una loca para que no se le acercara el viejo del cuello retorcido, y luego gritaba: «¡Ay, que viene el amo! ¡El amo! ¡Me está haciendo señas! ¡Madre mía querida, no dejes que me lleve!» Y la pobre criatura acabó muriéndose, y los médicos dijeron que había sido por agua en el cerebro, eso fue lo único que pudieron decir.

-¿Cuánto tiempo hace de eso? -pregunté yo.

-¿Qué? ¡Cómo voy a saberlo yo! -contestó-. Pero sí sé que hace muchísimo tiempo, pues el ama de llaves era ya vieja, con una pipa en la boca y sin ningún diente, y tendría unos ochenta años cuando se casó mi madre por primera vez. Y decían que era una mocetona bien guapa y bien vestida cuando el viejo juez puso fin a su vida; y a mi madre le falta ya poco para cumplir los ochenta; y lo peor que hizo el viejo malvado, que su alma descansa en paz, fue asustar a la pequeña hasta hacerla morir como hizo. Es lo que decía todo el mundo. Mi madre dice que la pobre criatura era hija del ahorcado, lo que no tiene nada de extrañar, pues era un viejo desalmado por todos los costados y el juez más cruel que ha pisado jamás suelo irlandés.

-Por lo que ha dicho usted del peligro de dormir en ese dormitorio -dije yo-, supongo que habrá por ahí historias de que el fantasma se ha aparecido a otras personas.

-Bueno, historias se cuentan bastantes, y muy raras, vaya que sí -contestó con cierta renuencia, me pareció a mí-. ¿Y por qué no iban a contarse historias? ¿No fue en esa misma habitación donde durmió durante más de veinte años? ¿Y no fue en la recámara donde encontró la cuerda que acabó con su vida por fin, como él había hecho con muchos hombres mejores que él a lo largo de su vida? ¿Y no pusieron su cadáver en esa misma cama después de morir, y de ahí lo metieron en el ataúd, y luego en la tumba del camposanto de San Pedro, después de que el juez de primera instancia acabara las diligencias? Sí, se contaba una historia muy rara, mi madre las conoce todas, de un tal Nicholas Spaight que lo pasó también muy mal por esto.

-¿Qué pasó con ese Nicholas Spaight? -pregunté yo.

-Bueno, en realidad no hay mucho que contar -dijo.

Y nos contó una historia muy extraña, que picó tanto mi curiosidad que aproveché la oportunidad para visitar a su anciana madre, que me contó cosas muy curiosas. En fin, me gustaría contar ahora estas cosas, pero mis dedos están ya cansados y lo dejo para otra ocasión. Pero si desean escucharla en otra ocasión, se la contaré lo mejor que pueda.

Al oír aquella extraña historia que no les he contado, le hicimos un par de preguntas más sobre las supuestas visitas espectrales de que había sido objeto la casa desde la muerte del viejo y malvado juez.

-A nadie le ha ido bien aquí -dijo-. Siempre ha habido accidentes y muertes repentinas, y nadie ha parado aquí mucho tiempo. La primera vez que se alquiló la casa fue a una familia, no recuerdo el nombre, pero en cualquier caso había dos muchachas y el padre. Él tenía unos sesenta años, y era un fornido y saludable caballero para los años que tenía. En fin, que él dormía en esa maldita alcoba interior y, ¡que Dios nos pille confesados!, lo encontraron muerto una mañana con medio cuerpo fuera de la cama, con la cabeza más negra que el azabache, e hinchada como una morcilla, casi tocando el suelo. Había sido un ataque, dije-ron. Como él estaba más muerto que muerto, no pudo decir lo que le había pasado; pero los más ancianos estaban seguros de que había sido obra del viejo juez, ¡que la Virgen nos

bendiga!, que le había dado un susto de muerte.

»Algún tiempo después ocupó la casa una solterona rica. No sé en qué habitación dormía, pero sí que vivía sola. Pues resulta que una mañana, al acudir los criados temprano a la casa, la encontraron sentada en las escaleras del corredor, tiritando y hablando sola, completamente desquiciada; y desde entonces nadie, ni siquiera sus mejores amigos, pudieron sacarle una sola palabra que no fuera: "No me pidáis que me vaya, pues le he prometido esperarlo." Nunca consiguieron sacarle a quién se refería; pero, por supuesto, los que conocían la historia de esta vieja casa sabían muy bien qué era lo que le había pasado.

»Más tarde, cuando la casa se alquiló por habitaciones, fue Micky Byrne el que ocupó la misma habitación, con su mujer y tres hijos pequeños; y yo misma oí contar a Mrs. Byrne que los niños se ponían de pie en la cama por la noche, sin que ella supiera decir cómo ni por qué; y que se asustaban y se ponían a gritar a cada hora, lo mismo que la hija pequeña del ama de llaves que había muerto, hasta que, al final, una noche el pobre Micky cogió una borrachera, como solía hacer de vez en cuando; y ¿me creen si les digo que en medio de la noche le parece oír un ruido en las escaleras, y achispado como estaba, voy no se le ocurre otra cosa que salir a ver qué pasa?... Y las últimas palabras que Mrs. Byrne le oyó decir fueron: "¡Oh, Dios mío!", y luego oyó un porrazo que retumbó por toda la casa; y lo encontraron tendido en las escaleras de abajo con el cuello partido.

Luego añadió la criada:

-Voy al callejón a decir a Joe Gavvey que venga a recoger el resto de las cosas y se lo lleve todo a la nueva casa.

Y así salimos los tres juntos, respirando de alivio, se lo aseguro, al atravesar por última vez el umbral de aquella casa maldita.

Y ahora añadiré una cosa, de acuerdo con la práctica inmemorial del mundo de la ficción, en la que el héroe no sólo aparece a través de sus aventuras, sino también bastante fuera de este mundo. No necesito decirles que lo que es el héroe novelesco de carne y hueso para el normal desenvolvimiento de la trama lo es también esta vieja casa de ladrillo, madera y mortero para el humilde registro de este relato verídico. Así pues, les relataré, como obligado por el deber, la catástrofe que final-mente sobrevino a la casa, y que no es otra que la siguiente: unos dos años después de ocurrir lo que nos pasó a mi amigo y a mí, la alquiló un curandero que se hacía pasar por un tal barón Duhlstorff, y tenía las ventanas del salón abarrotadas de botellas con horrores indescriptibles con-servados en brandy, así como de periódicos con los habituales anuncios grandilocuentes y engañosos. Como entre las virtudes de aquel caballero no se contaba la sobriedad, una noche, ahito de vino, prendió fuego a las cortinas de la cama, se quemó parcialmente él mismo e incendió por completo la casa. Ésta fue posteriormente reconstruida y, durante cierto tiempo, albergó a un empresario de pompas fúnebres.

Ya les he contado mis aventuras y las de Tom, junto con alguna que otra anécdota que ha servido para mejor ilustrar el relato; y ahora, una vez cumplida mi tarea, les deseo que pasen una muy buena noche y que tengan unos sueños muy agradables.

La vieja Sally siempre ayudaba a su joven ama cuando ésta se preparaba para ir a la cama. No es que Liliás necesitara ayuda, pues poseía las virtudes de la limpieza y la diligencia y sólo molestaba a la buena anciana lo suficiente para que no se considerara un trasto inservible.

A su manera tranquila, Sally hablaba por los codos y conocía toda suerte de cuentos antiguos de aventuras y misterios que ayudaban a Liliás a dormirse placenteramente, pues sabía que no tenía nada que temer mientras viera a la vieja Sally sentada con su labor junto al fuego y oyera el ligero ruido que hacía su padre, el párroco, al subirse a la silla, como era su costumbre, para alcanzar los libros de la estantería (tranquilizante prueba de que el afable y solícito guardián de la casa estaba despierto y atareado.)

La vieja Sally estaba contando a su joven ama, que unas veces escuchaba embobada y otras se perdía hasta cinco minutos seguidos de su amable cháchara, cómo el joven Mr. Mervyn se había mudado a la vieja y embrujada Casa de los azulejos, «allá en Ballyfermot», sin que, inexplicablemente, nadie le hubiera advertido acerca de los arcanos peligros que allí le aguardaban.

Ésta se hallaba situada junto a un solitario recodo de la estrecha carretera. Liliás se había asomado a menudo al camino de entrada -corto, recto y herboso- para divisar el viejo caserón, que, así le habían contado desde niña, habían ocupado inquilinos misteriosos y había sido escenario de peligros preternaturales.

-En nuestros días, Sally, hay personas que se llaman librepensadoras y no creen en nada, ni siquiera en los fantasmas -dijo Liliás.

-Pues le aseguro, Miss Lilly, que la casa a la que se ha ido a vivir ahora lo curará rápidamente del libre pensamiento, si es cierto la mitad de lo que cuentan -contestó Sally.

-Bueno, yo no he dicho que Mr. Mervyn sea un librepensador, pues no sé nada de él; pero, si no lo es, debe de ser una persona muy valiente y muy buena. Sally, te confieso que yo sentiría muchísimo miedo si tuviera que dormir allí -dijo Liliás con un pequeño estremecimiento mientras se representaba unos momentos la vieja mansión con su singular aspecto maligno, amedrentador y furtivo, como si la vergüenza y la culpa la hubieran obligado a ocultarse entre los viejos y melancólicos olmos y las abundantes cicutas y ortigas.

-Y ahora que me encuentro a salvo en la cama, mi querida viejecita Sally, atiza el fuego (aunque era la primera semana de mayo, la noche era gélida) y cuéntame otra vez lo que pasó en ese caserón, a ver si consigues asustarme de verdad.

Así, la buena anciana Sally, que creía a pie juntillas en aquellas historias, arrancó a hablar -en aquel terreno en el que tan bien se desenvolvía- con amable cadencia, ora aminorando el ritmo para describir una escena de horror especial ora deteniéndose por completo -es decir, suspendiendo su labor y mirando con misterioso asentimiento a su joven ama, que ya estaba acurrucada en su cama de columnas-

ora, finalmen-te, bajando la voz en una especie de susurro narrativo cuando llegaba el momento crítico.

Así, le contó cómo, cuando los vecinos arrendaron el huerto que lle-gaba hasta las ventanas de la parte trasera de la casa, los perros que tenían entonces se pasaban toda la noche dando aullidos salvajes entre los árboles y arrastrándose junto a los muros de la casa, y cómo les daba tanta pena que les entraban ganas de abrir la puerta y dejarlos entrar; aunque poca necesidad había allí de perros, pues nadie, ni joven ni viejo, se atrevía a salir al huerto después de caer la noche. No, los dora-das camuesos que asomaban entre las hojas iluminadas por los rayos del sol poniente y resultaban tan apetecibles a los escolares de Ballyfermot seguían intactos cuando resplandecía el sol matutino, perfecta-mente protegidos por el misterio de la noche. Prevención ésta que no se debía a ningún capricho. Cuando se hizo con el huerto, Mick Daly escogió como lugar para dormir el desván encima de la cocina y juró que, a las cinco o seis semanas de estar durmiendo allí, había visto por dos veces la misma escena, que no era otra que una dama vestida con capay capucha, la cabeza inclinada y un dedo en los labios, caminando en silencio por entre los retorcidos troncos con un niño pequeño de la mano, que iba sonriendo y brincando a su lado. Y la viuda Cresswell se encontró con ellos a la caída de la noche en la vereda del huerto y no supo de qué se trataba hasta que vio a los hombres intercambiarse mira-das inteligentes mientras ella contaba la historia.

-A mí me contó aquello varias veces -dijo la vieja Sally-. Se topaba de repente con ellos en una revuelta del camino, junto al espeso grupo de árboles viejos, y se detenía creyendo que se trataba de alguna dama que había venido aquí por alguna razón; pero los forasteros pasaban raudos como la sombra de una nube, aunque la mujer parecía caminar despacio y el niño no dejaba de tirarle de la mano; y no repararon en ella, ni siquiera levantaron la cabeza cuando los saludó. Y ¿no se acuerda del viejo Clinton, Miss Lilly?

-Creo que sí. ¿No era el viejo que cojeaba y llevaba una extraña pelu-ca negra?

-Sí, eso es. ¡Caramba, qué bien se acuerda! Aquello fue por una coz de uno de los caballos del conde; él era mozo de cuadra entonces -rea-nudó Sally su relato-. Le daba mucho miedo el ruido que hacía su amo en la puerta cuando volvía tarde e iban él y el viejo Oliver a abrirle. Esto ocurría sólo en las noches muy oscuras en que no había luna. Oían de pronto los sollozos de los perros mientras arañaban la puerta de la casa, y también un silbido y unos golpecitos con el látigo en la ventana, como si el propio conde -que el pobre descansase en paz- pidiera entrar. Prime-ro se callaba el viento, como conteniendo la respiración; luego venían esos ruidos que tan bien conocían, y al no hacer ellos ningún amago de moverse ni de ir a abrir la puerta, el viento volvía a aullar de tal manera que parecía estar riendo y llorando a la vez.

Aquí la vieja Sally reanudó sus labores de punto, que había suspendi-do durante unos momentos, como si estuviera escuchando el viento en el recinto embrujado de la casa de los azulejos, y luego prosiguió con su narración.

-La misma noche que le sobrevino la muerte en Londres, Oliver, el viejo mayordomo, estaba oyendo leer a Clinton, que era muy leído, la carta que le habían mandado por correo aquel mismo día, en la que le comunicaban que preparara sus cosas, pues sus problemas se habían resuelto ya prácticamente, y que esperaba estar de nuevo con ellos en el plazo de unos días, y a lo mejor al mismo tiempo que la carta; y mientras estaba leyendo, se oyó un espantoso golpeteo a la ventana, como si alguien estuviera tratando de abrirla por la fuerza, y la voz del conde, como ambos imaginaron, grita desde el otro lado de la ventana: «¡Dejadme entrar, dejadme entrar, dejadme entrar!» «Es él», dice el mayordomo. «Claro que es él, ¡vive Dios!», dice también Clinton, y los dos miran primero a la ventana y luego el uno al otro, y después otra vez a la ventana, supercontentos y muertos de miedo a la vez. El viejo Oliver tenía reuma en una rodilla, y encima estaba cojo. Así que Clinton se dirige a la puerta de la casa y grita: « ¿Quién es?», pero no oye ninguna respuesta. Tal vez, se dice Clinton para sus adentros, ha dado la vuelta a la

casa para llamar en la puerta trasera. Dicho lo cual, se dirige a la puerta trasera y vuelve a preguntar a gritos quién es, pero no oye ninguna respuesta ni ningún ruido fuera; y empieza a sentirse nervioso y vuelve a la puerta principal. «¡Eh! ¿Me oye? ¿Quién está ahí?», grita, pero sigue sin recibir ninguna respuesta. «Voy a abrir la puerta de todos modos», dice, «tal vez por eso se ha ido por ahí», pues conocían bien sus problemas, «y quiere entrar sin ruido», pero no dejaba de rezar pues algo le decía que no era eso; y entonces corre la tranca y abre la puerta. Pero no ve allí ni hombre ni mujer ni niño ni caballo ni forma viviente alguna; sólo nota algo que se cuela subrepticamente entre sus piernas. A lo mejor ha sido un perro, o algo parecido, no está seguro, pues sólo lo ha visto un instante con el rabillo del ojo; y ha entrado como si viviera en la casa. No ha podido ver hacia dónde ha ido, si hacia arriba o hacia abajo; pero a partir de entonces nadie vivirá tranquilo en la casa. Y Clinton cierra la puerta y se echa a temblar de miedo y vuelve con Oliver, el mayor-domo, que parece más blanco que la hoja blanca de la carta de su amo que está temblando entre su índice y pulgar. «¿Qué es? ¿Qué es?», pregunta el mayordomo, esgrimiendo la muleta a modo de arma, mirando fijamente a Clinton, que se había vuelto casi tan pálido como él. «El amo está muerto», dice Clinton, suspirando; y bien muerto que estaba.

»Después del susto que se había llevado con lo que había visto en el huerto, al enterarse Jinny Cresswell de lo que había ocurrido podéis estar segura de que no se quedó allí más tiempo que el imprescindible; y empezó a prestar atención a cosas en las que no había reparado antes, como, por ejemplo, cuando iba al gran dormitorio del señor, que estaba encima del vestíbulo, siempre que entraba por una puerta la otra se cerraba rápidamente, como si alguien quisiera impedirle que saliera de prisa. Pero lo que más la asustaba era que a veces encontraba una marca larga y derecha desde la cabeza hasta los pies de su cama, como si la hubiera hecho alguna cosa pesada que había reposado allí, y que el lugar solía estar caliente, como si, quienquiera que fuera, hubiera salido de la habitación justo al entrar ella.

»Pero lo peor de todo era la pobre Kitty Halpin, la muchacha que murió de lo que había visto. Su madre dijo que había pasado despierta

toda la noche por unos pasos misteriosos que oía en la habitación contigua, alguien que tropezaba con cajas, abría cajones y hablaba y suspiraba sin parar, y ella, la pobre, deseando dormirse y preguntándose quién podría ser cuando de pronto entra un hombre apuesto con una especie de holgado chaqué de seda y sin peluca (sólo un gorro de terciopelo), y se va hacia la ventana tranquilo y premioso, y ella se da una vuelta en la cama para que sepa que hay alguien allí, pensando que así se marchará, pero en vez de marcharse se acerca a la cama y, con una mirada torva, le dice algo; pero sus palabras son espesas y raras, como las de un muñeco que intenta hablar, y ella se asusta muchísimo y dice: "Perdone su señoría, pero no le oigo bien", y en esto que él alarga tanto el cuello que se le sale de la corbata y la cara se le queda vuelta hacia el techo; y -¡que Dios nos pille confesados!- ella ve en su garganta un corte, como otra boca completamente abierta que se está riendo de ella. Y ya no vio nada más, sino que cayó desmayada en la cama. Por la mañana acudió con su madre, pero no volvió a tomar bocado ni líquido nunca más; permanecía sentada junto al fuego con la mano de su madre cogida, llorando y temblando, y mirando constantemente hacia atrás con el rabillo del ojo, y estremeciéndose con cualquier ruido, hasta que a la pobre le entró una fiebre muy fuerte y murió antes de que transcurrieran cinco semanas de aquello...

Y así, historia tras historia, la narración de la vieja Sally fluía como un río, mientras Lillias caía en un sueño profundo, y luego la narradora salía sigilosamente en dirección de su aseada alcoba y de sus inocentes sueños.



## II

Estoy seguro de que la joven se creía todo cuanto Sallyle contaba, pues la consideraba persona veraz. Pero todo aquello no valía más que lo que suele valer semejante cháchara -prodigios, fábulas, los que nuestros antepasados llamaban cuentos de invierno-, que va aumentando con las nuevas aportaciones que hace cada nuevo narrador. Sin embargo, aquella casa no estaba embrujada por meros rumores de la gente. Bajo las cenizas de aquellos relatos se escondía un pequeño rescoldo de verdad, un misterio para cuya solución tal vez alguno de mis lectores pueda aportar una teoría personal, aunque yo confieso no tener ninguna.

Miss Rebecca Chatterworth, en una carta fechada a finales de otoño de 1753, hace una minuciosa y curiosa relación de cosas extrañas ocurridas en la casa de los azulejos, las cuales, aunque al principio las considera san-deces, ha escuchado con especial interés y relata con suma minuciosidad.

Yo quería reproducir aquí toda la carta, que es realmente curiosa además de idiosincrásica, pero mi editor se negó a ello (y creo que con razón.) La carta de esta vieja dama digna tal vez resulte demasiado larga, por lo que voy a ofrecer aquí sólo algunos extractos de la misma.

Aquel año, hacia el 24 de octubre, se produjo una extraña discusión entre Mr. Alderman Harper, residente en la calle Mayor de Dublín, y Lord Castlemallard, quien, en su calidad de primo de la madre del joven heredero, se había encargado de la administración de la finca en que se hallaba situada la casa de los azulejos.

El tal Alderman Harper había tomado en alquiler esta casa para su hija, la cual había casado con un caballero apellidado Prosser. Éste la amuebló y tapizó sin reparar en gastos. Mr. y Mrs. Prosser llegaron allí a mediados de junio, y ésta, después de ver cómo su numerosa servidumbre la iba abandonando paulatinamente, dijo que no podía seguir viviendo en aquella casa, y su padre fue entonces a ver a Lord Castlemallard y le dijo sencillamente que no suscribía el contrato de arriendo porque en aquella casa ocurrían unas cosas extrañas y misteriosas que no podía explicar. Para ser más claros, le dijo que la casa estaba embrujada y que ningún criado viviría allí más de unas cuantas semanas y que, después de lo que había sufrido allí la familia de su yerno, no sólo debería quedar eximido del pago del arriendo, sino que además debían demoler aquella casa por constituir una amenaza y estar permanentemente habitada por seres mucho peores que malhechores ordinarios.

Lord Castlemallard presentó una denuncia en el registro de la propiedad para obligar al señor concejal Harper a cumplir lo pactado y abonar las mensualidades del arriendo. Pero el concejal redactó un escrito, apoyado nada menos que por siete largas declaraciones juradas, cuyas copias fueron entregadas al señor juez con el deseado efecto, pues, en vez de abrirle expediente judicial, resolvió eximirlo.

Lamento que la causa no se alargara al menos lo suficiente para que pasara a las actas del tribunal el relato auténtico e inexplicable que hace Miss Rebecca.

Las cosas extrañas y misteriosas no empezaron hasta un día de finales de agosto, hacia la caída de la tarde. Mrs. Prosser se hallaba sentada sola junto a la ventana del salón trasero, contemplando el huerto, cuando vio nada menos que una mano que se posaba sigilosamente en el alféizar de piedra, como si alguien agazapado tratara de trepar. No se veía más que una mano, pequeña, bellamente conformada, blanca y algo regordeta; y no una mano joven, sino, según calculó, de una persona de cierta edad, de unos cuarenta años. Aquello ocurrió dos semanas después de que tuviera lugar el horrible robo de Clondalkin, y la señora imaginó que la mano era de uno de los bribones que habían participado en él.

Lanzó un grito de terror, y la mano se fue retirando lentamente.

Se procedió al punto a registrar el huerto, pero no se descubrió nada que indicara que alguien había estado merodeando por la ventana; además, justo debajo, y a lo largo de todo el muro, había una batería de macetas, que deberían haber impedido la aproximación de cualquier intruso.

Aquella misma noche se oyó varias veces un apresurado aporreo en la ventana de la cocina. Las mujeres se asustaron, y el criado, armado de un fusil, fue a abrir la puerta trasera, pero no vio nada. Sin embargo, al cerrar, notó como un golpetazo, según sus propias palabras, y una presión como si alguien estuviera tratando de entrar por la fuerza, cosa que lo asustó bastante; y, aunque el aporreo prosiguió en los cristales de la cocina, no hizo ulteriores pesquisas.

Hacia la seis de la tarde del sábado, mientras la cocinera, «una mujer honrada y sobria de unos sesenta años de edad», se encontraba sola en la cocina, parece ser que vio la misma mano regordeta -aunque fina- junto a la ventana, pero esta vez deslizándose lentamente por todo el cristal, como si quisiera detectar alguna aspereza en su superficie. Al ver aquello, la cocinera gritó y profirió una especie de jaculatoria. Esta vez la mano tardó varios segundos en retirarse.

Durante varias noches sucesivas estuvieron oyendo un tamborileo, al principio suave y luego más fuerte, producido al parecer con los nudillos, en la puerta trasera. El criado no quiso abrirla, sino que se limitó a preguntar quién andaba allí. Pero no oyó nada más que el ruido de una mano deslizándose despacio por la hoja de la puerta, con una especie de suave manoseo.

Durante todo aquel tiempo, Mr. y Mrs. Prosser, sentados en el salón trasero (que por entonces utilizaban como cuarto de estar), se vieron turbados por repetidos golpeteos en la ventana, unas veces lentos y furtivos, como si se tratara de una señal clandestina, y otras tan fuertes y bruscos que parecía que se iba a quebrar el cristal.

Y todo ello en la parte trasera de la casa, la que daba al huerto, como ya saben. Pero un martes por la noche, hacia las nueve y media, se oyeron exactamente los mismos golpes en la puerta de entrada, que, para exasperación del amo y terror de su mujer, se alargaron, aunque con interrupciones, durante casi dos horas.

Luego pasaron varios días y noches sin que ocurriera nada raro, y se empezó a creer que el problema había desaparecido. Pero la noche del 13 de septiembre, Jane Easterbrook, la doncella inglesa, al ir a la despensa por el pequeño tazón de plata en el que servía el ponche de su ama y posar la vista en la pequeña ventana de cuatro cristales, observó, en un agujero practicado en el bastidor para instalar un cerrojo que cerrara el postigo, un rechoncho dedo blanco, primero la punta y luego las dos primeras articulaciones, que hurgaban el interior como intentando abrir algún pestillo. Al volver la doncella a la cocina, «le dio un pasmo» y pasó todo el día siguiente en la cama.

Como Mr. Prosser era, según he oído, un hombre bastante testarudo y bromista, se rió de los miedos de su familia y decidió dar caza personalmente al fantasma. Convencido como estaba de que todo aquello era una broma o una impostura, esperaba el momento oportuno para pillar al granuja in fraganti. Convencimiento que no se guardó para él solo, sino que lo fue divulgando paulatinamente, salpimentado de juramentos y amenazas contra el presunto conspirador doméstico.

En efecto, había llegado el momento de hacer algo; pues no sólo sus criados, sino también la buena Mrs. Prosser había cedido a la histeria general: cada cual se reclusa en la casa a partir del crepúsculo, y no se atrevía a andar por las habitaciones después de anochecer si no era en compañía de otra persona.

Hacía una semana que no se oían golpes, y una noche que Mrs. Prosser se hallaba en el cuarto de los niños, su marido, que se hallaba en el salón, oyó unos golpes ligeros en la puerta de la casa. No hacía nada de viento, lo que permitía que se oyeran con total claridad. Era la primera vez que se oía llamar de esta manera en esa parte de la casa, y la manera de llamar también era distinta.

Dejando abierta la puerta del salón, Mr. Prosser se dirigió con parsimonia a la puerta. Los golpes eran suaves y regulares, «con la palma de la mano». Pero, cuando iba abrir, cambió repentinamente de parecer y retrocedió despacio en dirección de la cabecera de las escaleras de la cocina, donde había «un armario metálico» junto a la despensa en el que guardaba sus «armas de fuego, espadas y cachiporras.»

Llamó a su criado, en el que tenía plena confianza, y, tras meterse un par de pistolas cargadas en los bolsillos del gabán, dio a éste otro par de pistolas y, avanzando sigilosamente con un garrote en ristre seguido del criado, se acercó a la puerta.

Todo transcurrió a gusto de Mr. Prosser. El importunador, lejos de asustarse de su proximidad, se impacientó más aún y cambió su golpe-teo suave del principio por una serie de porrazos enfáticos y estentóreos.

Mr. Prosser, airado, abrió la puerta con el bastón levantado. Miró por todas partes, pero no vio nada; sin embargo, su brazo sufrió un extraño tirón, como si una mano lo hubiera sujetado, y notó que algo extraño pasaba bruscamente por debajo. El criado no vio ni notó nada, ni tampoco supo la razón por la que su amo había mirado hacia atrás con tanto nerviosismo y cerrado la puerta con tan tremendo portazo.

A partir de entonces, Mr. Prosser dejó de reírse del miedo de su familia y se mostró igual de reacio que los demás a hablar de aquel asunto. Se sentía profundamente inquieto e igualmente convencido de que al abrir la puerta de entrada el intruso se había colado en la casa.

No dijo nada a Mrs. Prosser y se retiró a su dormitorio antes de la hora habitual, donde «leyó un rato la Biblia y recitó sus oraciones.» Permaneció despierto un buen rato, y, según supuso, hacia las doce y cuarto de la noche oyó cómo la palma de una mano golpeaba primero suave-mente la puerta de su dormitorio y luego se deslizaba despacio por toda la hoja.

Mr. Prosser se levantó sobresaltado y fue a cerrar la puerta gritando: «¿Quién está ahí?», pero recibió como respuesta aquella misma rozadura en la puerta que tan bien conocía.

Por la mañana, la mujer de la limpieza se quedó horrorizada al ver la huella de una mano en el polvo de la mesa del «saloncito» donde habían estado desempaquetando azulejos y otros objetos el día anterior. La impronta del pie descalzo en la arena de la playa no asustó a Robinson Crusoe ni la mitad que aquello. Por entonces, todos los moradores de aquella casa estaban muy nerviosos por lo de la mano, y algunos medio locos.

Mr. Prosser fue a examinar la marca sin darle mayor importancia (pero, como juró después, más para tranquilizar a sus criados que por convencimiento personal); los mandó entrar de uno en uno y le hizo posar la palma de la mano sobre la mesa de marras para obtener así las huellas de todos los habitantes de la casa, incluidos él mismo y su mujer; el «fallo final» fue que la impronta de aquella mano difería por completo de la de cada uno de los moradores de la casa y que se correspondía exactamente con la de la mano que habían visto Mrs. Prosser y el cocinero.

Aquella sutil demostración dejó bien claro que, quienquiera que fuera el propietario de dicha mano, no se encontraba ya fuera de la casa, sino bien instalado en algún rincón de su interior.

Aquella misma noche, Mrs. Prosser empezó a verse turbada por unos extraños y horribles sueños, algunos de los cuales, que aparecen debidamente detallados en la extensa carta de Rebecca, eran unas pesadillas realmente espantosas. Y una noche, al ir Mr. Prosser a cerrar la puerta de la alcoba, se extrañó de que no se oyera absolutamente nada en la habitación, ni siquiera la respiración de su mujer, lo cual le pareció tanto más inexplicable por cuanto sabía que ésta se hallaba acostada, toda vez que él gozaba de un oído particularmente fino.

Había una vela ardiendo en la mesita de noche además de la que él portaba en la mano; llevaba asimismo bajo el brazo un librote de cuentas relacionadas con los negocios de su suegro. Descorrió la cortina y vio a Mrs. Prosser tendida en la cama, según él creyó muerta, con la cara lívida y cubierta de escarcha, y, sobre la almohada, cerca de su cabeza y asomando justo entre las cortinas, la mano blanca y regordeta de siem-pre, con la muñeca apoyada en la almohada y los dedos avanzando hacia la sien con un movimiento lento y ondulado.

Mr. Prosser, presa de pánico, reculó bruscamente primero y luego lanzó con toda su fuerza el libro de cuentas contra las cortinas detrás de las cuales suponía que se ocultaba el propietario de aquella mano. Ésta se retrajo hábilmente entre las cortinas y Mr. Prosser rodeó la cama a tiempo para ver cómo la puerta del gabinete era cerrada por la misma mano blanca y rechoncha.

Abrió dicha puerta de un tirón y miró al interior; pero el gabinete estaba vacío, a excepción de la ropa que colgaba de las perchas de la pared, una mesita de tocador y un espejo que miraba a las ventanas. La volvió a cerrar y echó el pasador, y durante unos segundos creyó, según sus propias palabras, «que iba a enloquecer.» Luego tocó la campanilla y, con la ayuda de todos los criados, consiguió que Mrs. Prosser se recuperara de aquel «trance», durante el cual, a juzgar por su aspecto, había visto «los terrores de la muerte», en frase del marido (y tía Rebecca añade: «según le oí decir a ella misma, su marido podría haber agregado: "Y también los terrores del infierno."»)

Pero el suceso que al parecer desencadenó la crisis definitiva fue la extraña enfermedad de su primogénita, una niña de dos años y medio. Víctima de un extraño paroxismo de terror, no se podía dormir en la cuna, y los médicos dictaminaron que el mal se debía a principios de agua en el cerebro. Mrs. Prosser, acompañada de la niñera, se pasaba en vela todas las noches junto a la cuna de la pequeña.

La cuna se hallaba colocada longitudinalmente a la pared, con el cabezal tocando a la puerta de un armario empotrado o aparador, que no se cerraba del todo. Por encima de la cuna de la niña había un doselete con unos treinta centímetros de fondo, que bajaba hasta unos veinte-cinco centímetros de la almohada en la que reposaba su cabecita.

Observaron que la pequeña estaba más tranquila cuando la cogían en brazos y que, si la volvían a dejar en la cuna, se ponía enseguida a gritar aterrorizada. Finalmente, la niñera descubrió la causa de los padecimientos de la criatura (y Mrs. Prosser la descubrió al mismo tiempo espiando la dirección de sus ojos.)

Vieron cómo, asomando por la abertura del armario empotrado, y escudada por la sombra del doselete, la rechoncha mano blanca, con la palma hacia abajo, avanzaba hacia la cabeza de la niña. La madre profirió un grito y sacó inmediatamente a la criatura de la cuna, y entre ella y la niñera la bajaron al dormitorio de los señores, donde Mr. Prosser se hallaba durmiendo, y cerraron la puerta al entrar; pero, a los pocos segundos, oyeron un suave golpeteo en la puerta.

Hubo muchas más cosas, pero baste con esto. La singularidad de esta historia me parece a mí que

estriba en que describe el fantasma de una mano, y nada más. La persona a la que perteneciera dicha mano no apareció nunca; y no es que se tratara de una mano separada de su cuerpo, sino simplemente de una mano que se manifestaba de tal manera que su propietario conseguía siempre, por alguna hábil arti-maña, sustraerse a la vista.

En el año de 1819, mientras desayunaba en el colegio universitario, tuve ocasión de conocer a Mr. Prosser -un anciano delgado y grave, aunque bastante locuaz, con el pelo cano y recogido en una coleta-, el cual nos contó a todos de manera muy concisa la historia de su primo, James Prosser. Éste, siendo niño, había dormido durante cierto tiempo

en el que, según su madre, era el cuarto embrujado de un caserón cerca de Chapelizod, y, a lo largo de toda su vida, siempre que se sentía enfermo, agotado por el trabajo o con algún tipo de fiebre, se había visto atormentado por la visión de cierto caballero regordete y pálido, que tenía una peluca de muchos bucles, un traje de encaje lleno de botones y pliegues, y un rostro sensual, malicioso y desagradable plagado de arrugas, visión que se había quedado grabada en su memoria con la misma fuerza que el atuendo y las facciones del retrato de su padre, que tenía delante todos los días a la hora de desayunar, comer y cenar.

Mr. Prosser citó aquello como un caso especial de pesadilla monótona, individualizada y persistente, y destacó el horror y la angustia tan terribles con que su primo, de quien hablaba en pasado como «el pobre Jemmie», se veía constantemente constreñido a mencionarla.

Espero que el lector me perdone por haberme alargado tanto con la historia de la casa de los azulejos. Pero este ancestral relato popular siempre ha tenido un encanto especial para mí; y ya saben: a la gente en general, y especialmente a la de cierta edad, le gusta hablar y hablar de lo que más le interesa, olvidando a menudo que los demás podrían aburrirse.

## EL GATO BLANCO DE DRUMGUNNIOL

¡Quién no ha oído contar de niño la famosa historia de la gata blanca! Pero yo voy a contar aquí la historia de un gato blanco muy distinta a la de la amable y encantada princesa que tomó este disfraz durante una temporada. El gato blanco del que voy a hablar es un animal mucho más siniestro.

El que viaja de Limerick a Dublín, tras dejar atrás las colinas de Killaloe a la izquierda, cuando el monte Keiperse yergue a su vista, se va viendo gradualmente rodeado, a la derecha, por una cadena de colinas más bajas. En medio se extiende una llanura ondulada que se va hundiendo paulatinamente hasta un nivel inferior al del camino, cuyo carácter agreste y melancólico alivia algún que otro seto desparramado.

Uno de los pocos habitáculos humanos que proyectan hacia lo alto sus columnas de humo de turba en medio de esta llanura solitaria es el construido con tierra y de techumbre malamente cubierta de paja de un «granjero duro», como llaman en Munster a los más prósperos de los labriegos. Se asienta en medio de un racimo de árboles junto al borde de un riachuelo serpenteante, a medio camino entre las montañas y la carretera de Dublín, y durante muchas generaciones ha dado cobijo a una familia de apellido Donovan.

Lejos de allí, deseoso de estudiar varios legajos irlandeses que habían caído en mis manos, y tras preguntar por algún profesor capaz de ins-truirme en la lengua irlandesa, me recomendaron a un tal Mr. Dono-van, personaje soñador, inofensivo y muy instruido.

Descubrí que había estudiado con una beca en el Trinity College de Dublín. Ahora se ganaba la vida dando clases, y supongo que la índole especial de mi estudio debió de estimular su amor patrio, pues me confió muchos pensamientos suyos largo tiempo callados y muchos recuerdos de su terruño y de sus primeros años. Fue él quien me contó esta histo-ria, que intentaré repetir aquí, de la manera más fiel posible, con sus mismas palabras.

Yo he visto muchas veces esa antigua y singular granja de labriegos: su huerto de inmensos manzanos cubiertos de musgo; la torre desmo-chada cubierta de hiedra, que doscientos años atrás había servido de refugio contra agresores y bandidos, y que aún ocupa su antiguo emplazamiento en la esquina del granero; el seto, tan frondoso, a ciento cin-cuenta pasos de distancia, testigo de los trabajos de una raza ya pasada; el perfil oscuro y dominante del viejo torreón al fondo; y, cerca de allí, haciendo barrera, la solitaria cadena de colinas cubiertas de aliaga y bre-zales, con una línea de rocas grises y racimos de robles enanos o abedu-les. La impresión general de soledad hacía de todo aquello un escenario ideal para un relato salvaje y sobrenatural. Yo imaginaba perfectamente cómo, visto en el gris de una mañana invernal, cubierta por doquier de nieve, o en la melancólica belleza de una puesta de sol otoñal, o en el gélido esplendor de una noche de plenilunio, aquel escenario coadyuva-ba a sintonizar una mente soñadora como la del honrado Dan Donovan con la superstición, o una mente cualquiera con las ilusiones de la fanta-sía. Es cierto, no obstante, que jamás he encontrado en mi vida a una persona más sencilla y más de fiar.

Cuando era niño, me contó, y vivía en Drumgunniol, solía llevarme la *Historia romana* de Goldsmith a mi lugar favorito, una piedra lisa situada cabe un espino junto a una laguna bastante profunda, similar a lo que en Inglaterra he oído llamar lago alpino. Se encuentra en una vaguada limitada al norte por el viejo huerto, un lugar solitario de-lo más apropiado para estudiar con tranquilidad.

Un día, después de la habitual panzada de lectura, me cansé final-mente y me puse a mirar a mi alrededor, pensando en las escenas heroi-cas que acababa de leer. Estaba tan despierto como lo estoy ahoramismo, y vi a una mujer que asomaba por un extremo del huerto y empezaba a bajar la cuesta. Llevaba un vestido gris claro y muy largo, tanto que parecía acariciar la hierba bajo sus pies; la manera como iba vestida me resultó tan singular en aquella parte del mundo donde el atavío femenino estaba perfectamente reglamentado por la tradición que no pude quitarle los ojos de encima. Iba atravesando diagonalmente el vasto campo con paso regular.

Al acercarse noté que iba descalza y parecía ir mirando a un punto fijo, como si le sirviera de guía. Su itinerario en línea recta la habría hecho pasar -haciendo abstracción de la laguna- a unos diez metros más abajo de donde yo estaba sentado. Pues he aquí que, en vez de dete-nerse al borde de la laguna, como yo había esperado, prosiguió como si el agua no fuera obstáculo, y así la vi, con la misma claridad como lo veo a usted, señor, atravesar la laguna sobre su superficie y pasar, al parecer sin verme, a la distancia aproximada que yo había calculado.

Estuve a punto de perder el conocimiento de puro terror. Yo tenía sólo trece años entonces, y recuerdo cada detalle como si hubiera ocurri-do ahora mismo.

La figura atravesó una abertura que había en el ángulo más alejado del campo, donde la perdí de vista. Apenas tenía fuerzas para volver a casa y estaba tan asustado que durante tres semanas permanecí recluido en casa sin poder estar solo ni siquiera un minuto. El horror que me había producido la aparición en aquel campo fue tal que ya no volví nunca más a aquel lugar. Ni siquiera ahora, después de tantos

años, se me ocurriría pasar por allí.

Aquella aparición la relacioné enseguida con un acontecimiento misterioso o, si se quiere, con una fatalidad singular que durante casi ocho años se ensañó con nuestra familia. No es ninguna fantasía mía. Todo el mundo de esta comarca sabe perfectamente a qué me estoy refiriendo (y todo el mundo relacionó entonces con eso mismo lo que yo había visto).

Procuraré contárselo a ustedes de la mejor manera posible.

Recuerdo la noche en que, cumplidos ya los catorce años -es decir, un año después de la referida visión en el campo de la laguna-, nos encontrábamos esperando a que volviera a casa mi padre de la feria de Killaloe. Me había quedado acompañando a mi madre, pues me encantaba aquel tipo de vigiliass. Mis hermanos y hermanas, así como los criados de la granja, salvo los hombres que volvían de la feria con el rebaño, se habían retirado ya a descansar. Mi madre y yo estábamos sentados junto a la chimenea charlando y vigilando que la cena de mi padre se mantuviera caliente en el fuego. Sabíamos que volvería antes que los mozos que traían el ganado, pues él venía a caballo y nos había dicho que se pararía a verlos marchar y luego vendría corriendo a casa.

Por fin oímos su voz y sus enérgicos golpes en la puerta, y mi madre se levantó a abrirle. Yo no creo haber visto nunca a mi padre borracho, cosa que, en toda la comarca, muy pocos chicos de mi edad habrían podido decir del suyo. Lo cual no significa que no se tomara su vaso de whisky como todo hijo de vecino; y, cuando había feria o mercado, volvía a casa algo alegre y achispado y con las mejillas arboladas.

Pero aquella noche tenía un aspecto deprimido, pálido y triste. Entró con la montura y las bridas en la mano, las dejó junto a la pared, cerca de la puerta, y luego rodeó con los brazos el cuello de su mujer y la besó tiernamente.

-Bienvenido a casa, Meehal -dijo ella besándolo cariñosamente.

-Que Dios te bendiga, querida -contestó él.

Y, tras acariciarla de nuevo, se volvió hacia mí, que estaba tirándole de la mano, celoso de su atención. Yo era pequeño y ligero para mi edad, y él me cogió en sus brazos y me besó, y, con mis brazos aún en su cuello, dijo a mi madre:

-Echa el cerrojo, mujer.

Ella obedeció, y él, bajándose con aire muy deprimido, se dirigió hacia la lumbre y se sentó en un taburete con los pies extendidos hacia la turba candente y las manos apoyadas en las rodillas.

-Alegra esa cara, Mick, querido -dijo mi madre, que estaba poniéndose nerviosa-, y cuéntame si se ha vendido bien el ganado y todo ha salido bien en la feria o si has tenido algún problema con el amo, o cualquier otra cosa que te pueda preocupar, Mick, tesoro.

-No, nada, Molly. Las vacas se han vendido bien, gracias a Dios, y no hay ningún problema entre el amo y yo, y lo mismo las demás cosas. Todo anda bastante bien.

-Bueno, Mickey, entonces, si es así, mira esa cena caliente que te está esperando y atácala, y dime si hay alguna otra novedad.

-Ya he cenado en el camino,Molly,y no tengo ganas -contestó.

-¿Que has cenado en el camino sabiendo que te esperábamos en casa, con tu mujer levantada y todo lo demás? -le regañó mi madre.

-Has interpretado mal lo que he dicho -repuso mi padre-. Bueno, en realidad ha ocurrido algo que me ha quitado las ganas de tomar nada. Mira,Molly,no voy a andarme con misterios contigo, pues a lo mejor me queda ya poco tiempo de estar aquí. Así que te diré lo que ha pasado. He visto al gato blanco.

-¡Que el Señor se apiade de nosotros! -exclamó mi madre, de repen-te tan pálida y d escompuesta como mi padre;y luego, tratando de repo-nerse, agregó con una risita:- ¡Eh! Seguro que es una broma que me estás gastando... Me han dicho que el domingo pasado cayó en una trampa un conejo blanco en el bosque de Grady; y que Teigue vio ayer una gran rata blanca en el granero.

-No ha sido ninguna rata ni ningún conejo. No irás a decirme que confundo una rata y un conejo con un gato blanco grande con unos ojos verdes más grandes que platos y el lomo arqueado como un puente, que se me acerca dispuesto, si me quedo quieto, a restregarse el lomo contra mis espinillas, y a lo mejor a saltarme al cuello y pegarme un mordisco... Bueno, si es que a eso se le puede llamar un gato y no otra cosa peor...

Mi padre terminó su relato, en voz baja y con la vista fija en el fuego, y luego se pasó su mano grande por la frente una o dos veces. Tenía el rostro húmedo y reluciente por los sudores del miedo, y exhaló un fuer-te suspiro, que pareció más bien un gemido.

Mi madre se había dejado vencer por el pánico y estaba rezando de nuevo. Yo estaba también terriblemente asustado, y con ganas de llorar, pues sabía lo que significaba la aparición del gato blanco.

Dando a mi padre una palmada en el hombro para animarlo un poco, mi madre se apoyó en él, lo besó y luego se echó a llorar. Él le apretujó las manos, con aspecto muy apurado.

-No ha entrado en casa nada conmigo, ¿verdad? -dijo en voz muy baja volviéndose hacia mí.

-Nada, padre -dije yo-; nada más que la montura y las riendas que traías en la mano.

-Nada de color blanco ha llegado hasta la puerta conmigo ¿verdad? -repitió.

-Nada -contesté nuevamente.

-Mejor -dijo mi padre, el cual, tras hacer la señal de la cruz, empezó a murmurar para sí. Yo sabía que estaba recitando sus oraciones.

Mi madre esperó un rato a que terminara su plegaria y luego le pre-guntó dónde lo había visto por primera vez.

-Cuando subía por la vereda, recordé que los mozos iban por el camino con el ganado y que nadie cuidaría del caballo si no lo hacía yo; así que pensé que podía dejarlo en el campo de abajo, y, como el animal estaba muy tranquilo, lo conduje fácilmente por todo el camino. Fue al volverme, después de dejarlo -me había llevado conmigo la montura y las riendas- cuando lo vi aparecer por detrás de la hierba que hay junto al camino y ponerse primero delante de mí y luego detrás, y después a un lado y luego al otro, y así un rato, mirándome todo el tiempo con sus ojos centelleantes; y juraría que lo oí aullar al pegarse a mí -tan pegado como estamos nosotros dos- hasta que conseguí llegar aquí y llamé a la



puerta, como habéis oído.

Pues bien, ¿por qué una circunstancia tan simple agitaba a mi padre, a mi madre, a mí mismo y, finalmente, a todos los miembros de esta familia de labriegos, con un terrible presentimiento? Sencillamente por-que todos y cada uno de nosotros sabíamos que mi padre había recibido, en aquel encuentro con el gato blanco, un aviso de su muerte inminente.

Aquel mal fario no había fallado nunca hasta entonces. Y no falló tampoco esta vez. Una semana después, mi padre cogió una fiebre que se había propagado y murió antes de un mes.

Mi buen amigo Dan Donovan hizo una pausa; por el movimiento de sus labios comprendí que estaba rezando, y deduje que era por el des-canso de aquella alma desaparecida.

Poco después reanudó su relato.

Hace ya ochenta años que esta maldición anda asociada con mi familia. ¿Ochenta años? Bueno, noventa años sería más exacto. Yo hablé hace tiempo con muchas personas ancianas que recordaban con nitidez todo lo relacionado con este caso.

Ocurrió de la siguiente manera:

Mi tío abuelo, Connor Donovan, era en aquel tiempo propietario de la vieja granja de Drumgunniol. Era más rico de lo que nunca llegaría a ser mi padre, ni el padre de mi padre, pues tomó en arriendo Balraghan durante unos años e hizo mucho dinero. Pero el dinero no ablanda un corazón duro, y, por desgracia, mi tío abuelo era un hombre cruel, amén de libertino, y este tipo de personas suelen ser crueles de corazón. Tam-bién bebía lo suyo y maldecía y blasfemaba cuando se enfadaba, más, me temo, de lo que convenía a su alma.

En aquella época vivía en las montañas, no lejos de Capper Cullen, una bonita muchacha de la familia de los Coleman. Según me han con-tado, ya no queda allí ningún Coleman, y es probable que esta familia se haya extinguido. Los años del hambre acarrearón grandes cambios.

Se llamaba Ellen Coleman. Los Coleman no eran ricos, pero al ser ella tan hermosa podía esperarse hacer un buen casamiento. Pero... peor casamiento que el suyo, imposible.

Con Donovan -mi tío abuelo, ¡que Dios le haya perdonado!- la veía a veces en los mercados y fiestas patronales, y se enamoró de ella, como era de suponer.

Pero se portó mal con ella: le prometió el matrimonio y la convenció para que se fuera con él, pero al final no cumplió su palabra. Fue la his-toria de siempre. Se había cansado de ella, y quería triunfar en el mundo. Acabó casándose con una joven de los Collopy que tenía una gran fortuna: veinticuatro vacas, setenta ovejas y ciento veinte cabras.

Se casó, pues, con esta Mary Collopy, y se hizo todavía más rico. Y Ellen Coleman murió con el corazón destrozado. Pero aquello no le quitó el sueño al inhumano labriego.

Le habría gustado tener hijos, pero no tuvo ninguno, y fue ésta la única cruz que tuvo que llevar, pues todo lo demás le salía a pedir de boca.

Una noche, volvía de la feria de Negagh. Un riachuelo atravesaba entonces la carretera -habían construido un puente hacía poco en aquel punto, según me contaron-, y estaba casi siempre seco en

verano. Cuando estaba seco, dado que pasaba, con pocas revueltas, cerca de la vieja granja de Drumgunniol, hacía las veces de carretera, que la gente utilizaba entonces como atajo para llegar hasta la casa. Como aquella noche había luna, mi tío abuelo dirigió su caballo hacia aquel riachuelo seco y, cuando hubo alcanzado los dos fresnos junto a la granja, lo hizo bajar hasta el lecho con la intención de franquear la abertura que había en el otro extremo, cabe el roble, y encontrarse así a unos doscientos metros de su puerta.

Al acercarse a la «abertura», vio, o creyó ver, deslizándose lentamente por el terreno en la misma dirección y dando de vez en cuando unos pequeños saltos, una cosa blanca que, según él mismo describió, no era mayor que su sombrero, pero que no podía decir con seguridad qué era exactamente ya que se movía a lo largo del seto y desapareció en el punto hacia el cual él se estaba dirigiendo.

Al alcanzar la abertura, el caballo se paró en seco. Mi tío abuelo le gritó y lo espoleó en vano. Se bajó para llevarlo de las riendas, pero el animal reculó, estornudó y le entró un terrible ataque de temblor. Volvió a montarlo. Pero, a pesar de las caricias y latigazos de su amo, seguía aterrorizado y persistía en su obstinación. Había luna llena y mi tío estaba muy enojado por la resistencia del animal, sobre todo porque no le encontraba ninguna explicación; al verse tan cerca de la casa, perdió la poca paciencia que le quedaba y, empleando con saña el látigo y las espuelas, irrumpió en maldiciones y blasfemias.

De repente, el caballo se puso en movimiento de un arreón, y Con Donovan, al pasar bajo el amplio ramaje del roble, vio claramente, junto a él, a una mujer a la orilla del lago con el brazo extendido, la cual, al pasar a su lado, le asestó un fuerte golpe en la espalda que le hizo dar con la cabeza sobre el cuello del caballo; el animal, presa de terror, alcanzó la puerta en un santiamén, donde permaneció inmóvil, todo él temblando y echando vapor.

Más muerto que vivo, mi tío abuelo entró. Contó lo que le había pasado, aunque un tanto a su manera. Su mujer no sabía qué pensar, aunque estaba segura de que algo muy malo le había ocurrido. Lo encontraba muy débil y enfermo, y mandó llamar enseguida al sacerdote. Cuando lo llevaron a su cama vieron claramente las marcas de cinco uñas en la piel de su espalda, donde se había abatido el golpe espectral. Aquellas marcas extrañas -según decían, tenían el color de un cuerpo alcanzado por un rayo- quedaron grabadas en su carne y le acompañaron a la tumba.

Cuando se hubo recuperado lo suficiente para poder hablar -aunque como quien se encuentra en su última hora, con el corazón apesadumbrado y la conciencia intranquila-, repitió su historia, pero aseguró que no había reconocido la cara de la figura que había visto en la abertura. Pero nadie lo creyó. Estuvo hablando un buen rato -con el sacerdote. Ciertamente tenía un secreto que contar. Podría haberlo divulgado con total franqueza, pues todo el vecindario sabía de sobra que era el rostro de la muerta Ellen Coleman que había visto.

Desde aquel momento, mi tío abuelo no volvió a recuperarse. Se volvió un hombre asustado, taciturno y atribulado. Era el principio del verano, y con la caída de las primeras hojas del otoño murió.

Por supuesto, hubo velatorio, como correspondía a un labriego tan importante y acaudalado. Por alguna razón, los preparativos de la ceremonia fueron algo diferentes de lo habitual.

La práctica corriente es colocar el cuerpo en el gran salón de la casa. En este caso particular se siguió, como les he dicho, por alguna razón especial, una disposición distinta: el cadáver se colocó en una pequeña habitación que daba a la más grande. La puerta, durante el velatorio, permaneció abierta. Había candelabros alrededor de la cama, pipas y tabaco sobre la mesa, y taburetes para las personas que quisieran entrar, mientras la puerta permanecía abierta para la recepción.

Una vez amortajado el cadáver, lo dejaron solo en esta pequeña estancia mientras hacían los preparativos para el velatorio. Después del crepúsculo, al acercarse a la cama una de las mujeres a coger una silla que había dejado al lado, salió de la habitación con un grito; una vez que hubo recuperado el habla, y rodeada por un auditorio boquiabierto, dijo:

-¡Que me muera ahora mismo si no tenía la cabeza levantada y estaba mirando fijamente a la puerta, con los ojos más grandes que platos de peltre, que centelleaban a la luz de la luna!

-¡Hala, qué dices, mujer! Tú estás chiflada -dijo uno de los mozos de la granja.

-¡Eh, Molly, no sigas hablando, anda! Eso es lo que has imaginado al entrar en la habitación oscura, sin luz. ¿Por qué no cogiste una vela, mujer de Dios? -dijo una de sus compañeras.

-Con vela o sin vela, lo he visto -insistió Molly-. Y, lo que es más, casi podría jurar que he visto también que sacaba tres veces el brazo de la cama y lo arrastraba por el suelo para agarrarme por los pies.

-Sandeces. Tú estás chiflada. ¿Para qué puede querer él un pie tuyo? -exclamó uno desdeñosamente.

-Que alguien me dé una vela, por todos los santos del cielo -dijo la vieja Sal Doolan, una mujer delgada y tiesa, que sabía rezar casi como un sacerdote.

-Dadle una vela -convinieron todos.

Pero, a pesar de sus comentarios anteriores, no había ni uno de ellos que no pareciera pálido y asustado mientras seguían a Mrs. Doolan, que iba rezando todo lo deprisa que se lo permitían los labios y encabezaba el grupo con una vela de sebo, cogida con los dedos, como una cerilla.

La puerta estaba medio abierta, tal y como la despavorida muchacha la había dejado; y, sosteniendo la vela en alto para ver mejor la habitación, ésta se aventuró en el interior.

Si la mano de mi tío abuelo había estado extendida por el suelo, de la manera sobrenatural antes descrita, sin duda éste la había recogido bajo el lienzo que lo cubría, por lo que la larga Mrs. Doolan no corrió ningún peligro de tropezar con ella al entrar. Pero no había avanzado más que unos pasos con la vela en alto cuando, con el rostro demudado, se paró en seco, mirando fijamente a la cama que ahora se veía perfectamente.

-¡Que Dios nos bendiga! ¡Mrs. Doolan, échese atrás! -exclamó despavorida la mujer que estaba cerca de ella cogiéndola repentinamente por el vestido, o manto, y tirando con fuerza de ella mientras todos los que la seguían retrocedían alarmados por su vacilación.

-¡Shhh! ¿Queréis callaros? -exclamó la cabecilla perentoriamente-. Con el ruido que estáis haciendo no oigo nada. ¿Quién de vosotros ha dejado entrar ese gato aquí, y de quien es? -preguntó mirando con recelo al gato blanco que se había acomodado sobre el pecho del cadáver.

-¡Sacadlo de ahí ahora mismo, vamos! -ordenó horrorizada ante semejante profanación-. En los años que llevo vividos he amortajado a muchas personas, pero nunca había visto nada semejante. ¡El amo de la casa, con semejante bestia encima, como un demonio! Que Dios me perdone por mentar al maligno en esta habitación. Que alguien lo saque de ahí ahora mismo, ¡vamos!

Cada cual retransmitió la orden, pero sin que nadie pareciera dispuesto a ejecutarla. Todos se estaban santiguando, musitando sus conjeturas y aprensiones sobre la naturaleza de aquel bicho, que no era un

gato de la casa ni nadie había visto nunca. De repente, el gato se colocó sobre el cojín que había junto a la cabeza del cadáver y, tras lanzar una mirada torva a todos los presentes, fue deslizándose lentamente a lo largo del cuerpo exánime hacia ellos, maullando despacio pero feroz-mente conforme se acercaba.

Todos salieron a empujones de la estancia en medio de una espantosa confusión, cerrando bien la puerta tras ellos, y transcurrió un buen rato antes de que los más temerarios se atrevieran a echar otro furtivo vistazo.

El gato blanco seguía sentado donde antes, sobre el pecho del muer-to; pero ahora saltó tranquilamente por un lado de la cama y desapare-ció por debajo de ésta; el lienzo, que a modo de cobertor bajaba casi hasta el suelo, lo ocultó a la vista.

Rezando y santiguándose, y sin olvidarse de echar agua bendita, se pusieron finalmente a buscar bajo la cama, armados de palas, «zarzos», horcas y otros aperos por el estilo. Pero el gato ya no estaba allí, y dedujeron que se había escabullido entre sus piernas mientras estaban en el umbral. Así, cerraron bien la puerta con cerrojo y candado.

Pero, a la mañana siguiente, al abrir la puerta encontraron el gato blanco sentado, como si no hubiera sido molestado en ningún momen-to, sobre el pecho del hombre muerto.

De nuevo se reprodujo casi la misma escena, con semejante resulta-do, sólo que algunos dijeron después haber visto al gato escondido debajo de una gran caja que había en un rincón de una habitación exterior, donde mi tío abuelo guardaba su contrato de arrendamiento y demás papeles, así como su libro de oraciones y rosarios.

Mrs. Doolan lo oía maullar a sus talones donde quiera que iba; y, aunque no lo veía, lo oía saltar sobre el respaldo de su sillón cuando ella se sentaba, y ponerse a maullar a su oído, lo que la hacía saltar con un grito y una plegaria, convencida de que el bicho iba a morderle en el cuello.

Y el monaguillo, al mirar a su alrededor bajo los ramajes del viejo huerto, vio a un gato blanco sentado debajo de la pequeña ventana del cuarto donde yacía el cuerpo de mi tío abuelo mirando fijamente a los cuatro pequeños cristales cual gato que ojea a un pájaro.

En resumidas cuentas, siempre que alguien entraba en la habitación veía al gato encima del cadáver, y, por muchas precauciones que toma-ran, siempre que dejaban solo al hombre muerto, el gato estaba allí acompañándolo fatídicamente. Y así prosiguió para estupor y terror del vecindario, hasta que la puerta se abrió finalmente para el velatorio.

Una vez muerto mi tío abuelo, y enterrado con todas las debidas ceremonias, ya he acabado con él. Pero no he acabado aún con el gato blanco. Ningún fantasma se ha asociado nunca tan indisolublemente a una familia como esta nefasta aparición a la mía. Pero hay una diferen-cia. Generalmente, el fantasma mantiene una relación de afecto hacia la familia afligida a la que está hereditariamente asociada, mientras que este bicho es claramente sospechoso de malignidad. Es sencillamente el mensajero de la muerte. Y el que haya adoptado la forma de gato -el más frío y, según dicen, el más vengativo de los brutos- es bastante indi-cativo del tenor de su visita.

Cuando a mi abuelo le llegó la hora de la muerte, aunque él parecía estar bien en aquella época, el gato se le apareció, si no exactamente igual, sí de manera muy parecida a como se le había aparecido a mi padre.

El día antes de que mi tío Teigue perdiera la vida por la explosión de su fusil, se le apareció al atardecer,

junto a la laguna, en el campo en el que yo vi a la mujer caminando por el agua, como ya les he contado. Mi tío se hallaba lavando el cañón de su fusil en el lago. La hierba es baja allí, y no había ningún escondite alrededor. No se explicaba cómo se le había acercado, pero el hecho es que lo vio de repente cerca de sus pies, a la hora del atardecer, con la cola nerviosamente arqueada y un verde amenazador en los ojos; e, hiciera lo que hiciera mi tío, el animal seguía dando vueltas a su alrededor, unas veces grandes y otras más pequeñas, hasta que llegó al huerto, donde lo perdió de vista.

Mi pobre tía Peg-que se casó con un O'Brian, cerca de Oolah- vino a Drumgunniol para asistir al funeral de un primo que había muerto a dos kilómetros de allí. La pobre murió también, sólo un mes después.

De vuelta del velatorio, a las dos o las tres de la madrugada, al atravesar la cerca de la granja de Drumgunniol, vio al gato blanco, que se puso a su lado; ella estuvo a punto de desmayarse aunque logró llegar hasta la puerta de la casa, donde el gato se encaramó al espino blanco que hay allí y desapareció de su vista. Mi hermano pequeño Jimlo vio también tres semanas antes de morir. Cada miembro de nuestra familia que muere, o enferma de muerte, en Drumgunniol, ve antes fatídicamente al gato blanco y sabe que ya le quedan pocos días de vida.